



EL DESPERTADOR
DE
DON TITO

BIBLIOTECA
SAULO TORON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAS PALMAS DE G. CANARIA

N.º Documento

N.º Copia

629802

FRANCISCO VEGA

EL DESPERTADOR

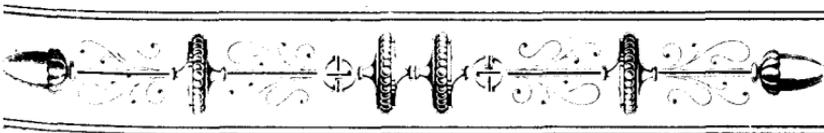
DE

DON TITO

(Diálogo)

LAS PALMAS

Tipografía del "Diario" Buenos Aires, 36
1913



CENSURA

Excmo. é Ilmo. Señor:

H*E leído la obrita de nuestro Penitenciario Don Francisco Vega titulada "El Despertador de Don Tito" que me ha sido entregada de orden de V. E. I. para que emita mi parecer sobre la misma a los efectos de su publicación.*

De su ortodoxia es suficiente garantía el nombre acreditado de su Autor. Todos lo conocemos. Más de una vez, su bien cortada pluma nos ha instruido en las enseñanzas trascendentales del dogma católico, y nos ha hecho percibir el aroma delicado de las flores que brotan en abundancia del fértil campo de la divina Revelación. No todos sus trabajos científicos y literarios son públicamente conocidos. La modestia de Don Francisco, como le llamamos, es proverbial; y ella ha privado a muchos, pero no al que ésto escribe, de saborear la sólida doctrina y belleza innegable de tantas cuartillas inéditas, escritas por él, no para que sean leídas por otros, ni con el fin de conquistar laureles, sino para hacer, como él dice, gimnasia intelectual y ejercicios de pluma en sus ratos de ocio; y empaquetadas quedan cubiertas de polvo, bajo llave que guarda siempre cuidadosamente en las gavetas de su estantería; esperando fuerza mayor que venga de afuera y las impulse eficazmente a la publicidad, como ha sucedido con la presente obrita, para que en el mercado de la inteligencia en donde con tan-

to oropel y moneda falsa se trafica, circule también el oro purísimo de buena ley que éstas contienen; y del cual... sensible y delicadamente avara, se muestra la modestia de tan buen amigo.

Esta de que ahora se trata, consta de tres grandes afirmaciones: Dios, Cristo y su Iglesia. Afirmaciones habilmente enlazadas y relacionadas; alrededor de las cuales, y como brotando espontáneamente de su propia sustancia, se van desarrollando con precisión lógica y en forma debidamente adecuada, conceptos los más interesantes del orden filosófico, en sus diferentes ramas; cuestiones de actualidad, de las más importantes en el terreno social y moral, y verdades, las más fundamentales de la Teología Cristiana; formando todo, un conjunto ordenado y metódico que caracteriza y distingue a la obra. No es un trabajo simplemente didáctico que lleva la pretensión ridícula de abarcarlo todo; ni va tampoco encaminada á instruir, porque sí, en algún tratado especial del saber humano. Toda la obra se reduce á una Conferencia ó conversación prolongada entre dos personajes, de los cuales el uno, Don Esteban, es la personificación de la razón humana iluminada por los destellos de la fé; y el otro, Don Tito, representa los extravíos de la inteligencia, tales como se notan en las obras contemporáneas de los enemigos más encarnecidos de nuestra Religión. El uno es el prototipo de la verdad y del bien que al fin sale triunfante: el otro lo es también, del error y del mal que vá, como á remolque caminando gradualmente hacia la conversión, hasta que por último se disipan las tinieblas de su mente y despierta a la claridad de un nuevo día que viene á ser para él doblemente esplendoroso y radiante.

En la obra los argumentos directos, que son de una fuerza probatoria lógica y contundente, vienen á ocupar un lugar secundario. El nervio y la médula, por decirlo así, del asunto, lo forman las dificultades que vienen orgullosas del campo panteísta en su triple manifestación, materialista, psicológica y trascendental. Y... es de verse en Ella, la actitud noble y franca con que el Autor las pone de cuerpo entero en boca de Don Tito, y van ellas brotando de sus labios, sin velo que las cubra y en toda su magnitud; y es de notar la valentía con que las ataca de frente con el afilado acero de la palabra elocuente de Don Esteban, sin desviar el cuerpo ni eludir el peso aparente de las mismas; y es de admirar el acierto con que las pulveriza y destruye, y... cómo va entrando la luz de la verdad, cada vez más radiante, acompañada de pitillos y frecuentes sorbos de café, en la pobre humanidad del

extraviado Don Tito. Esto es realmente lo más interesante y original de la Obra, que, para ser lo que es (es decir... una excursión feliz y provechosa por el campo racionalista que ha debido de proporcionar largos ratos de meditación y de estudio á la clara inteligencia del Autor) reclamaba imperiosamente la forma dialogada que tiene, en cuyos moldes mejor que en otro alguno, le cabían holgadamente, como asunto principal, las razones o sofismas del adversario, para combatirlos y disiparlos, con éxito, á la luz resplandeciente de la verdad católica.

Del provechoso fruto que habrá de proporcionar á los que la lean, no abrigo la menor duda. Para los que no tienen fé, para los impios, e indiferentes, para los innumerables Titos que abundan desgraciadamente en nuestra sociedad, será un seguro despertador para sus conciencias, si la meditan con recta intención. Los católicos ilustrados algo nuevo verán en ella que aumente el caudal de sus conocimientos: y el Pueblo, el Pueblo cristiano tan necesitado en estos tiempos, y tan hambriento del pan de la sana doctrina, encontrará, sin duda, el remedio apetecido para consolidarse y robustecerse en sus consoladoras creencias. Y así,... esta obra que se presenta modestamente por su forma de carácter privado, no dudo que resultará en el fondo, de interés general y adecuada á las circunstancias presentes.

Por todo lo expuesto, el que suscribe tiene el honor de manifestar á V. E. I. que no solamente no ha encontrado en esta obra error alguno contra el dogma y la moral, sino que por el contrario, considera su publicación de utilidad evidente y de provecho innegable.

Dios guarde á V. E. I. muchos años.

Las Palmas de Gran Canaria, 27 de Mayo de 1913.

Dr. Pablo Rodríguez Bolaños.

Doán y Prefecto.

APROBACION

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda publicarse la obrita titulada "El Despertador de Don Tito" por el M. I. Sr. D. Francisco Vega, Penitenciario de esta S. I. Catedral Basílica, mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según el precedente dictámen y censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral.

Imprimase esta licencia al principio o final de la obrita, entregándose dos ejemplares de la misma, rubricados por el Censor, en nuestra Secretaría de Cámara.

Las Palmas, 27 de Mayo de 1913.

† Adolfo, Obispo de Canarias.

Por mandato de Su Excelencia Ilustrísima

Dr. José Perez Muñoz.

Arcipreste Starjo.

ADVERTENCIA

Confieso ingenuamente que, publicada esta obrita, si logro que con su lectura lleguen algunas almas a conocer y amar más a Dios, a Cristo y su Iglesia, único objeto que me propuse. al escribirla, me daré por satisfecho.

EL AUTOR.

PARTE PRIMERA

PARTE PRIMERA

INTRODUCCIÓN

Como diría cualquiera. (por supuesto, mintiendo con la verdad) fué aquella noche, por lo interesante, más corta que ninguna otra noche del tiempo: La luna, cual saltaba, defendida por mil ejércitos de estrellas, venía entonces levantándose con lentitud por el Oriente, y sin permiso de nadie, como dueña y señora de la casa, había introducido por una ventana, de par en par abierta, sus plateados rayos, que pugnaban por vencer la amortiguada luz de un velón, que ardía sobre una mesa, atestada de libros y papeles en desorden.

Un viejo apergaminado y seco, desecado en el vestir, de barba lengua y blanca, que contrastaba con el celtis moreno de su rostro arrugado; de ojos medio cerrados y fijos, cuando esenchaba, y muy abiertos y chispcantes, cuando pegaba la hebra, se hallaba sentado junto a la mesa en un sillón de terciopelo rojo.

Frontero, en otro sillón igual, ceñase un foron que, a juzgar por la apariencia, contaba más años que los que en realidad tenía; de palabras y ademanes estudiados y algo pedantescos, de artificial apostura, relamido y demasíadamente palero.

Si en algunas ocasiones la cara es el espejo del alma, en la de aquel anciano mirábanse retratados el asiduo estudio, el profundo pensar, el sólido saber y la paz inalterable de la conciencia. En cambio, la del mancebo reflejaba los esfuerzos, las inquietudes y las ansias no satisfechas de un espíritu superior agudísimo. Un hombre que supiera mirar bien, hubiera visto sobre aquel rostro una especie de velo, y en aquel velo, pintados muchos desengaños y perdidas ilusiones. Eran dos buenos tomos. El primero, encastrado en apolillado pergamino contenía en sí todo el oro de la verdad con sus múltiples manifestaciones; el segundo, bajo cubiertas artificiales, encerraba toda la escoria del error con sus innumerables y repugnantes aspectos.

Don Estéban y don Tito, que así se llamaban los dos hombres, encontrábanse aquella noche frente a frente: una parte de la inhumanidad enfrente de la otra: la contradicción de la época, la contradicción de todas las épocas, librando ruda batalla.

Y empezó el Diálogo, o más bien, prosiguió; porque la primera palabra que puede percibir fué una de las muletillas del anciano.

I

- D. ESTEBAN —¡Qué canario!. De otro modo, ésto sería tomar el rábano por las hojas, y no estará bien.
- D. TITO —Cierto.
- D. ESTÉBAN —De manera que, en vista de su profesión y de sus ideas, necesario es retroceder, y...
- D. TITO (interrumpiendo).—Exordiar desde el origen, sí señor: *ab ovo gemino*.

D. ESTEBAN — Eso es: empezar por el principio ¡Sabia máxima!
Comencemos, pues, sin dejarnos llevar de la pasión.

D. TITO — A sus órdenes.

D. ESTEBAN — Con que me ha preguntado usted con marcada sorna: «¿Quién es Dios? ¿Quién es Cristo? ¿Qué es la Iglesia? En primer lugar, ¿se le hace á usted cuesta arriba hasta creer que existe un Dios, o lo que es lo mismo, que existe una primera causa de todas las cosas! (*poniéndose la mano en la frente y aparte*) ¡Dios mío!, me apena el corazón y me dá mucha lástima el pensar siquiera que haya hombres que nieguen o duden de tu existencia. Me prensa el alma el saber que hay hombres que te ofenden con sacrilegas blasfemias, por orgullo, o ignorancia, o mala fé. ¡Dios mío! sean todos mis sacrificios para honor y gloria tuya...

==

(*A media voz*)

¡Señor! mi alma te adora. Las primeras
Palabras, llenas de sin par ternura
Que niño oí, dijéronme que eras
Foco de amor, de gracia y hermosura.

Mientras duró la noche de mi infancia,
Siempre soñé con tu eternal cariño,
Esperando, esperando que en mi estancia
Entraras a besar mi fé de niño

Pasó la noche y desde que mis ojos
Vieron de frente el sol, e hirió mi mente
Un rayo de tu luz, puesta de hinojos
Te adora mi razón profundamente. •

Te adoro sí, ¡Señor! Tu eres el centro
De todo lo que existe en Cielo y tierra;
Por más que no te vea, yo te encuentro
En todo cuanto el universo encierra.

Ora mi pié se fija en roca erguida,
Ora azucenas huelle en verde prado,
Yo te encuentro, ¡Señor! siempre á mi lado,
Dando á las cosas movimiento y vida

En las noches serenas, despejadas,
Veo tu nombre escrito con estrellas,
Y sus letras divinas, rubricadas
Con el veloz cruzar de las centellas.

Y en el sereno andar del pensamiento,
Y en el sublime encanto de la aurora,
Y en el rugir del impetuoso viento,
Y en la ola encrespada y bramadora,
Y en el furor del desbordado río,
Y en el perfume suave de las flores,
En todo, en todo encuéntrate ¡Dios mío!
Tus gracias derramando y tus amores.

Todos los seres, todos, adornados
De verdad, de bondad y de belleza,
Espejos son dó se hallan retratados
Tu ciencia, tu poder y tu grandeza.

Yo te adoro ¡Señor!, porque en tí creo.
Esto tengo y deseo siempre darte.
Haz que se cumpla siempre mi deseo:
¡Siempre creer en tí, siempre adorarte!

(*Encarándose con el joven*) Vamos allá, pues, Don
Tito, vamos allá, y dispéñeme usted este desahogo.
¿Con qué no cree usted ni en la existencia de Dios?

D. TITO

—Pues le diré a usted. A pesar de todas las poesías,
y filosofías y teologías, tenga mis grandes, y acaso,
acaso, irresolubles dificultades acerca de la existen-
cia de ese ser superior y personal.

D. ESTEBAN

—Si a usted le place, vamos a ver esas dificultades.

* * *

D. TITO

—Ustedes los deistas.....

D. ESTEBAN

—(*interrumpiendo*) ¡Alto! y dispéñeme usted. Yo
no soy deista, ni ninguno de los que, dentro del Ca-
tolicismo creen y afirman la existencia de Dios, lo es
tampoco. ¡Vasto es mi triunfo!. El deísmo es una for-
ma del ateísmo: es una especie de negación de Dios.
El deista reconoce sí a Dios como autor de la natu-
raleza; pero no admite la revelación ni el culto ex-
terno; negando el atributo esencial de providencia.
Los católicos, por consiguiente, no somos deistas:
¡valgan verdades!

D. TITO

—(*algo contrariado*) Bien; pase la observación, sin
meternos por ahora en providencias, ni revelaciones,
ni cultos. Iba yo a decir que el precípuo argumento,
por no decir el único, contundente, irrefutable, se-
gún los que sustentan la doctrina de la existencia de
Dios, es el de que no hay pueblo, ni lo ha habido

- jamás, por salvaje o civilizado que sea, o haya sido, en el que no se halle la creencia en ese ser superior.
- D. ESTEBAN —(con sorna y brío a la vez) ¡Ah!... canario!... ¿Con qué ese es el principal, por no decir el único argumento que tienen los católicos (y muchos de los que no son católicos también) para probar la existencia de Dios? Pues no, señor don Tito, no; no es el único ni es el principal. Pero ya que usted me ha dado pié para ello, voy, por lo pronto, a exponer ese mismo argumento, que hago mío, y que resultará, sí, señor, resultará: como verá usted, contundente, irrefutable, y hasta *irrotible* para los ateos, o enemigos de la existencia de Dios. Hay otros argumentos más gordos, amigo mío, pero vamos a empezar por aquí, si usted lo exige: para mi es igual.
- D. TITO —(con rapidez) Es que yo no admito que todos los pueblos, que toda la humanidad
- D. ESTEBAN —(interrumpiendo) Espere usted, hijo, espere usted: ya sé lo que va a decir. No amontonemos ni embrollemos las cosas que son muy dignas de ser tratadas separadamente. Voy a contestar a ese primer reparo suyo, que sé también de donde usted lo ha tomado. ¡Mis papeles no se queman! ¡Los grandes materialistas vienen a ser grandes ateos! Vamos a ver. ¿Admite usted que lo que es inherente a la esencia es comun a todos los individuos, y que lo que todos los hombres tienen instintivamente por verdadero es una verdad natural?
- D. TITO —Parece conforme a la razón.
- D. ESTEBAN —¡Valgan verdades!: no solamente lo parece, sino que lo es.
- D. TITO —Conforme.
- D. ESTEBAN —Bien. ¿Admite usted que la afirmación o aserción que tiene en su favor el testimonio positivo del género humano de ningún modo puede ser falsa?
- D. TITO —Eso... ya es otra cosa.
- D. ESTEBAN —¿Cómo otra cosa, si en el fondo viene á ser lo mismo que he dicho antes? (sonriéndose) Advierta usted que son palabras de dos grandes pejes, de dos esclarecidos filósofos, gentiles, por más señas: Aristóteles y Cicerón. (1)

- D. TITO —No obstan esos señores, no obstan. Esos caballeros van ya muy lejos, muy distintantes de nosotros, del progreso, de las exploraciones y descubrimientos modernos.
- D. ESTEBAN —¡Oh Campos de Maratón! Pero ¿qué tienen que ver con ésto el progreso y los descubrimientos y las exploraciones, señor mío?
- D. TITO —¿Qué tienen que ver?: muy mucho, como lo verá usted. (*animándose*) Empero, dado y de ningún modo concedido que el género humano, que todos los pueblos, que toda la humanidad, en el rápido transcurso de los tiempos *haya creído y crea en la existencia de un Ser Supremo...*
- D. ESTEBAN —(*interrumpiendo*) ¡Alto! Hágame usted el obsequio de no proseguir, que voy a responder, antes de pasar adelante, a éso mismo que usted tiene tanta repugnancia en admitir. Vamos á ver. Usted me ha concedido, porque es razonable, que lo que el género humano tiene instintivamente por verdadero es una verdad natural.
- D. TITO —Cierto.
- D. ESTEBAN —Pues bien. ¿Niega usted que toda la humanidad ha creído siempre en la existencia de Dios?
- D. TITO —Tengo razones irrefragables para negarlo.
- D. ESTEBAN —Pues yo las tengo, y poderosísimas para afirmarlo, y se lo probaré a usted sin gastar mucha saliva. Vamos allá.
- D. TITO —Permitame usted desarrollar el sólido pensamiento en que se funda mi negación.
- D. ESTEBAN ¡Ah! ¿Sí? Conforme: eché usted.....
- * * *
- D. TITO —(*con énfasis*) Impulsado por la verídica relación de los incansables viajeros, he recorrido yo, en alas de mi arrebatada fantasía, toda la tierra, en todas sus rectas y tortuosas direcciones.
- D. ESTEBAN —(*con sorna*) Yo también.
- D. TITO —Yo he penetrado los hielos del polo y he visitado las abrasadoras arenas de los africanos desiertos.
- D. ESTEBAN —Yo también.
- D. TITO —Yo he atravesado las estepas del alta Asia, y he establecido amigable consorcio con las tribus salvajes, y con los indígenas de la América, etc , etc.
- D. ESTEBAN —También yo; por más que no he tenido la suerte de

encontrar muchos amigos... Y bien: después de tanto volar en alas de su imaginación, impulsada por la relación de los viajeros, ¿qué?

D. TITO —Pues tengo aprendido que los habitantes del Oregón, y los *caloches* de la India, y los *tuscos*, pertenecientes á la raza de los *mongoles*, y los *corrados*, antiguos habitantes de Río Janeiro, y... los...

D. ESTEBAN —...Y los *betjumes* del interior del Africa meridional, (disimúleme usted que le ayude un poco) y los *cafres*, y los *hotentotes*, y los *bosquimanos*, y los indios *schinunk*, y los *karens*, y los *fidschis*, etc., etc... Vamos á ver: ¿qué?

D. TITO —(*algo cortado*) Que todas esas tribus no tienen noción alguna de Dios, ni idea...

D. ESTEBAN —(*interrumpiendo con brío*) ¡Alto ahí, canario! Eso no es exacto; eso no es verdad. Lo han engañado a usted las relaciones de los viajeros que su vuelo han dirigido, o propiamente hablando, lo han engañado esos autores ateos y materialistas que ha leído usted. ¡Valgan verdades!: le juro á usted que todas esas tribus tienen alguna idea de Dios. Esa falta de sentimiento, Señor mío, esa falta de sentimiento de lo divino en ellas no es real, es aparente; y se explica porque los viajeros ordinariamente juzgan, tomando por regla su propio modo de ver, y porque esos pueblos no conservan, frecuentemente, de su religión primitiva más que el temor a los malos espíritus.

Pero demos el caso de que entre ellos haya algunos que no tengan esa idea de la Primera Causa. Dígame usted, don Tito, con la mano puesta sobre el corazón: ¿qué vienen á ser respecto de la humanidad entera esos pequeños pueblos tan reducidos en número, sino semejantes a unos cuantos átomos perdidos en la inmensidad del espacio? ¿Y eso empee, por ventura, o es un obstáculo para la verdad de la existencia de Dios? ¿Qué son, y qué significan en medio de la humanidad esos cuantos pueblos, o tribus, ateos, a causa de su embrutecimiento y barbarie, sino lo que son y significan en medio de nuestra sociedad, y en nuestra época unos cuantos individuos, plantas parásitas y malsanas, nacidas de la corrupción y del exceso de una civilización mal entendida? ¿No ve usted que esas pobres gentes marchan fuera del verdadero camino? ¿No se le alcanza a usted que

les convence de error su mismo aislamiento, en presencia de millones y millones de confesores de Dios?

¡La verídica relación de los grandes e incansables viajeros!!... ¡Buena gavilla de pícaros, amigo mío, forma la mayor parte de ellos en este punto! *Para muestra basta un botón.* ¿No sabe usted que los espíritus fuertes del siglo XVIII, en su odio a la Religión Católica, dedicáronse a buscar por el mundo un pueblo de ateos que no ha sido descubierto aún? ¿No recuerda usted la frase del sabio autor del «*Tratado de los sueños*» (1) «No existe pueblo sin Dios: unos le honran de una manera, otros de otra»? Y el mismo viajero *Azara*, único cuyos juicios tiene en mucho *Schelling*, ¿no dice que esas tribus que existen, al parecer, sin idea de Dios, o sin religión, no tienen de hombre más que el exterior, y viven fuera de toda sociedad, como las bestias de los bosques? ¡Valgan verdades!: en último caso trátase de fenómenos aislados, excepcionales, que deben explicarse, por la sencillísima razón de que en tales familias no se ha desarrollado aún el sentimiento humano por excelencia. Se trata, amigo mío... ..

D. TITO

—(interrumpiendo) Basta, basta: no se moleste usted: comprendo la razón.

D. ESTEBAN

— Me alegro mucho, y expresiones mil á los viajeros.

* * *

D. TITO

—Empero, concedido aún que la humanidad, partiendo de un momento histórico, haya creído y crea que existe un Dios, mirada la cuestión desde más atrás, *ab ovo, ab ovo*, ¿esa idea no pudiera ser emergente?

D. ESTEBAN

—(sonriendo) ¿La idea de Dios emergente *ab ovo*?

D. TITO

¿Qué quiere usted decir con éso, don Tito?

D. TITO

—Quiero decir que pudiera haberse inventado esa idea por algún hombre superior, por algún legislador, o por algún sacerdote, anteriores, anteriores.

D. ESTEBAN

—¿Anteriores al género humano? (soltando la carcajada) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Vamos! ¡vamos!.. ya entiendo... Pero ¡hombre! ¿cree usted que así se inventan los

(1) Artemidoro.

pensamientos del espíritu y los sentimientos del corazón? El hecho mismo de que los legisladores, como Minos, Solón, Licurgo, Numa y (camine usted para atrás, retroceda todo lo que quiera, buscando legisladores hasta más allá de nuestro padre Adán) han admitido el sentimiento religioso, y por consiguiente, la idea de Dios, como un fundamento necesario para la estabilidad del orden político, y de que los han tenido en tanta consideración como las otras ideas y sentimientos de patriotismo, formalidad, honradez, etc., este hecho mismo, digo, ¿no demuestra precisamente que ese sentimiento y esa idea de Dios vivían con los hombres de una manera profunda y universal? ¿Ni cómo ha podido un hombre solo concebir el pensamiento de hacerse el legislador de un pueblo, ni cómo le ha podido venir la idea de servirse del sentimiento de lo divino, como de un espantajo, sin que primero haya recibido la idea de ley y de religión?

¡Y los sacerdotes inventores de la idea de Dios! (*sonriéndose*) Esto no se le ocurre ni al que asó la manteca. Pero diga usted: ¿concede su razón que podía haber sacerdotes antes que existiera esa idea suprema? La aparición del sacerdocio en la historia, ¿puede explicarse, ni concebirse siquiera de otro modo que por la preexistencia de esa idea divina?

D. TITO —Sí... comprendo... es verdad.

D. ESTEBAN La verdad se impone, amiguito.

* * *

D. TITO — Pero ¿no es probabilísimo que solo el inenarrable temor, aprehendido por los hombres en presencia de los imponentes fenómenos naturales, pudo ser la razón prima, el origen *ab ovo* de esa creencia?

D. ESTEBAN—No, señor, no: ¡valgan verdades! No pudo ser, don Tito, el temor solo, por poderosísimas razones.

1.^a, porque el temor concebido en presencia de la explosión terrible de las fuerzas de la naturaleza y sus catástrofes formidables, temor puramente natural, rebaja al hombre a la condición del bruto, y difiere absolutamente del temor divino, que es, como usted comprenderá bien, un temor lleno de respeto.

2.^a, porque ese sentimiento divino no se reduce únicamente al sentimiento de temor. Ciertamente que es temor de Dios, pero al propio tiempo es piedad hacia Dios, es gratitud a un padre, es amor divino. ¿No recuerda usted aquellas célebres palabras, que, según nos cuenta Quinto Curcio, dirigieron á Alejandro los escitas, «Si eres Dios, debes manifestarlo haciendo a los hombres bien y no mal»? ¡Que canario! Si el sentimiento de lo divino; si la idea de la primera causa no fuera ingénita en el alma, ¿qué fenómenos naturales, por más imponentes que fuesen, serían capaces de producirla? La naturaleza con sus grandes fenómenos, ¿podría hacer nacer en el espíritu del observador otro sentimiento que el sentimiento de ella misma, siempre y en todas partes? ¿Cómo una causa sensible podría producir un efecto supra-sensible? Eso no puede ser: éso pugna abiertamente con la sana razón. (*con brío*) ¡Vasto es mi triunfo! . La naturaleza lo que hace es dirigir la razón al conocimiento de la existencia de Dios. Y así se explica muy bien cómo y por qué se ha dado un culto divino a la naturaleza, y cómo y por qué en los errores mitológicos las fuerzas de los elementos, y el valor, y hasta los vicios más nefandos de los hombres han sido considerados como dioses o diosas, y han aparecido en los altares, recibiendo incienso, un Marte sanguíario, y un Mercurio ladrón, y una Vénus impúdica, y un Júpiter... sin vergüenza.

D. TITO —¿Y por qué esto?

D. ESTEBAN —¿Por qué? Porque esas fuerzas y esas maldades las ha aplicado mal la misma idea de Dios; o más bien, la razón humana, que al contemplar lo visible, y tener noticia de lo divino, o ver con su misteriosa luz la existencia de Dios, se ha dirigido por mala *mágica* senda, y ha llegado a tomar un fantasma por la realidad: ahí tiene usted el por qué.

* * *

D. TITO —Bien, pase; pero ¿cómo se explica que los hombres hayan rendido también una particular adoración hasta a los animales que les causan beneficio o sumo daño?

- D. ESTEBAN—Pues... del *mismísimo* modo.
- D. TITO —(*Dándose tono*) El egipcio adora al cocodrilo o a la vaca.
- D. ESTEBAN—Y hasta las cebollas que nacían en sus huertos, cuéntase que adoró el egipcio.
- D. TITO —Y el indio a la serpiente de cascabel.
- D. ESTEBAN Y el africano a la serpiente del Congo.
- D. TITO —Y los negros de Guinea, los ríos y los árboles, y hasta los leños y las piedras.
- D. ESTEBAN—Y los romanos adoraron hasta las más grandes *sinvergüenceras*. Y después de todo, ¿qué?
- D. TITO —(*animado*) Pues muy sencillo: que ese culto no responde, ni puede responder de ningún modo, ni *bajo ningún punto de vista*, a la idea que de Dios debe formarse.
- D. ESTEBAN—(*sonriendo por el barbarismo*) Conforme en que desde ningún punto de vista, responda; ¿y qué?
- D. TITO —Que ese culto no llena las exigencias del culto a un ser, como dicen ustedes, todopoderoso y perfecto que domina la naturaleza y a los hombres, y gobierna el universo
- D. ESTEBAN—Admitido que no llene esas exigencias; ¿y qué?
- D. TITO (*animándose más*) Que el bruto animal, si bien en cantidad, es inferior en su naturaleza al hombre...
- D. ESTEBAN—(*aparte*) Guardo esa palabra.
- D. TITO —...y que un Dios en forma animal, no es Dios, sino una caricatura.
- D. ESTEBAN—Muy cierto; pero ¿qué, qué?
- D. TITO —(*con fuerza*) Luego, si hubiera una sabiduría celeste, si existiera un Dios, la idea de Dios no se manifestaría tan imperfecta, tan desnaturalizada y tan grosera, como se ostenta en ese culto
- D. ESTEBAN—(*con más brío, e incorporándose en el sillón*) Niego el consiguiente y la consecuencia, ¡canario! ¿De modo que porque la idea de Dios se altere y desnaturalice por unos cuantos salvajes, o pillos, o gánapiros, ya por eso no hay Dios? ¿Qué hombre, Don Tito, qué hombre de razón sana puede raciocinar de ese modo? ¿Quién, que no desvaríe, puede legítimamente deducir, que porque un incensato, o dos, o mil o diez mil se arrojen al mar a agarrar el sol, cuya imagen ven reflejada en sus lípidas aguas, y se vean por la *ilusión* engañados, ya por eso no hay sol? ¿Es ésto razonable? ¡No, señor mío, no! . Diga usted más bien,

que esos egipcios, y esos indios, y esos africanos, etc., adorando hasta objetos despreciables son unos necios, unos locos, unos... bestias, si usted quiere; pero no diga usted que no hay Dios, porque hayan ellos alterado y desnaturalizado la suprema idea de Dios. En resumen: lo que le he dicho a usted acerca de los fenómenos de la naturaleza, le repito a usted de ese culto a los animales dañinos o beneficiosos. Entiéndalo bién: lo ha engendrado la mala aplicación de la idea de Dios, ingénita en la humanidad: ¡eso es!

* * *

- D. TITO --Pero ¿no podría ser esta idea, Don Estéban, una pura ilusión de la humanidad misma?
- D. ESTEBAN—¡No, no! la ilusión aquí no es posible, Don Tito: ya se lo he indicado a usted. ¡Mis papeles no se quemaron! tomada en su generalidad, la humanidad no se equivoca nunca en las cuestiones fundamentales de la vida. Su clamor es el clamor mismo de la naturaleza. Es una verdad primaria, más resplandeciente que el sol del mediodía: la naturaleza es verídica siempre y necesariamente...
- D. TITO --Sí... comprendo...

* * *

- D. ESTEBAN—De modo, amigo mío, que la bendita idea de Dios vive en la humanidad desde los primeros días de su existencia. Ella señala a todo hombre, de uno o de otro modo, el principio y el fin de su paso sobre la tierra. Ella es el sublime arco iris de paz que abraza toda la vida humana. «Aun cuando ignore su naturaleza, dice el Orador Romano, (1) no existe ningún pueblo, por bárbaro y salvaje que sea, que no sepa que hay Dios».

Después de dos mil años que se inscribieron esas palabras, se han descubierto y explorado la América y la Australia; nuevos y numerosos pueblos han entrado a formar parte de la historia; y no obstante, esta prueba, lejos de desmentir la frase del gran Cice-

(1) De Nat. Deor.—1—

rón, la ha venido a asegurar y a confirmar más y más.

«La existencia de Dios, *sigue diciendo est. filósofo gentil*, es cosa tan manifiesta, que apenas creería en el buen sentido de quien la negara». Y sonando este hombre extraordinario el corazón del impío y blasfemo ateo, y buscando y hallando el motivo de su incredulidad y bajeza, se encara con él y escupe en su rostro estas palabras, dignas de ser esculpidas en mármol con caracteres de bronce: «Es muy natural que desprecies lo que te causa temor, y que combatas a Dios puesto que te inquieta». Y yo, amigo mío, echando también mi sonda, y encontrando en el fondo del corazón de muchos hombres la causa de su negación de Dios, no puedo menos de exclamar con *La Bruyere*: «Quisiera hallar a un hombre sóbrio, moderado, casto, justo, que dijese que no hay Dios; ese al menos hablaría sin interés; pero un hombre así no se encuentra».

(A cualquiera que hubiese observado entonces a Don Tito, con la cabeza inclinada sobre el pecho, le hubiera ocurrido, como á mi me ocurrió, una de estas tres cosas: o que estaba atorgonzado por los recuerdos de una vida de ajeteo y disipación, que habían suscitado en su memoria las últimas palabras del anciano; o que buscaba en el fondo de su alma una razón que oponer, o que empezaba ya a adorar a Dios profundamente.

Quedaron un instante los dos hombres en silencio, y prosiguió el anciano).

En vista de estas consideraciones, vea usted, señor Don Tito, si yo tenía razón al decirle que el testimonio que da la humanidad entera de la existencia de Dios, testimonio que tanta repugnancia tenía usted en admitir, es un argumento contundente, irrefragable y hasta .. *inmasticable* para los ateos. Pero ésta no es, amigo mío, a pesar de asegurarlo usted, la precípua y única prueba de la existencia del Ser Supremo, principio y fin de todo lo que existe. La creación entera es un libro abierto que todo hombre puede y sabe leer, y el cual hace visible lo invisible a las miradas de su alma.

(Don Tito que había permanecido hasta este momento en la misma posición, como ensimismado, levantó la cabeza, sacó una hermosa petaca, hizo sus ofrecimientos a Don Esteban que no quiso aceptar, encendió un pitillo y prosiguió el viejo).

II

Ahora vamos á ver dos cosas al mismo tiempo, comprobadas con solidísimas razones:

1.^a la misma existencia de Dios.

2.^a que todo lo que existe, material o visible, invisible o espiritual, ha salido de las manos de Dios, y no ha podido salir sino de ellas.

D. TITO —También tengo mis grandes dificultades acerca de la creación.

D. ESTEBAN—Vamos á ver si podemos resolvérselas también satisfactoriamente a su delicado espíritu. Sin meternos por ahora en el mundo de los ángeles, dígame usted, ¿existe el mundo visible, y hay en él movimiento y vida?

D. TITO —¿Quién lo duda?

D. ESTEBAN—Luego existe Dios, fuente de esa vida y movimiento.

D. TITO —Hay que verlo.

D. ESTEBAN—¿Existe en el mundo visible armonía y orden?

D. TITO —A primera vista parece que sí, mas..

D. ESTEBAN—(*interrumpiendo*) Luego existe Dios, principio de ese orden y armonía.

D. TITO —Hay que explicarlo y probarlo?

D. ESTEBAN—¿Existe la verdad?

D. TITO —Cierto.

D. ESTEBAN—Luego existe Dios, origen de toda verdad.

D. TITO —Desearía ver yo como desarrolla usted esa triple prueba.

D. ESTEBAN—Vamos allá. Existe el mundo; existe el hombre. Dígame usted ahora: ¿de dónde procede el hombre? ¿de dónde proceden las cosas que en el mundo existen? O el hombre existe por sí mismo, y por sí mismas existen las cosas visibles, o ellas y el hombre existen por otro ser que posee la existencia *de sí mismo*, sin tener causa, ni eficiente, ni ejemplar, ni final. No hay término medio; y si alguien se atreviera á indicarlo siquiera, incurriría en una palmaria contradicción.

D. TITO —Pero, ¿cómo ese ser puede gloriarse en poseer *de sí mismo* la existencia sin causa?

D. ESTEBAN—¿Y usted me pregunta el *cómo*, señor don Tito?

Esto no se pregunta nunca ¡canario! El modo como Dios posee la existencia de sí mismo es un arcano insondable, es un oceano sin fondo y sin orillas, a cuyas playas no puede llegar siquiera la pobre razón humana. Mas, no divaguemos: momento llegará, tal vez, según voy observando, en que le probaré a usted el por qué de lo que digo. Por otra parte, de ésto no se trata ahora.

Pregunto, pues: ¿existe el hombre por sí mismo? No; porque ha existido en el tiempo. Si existiera por sí mismo, existiría desde toda la eternidad, existiría necesariamente y siempre; lo que no puede ser.

(Don Tito empezó a fruncir el seño. Advirtiéndolo el vicjo le soltó esta rociada).

No se apure, hijo, no se apure; que yo le haré a usted desarrugar esa frente. Ya lo verá usted claro, para su propia confusión.

Y sigo: ¿las cosas visibles existen por sí mismas? ¡Cómo!... Si el hombre no existe ni puede existir por sí mismo, ¿cómo pueden existir por sí mismo los objetos exteriores que tienen ménos derecho á la existencia absoluta que el espíritu humano que piensa, y juzga, y raciocina, y quiere? Por consiguiente, señor don Tito, el mundo tiene su razón de ser, su fundamento, no en sí mismo, sino en otro que tiene su fundamento y su razón de ser en sí mismo: en otro que no es, por lo tanto, un ser contingente, dependiente y relativo, sino un ser supremo, necesario y absoluto: Dios. ¿Abriga usted la menor duda? Demos una nueva forma á esta misma prueba.

* * *

Dígame usted: ¿no es cierto que hay seres que existen y que, no obstante, podrían no existir?

D. TITO

—Cierto.

D. ESTEBAN —Luego, hay un ser que existe eternamente; es decir: un ser necesario: Dios.

D. TITO

— No veo clara la consecuencia.

D. ESTEBAN —Pero, ¡canario! ¿dónde estamos? Cuando una cosa que podría existir, o no, existe realmente ¿no es preciso que haya una razón por la cual exista?

D. TITO

—Sin duda.

D. ESTEBAN —Pues bien: ¿esta razón la posee ella en sí misma?

- D. TITO — Parece que no.
- D. ESTEBAN — ¡No, no! diga usted rotundamente que no la posee. ¡Valgan verdades! por lo mismo que podría existir, podría muy bien no existir.
- D. TITO — Sí..... sí.
- D. ESTEBAN — De donde legítimamente se sigue que tiene su razón en otro ser que existe y debe existir en virtud de su esencia: en un ser absoluto y necesario: en Dios, en Dios.
- D. TITO — Pero creo yo que no habría que recurrir a un ser necesario y absoluto; porque una cosa podría tener su fundamento, su magna suficiente razón en otra cosa, ¿eh?, está á su vez en otra, y así, así sucesivamente en una serie infinita de cosas; o más bien, en un círculo encadenado inenarrable de seres.
- D. ESTEBAN — ¡Vasto es mi triunfo!... Eso es un absurdo palmario, Don Tito. ¿No advierte usted que así se supone una serie infinita de cosas, que, aumentada con otra cosa que nace, haríase más infinita aún, si vale la palabra? ¿No se le alcanza á usted que así se forma un infinito que es igual a una suma que se compone de la adición de puras y bajas naderías? ¿No comprende usted que de este modo se forma un barullo, o se forja una cadena, cuyo primer eslabón debería necesariamente permanecer en el aire, a no ser que lo colgasen de los cuernos de la luna? Eso no puede ser; eso es una contradicción fundamental, un extravío de la razón, un solemne y risible disparate.
- D. TITO — Bueno: yo me fijo en que (*con sorna*) colgado o no ese anillo de los cuernos de la luna, pudiera resultar un circular encadenamiento; o de otro modo... (como lo diré yo) una... encadenada circunferencia de seres.
- D. ESTEBAN — ¡Ja!... ja! .. ja! Es decir: una cadena cuyo primer eslabón estuviese unido al último: por encima y por debajo, como si dijéramos; ¿no es verdad? Causa y efecto a la vez: ¿no es eso?... Pero ¡hombre! ¿no ve usted que ahí está, precisamente, la contradicción y el absurdo?...

Y no indico, amigo mío, otros absurdos y contradicciones por no cansarle a usted ¡valgan verdades! admitida esa irrazonable suposición de *circulares encadenamientos, o encadenadas circunferencias de seres*, ¿no ve usted que sería necesario admitir también tantas series infinitas, como series orgánicas existen;

puesto que, como usted sabe perfectamente, cada ser no puede, ni ha podido jamás producir sino otros seres de la misma naturaleza? (*souviéndose*) Porque, a lo ménos yo, no he visto nunca que el cristal, por ejemplo, produzca a un hombre, ni el hombre una planta, ni la planta un bruto, etc. Por otra parte, y en una palabra: «Tratándose de causas, dice el gran Estagirita (1) hay que admitir por necesidad una causa primera».

D. TITO — ¡Vamos! vamos!..

D. ESTEBAN—Luego, Don Tito, existe una primera causa de todo cuanto existe; luego existe Dios. Y ahora lo verá usted más claro en lo que le voy a decir.

D. TITO —Vamos a ver.

* * *

D. ESTEBAN Existe el mundo; y basta abrir los ojos para advertir que el mundo no es un cadáver inerte. En todo él vemos vida, orden, movimiento y... verdad. Busquemos, pues,

1.º—la primera causa del movimiento

2.º—la regla primera del orden.

3.º—la primera fuente de la vida.

4.º—el origen *ab ovo*, como dice usted, de la verdad. Oigame usted. (*pequeña pausa*).

Yo tengo entendido que el movimiento se comunica siempre de un objeto a otro, y ésto lo tengo por cierto.

D. TITO — También yo.

D. ESTEBAN—Pues bién: ¿puede, diré con Aristóteles. (2) puede una cosa ser movida por otra, sin que exista una primera causa motriz?... A ello, ¿qué dice usted?

D. TITO —Que tal vez sí.

D. ESTEBAN—Qué tal vez sí? Pues yo repito con el gran Filósofo Estagirita que no, que no y que no. (*con brio*) ¡Qué canario!... Dirija usted una mirada a todas partes: arriba, abajo, a derecha, a izquierda. Ese movimiento que usted observa en el mundo, en todo el mundo,

(1) *Aristot. Metaff II.*—

(2) *Metaf IV.*—

desde la mariposa que revolotea en torno de un rayo del sol, hasta el león que ruge en el desierto; desde los minerales, cuya formación se efectúa lentamente en las entrañas de la tierra, hasta los cuerpos celestes que giran con rapidez en las innensas órbitas del espacio; desde el gusano que se arrastra por el polvo, hasta la marcha imponente y regular de las ideas en el espíritu humano; toda esa vasta corriente, digo, de movimiento que cruza y atraviesa el universo, proviene, Don Tito, por necesidad, de una fuente, se deriva de un principio del que se origina todo movimiento, el cual principio no es, no puede ser movido a su vez por ninguna otra fuerza motriz...

- D. TITO —A pesar de todas las poesías en verso o en prosa, Don Estéban, queda en pié la misma dificultad.
- D. ESTEBAN Si yo no he terminado todavía, señor.
- D. TITO —De sus palabras se deduce que no puede haber materia sin fuerza, venga de donde viniere.
- D. ESTEBAN —Pase; ya veo que va usted a hablar de memoria.
- D. TITO —Es así que no hay ni puede haber fuerza sin materia, luego...
- D. ESTEBAN —Luego, ¿qué? Concluya usted: ¿luego no hay Dios? O lo que es lo mismo, ¿no existe una fuerza infinita, primera causa de todo movimiento, o una fuerza, principio de la fuerza de la materia?
- D. TITO —Yo entiendo que ninguna fuerza puede nacer de la nada. (1)
- D. ESTEBAN —Pero ¿qué está usted diciendo?
- D. TITO —Nada en el universo mundo nos autoriza a suponer esa fuerza sin cuerpo de qué emane, y sobre el cual obre (2).
- D. ESTEBAN —(con fuerza) ¡Vasto es mi triunfo! Todo eso es una lamentable aberración, un solemne disparate, y dispense usted. ¡Cuánto malo han leído esos ojos! Esas frases, no son dignas de un hombre de razón recta.
- D. TITO —(con tono) Vamos a verlo, si nó. Tomemos el mundo visible; dividámosle en las moléculas que usted quiera; supongamos esas moléculas destituidas de

(1) Liebig—

(2) Cotta—

materia, de fuerza, ¿cuales serían las consecuencias que de ello se deducirían?

D. ESTEBAN—¿Moléculas sin materia y sin fuerza? ¡Já, já, já! ¿Qué serían? Nada.

D. TITO - Luego...

D. ESTEBAN—Luego.. ¿qué?.

D. TITO - No conozco yo en el mundo visible cosa alguna que no esté dotada de fuerza.

D. ESTEBAN—Ni yo tampoco, ni nadie... ¿Y qué?

D. TITO - (con resolución.) Luego no puede haber fuerza sin materia. (1)

D. ESTEBAN—¡Vaya un razonamiento, señor don Tito, vaya un razonamiento!

(Entonces cruzando las manos, y elevando sus ojos al cielo, exclamó el viejo con una voz que parecía salir de una caverna: ¡Dios mío! y a este punto y a nada más que a este punto llegan, precipitándose, y aquí separan los más grandes materialistas, corifeos del ateísmo! "No conocemos materia sin fuerza, o más allá de la materia: luego no hay Dios" ¡Vaya una argumentación tan legítima! Y al instante, encarándose con Don Tito, prosiguió.)

No se trata, señor mío, no se trata de buscar la fuerza de la materia, ¿estaría bién!: esa fuerza todos la admitimos, porque en la materia la encontramos. Se trata de buscar la energía principio de la fuerza de la materia, causa del movimiento que se observa en el universo. De ésto únicamente se trata: no hay que divagar: ciñámonos a este punto. Y ante todo, ya que usted se anda por las ramas, voy yo mismo a definir su doctrina, concretándola, para responder a ella. Hago una apuesta, ¡canario! de mil contra uno a que esa doctrina no es otra cosa que el viejo choco error de Epicuro, el cual consiste en admitir y enseñar, sin prueba alguna, que «las moléculas, o mejor dicho, los átomos o corpúsculos indivisibles, infinitos en número, simples, é independientes los unos de los otros, existiendo desde toda la eternidad, han formado, por un encuentro *fortuito* este universo que se mueve continuamente». ¿Es esto cierto, señor don Tito, o no es cierto?

D. TITO —Si, señor: esa es mi doctrina; antigua y siempre nueva. Lo que falta es probar que ella es un error.

(1) Buchner=

D. ESTEBAN—Nada más fácil. Desmenucémosla, y nos entenderemos al fin.

Vamos á ver Según su doctrina, los átomos, ó *primeros principios* de los cuerpos, o del mundo visible son eternos, son lo absoluto.

D. TITO —Cierto.

D. ESTEBAN Luego, son inmutables; porque la eternidad es la medida de lo inmutable, del mismo modo que el tiempo es la medida de la mudanza. Pero si la cualidad esencial de los cuerpos, producidos por los átomos, es la mutabilidad, ¿quién no ve, a no ser que haya perdido el meollo, que nada hay más mudable que los átomos?... Responda, respóndame usted á esta consecuencia?

(Mientras que Don Tito quedó haciendo buchitos, porque no encontraba salida, prosternó el anciano)

Si los átomos son eternos, deben existir incondicionalmente por sí mismos... ¿ño es cierto?

D. TITO — Cierto

D. ESTEBAN—Luego, ¿cómo se explica su recíproca relación y su mútua dependencia?...

Por otra parte, según su doctrina, esos átomos eternos son simples e indivisibles ¿Cómo se explica, pues, que pueden aglomerarse por su propia virtud, y formar cuerpos, es decir, una cosa compuesta y divisible? *Eche usted, don Tito, y que no se derrame.* Esos átomos carecen de inteligencia, y no obstante deben producirla. Esos átomos no son libres, y sin embargo, deben producir la libertad. Esos átomos, a ciertos grados de calor, vienen a ser cadáveres inertes, y a pesar de ello, deben producir el movimiento del universo...

¡Ah! señor Don Tito, señor Don Tito! ¡cuántos absurdos! ¡cuántas contradicciones! ¡cuántas locuras, por el empeño insensato de apartar la mirada del rayo de luz que todo lo alumbrá; por el terco afán de negar la existencia del Ser Supremo, causa primera de todo movimiento!

D. TITO — Si... ya veo.

D. ESTEBAN — ¡Mis papeles no se queman! La materia, amigo mío, como tal materia, es indiferente al movimiento y al reposo. Advertimos que en el mundo visible hay movimiento. Ese movimiento supone un motor, el cual,

a su vez, supone un motor primitivo, que se mueve a sí mismo, y que no debe su movimiento a un impulso venido de fuera. Ese primer motor, ¿quién es? Ese movimiento y actividad por sí mismo: es pura actividad: es puro espíritu: es Dios, Dios.

III

Hallada la primera causa del movimiento, busquemos ahora la regla o causa primera del orden.

Apenas nos fijemos en el movimiento que se verifica en el universo, observamos que ese movimiento se relaciona con un objeto determinado. Todo cuanto existe en el mundo visible, ya lo consideremos en su conjunto, ya estudiemos cualquier organismo en particular; desde la humilde violeta que en el remanso se esconde bajo el verde follaje de sus hojas, hasta el soberbio roble, monarca de las selvas; desde la estrella, que se agarra a la roca, batida por espumoso oleaje, hasta los infinitos globos que van centelleando en sus revoluciones por los espacios inmensos, todo lleva el sello incontestable de la armonía, del orden y de una disposición intencional.

(Al llegar aquí el anciano, empezó Don Tito a fruncir otra vez el seño, y a hacer signos negativos con la cabeza: Don Estéban no obstante, prosiguió impávido).

Pero la armonía, el orden y la intención, no pueden menos de revelar una inteligencia que armoniza, ordena y dispone con relación a un determinado fin. Esto es más claro que la meridiana luz. ¿Cuál es, pues, la consecuencia que de aquí debe sacarse? ¡Vasto es mi triunfo! Yo deduzco legítimamente que el mundo visible que tanto orden, que tanta belleza, que tanta intención revela, es obra de una regla infinita: es obra de Dios, de Dios.

* * *

D. Tito

—Pues yo tengo para mí que este orden y esta coordinación bellamente armónica, y harmónicamente bella (si los hay, se entiende) no es obra de una re-

gla, o inteligencia infinita, que con intención final haya laborado.

- D. ESTEBAN — ¿Y por qué dice usted: «Si los hay, se entiende»?
- D. TITO — Porque dudo mucho, y con magna razón, que haya ese orden, y esa armonía y esa intención.
- D. ESTEBAN — Pero, ¿qué está usted diciendo, cristiano?
- D. TITO — Exactamente lo que iba a decir a usted antes: que a primera vista lo parece; pero que yo dudo de ese orden, simetría y belleza intencionales en el universo.
- D. ESTEBAN — Pero, ¡canario! ¿no tenemos ojos en la cara?
- D. TITO — (con pedantería) Sí, señor; y los míos con la ayuda de los grandes telescopios observan un espacio inmenso, desierto, vacío, en que flotan como puntos casi imperceptibles los soles y los globos (1).
- D. ESTEBAN — (con sorna) ¡Oh! linfas esclarecidas de Lepanto! Y los míos sin telescopios ven en serena y despejada noche un manto de azul sombrío, tachonado de diamantes.
- D. TITO — Hay más: ¿«Por qué, digo yo, no se han hecho habitables para los hombres los demás planetas de nuestro sistema solar», (2) y en cambio se ha hecho habitable nuestro planeta, la tierra?
- D. ESTEBAN — Señor don Tito, creo que ésto lo dirá usted de guasa.
- D. TITO — No, no señor. Con ésto que he dicho voy derechamente a mi apetecido fin.
- D. ESTEBAN — Está bién. ¿Y cómo podría usted probarme científicamente que los demás planetas de nuestro sistema solar no se han hecho habitables, si para hombres como nosotros no, a lo ménos para seres dotados de inteligencia y voluntad, capaces de conocer y adorar a Dios, cualquiera que sea el nombre de esos seres? A ver.....
- D. TITO — Bueno. Pero.. ¿«por qué el Creador ha dado anillos a Saturno que tiene menos necesidad de ellos que ningún otro planeta, puesto que está rodeado de seis lunas».....
- D. ESTEBAN — (interrumpiéndole) Eso lo saben los niños de la escuela, no se moleste usted.

(1) *Buchner-Fuerza y materia.*—

(2) *Buchner F. y m.*—

D. TITO —..... «mientras que el pobre Marte ha quedado en la oscuridad más profunda?» (1)

D. ESTEBAN—(con *sorna*) Pues, amigo, muy sencillo. El Creador ha dado a Saturno esos anillos y ha dejado sin ellos al pobre Marte, porque le *ha dado su real gana*, (*sonriéndose*). Del mismo modo que Dios, en sus eternos juicios no ha querido que yo sea agraciado con el primer premio de la lotería de Navidad, y ha querido, en cambio, que les quepa en suerte a algunos, a quienes maldita falta les hace para comer y darse tono, (*serio*) ¡Vaya..... vaya!

D. TITO —«La luna, Don Estéban, solo gira una vez sobre su eje, durante el tiempo que se invierte en hacer su revolución alrededor de la tierra; de modo que siempre nos presenta la misma cara». (2)

D. ESTEBAN—¡Sopla! Pero ¿quiere usted que la luna nos presente alguna vez la..... espalda? Si nos descuidamos un poco, se convierte ésto en una disputa de chiquillos.

D. TITO —No tema usted, no tema usted: ¡a mi fin, a mi fin! ¿Por qué, *pregunto yo*, carece de agua y atmósfera la luna, oponiéndose así a todo desarrollo orgánico?» (3)

D. ESTEBAN—Y como sabe usted, don Tito, que la luna carece de atmósfera y de agua, cuando acaba de decir que la luna presenta siempre la misma cara á la tierra?

Y dado que la luna carezca de agua y de atmósfera, esa carencia ¡valgan verdades! opondráse á lo sumo, al desarrollo de organismos por nosotros conocidos; pero ¿qué diría usted de otros seres orgánicos de distinta naturaleza, desconocidos por nosotros, si Dios con su infinito poder los hubiera creado en la luna?

Por otra parte, dispéñeme usted que responda á su brava pregunta con otra preguntita. Dígame usted: ¿por qué el cuervo no vuela por el abismo de los mares, y el tiburón no se desliza por entre las flores del valle, y no toma alguna vez el sol en las crestas de los montes?

* * *

(1) *Hudson Tuttle-Historia y leyes de la creación.*—
(2) *Hudson-Tuttle.*—
(3) *Buchner*—

D. TITO —(*con resolución*) Bueno: lo que yo veo, después de todo, es que hay muchos defectos, y «grandes irregularidades, e inmensas desproporciones de magnitud y distancia entre los planetas de nuestro sistema solar»; (1) y esto se opone...

D. ESTEBAN—(*interrumpiendo con brío*) ¡Alto, alto! ¿Quién es el sábio que con razón puede afirmar, que eso que usted llama defectos, desproporciones e irregularidades, se opone al orden, a la belleza y a la intención que el sistema solar revela? Yo no voy tan allá, don Tito; yo no quiero subir tan alto, ni necesito de telescopios, ni de microscopios, ni de nada, para mirar hacia arriba o hacia abajo, o lo que sea. Yo extendo simplemente mi vista en derredor mío, y miro el mal al lado del bien, y el vicio junto a la virtud, y la risa mezclada con el llanto, etc. Esto le parece a usted un desorden y una fealdad; ¿no es cierto?... Yo observo en la primavera la lluvia y el sol desarrollando los gérmenes de las plantas, y abriendo los botones de las flores, y de súbito veo que una helada lo destruye todo despiadadamente. ¿Qué cosa más inoportuna dirá usted, con el mismísimo Straus, ¿no es verdad?... ¡Ah, don Tito, don Tito! ¿No ve usted que eso es un despreciable sofisma.

D. TITO —No alcanzo yo la razón de esas desconformidades y desproporciones, ni nadie creo que la alcance tampoco.

D. ESTEBAN—(*echándose a reír*) ¡Já! já! já! já! ¿Y que importa que usted ni nadie alcance el motivo de ciertas cosas? ¿Acaso, para afirmar con certeza que hay conformidad, armonía e intención en un todo, es necesario poder dar razón de cada uno de los detalles particulares? Un reloj marino, perdido en un bosque y hallado por un hombre rudo e ignorante, diré yo á semejanza de Maistre ¿no le demostraría la inteligencia y la hábil mano de un obrero, con la misma certeza que se las demostraría al más sabio astrónomo? ¡Vasto es mi triunfo! Lo que parece irregular, deforme, feo, desproporcionado y sin objeto, cuando se lo considera en un horizonte limitado, o cuando se lo

(1) Buchner—

quiere referir a alguna cosa particular, ¿no puede hallarse ordenado, y aun bello, y hasta sublime en el vasto conjunto de la creación?... ¿Quién, pues, don Tito, quién que no tenga alma de corcho, o espíritu *espeso*, y dispenseme usted, puede afirmar que no hay en el mundo visible orden, armonía e intención, al contemplar sus estupendas maravillas?

D. TITO —Bueno. Pero «todo eso supondría, á lo sumo, la existencia de un ordenador, de un arquitecto del mundo que hubiera arreglado, ordenado y formado una materia que hubiera estado en su mano; mas no la existencia de un Creador, autor y señor de cuanto existe». (1)

D. ESTEBAN — ¡Hola! Así, así me gusta: que penetremos en la médula de las cosas. De modo que, según usted, puede existir un ordenador que haya dado a las cosas *forma con intención*; pero no que las haya creado. Es decir: que la dificultad no está ya en que haya un ordenador, sino en que exista un Creador... ¿no es verdad?...

D. TITO —Sí, Señor, sí.

D. ESTEBAN —Pues bien: allá vamos.

D. TITO —Vamos á ver ..

* * *

D. ESTEBAN —Si el mundo visible con su orden y belleza nos revela un ordenador que ha arreglado con intención las cosas, la forma de las cosas es forzosamente intencional; ¿no es cierto? Más claro no lo canta un gallo.

D. TITO —Cierto.

D. ESTEBAN —Bien ¿Esa forma intencional es exterior y accidental?

D. TITO —Pues... le diré a usted...

D. ESTEBAN (*con fuerza*) ¡No: no Señor! ¡Valgan verdades! Esa forma intencional no es, no puede ser accidental. Esa forma es íntima, es esencial y substancial. Esa forma intencional es la idea, es la naturaleza y la esencia

(1) Kant-Crítica de la razón pura—

misma de las cosas, de las que es, por lo tanto, inseparable esa forma. Esa forma, o conformación intencional no está simplemente adaptada a las cosas; está en el fondo, en el fondo mismo de ellas, o si se quiere, constituye con el fondo un todo idéntico, en virtud de su misma idea, como dice el gran Estagirita (1) ¡Mis papeles no se queman, don Tito! La conformación intencional, es el momento, el gran momento esencial del organismo, o de la cosa; y no podría concebirse sin ella.

D. TITO —Asaz, demasiadamente abstrusa paréceme a mí esa reflexión, don Estéban.

D. ESTEBAN —Pues, hijo ¿y que remedio? Con tal que contenga la verdad...

D. TITO —Para mí permanece en pié, o mejor dicho, la dificultad se agranda superabundantemente.

D. ESTEBAN —Veamos por qué.

D. TITO —Porque yo tengo aprendido que los primeros elementos, o si usted quiere, los compuestos, o componentes mejor dicho, inorgánicos, difundieron y derramaronse profusamente en la inmensidad del espacio.

D. ESTEBAN —Bien: ¿y qué?

D. TITO —Que ellos formaron como unas zonas concéntricas, animada cada una de las cuales por un movimiento propio, circular o elíptico, en torno de un punto que pudiera llamarse el centro del universo,

D. ESTEBAN —Pase: ¿y qué?

D. TITO —Que dichas zonas concéntricas, aglomerándose y condensándose, debieron dar origen a los soles, sucesivamente, y a los planetas y a los satélites de los planetas, etc. etc. (*con brío*) y por consiguiente, a la forma que actualmente tienen. (*con satisfacción*) Esto es más claro que la luz del astro rey en su meridiano.

D. ESTEBAN —(*moviendo la cabeza*) ¡Ay! ay! ay! ay!... Dos cosas graciosísimas, amigo mío, advierto en lo que usted acaba de decir:

1.^a—(*sonriéndose*) que tiene usted buena memoria, y recuerda muy bien el sistema de Laplace; y

2.^a—que no me ha comprendido usted; y si me

(1) *Aristot-Matap VI*—

ha entendido, pretende usted confundirme en una cosa que yo entiendo como el bendito; por más que a usted le parezca, o diga que *le parece, asaz, demasiado abstracta*.

D. TITO —No basta afirmar, don Estéban

D. ESTEBAN —Ya lo sé, ¡canario!, ya lo sé. ¡Vasto es mi triunfo! La forma intencional de qué yo trato, no es la forma exterior y accidental, escueta, como la de un banco de escuela, o de un buñuelo, a que quiere usted referirse, por lo visto, y de la que habría mucho que decir, relativamente al punto que nos ocupa. Es la forma substancial, señor mío; de ésta se trata; es decir: óigame bien: trátase de la *forma substancial* del elemento que depende intrinsecamente (entiéndalo bien) que depende intrinsecamente de la *materia prima* que ella informa y supone.

D. TITO —¡Forma substancial y materia prima!...

D. ESTEBAN —¡Escapánsele a usted esas ideas, don Tito? No me causa extrañeza. Yo llamo *materia prima* (porque verdaderamente lo es) «una realidad substancial e incompleta, que no tiene *de sí* acto ni forma, pero sí capacidad y potencia para todas las formas substanciales.» Y acentúo el caso *de sí* porque, por otra parte, esa realidad que existe en la naturaleza de las cosas, nunca existe sino perfecta y en acto, en virtud de alguna formal substancial. Y en este sentido se dice rectamente que sin esa forma no puede haber *materia prima*.

Y llamo *forma substancial*, porque también lo es, «cierta realidad substancial, pero incompleta, que actúa primero la materia y la determina, para constituir juntamente con ella la substancia subsistente completa.»

D. TITO —¡Vamos, ... Vamos! ..

D. ESTEBAN —¡Vamos!: que para apreciar estos conceptos, que trascienden todo sentido, y toda imaginación, y sólo se alcanzan con la luz de la razón pura, es preciso sudar mucho, cerrar bien los ojos y pensar hondo.

D. TITO —¡Ya!

D. ESTEBAN —¡Qué se deduce, pues, legítimamente de todo esto? ¡Ah!... que el que ha puesto la forma, ha puesto también la esencia, porque esa forma es esencial. Que el que ha puesto esa forma, no sólo es el arquitecto, sino también el Creador de todo cuanto existe:

Dios, Dios, que lo ha hecho todo de la nada con su infinito poder; Dios que lo ha ordenado todo; Dios que lo gobierna todo: ¡eso es!

Aquí el vicjo, satisfecho con la consecuencia que acababa de deducir, dió un mugido de bucy, como queriendo decir a su adversario: ¡De aquí no te escapas! Pero el jórcu que efectivamente con esta rociada parecía turulado, viéndose en tal aprieto, aprovechó dos brechas que, a su parecer, había abierto una frase del anciano, y replicó).

* * *

D. TITO —¿Ha dicho usted que Dios lo ha hecho todo de la nada con su infinito poder?

D. ESTEBAN Sí, señor; y tengo a mucha honra el ratificarme en ello.

D. TITO —Pues eso es para mí uno de los mayores absurdos. *(dándose tono)* En primer lugar, *de la nada, nada se hace.*

D. ESTEBAN— ¡Caram... bola!! *¡De la nada, nada se hace!* ¡Magnífico!!... ¡Parece mentira!... No creí yo nunca, don Tito, que un hombre de razón, como usted, pronunciara ese axioma de los epicúreos con aire tan marcado de triunfo. Le confieso a usted ingénuamente que para mí nada hay más superficial que semejante axioma. ¡Valgan verdades!: esa máxima no es más que un juego pueril de la imaginación, una pura fantasía que se esfuerza en combinar, no ideas, sino representaciones sensibles, imágenes fantásticas: una proposición incapaz de satisfacer, no digo a un hombre algo versado en materias filosóficas, pero ni siquiera a un tarambana con un dedo de frente y un céntimo de sal en la mollera. ¡No, señor don Tito, no!. Cuando decimos que Dios lo ha hecho todo de la nada, no pretendemos representar la creación como un tránsito de la nada a cierta cosa que se llama mundo, en el sentido de causalidad material; o como una fuente o madre del ser, no; sino que hemos escogido esa expresión, para excluir cualquiera causa material, de donde haya salido el universo. En resúmen, dada esta explicación, respondo. *De la nada, tomada como materia preexistente, que se cambiara en el mundo, nada se hace,* lo concedo. Esto es tan claro, que ni pizca de luz se necesita para verlo. *De la nada, toma-*

da como exclusión de toda materia preexistente, *nada se hace*, ésto es lo que jamás podrá sostenerse con certeza; y por consiguiente lo niego. ¿A ver qué dice usted a ello? .

* * *

D. TITO —Bueno: convenido. Pero ha dicho usted, además, que Dios creó el mundo de la nada con su infinito poder.

D. ESTEBAN —Y lo sostengo.

D. TITO —Pues, si es así, veo yo en ello, aun en el sentido expuesto por usted, un absurdo asaz risible.

D. ESTEBAN —¿Sí?

D. TITO —Sí; porque entonces el mundo, añadiéndose a la substancia divina, agranda la suma del Ser Supremo, y constituye una especie de acrecentamiento de lo infinito; y tendríamos en lo infinito, lo infinito y el mundo.

D. ESTEBAN —¿Ha terminado usted?

D. TITO —Pregunto yo: ¿es admisible metafísica y lógicamente ésto, según su doctrina de usted? ¿Puede concebirse que la creación del mundo añada una cantidad de ser a lo infinito?... Y si usted me dice que nada añade, ni puede añadir, ¿cómo se concibe que el Creador haya sacado el mundo de la nada con su infinito poder? Si Dios ha sacado efectivamente el mundo de la nada, hay necesariamente un acrecentamiento de la substancia y del ser infinito en su poder; y si hay un acrecentamiento del ser y de la substancia, ¿qué viene á ser lo infinito entonces, don Estéban, según su doctrina de usted?

D. ESTEBAN — (con sorna) ¿Ha terminado usted ya, según su doctrina de usted?

D. TITO — (entusiasmado) De donde se sigue legítimamente que, o no ha sido el mundo creado de la nada, o no existe el poder infinito en el Creador; y por ende... saque usted la consecuencia: (con satisfacción) ¿A ver, á ver, cómo sale usted de ese laberinto?... .

D. ESTEBAN —¿Qué cómo salgo? Con la ayuda del Dios, a quien adoro, facilísimamente.

Ante todo, disimúleme usted, Don Tito, que le diga que esa dificultad, hija de la semiciencia, revela en los autores que usted ha leído, y que la han pre-

sentado antes que usted, aunque no tan bien emperifollada, una torpeza supina, con qué conciben lo infinito creador. ¿Qué ciencia es esa, ¡canario!, qué diablos de ciencia es esa que considera el Ser Infinito y el ser finito como dos cosas que se suman? ¿Qué ciencia es esa que desconoce hasta ese punto la esencia de la causalidad? ¿Cómo el mundo que sale de la nada, y al llamamiento de la palabra divina dice «Aquí estoy», puede llegar a unirse con todo su valor a la substancia de su causa para acrecentarla? ¿No advierte usted que, al presentar esa objeción, se olvida de la noción más elemental en ciencia filosófica? ¡Vasto es mi triunfo! Es una gran verdad que todo el valor del efecto producido subsiste en su propia causa, y de un modo superior a sí mismo en proporción de la grandeza misma de la causa que lo produce. De manera, que siendo infinito el poder creador, o la causa primera del mundo, el ser del mundo, como efecto, se encuentra en el Creador de una manera infinita. Luego, el poder infinito, al sacar el mundo de la nada, no puede aumentar ni disminuir con la creación del mundo.

— ¡Vamos! . . . , vamos!

D. TITO

D. ESTEBAN

— ¡Mis papeles no se queman, *amiguito!* De ese profundísimo misterio de Dios tenemos destellos, aunque pálidos, en toda la creación, como son de ver en el hombre mismo. Dígame usted. Si hubiera un caballero que personificase en sí toda la autoridad social de una nación, y se le antojase un día crear autoridades subalternas, y toda una jerarquía de funcionarios del Estado, ¿creería usted que por ese hecho habría de aumentarse su soberana autoridad?... ¿Cree usted que todas las bellezas que resplandecen en las grandes obras de los artistas inmortales, en la Iliada de Homero, por ejemplo, y en la Minerva de Fidias, y en el Moisés de Miguel Angel, y en la serenata a Kreutzer, etc, constituyen para sus autores nuevos rayos de luz que se añaden y agrandan las llamas encendidas de sus genios creadores?... A ver, a ver, cómo sacude usted el peso de este razonamiento

(*Observando entonces el anciano que el joven, sin saber qué decir, miraba aletado, con los ojos entrecabiertos, un objeto indeterminado en la pared de enfrente, prosiguió.*)

Ya ve usted, amigo mío. De manera que.....

* * *

D. TITO — (*interrumpiendo*) De lo dicho hasta aquí, en esta magna cuestión saco yo en limpio que toda la demostración de la existencia de Dios por las cosas visibles se funda en el principio de causalidad.

D. ESTEBAN — Atinada consecuencia. ¿Y qué?

D. TITO — Que cómo ese principio es una pura ilusión.....

D. ESTEBAN — Ese sí que es un salto mortal, en que ha venido a quedar usted desconyuntado.

D. TITO — (*con tono*) Esto de que «todo efecto depende de alguna causa», ni es analítico, ni sintético *a posteriori*, sino sintético *a priori*.

D. ESTEBAN — (*aparte*) ¡Hola!

D. TITO — Luego es una ilusión, una pura ficción de la mente.

D. ESTEBAN — ¿Y dónde ha aprendido usted que esa proposición no es analítica? ¡Es el mismo demonio ese Kant!

D. TITO — En toda proposición analítica el predicado es de razón del sujeto.

D. ESTEBAN — (*con brío*) Ahí, ahí está ¡canario! toda la equivocación ¡Vasto es mi triunfo! No sólo se llama y es proposición analítica aquella en que el predicado es de razón formal del sujeto, (v. g. el bruto es el animal irracional) sino también aquella que, siendo de inmediata evidencia, no necesita de prueba alguna: ó aquella en que de tal modo está enlazado el predicado con el sujeto, que no puede ser separado de él sin manifiesta contradicción.

Aplique usted ahora al caso, y escriba, cuando pueda, á su maestro *Manolito*. Porque dada esa explicación, que es la verdadera, ¿quién no ve, don Tito, que la noción del efecto, o lo que es lo mismo, del mundo visible, el cual no tiene de sí razón suficiente de ser, nace inmediatamente la noción de la causa ó del principio necesario para su existencia?

D. TITO — Sí, sí.

* * *

D. ESTEBAN — ¿No le ocurre á usted otra cosa sobre este punto?... Prosiga usted.... Replique usted ... (*viendo que el joven nada decía*) Diga usted, hombre, que, aun-

que el principio de causalidad sea por sí mismo evidente, no por eso deja de permanecer la forma *a priori* y abstracta; y por consiguiente, de ella no se deduce, no puede salir el ser físico y real. Esa es una dificultad; y se ve que usted, o no ha leído o no recuerda bien á *Hume*.

D. TITO

—Sí, sí: ahora recuerdo esa objeción.

D. ESTEBAN

Pues respondamos á ella para su inteligencia de usted. El principio de causalidad, amiguito, no es simplemente *a priori*, como si fuera un parto de la mente. El principio de causalidad está tomado, por decirlo así, de las cosas visibles, con evidencia inmediata, como consta de la experiencia y de todo lo anteriormente dicho.

Por otro lado, demos que sea ese principio una noción ideal. ¿Dejaría por eso de ser siempre un argumento irrefragable en favor de la existencia real? ¡Como! si es cosa sabida que el orden ideal, por la realidad de un término, pasa al orden real necesariamente?

Más claro, en dos palabras, con un ejemplo. Si existe ese monumento, esa oda admirable, la mayor del Cristianismo, el *Dies irae*, que todos conocemos, forzosamente debió existir una mano, aunque desconocida aún, que encarnó un día en él, y cristalizó, dándole forma lírica, el intensísimo terror del pueblo cristiano. ¿No es ésto cierto?

—Cierto.

D. TITO

D. ESTEBAN

—Pues este es el argumento con qué, partiendo de las cosas visibles, de su contingencia, de su movimiento, de su orden, de su armonía, etc., probamos la existencia del Ser Supremo. Por consiguiente....

* * *

D. TITO

— *interrumpiendo*) Dispéñseme un momento. Pero este orden, esta armonía, esta coordinación que la naturaleza despliega, ora en su conjunto, ora en cada una de sus partes, ¿no podría ser, en definitiva, en vez de efecto de una causa inteligente y libre, que obra con suma intención (de Dios, si usted quiere) efecto más bién, y simplemente, como dicen algunos, del *Acaso*?

D. ESTEBAN — (*aparte*) ¡Y vuelve! (*con brío*) Señor don Tito, advierta usted y tenga en cuenta que, aunque soy un campo sin cultivar, en este campo crece lozana gracias á Dios, la flor natural de la razón, por lo ménos; y mi razón que busca invenciblemente el por qué de las cosas no se paga de palabras huecas, vacías de ideas y de sentido. ¡Vasto es mi triunfo! ¿Qué es el Acaso?... Defínamelo usted, si puede. Vamos... vamos....

D. TITO — (*sin duda por no callarse*) El Acaso... es ..

D. ESTEBAN — ¡Bah! bah! El Acaso en el sentido que usted lo toma es una palabra hueca, y nada más. Es la penúltima letra del abecedario. Es la X, la X. que escribimos en la pizarra, cuando ignoramos la causa verdadera; mejor dicho: cuando por algún motivo, que pica nuestra soberbia, o amor propio, queremos excluir la verdadera causa; ese es el Acaso. Alegar, pues, esa palabra, o admitirla en el asunto que nos ocupa, éso sí que es alegar o admitir una bagatela, y sentar un puro nada, como causa del orden y de la armonía del mundo. Eso es admitir un efecto sin causa; éso es un juego pueril o tonto de vocablos, que unicamente puede satisfacer a la irreflexión; éso, en suma, es una excusa, la gran excusa de la ignorancia, o de la insensata impiedad, y dispéñseme usted «Si el *Acaso*, o el choque, o el encuentro casual de átomos, dice el *Orador Romano* (1) ha podido formar este mundo, ¿por qué no ha producido todavía ni un templo, ni un pórtico, ni una ciudad, ni siquiera una casa, que son obras mucho más pequeñas y más fáciles.

D. TITO — Sí sí: veo la razón.

D. ESTEBAN — Mucha extrañeza me causa el que un hombre, como usted, no la viera antes, y volviera a cortarme la palabra.

Quede, pues, sentado, amigo mío, que en el mundo visible hay orden, armonía e intención, y que todo ello demuestra suficientemente la existencia de una causa inteligente, y libre en su acción: la existencia de las huellas del paso de Dios por el mundo. Sin Dios que lo mueve y lo armoniza todo: sin Dios

(1) *De Nat Deor.* 1—

que lo dispone y lo ordena todo a un fin determinado, el mundo no tiene razón de ser: ¡valgan verdades!..

Vamos ahora a buscar la causa primera de la vida.

D. TITO

—Oigo con atención.

IV

D. ESTEBAN—(*con sorna*) Desde luego, no recelo siquiera, don Tito, que tenga usted empacho alguno en admitir la vida en algunos seres.

D. TITO —¡Oh! me ofendería usted demasiado si lo sospechase aún, (*un poco picado*) Ya le he manifestado a usted que admito la vida.

D. ESTEBAN—Digo ésto, porque a veces, y principalmente, tratándose de materias religiosas, se niega hasta lo más evidente.

D. TITO —(*con tono solemne*) Yo, don Estéban, busco únicamente la verdad.

D. ESTEBAN—Bueno, bueno: no le ofendan a usted mis palabras. Existe la vida; busquemos su primera causa.

Y ante todo: ¿qué es la vida? La flor más humilde lo mismo, que el roble más robusto y gallardo viven; pero ni el roble ni la flor son la vida. ¿Qué cosa es la vida? Lo mismo el más vil insecto, que el hombre, monarca de la creación viven; pero ni el hombre ni el insecto son la vida. ¿Qué cosa es, pues, la vida? ¿Será la simple existencia? No; porque muchos seres existen, y sin embargo no viven. ¿Será el simple movimiento? No; porque los astros, por ejemplo, se mueven, y nadie puede decir con verdad que los astros tienen vida. ¿Será el pensamiento? Tampoco; porque muchos seres viven y no piensan. ¿Será el sentimiento, o la sensación? De ningún modo; porque hay muchos seres que viven y no sienten; y hasta, en ciertas ocasiones, el hombre mismo vive sin sentir. ¿En qué consiste, pues, la vida? Yo tengo entendido que la vida consiste en una fuerza o actividad interna, substancia del ser orgánico. Esta definición, si no para usted, don Tito, para la generalidad de las gentes, sería difícil de entender. Dándole otra forma a la pregunta, podemos decir: ¿a que llamamos ser viviente? Ahora no es tan difícil la respuesta, porque la pregunta está concebi-

da y expresada en el lenguaje usual, cuyo fondo es siempre un pensamiento verdadero y claro.

Entre paréntesis le pido a usted me disimule estos preámbulos que serán majaderías para un hombre tan culto como usted, pero que yo juzgo necesarios, como fundamento de lo que voy a decir.

D. TITO

— Me favorece usted mucho.

D. ESTEBAN

— Conocemos por ser viviente todo lo que se mueve por su propio impulso. Lo inmóvil es lo muerto. Dada esta explicación, hasta un niño sabe diferenciar un ser muerto de otro vivo. «Vivir, *por consiguiente*, es moverse por sí mismo». Decir, pues, que «la vida es la actividad de las fuerzas físicas», (1) o «la lucha contra la muerte», (2) o «la aptitud de asimilar los elementos exteriores al organismo permanente», (3) o «la absorción del organismo para sí propio», (4) o el estado, *en fin*, de un cuerpo que conserva su forma esencial, apesar del continuo movimiento de la materia», (5) nada de esto iguala, ni en claridad, ni en sencillez, ni en penetración, ni en profundidad a esa otra definición de ser viviente, dada por un sabio, cuyo nombre no quiero pronunciar todavía, porque ese sabio es además un santo.

D. TITO

— ¿Tomás de Aquino?

D. ESTEBAN

— Sí: Santo Tomás de Aquino.

D. TITO

— Ya le he dicho a usted, don Estéban que yo busco la verdad unicamente, y la recibiré venga de donde venga. Soy muy respetuoso con la verdad, y con todo el que me la imponga.

D. ESTEBAN

— Reflexión acertadísima. No todos tienen esa virtud. Porque hay hombres tan indiscretos, por no decir tan orgullosos, e insensatos, cuya frase en casos semejantes es: *Por el cielo tú no lo creo*.

Bueno. Pasando por alto prolijas explicaciones sobre la distinción que hacen las ciencias naturales de los cuerpos, en cuerpos organizados, es decir: que poseen esa fuerza, o principio vital o potencia de movimiento propio, (animales y vegetales) y cuerpos inorgánicos, que no la poseen (los minerales), y otros puntos o cuestiones que serían dignas de ser

(1) Huddle--(2) Bichat--(3) Cuvier--(4) Fitch--(5) Schopenhauer.

tratadas en un libro, y no en esta controversia, ó conversación familiar, podemos y debemos sentar, que ese principio vital, o *alma*, por decirlo de una vez, y por consiguiente, la vida que de ella resulta, se nos presenta en el mundo visible, bajo tres grandes esferas de actividad; las cuales comprenden el reino vegetal, animal y humano; es decir: planta, bruto y hombre.

En primer lugar, el principio de la vida en la planta abarca todo el organismo de ella: la nutre, la hace medrar y la propaga; pero la acción no pasa más allá. Sin embargo, ese principio es superior a las simples fuerzas de la materia.

D. TITO — Ahí, ahí, precisamente, es donde empieza para mí la gran dificultad, que con apodíctica fuerza...

D. ESTEBAN —(*interrumpiendo*) Permítame usted, hijo, completar mi pensamiento. Y de paso le diré a usted que ese principio supera las fuerzas de la materia, porque él posee una actividad, que se desarrolla de dentro a fuera, apoderándose de la materia y sirviéndose de ella. ¿Se atreve usted a negar ésto?

D. TITO — A pesar de esa razón, tengo algunos reparos que hacer en contra. Pero siga usted, siga usted.

D. ESTEBAN — En segundo lugar, la vida se nos manifiesta bajo una forma más elevada, en que el principio vital está íntimamente enlazado con el organismo corpóreo: pero su acción no se ejerce exclusivamente, como en la planta, sobre los cuerpos que le pertenecen en propiedad, sino en todos los objetos perceptibles a los sentidos. Tal es el alma sensitiva, que unida al cuerpo del animal, añade a la potencia vegetativa de la planta el ejercicio de la sensibilidad y del movimiento voluntario, tomada esta palabra por instinto natural.

La vida, por último, se nos presenta en una forma superior y elevadísima, en la que ese principio vital no obra por propiedades materiales, a él inherentes, sino que despliega su actividad inmediatamente y por sí mismo, no sólo sobre las cosas exteriores, perceptibles a los sentidos, sino sobre todo el mundo inteligible. Tal es el alma intelectual y razonadora, unida al cuerpo del hombre con una unión esencial, juntando a las potencias, vegetativa de la planta y sensitiva

del bruto, el sublime ejercicio del entendimiento y de la libre voluntad.

Esta, señor don Tito, es la doctrina de la razón; y no digo también de la revelación, por no adelantar conceptos que tendrán, sin duda, en esta conversación nuestra lugar especialísimo.

D. TITO

Pues mire usted, don Estéban: ¿qué quiere usted que le diga yo? ... yo tengo aprendido que la vida no es, ni puede ser otra cosa que el resultado de los mecánicos movimientos, y de las químicas acciones: el producto, el producto de ciertos elementos, que en fuerza de ciertas combinaciones engendran la existencia orgánica.

D. ESTEBAN—Ya me esperaba yo esa salida

D. TITO

—(*picadoj*) Sea salida, o no, tengo para mí que éso que llaman alma, principio de la vida, no es más que un complejo, un complejo de propiedades y de fuerzas que da a luz un organismo determinado: planta, o animal u hombre. (1) Ésta es la última palabra de la ciencia, y esta es mi doctrina, que defenderé calurosamente y vigorosamente, hasta que se me pruebe lo contrario.

* * *

D. ESTEBAN—¡Muy bién!... De modo que usted, don Tito, sin *andarse con chiquitas*, niega el principio vital? niega el alma?

D. TITO

—Rotundamente; porque estoy convencido de que, si la ciencia se viese forzada a reconocer una fuerza vital, veríase en la imperiosa y extrema necesidad de conceder que una mano oculta superior, una oculta potencia máxima.....

D. ESTEBAN (*aparte*) Es decir, Dios.

D. TITO

—..... interviene en la labor de la madre naturaleza, para crear leyes excepcionales, que se deslizarían y se escaparían a todos los cálculos imaginables, ¿Qué vendría a ser ésto? ¡Ah! ésto vendría a ser una brecha abierta en el edificio puramente natural del mundo, la ciencia veríase reducida a dudar de sí propia

(1) *Burmeister—Tab teolog.—1*

y habría llegado irremisiblemente el fin del estudio de la naturaleza.

D. ESTEBAN—Así, así me gusta: que se hable claro y con sinceridad. Pero no tanto, hijo, no tanto. Eso es desesperarse mucho. ¿Y qué quiere usted que le diga también yo? .. (*con fuerza*) ¡Vasto es mi triunfo! Yo le digo a usted que, aunque la ciencia reviente, dudando de sí misma, y aunque llegue el término fatal del estudio de la naturaleza, y aunque se hunda el mundo entero, ese principio vital, esa alma existe. (*con más brío*) Sí, ¡canario! existe, existe a despecho y por cima de todos los movimientos mecánicos, y de todas las acciones y combinaciones químicas de todos los corifeos del impío y burdo materialismo.

D. TITO —Eso es mucho decir, caballero.

D. ESTEBAN—Señor mío, yo no hablo *a humo de pajas* ¡Mis papeles no se queman!

D. TITO Quisiera ver de qué parte está la razón.

D. ESTEBAN—Vamos a verlo; y ¡al fondo! ¡al fondo! ¿Me negará usted que en el estado actual de la ciencia, de la seduda ciencia, un cuerpo orgánico cualquiera, y aun inorgánico, ya sea mineral, vegetal, animal o humano, no es ni más ni ménos, en último análisis, que un número innumerable de moléculas, formada cada una de ellas de un número innumerable de átomos, y cada uno de algunos de ellos, (como es de ver, por ejemplo, en un átomo de hidrógeno) de mil partecitas imperceptibles.....

D. TITO —(*aparte*) *Magnétones, magnétones.*

D. ESTEBAN —...*sin extensión alguna, simples, indivisibles e inertes*, de las cuales puede decirse que son todo, o son nada?.

D. TITO —No puedo negarlo: es el rico producto de la ciencia, según los últimos adelantos analíticos.

D. ESTEBAN—Pues bien. ¿Conviene usted conmigo en que esos átomos, (fijese) en que esos átomos, corpúsculos maravillosos, considerados individualmente, no pueden concebirse dotados más que de simples movimientos de traslación, de rotación y de vibración, con una velocidad asombrosa de 300 kilómetros por segundo, la cual, sin embargo, no impide la inercia a ciertos grados de calor, como le he indicado antes?

D. TITO —Convengo: es el zazonado fruto de la ciencia moderna.

D. ESTEBAN—Y agrupados, juntos, formando un cuerpo, ¿pueden esos átomos por sí mismos adquirir y poseer otras cualidades?

D. TITO Ya eso..

D. ESTEBAN—¡No, no!: diga usted que no, don Tito, diga usted que no, con la misma sinceridad, sin ambages ni reticencias ¡Vasto es mi triunfo!..... Si individualmente esos átomos no poseen más que esas dotes, ¿cómo agrupados juntos, formando un cuerpo, pueden por sí mismos poseer otras? ¿De dónde diablos las sacan?

D. TITO — ¡Ya, ya! ..

D. ESTEBAN—Luego, ¿qué se necesita para que dicho cuerpo llegue a ser viviente?

D. TITO — Pues.....

D. ESTEBAN—(*remedando*) Pues... ¡nada! Se necesita que la fuerza vital le sea sobreañadida: que la vida le venga de fuera, de la idea, o de la acción vivificante: del alma, tomada esta palabra en su amplia y lógica significación: ¡eso es!

D. TITO —No obstante, en ciertas relaciones.... en ciertas particulares condiciones,... la vida podría *emerger* de la acción sabiamente combinada de los elementos materiales.

D. ESTEBAN—¡Eso es!... Volvemos a lo mismo. Yo no me he olvidado, señor mío: le responderé a usted. Mas, por de pronto dígame usted: ¿en qué consisten esas relaciones y condiciones particulares que dan impulso a las leyes físicas generales para la manifestación de la vida? A ver, a ver..,

D. TITO —Pues, consisten..... *en la manifestación de la vida* a impulsos de la naturaleza.

D. ESTEBAN—¡En la manifestación de la vida, a impulsos de la naturaleza!... ¡Magnífico! Pero, ¡hombre!... ¿no ve usted que bajo esa vaga respuesta resurge el alma, imponiéndosele a usted en el momento crítico en que mayores esfuerzos hace para evitarla?

D. TITO — No veo la razón.

D. ESTEBAN —¿No ve usted la razón? Pues va usted a ver varias razones ahora mismo:

1.ª, porque precisamente el alma (hablando en general, entiéndase bien) es la que, como señora, ordena y dispone en un cuerpo los elementos materiales;

2.^a, porque ella es la que agrupa así esos elementos, y los mueve, y los dirige; y

3.^a, porque ella es la que forma un solo todo de los elementos diversos, constituyendo así la unidad del cuerpo.

¿Quiere usted más? Pues escuche usted más todavía. Si un cuerpo vive necesariamente porque es simplemente cuerpo; es decir: porque simplemente se compone de elementos materiales, forzosamente deben vivir todos los cuerpos. ¿Y quién puede, no digo admitir, pero ni siquiera oír semejante disparate sin reirse? Más: si un cuerpo vive porque es un cuerpo tal o cual en particular, y porque sus elementos materiales están *así* y *no así*, u ordenados en él de esta manera y no de otra, en ésto precisamente consiste el efecto de su forma propia, o de la fuerza vital, o más claro, del alma: ¡valgan verdades!

* * *

D. TITO —Bueno, bueno. Fijémonos, y reflexionemos un poco en lo que se ha dado en llamar alma humana: es un ejemplo

D. ESTEBAN ¡Sí! ¡sí!; y el caballo de batalla!

D. TITO —¿Cómo, digo yo, es posible que esa alma agrupe, y mueva y dirija los elementos materiales?

D. ESTEBAN—Yo le diré a usted el cómo.

D. TITO —Para ello sería necesario *forzosísimamente* que esa alma existiese, antes de empezar a agruparse, moverse y dirigirse dichos elementos.

D. ESTEBAN —Pues no, señor, no es ello *forzosísimamente* necesario, en el verdadero sentido que voy a explicarle a usted.

D. TITO —A ver en qué sentido....

D. ESTEBAN—Atienda. Al decir que también el alma racional mueve, y dirige y agrupa los elementos materiales, quiero dar a entender que lo verifica, aun sin animar el cuerpo, en potencia, y no en acto.

D. TITO —(*sonriendo, y rápidamente, volviendo la cabeza a un lado*) Acto, potencia, absoluto, relativo, *qui, quae, quod*. Amarillydas.....

D. ESTEBAN—(*interrumpiendo*) ¡Alto, alto! No se burle usted de esas palabras, que éso es propio de cabezas de cebo.

- D. TITO — (*algo cortado*) No... como burlarme .. no; pero si usted no las explica más
- D. ESTEBAN Vaya la explicación: fijese bien. Acto, en los seres finitos, es una realidad que complementa y perfecciona una cosa, capaz de tal realidad: es perfección. Potencia, que al acto; o a esta perfección se opone, es, objetiva y pasivamente considerada, (y no activamente porque en tal caso tendríamos la potencia mezclada con el acto) la posibilidad absoluta de la cosa; y subjetivamente, la aptitud de la misma, para recibir la realidad. ¿Está usted? .
- D. TITO — Bueno; ¿y qué?...
- D. ESTEBAN Pues muy sencillo: que, tratándose del cuerpo humano, destinado a ser vivificado por el alma racional, no hay, no puede haber dificultad alguna en admitir que esa alma, aun dado que no sea creada e infundida en el cuerpo en el instante de la concepción, agrupe, mueva y dirija en potencia, o virtud, los elementos materiales, que todavía, en realidad, no constituyen el cuerpo perfecto, y capaz de ser animado por ella; efectuándose esta operación, por supuesto, por medio de otros principios, o formas.
- D. TITO ¡Ah! vamos! ¿De modo que esa alma opera en potencia, según dice usted, con ayuda de otras formas o principios?
- D. ESTEBAN—Sí, señor: y ya que usted me ha picado, de algo más que voy a decirle Escúcheme atentamente que vamos a poner las cosas en su puesto, y claritas, a ver si nos entendemos.
- D. TITO —Así me gusta.
- D. ESTEBAN — Sabemos ya que los últimos elementos, o partículas de la materia no están dotados sino de movimientos de rotación, traslación y vibración.
- D. TITO —Corriente.
- D. ESTEBAN—Bueno. Para la formación de un cuerpo inorgánico (preexistente la materia) convengo yo en que son suficientes las energías químicas, sabiamente combinadas; para la de un cuerpo viviente humano, del cual se trata, no bastan todas las combinaciones químicas imaginables: ésto, (poniéndonos en el último caso) dado que el alma racional no sea infundida en el cuerpo en el instante de la concepción; porque si lo es, queda, con ello, resuelta la dificultad. De modo que para tal operación es necesaria una virtud pri-

mordial formativa, por la que los elementos se dirijan a un fin determinado, y la cual, según doctrina del Doctor Angelico (1) ni es alma, ni en el proceso de la generación se hace alma, sino que obra en la formación del cuerpo a impulso del alma del padre, a quien se atribuye la generación, *según la especie*. Esa virtud, o energía formativa, permanece la misma en las sucesivas diversas formas hasta el último complemento del cuerpo; porque aunque la formación de los cuerpos simples no proceda con orden, pues cada uno de ellos tiene forma inmediata de materia primera, en la de otros cuerpos, y por consiguiente, del cuerpo humano, ha de haber necesariamente orden de generaciones y corrupciones, intermedias.

(Don Tito hace una mueca horrible, y advirtiéndolo el ricjo le hace este halago tan cariñoso).

¡Canario! no haga usted tantos monos en la cara. ¿Pues qué? ¿Tienen, por ventura, los intermedios especie completa? Y si no la tienen, porque no pueden tenerla, ¿qué dificultad hay; en que se engendren y se corrompan?...

D. TITO —(como distraído) ¡Ah!... ¿no hay dificultad?.

D. ESTEBAN—No, señor, no la hay; porque ellos no son más que el camino para llegar á la especie.

D. TITO —¡Ya!...

D. ESTEBAN—Ahora bien: cuanto más noble es una forma, y más dista de la forma del elemento, tantas más formas debe haber, por las cuales se llegue gradualmente a la forma última; y por eso en la generación del bruto animal y del hombre, en quiénes la forma es perfectísima, hay muchas formas intermedias, y por ende corrupciones; porque, como reza un axioma filosófico, la generación de una cosa es la corrupción de otra, y viceversa. (2)

D. TITO —¡Vamos!...

D. ESTEBAN—Tenemos, pues, en el proceso de la formación del cuerpo humano, 1.º: virtud primordial formativa, en fuerza del alma del padre; 2.º alma vegetativa, por la cual el embrión vive la vida de la planta, 3.º: corrompida ésta, alma más perfecta, que es al mismo

(1) De Anima.-Lib. II.—c. 89—

(2) Santo Tomás.-De Anima,

tiempo nutritiva y sensitiva, y por la cual el embrión vive la vida animal; y por fin, ésta corrompida, viene de afuera la Señora, el alma racional que hace que el hombre, sin necesidad de otros principios vitales, vegete como la planta, sienta como el bruto y piense y quiera como el angel: ¡eso es!

D. TITO —Bueno, bueno: todo éso me parece muy bien explicado; pero... la dificultad, don Estéban, permanece todavía, y disimule usted.

D. ESTEBAN—¡Hola! .. vamos a ver...

* * *

D. TITO —¿Como, repito yo, puede esa alma, aún en acto, seguir disponiendo los elementos materiales, y agrupándolos y moviéndolos y dirigiéndolos, cuando se sabe que su magna operación, su operación sublime es fruto de esos elementos mismos, o es producto de la substancia corpórea?

D. ESTEBAN—Pero ¿qué dice usted, hombre engañado?

D. TITO —(*con tono*) Digo ésto, porque la observación, la experiencia así lo atestigua y lo pregona elocuentísimamente.

D. ESTEBAN—(*con brío*) Pero, ¡canario! está usted hablando de memoria...(*con más brío*) Y yo digo que lo que es contrario a todas las observaciones y a todas las experiencias habidas y por haber, es ese engendro del impío materialismo.

D. TITO —¡Ah! .. ¿no admite usted que la acción de esa alma, que su pensamiento, por ejemplo, se origina del cerebro?

D. ESTEBAN —(*aparte*) Ya apareció aquello (*con fuerza*) ¡No! y mil veces ¡no! no se origina del cerebro. Esa operación del alma humana no es el producto de una energía del cuerpo, ni del cerebro, ni de ningún órgano corpóreo. ¡El cerebro! El cerebro, don Tito, es nada más que un *intermedio* de la acción espiritual, como ocurre en la percepción sensible.

D. TITO —Desearía yo ver la prueba de tal aserto.

D. ESTEBAN—(*con fingida modestia, haciéndose el chiquito*) El Angel de las Escuelas, cuya ciencia y autoridad deben de ser para usted respetables, según me lo dió a entender usted, al darle yo la definición de ser viyente, así lo enseña,

- D. TITO —Bien, sí: yo venero la autoridad científica de Tomás de Aquino, pero la doctrina de este sabio es doctrina vieja del siglo XIII.
- D. ESTEBAN—Sí: doctrina vieja del siglo XIII es; pero, a mi pobre entender, tiene la ventaja de ser eterna, y de que sus enseñanzas son siempre nuevas y verdaderas.
- D. TITO —Ese Doctor, don Estéban, no podía tener del cerebro sino escasas y vagas, muy vagas y escasas nociones.
- D. ESTEBAN—(aparte ¡Se necesita!... (a don Tito) Pero me parece que comprendía muy bien el problema cerebral, y nos ha dejado acerca de él enseñanzas imperecederas.
- D. TITO —¡No! imposible que él pudiera concordar sus enseñanzas de introspección con los maravillosos adelantos de las naturales ciencias.
- D. ESTEBAN—(aparte, y a media voz, elevando los ojos al cielo) ¡Oh estupendos adelantos de las ciencias naturales! ¡Oh progreso moderno maravilloso!, yo doblo ante ti mi rodilla por lo que tienes de verdadero; mas permíteme, Señor, que..... te escupa el rostro por lo que tienes de falso. (a don Tito con flemma) Bueno; pero si yo le dijera, don Tito, que ésta es también la doctrina fresquita del siglo XX, que en tono muy alto aprueba y encomia, y canta las enseñanzas del Angélico Doctor, en este punto, ¿qué pensaría y diría usted?
- D. TITO — En tal caso, será la doctrina de alguno discípulo suyo, ¿eh?
- D. ESTEBAN—Vestido de sotana; ¿no es verdad?
- D. TITO —(frunciendo el seño) Psssl...
- D. ESTEBAN —¡Pobre sotana! Pero advierta usted que debajo de la sotana puede haber un gran *psicofisiologista*.
- D. TITO —No lo niego: lo admito; y si lo hay, lo aplaudo. Soy siempre consecuente conmigo mismo.
- D. ESTEBAN —Está bien. Y si yo le añadiera que se trata, no de un clérigo sino de un seglar, y de un seglar, que se gloria nada ménos que de haber contribuido a la formación y a los progresos de la nueva ciencia, que se llama *Cerebrología*, ¿qué diría usted?
- D. TITO —Inclináramos con sumo gusto la cabeza.
- D. ESTEBAN —(con imperio) Pues bájela usted, ¡canario!
- D. TITO —Pero, ¿dónde está ese sabio?
- D. ESTEBAN —Pues dicen que se encuentra ahora en lo que algunos han dado en llamar el *Cerebro del mundo*.

D. TITO — ¿En París?

D. ESTEBAN—Éso dicen.

D. TITO — (*admirado*) ¿En París?... ¿Cómo se llama?

D. ESTEBAN — Se conoce que usted no está al corriente de ciertas cosas... Pues se llama el *Dr. Surbled*. ¿No le suena a usted ese nombre?

D. TITO — ¿El *Dr. Surbled*?

D. ESTEBAN — Sí; el *Dr. Surbled*.

(Aquí el joven, atolondrado, sacó maquinalmente un pitillo de la petaca, y rollió a meterlo en ella. Limpióse el sudor con la palma de la mano, olvidándose, sin duda, de su finura; tomó el pañuelo y lo sacudió; atusóse los bigotes, fijó la vista en la pared de enfrente, mordiéndose el labio inferior, y al fin exclamó sin pensar lo que decía).

D. TITO — Lo habrán engañado á usted.

D. ESTEBAN (*echando mano a un libro de los que habia sobre la mesa*) ¡Vasto es mi triunfo! ¿Qué me habrán engañado a mí? ¡Mis papeles no se mojan, don Tito! Aquí, aquí en este librito (1) está la prueba de que yo no hablo a humo de pajas, ni aseguro nada gratuitamente. (*dándole el libro*) Ahí encontrará usted, en la página 241 un trabajo: «El alma y el cerebro,» firmado por el *Dr. Surbled* en Mayo de mil novecientos nueve donde él no solo nos expone las verdaderas relaciones entre el cerebro y el alma, sino que también nos propone a Santo Tomás de Aquino, como espejo en que deben mirarse los materialistas modernos «Sobre este punto (dice, como verá usted) conceptuamos un deber rendir homenaje a Santo Tomás de Aquino, y proponerlo como modelo a nuestros modernos sábios, olvidados demasiadas veces de toda filosofía, y enemigos sectarios del espiritualismo cristiano.»

«Según el Santo Doctor, la inteligencia está condicionada por el cerebro, y tiene las fuerzas nerviosas por *abstractum*. Es espiritual, pero ligada a un cuerpo sensible; produce el pensamiento, pero con la colaboración del cerebro, con el necesario concurso de las sensaciones y las imágenes que este órgano le proporciona.»

Prepárese usted, don Tito, para compaginar. Sur-

(1) N.º V. de la *Ciencia Tomista* perteneciente a Noviembre y Diciembre de 1910.

bled, remitiéndose a otro trabajo suyo, (1) dice: «La Cerebrología, . . siguiendo una ley general, debe tener en cuenta todos los datos del problema, y aprovecharse de todas las fuentes de información, subordinándose a la razón, sin dejarse de inspirar en los hechos. El observador debe ir acompañado del psicólogo.»

«Son dos fuentes distintas e igualmente necesarias (prosigue diciendo) la *introspección u observación interna*, y la *observación externa, subdividida, a su vez, en experimental y clínica.*»

Pero lo más gordo, don Tito, es lo que Surbled añade a renglón seguido: «Desde el momento en que la *Cerebrología* desconozca, o desprecie cualquiera de estas fuentes, necesariamente se extravía; y esta es su triste situación hace veinte años. Se ha posesionado de ella el materialismo, y la ha traicionado y bastardeado miserablemente, haciéndola servir de máquina de guerra contra el espiritualismo, y contra la fé cristiana. Es preciso restituirla a sí misma, a su propio campo: restituirla a su integridad y a su honor en el terreno sólido de los hechos. Esta es la empresa que nos hemos propuesto, y que ha sido facilitada maravillosamente por los descubrimientos sucesivos de la ciencia.»

Por último, más abajo escribe Surbled, que «desde 1870 el estudio del funcionamiento del cerebro abrió sus puertas con la doctrina de las localizaciones, que los hechos han venido confirmando»; y que «el cerebro aparece cada vez más, como un vasto *órgano de sensibilidad y movimiento*», como lo es el lóbulo de la memoria, encontrado, al fin, en 1906, sin ser buscado, en el lóbulo temporoparietal, o lóbulo medio izquierdo del cerebro, por Pedro María de París.

¿Qué le parece a usted todo ésto, don Tito?

—Está muy bien.

—Esta, amigo mío, es la última palabra de la ciencia moderna.

—Francamente, no la conocía.

* * *

(1) Art. Cerebrología-en el Dictionaire de Apologetiqu de Alex. 1909.

D. TITO

D. ESTEBAN

D. TITO

D. ESTEBAN—Todo ésto explica además el misterioso fenómeno del idiotismo, de la alucinación y de la locura. La enajenación mental es una prueba (y vaya de paso) de la inmaterialidad, unidad y substancialidad del alma humana. Cierto que el loco combina y juzga; pero lo que determina sus juicios y combinaciones no es precisamente el estado de su cabeza, sino la relación de las demás ideas con su idea fija, que ha conmovido en todo o en parte su cerebro, destruyendo la armonía de su organismo

D. TITO —Pero ¿cómo se explica

D. ESTEBAN —¿Qué?

D. TITO —Bueno: prosiga usted, prosiga usted: acaso habrá ocasión para lo que iba a decir.

* * *

D. ESTEBAN Volvamos ahora a las tan decantadas combinaciones químicas de la sesuda ciencia, como origen del alma, o principio vital.

Dígame usted: ¿es cierto, según yo he oído, que la ciencia conoce al dedillo los elementos y partículas químicas constitutivas, que forman un cuerpo viviente, cualquiera que sea?

D. TITO Sí, señor, sí señor: muy cierto.

D. ESTEBAN —Es cierto también que la ciencia expresa con fórmulas algebraicas las relaciones en que dichos elementos y partículas se combinan?

D. TITO —No cabe duda alguna.

D. ESTEBAN —Pues bien: ¿no parece natural que una combinación química, convenientemente proporcionada, hecha por la ciencia, debería crear un cuerpo viviente?

D. TITO —Así parece que debería ser.

D. ESTEBAN Y entonces, ¿por qué la ciencia, la ciencia que ha podido medir los cielos y sondear las profundidades del abismo; la ciencia que ha remontado su vuelo hasta las regiones de las tempestades, y se ha metido en las entrañas de la tierra; la ciencia que ha logrado aprisionar el rayo y dominar el mar y las tormentas, y sujetar todos los elementos; por qué, digo, la ciencia, la estupenda ciencia, que tanto ha corrido, que tanto ha investigado, que ha obrado tantos prodigios, no se ha atrevido aún a extraer de un crisol químico un ser viviente, aunque sea una humilde vio-

leta? Y si se ha atrevido a emprender semejante trabajo, ¿por qué no nos ha presentado todavía la vida, sacada de una combinación química, conocida por ella perfectamente?

D. TITO —Es que la ciencia.....

D. ESTEBAN — (*interrumpiendo*) ¡Vasto es mi triunfo! Es que a la ciencia se le escapa, amigo mío, el principio que falta para la vida. Es que la ciencia, aun con su ingeniosa mano, es incapaz, y lo será siempre, para forjar en su fragua el principio vital, el alma, cuya formación no está a disposición de la ciencia.

D. TITO —Es que la ciencia, don Estéban, no conoce aún bastante, para tal operación, los sublimes altísimos medios que la naturaleza emplea; y por eso no puede aún imitarla.

D. ESTEBAN — (*con sorna*) ¿Y no se sabe el año, más o ménos, en que la ciencia conocerá esos medios?

D. TITO — (*sonriendo*) Eso.....

D. ESTEBAN — ¡Valiente evasiva, don Tito! No ve usted que éso es replicar con el misterio y el milagro que le anonadan a usted, y a todos los partidarios del materialismo? .. Eso equivale a confesar la necesidad de una fuerza particular, desconocida en sí misma, pero infalible en sus efectos; éso es reconocer la necesidad de una fuerza, que se agita, que forcejea, que trabaja, que crea fuerza misteriosa para sí misma, y para el ser viviente; éso es, en una palabra, proclamar la necesidad de una fuerza que llamamos alma, alma.

D. TITO — Sí... sí.

D. ESTEBAN — Sí, señor, sí: éso es tan evidente, que negarlo sería una estupidez supina. Y ahora recuerdo el testimonio de un hombre que no puede ser para usted sospechoso. (1) «La polémica de moda, *dice*, contra la fuerza vital, o *contra el alma*, merece ser calificada, a pesar de su aire de hipócrita, de honradez y modestia, de falsa; y más que de falsa, de estúpida. Disimúle usted.

D. TITO — Gracias: no hay por qué. No tengo ojos sino para ver su buena intención y rectitud.

D. ESTEBAN — Gracias.

Ahora, don Tito, abra usted bien los oídos para que oiga bien el golpe, con que voy a remachar el

(1) *Schopenhauer.*

clavo de la solución a sus dificultades sobre el principio vital, principalmente sobre el alma humana que es la que debe llamar nuestra especial atención, por ser ella, comunmente, en estas disputas el caballito de batalla. Temo que reviente sino suelto este argumento que tengo en el buche.

D. TITO —Vamos á ver.....

* * *

D. ESTEBAN — Dígame usted: ¿se da el hombre cuenta á cada instante de su conducta?

D. TITO —Indudablemente.

D. ESTEBAN—¿Conoce el hombre que es libre, y que dentro de sí mismo lleva el poder de albedrío y determinación?

D. TITO —No puedo negarlo.

D. ESTEBAN—¿Sabe y siente el hombre de un modo profundo cuánto se degrada, dejándose arrastrar por los sentidos a ciertos jolgorios de la vida?

D. TITO —Conforme.

D. ESTEBAN—Conviene usted también conmigo en que muchas veces el hombre se manda a sí mismo, se resiste a sí mismo, se gobierna de distintos modos, y trata su cuerpo con tal severidad que le hace padecer muchos y no flojos tormentos?

D. TITO —Convenido.

D. ESTEBAN—Está bien. Queda, pues, sentado que el hombre posee una fuerza interior para poner resistencia a sus sentidos y determinarlos; y que de hecho se la pone y los domina.

Ahora pregunto: ¿hay fuerza alguna que pueda obrar en contrariedad al principio de que surgió?

D. TITO —De ningún modo. Es axiomático que ninguna fuerza

—(interrumpiendo con brio) ¡Vasto es mi triunfo! Luego es imposible que esa fuerza, a quien llamamos alma provenga de ningún órgano corporal, ni de ninguna combinación química, ni de ninguna operación de la naturaleza; porque, si así fuese, obraría en contra de su principio, o de sí misma.

D. TITO —Cierto: tiene usted razón.

D. ESTEBAN—Este argumento vale una... Patagonia.

D. TITO —Mucho me satisface; sí, señor.

D. ESTEBAN—Mucho también me alegro yo de que usted se halle plenamente convencido.

Y hemos llegado al fin de este punto. ¿Qué se deduce de todo lo dicho? En general, que existe una fuerza o actividad interna substancial del ser orgánico: que existe la vida: que existe el alma.

Si usted me pregunta ahora qué es el alma, yo ¡pobre de mí! no puede responder a usted, por lo pronto, sino que mi razón la ha visto pasar con rápido vuelo de una a otra de las esferas que hemos recorrido, y no la puedo definir más que con esta palabra: el alma es el último y más profundo misterio de todas las esferas del ser.

Pregunto ahora: ¿cuál es la primera causa del alma, y por consiguiente de la vida? Así como el movimiento que se observa....

D. TITO

—(*interrumpiéndole*) Dispéñeme usted, don Esteban, que le interrumpa. Aunque nos encontramos ya en la cúspide de esta magna cuestión, y ante mis ojos se han disipado muchas y muy espesas sombras, todavía mi delicada razón no se halla completamente satisfecha. Tengo algunas dificultades más, y quisiera verlas resueltas por usted.

D. ESTEBAN -- Vamos á ver....

D. TITO

--Desearía que usted me explicase estos dos culminantes puntos:

1.º, un poquito más claro la diferencia esencial que existe entre esas fuerzas internas: entre esas almas, vegetativa, sensitiva y racional, y

2.º, la inmortalidad del alma humana, destinada, según dicen, a penar, o a gozar de otra vida mejor, de la vida futura. Así quedará *agotado completamente* este importantísimo asunto.

D. ESTEBAN

—(*aparte*) ¡No es poco! (*a don Tito*) Con mucho gusto le complaceré a usted; pero me parece a mí que con la exposición que hemos hecho de las tres vidas, quedan suficientemente deslindadas las notables diferencias entre esas fuerzas o actividades. No obstante, vamos allá, repitiendo algunos conceptos con otros nombres, para mayor claridad de la materia.

V

La forma substancial de que hablábamos antes cuando buscábamos la primera causa del orden y armonía que se observan en el universo, encuéntrase, tomando la palabra en un sentido amplio, en todos los seres, lo mismo orgánicos que inorgánicos: ya en el mineral, ya en la planta, ora en el bruto animal, ora en el hombre. Mas, las formas substanciales no son iguales en todos los seres, que existen en el mundo visible. En algunos la forma substancial es el alma; en otros no. De aquí, que toda alma es una forma substancial; pero no toda forma substancial es un alma.

D. TITO —Comprendo.

D. ESTEBAN —Pues sígo. Como usted recordará, decíamos antes, y es muy cierto, que la forma substancial del elemento depende intrínsecamente de la materia primera, que aquella supone e informa.

Y hablo nuevamente de forma substancial y de materia prima, (según antiguamente se decía, y hoy fuerza de coherencia y átomos, impropia e inexactamente, por supuesto) como principios primeros esenciales de los cuerpos, y vaya de paso la advertencia, porque para explicar la constitución esencial de los mismos, ni es suficiente el sistema de Anaxágoras, o Leucipo, o Epicuro, ni el de Descartes, o Gassendi, o Newton, ni el de Pitágoras, o Leibnitz, o Boscowich: jeso es!

D. TITO —Bueno, bueno.

D. ESTEBAN —La forma substancial de un cuerpo inorgánico es aquella que da a éste su ser substancial, y el primer principio formal e interno de su entidad y unidad esencial. Mas claro: que da al cuerpo su existencia, y no su materia primera, la cual presupone para poder existir. Porque, ¿qué es la materia primera separada de su forma? Élla es incompleta e incapaz para nada. ¿Existe? Claro que sí; pero existe completamente en potencia, y no en acto. De manera, que dicho cuerpo, para su existencia, (entiéndase bien) para su existencia, necesita de la forma substancial que presupone la materia primera, para que aquel

pueda existir; del mismo modo que todo acto (finito) presupone la potencia de la cual es acto.

(Le lo parecía el mancebo, oyendo estas reflexiones; sin duda porque todavía no alcanzaba a comprender bien la fuerza de estas ideas filosóficas. Advirtiéndolo el anciano, prosiguió, variando de tono, para alentarle y sacarlo de su abobamiento).

Hágame usted ahora, don Tito, el obsequio de decirme, para mayor claridad de la consecuencia que, seguramente voy a deducir de su misma respuesta: ¿puede la extensión existir sin figura?

D. TITO

—*(rapidamente, con despejo y paso seguro, como quien ha llegado a terreno propio)* No señor: de ningún modo: sin figura no puede existir la extensión.

D. ESTEBAN

— Luego la materia no puede existir sin alguna determinación específica. Digo específica, y no genérica, y permítame usted de paso la observación, porque en la realidad las especies solas, y no los géneros, tienen existencia actual: los géneros no tienen actualidad más que en las especies, por las especies. Por consiguiente, los elementos, cualesquiera que ellos sean, fueron producidos, y existen bajo la forma substancial que da á su materia su ser específico; que le da al mismo tiempo la existencia actual, como cuerpo completo en su esencia, tal como lo exige la razón. Ahora bien: esa forma substancial de los elementos, o más claro, de los cuerpos inorgánicos, les da a ellos su ser específico solamente; no les presta vida; porque, si así fuese, resultaría que todos los cuerpos tendrían esa fuerza o actividad; y como le he dicho a usted, nadie se atreve, no digo a admitirlo, pero ni a oírlo siquiera sin soltar la risa.

D. TITO

— Está bien.

* * *

D. ESTEBAN

— Ahora subamos a las esferas en donde se desarrolla la vida, y vayamos notando las diferencias que existen entre los cuerpos inorgánicos y orgánicos; y de éstos, entre la planta, el animal y el hombre.

En la primera esfera de la vida, como ya hemos dicho, se nos presenta la planta, que es una substancia, o naturaleza individual, compuesta de dos principios, constitutivos de su esencia: su materia, y su forma substancial que dá a la materia su ser especí-

fico, y que es el principio activo de sus operaciones vitales: el alma vegetativa.

¿Qué diferencias hay entre esa alma y la forma substancial de los cuerpos inorgánicos, ora sean simples, ora compuestos; ya sean mixtos perfectos, como, por ejemplo, el agua, ya sean mixtos imperfectos, como la nieve? Muchas y notabilísimas, don Tito. Vea usted.

La forma substancial de los cuerpos inorgánicos es el principio de operaciones transitorias, al paso que la forma substancial de la planta, o alma vegetativa, es el origen, el principio de maravillosas operaciones inmanentes.

La forma substancial de los elementos hace que ellos se transformen por combinación química en otra naturaleza; en cambio, la forma substancial de la planta hace que ésta se nutra, asimilándose diversas substancias; dándoles su ser substancial propio.

¿Y para que cansarle a usted, don Tito? La planta, en virtud de su forma substancial, o de su alma, transmite a algunas partículas, formadas en ella, la fuerza maravillosa de reproducirse; o lo que es lo mismo, comunica a la materia, de misterioso modo, la misma forma substancial, la misma alma, que ella posee en sí misma y por sí misma. Pero ¿quien ha visto nunca que un cuerpo inorgánico, simple o compuesto, se haya reproducido, aun con los elementos más sabiamente combinados por la naturaleza, o por la ciencia admirable?

Todas estas diferencias, y otras más, que pudiera citarle a usted, demuestran claramente la distinción esencial y extrema que existe entre las relativas perfecciones de las plantas y de los cuerpos inorgánicos

* * *

Subamos más arriba, y entremos en la esfera de la vida animal.

Para ver las enormes diferencias que median entre el bruto animal y la planta no hay más que estudiar, aunque sea ligeramente, su organismo. El bruto no es sólo un compuesto químico, ni sólo un ser viviente, dotado de la vida vegetativa, como la planta;

encuétrase además dotado de la vida sensitiva. Más: el animal perfecto, posee, como el hombre, las dos facultades aprehensiva y apetitiva. Cierto que como la planta se alimenta, crece, etc; pero, como nosotros mismos, hállase dotado de los cinco sentidos exteriores, y de la imaginación y de otras prendas. ¿Y para que molestar a usted, don Tito, con largas y pesadas consideraciones? Al contemplar lo que el animal posee de específicamente propio, y las propiedades específicas que tiene la planta, y ver la superioridad de aquél en todo su organismo, el ánimo siéntese lleno de estupor.

D. TITO

—Sí, señor, sí: veo las grandes diferencias que entre la planta y el bruto animal existen. No se moleste usted más en el desarrollo de este extremo. Elevemos más alto nuestra perspicaz mirada, y veamos, si a usted le place, la diferencia esencial que existe, según dicen, entre el animal y el hombre. De paso le advierto a usted, con el carácter de ingenuidad que me caracteriza, que aquí, aquí es donde me acosan a mí grandes dificultades, invencibles, irresolubles acaso.

D. ESTEBAN Vamos allá.

* * *

Entremos en el reino humano. Y antes le confieso yo también a usted, don Tito, que por este terreno hemos de ir con mucho *ten con ten*; porque aquí nos rodean espesísimas tinieblas. No obstante, poco a poco y a trechos las irá disipando, como confío, la luz de la razón. Después, a la antorcha de la revelación, todo lo veremos claro.

Y desde luego, sentemos algunos principios que encierran grandes verdades.

1.º: el alma del animal no es materia, sino positivamente material, en el sentido de que en su ser y operaciones depende de la materia; y negativamente inmaterial en cuanto no es cuerpo o materia en realidad.

2.º: el alma del animal es idéntica con el principio vital, o es la forma substancial específica del bruto mismo: forma que hace con la materia informada un sólo y único principio de operación; no simple, sino compuesto, y compuesto por combinación de

fico, y que es el principio activo de sus operaciones vitales: el alma vegetativa.

¿Qué diferencias hay entre esa alma y la forma substancial de los cuerpos inorgánicos, ora sean simples, ora compuestos; ya sean mixtos perfectos, como, por ejemplo, el agua, ya sean mixtos imperfectos, como la nieve? Muchas y notabilísimas, don Tito. Vea usted.

La forma substancial de los cuerpos inorgánicos es el principio de operaciones transitorias, al paso que la forma substancial de la planta, o alma vegetativa, es el origen, el principio de maravillosas operaciones inmanentes.

La forma substancial de los elementos hace que ellos se transformen por combinación química en otra naturaleza; en cambio, la forma substancial de la planta hace que ésta se nutra, asimilándose diversas substancias; dándoles su ser substancial propio.

¿Y para que cansarle a usted, don Tito? La planta, en virtud de su forma substancial, o de su alma, trasmite a algunas partículas, formadas en ella, la fuerza maravillosa de reproducirse; o lo que es lo mismo, comunica a la materia, de misterioso modo, la misma forma substancial, la misma alma, que ella posee en sí misma y por sí misma. Pero ¿quien ha visto nunca que un cuerpo inorgánico, simple o compuesto, se haya reproducido, aun con los elementos más sabiamente combinados por la naturaleza, o por la ciencia admirable?

Todas estas diferencias, y otras más, que pudiera citarle a usted, demuestran claramente la distinción esencial y extrema que existe entre las relativas perfecciones de las plantas y de los cuerpos inorgánicos

* * *

Subamos más arriba, y entremos en la esfera de la vida animal.

Para ver las enormes diferencias que median entre el bruto animal y la planta no hay más que estudiar, aunque sea ligeramente, su organismo. El bruto no es sólo un compuesto químico, ni sólo un ser viviente, dotado de la vida vegetativa, como la planta;

encuétrase además dotado de la vida sensitiva. Más: el animal perfecto, posee, como el hombre, las dos facultades aprehensiva y apetitiva. Ciertamente que como la planta se alimenta, crece, etc; pero, como nosotros mismos, hállase dotado de los cinco sentidos exteriores, y de la imaginación y de otras prendas. ¿Y para que molestar a usted, don Tito, con largas y pesadas consideraciones? Al contemplar lo que el animal posee de específicamente propio, y las propiedades específicas que tiene la planta, y ver la superioridad de aquél en todo su organismo, el ánimo siéntese lleno de estupor.

D. TITO

—Sí, señor, si: veo las grandes diferencias que entre la planta y el bruto animal existen. No se moleste usted más en el desarrollo de este extremo. Elevemos más alto nuestra perspicaz mirada, y veamos, si a usted le place, la diferencia esencial que existe, según dicen, entre el animal y el hombre. De paso le advierto a usted, con el carácter de ingenuidad que me caracteriza, que aquí, aquí es donde me acosan a mí grandes dificultades, invencibles, irresolubles acaso.

D. ESTEBAN Vamos allá.

* * *

Entremos en el reino humano. Y antes le confieso yo también a usted, don Tito, que por este terreno hemos de ir con mucho *ten con ten*; porque aquí nos rodean espesísimas tinieblas. No obstante, poco a poco y a trechos las irá disipando, como confío, la luz de la razón. Después, a la antorcha de la revelación, todo lo veremos claro.

Y desde luego, sentemos algunos principios que encierran grandes verdades.

1.º: el alma del animal no es materia, sino positivamente material, en el sentido de que en su ser y operaciones depende de la materia; y negativamente inmaterial en cuanto no es cuerpo o materia en realidad.

2.º: el alma del animal es idéntica con el principio vital, o es la forma substancial específica del bruto mismo: forma que hace con la materia informada un sólo y único principio de operación; no simple, sino compuesto, y compuesto por combinación de

substancia y naturaleza, y no por aproximación y agregación de las partes; y

3.º, siendo el alma del animal material esencialmente, es decir: dependiendo de la materia, no puede ser el término completo de una creación, o de un aniquilamiento, y debe, por lo tanto, extinguirse con el cuerpo. El alma humana no puede morir. Aquella no es producida por creación como lo es ésta, porque en su ser y operaciones depende de la materia, y por consecuencia, dependiendo de la materia debe ser formada necesariamente. Ella debe emanar sólo por generación de la potencia misma de la materia; no en el sentido de que sea hecha *aparte*, sino en cuanto el bruto, en fuerza de la virtud generativa que posee, obra en la materia, transmítándola, hasta la producción de la substancia y el compuesto del animal.

D. TITO — Muy poco me ha dicho usted, con estas reflexiones, don Estéban.

D. ESTEBAN — ¿Sí?... Pues esta es, en resumen, la doctrina en que yo, por ser breve, le indico a usted que el alma de los brutos es esencialmente distinta de un alma positivamente inmaterial, creada e inmortal, como lo es el alma humana (*sonriendo*) Pero se ve que usted, don Tito, quiere jaleo. No me importa darle ese gusto. Vamos a tratar este asunto más despacio, y dando lugar para que usted oponga todas las dificultades que le ocurran.

D. TITO — Preparado estoy.

* * *

D. ESTEBAN — Vamos a ver. ¿Qué es el hombre? ¿Qué es el bruto animal? Las más vulgares y cortas definiciones, que de ellos pueden darse, son la de animal racional respecto de aquel, y de éste la de animal irracional.

(Don Tito empezó entonces á fruncir el ceño, y á hacer signos negativos con la cabeza. Advertiéndolo el anciano, hizo al joven esta pregunta, variando al mismo tiempo de tono).

D. TITO — Ah!... ¿no está usted de acuerdo conmigo?
— No; no estoy completamente conforme; pero no quiero interrumpirle a usted todavía, prosiga usted: ya llegará el momento de hacer a usted legítimas observaciones

D. ESTEBAN — Y yo hago desde luego una: y es la de que, dadas

estas definiciones que no podrán ménos de ser admitidas, por las razones que aduciré, voy más allá. (*con fuerza*) ¡Vasto es mi triunfo! ¿Creería usted, don Tito, que poseyendo la razón el hombre, y el animal no, la diferencia entre el hombre y el bruto estaría únicamente en que el alma humana está adornada de entendimiento y de voluntad libre, al paso que el bruto animal carece de estas facultades, propiamente dichas? No lo creo yo así: hay algo más, algo más, digno de observarse a la luz de la sana filosofía, y lo veremos, si usted lo desea. Pero vayamos con orden, escudriñándolo todo.

Si yo hubiera de ir notando, don Tito, ante su clara inteligencia todas las diferencias que existen entre el hombre y el animal irracional, aún en aquello que en ambos se ve con los ojos y se palpa con las manos, dando á cada una de esas diferencias la extensión que se merece, sería ésto cuento de nunca acabar.

No nos paremos, pues, a contemplar al hombre en la primavera de la vida, en el completo desarrollo de su ser, cuando en sus mejillas hay más finos arreboles que los que adornan el tálamo de la aurora, y en sus ojos más luz que en el mediodía, y en su mirada más encantos que en la última mirada del sol poniente, y en sus labios mejores matices que en todas las flores, y en su sonrisa más poesía que en el murmullo de la fuente saltadora, y en sus suspiros más melancolía que en las quejas del viento entre los árboles, y en su voz sonidos más imponentes que los del trueno, y trinos más encantadores que los del ruiseñor, y en el conjunto, en fin, de su admirable semblante más armonía, más belleza que en la celeste esfera, cuajada de estrellas.

Pasemos también en silencio, pidiendo mil perdones a Aristóteles, todas las ponderaciones que pudiéramos hacer sobre aquellas frases suyas: «El hombre es el único que se sostiene derecho entre todos los animales.» ¿Y por qué? «Porque su naturaleza y substancia son divinas. Prueba de ello la actividad proporcionada e igual de sus sentidos; porque en los animales siempre un sentido supera a los demás: el olfato en unos, la vista en otro». etc.

Dejemos a un lado, con el respeto debido a Buf-

fón, todo lo que dice acerca de esta materia. Tomemos sólo de él aquellas célebres palabras: «Todo anuncia en el hombre, hasta su exterior, al señor de la tierra: todo revela en él su innegable superioridad sobre todos los seres vivientes»; etc.

No hablemos tampoco de la mano del hombre; de ese órgano exquisito del tacto; de ese instrumento perfectísimo del trabajo; de ese medio maravilloso, que, según la bella observación del Filósofo Griego, ha hecho al hombre dueño y señor de la creación.

Omitamos, en suma, todo lo que los grandes pensadores, desde el Estagirita para acá, han dicho de las diferencias que existen en la estructura del cuerpo humano y del bruto, considerados sólo desde el punto de vista de la anatomía y de la fisiología; porque todo ello (guardando siempre las debidas consideraciones a tan altos genios) me parece á mí menos científico; y vamos al grano, al grano.

D. TITO

—Vamos a ver: escucho atentamente.

* * *

D. ESTEBAN—Aunque el hombre, don Tito, caminase a cuatro patas; (y disimúleme la expresión por lo que nos toca) aunque no mostrase el hombre su erguida y severa actitud, tan elocuente y tan bella, por la cual según refieren, la filosófica lengua de Grecia le llamó *ánzropos*, es decir: el que mira a lo alto; aunque así y todo tuviera, como realmente tiene, en su exterior, y en su organismo, y en algunas de sus dotes interiores, lo que de común posee con los seres de casta inferior, principalmente con los animales, no obstante, siempre será cierto que el hombre no debe ser, no puede ser un instrumento servil de un ciego instinto, sino el noble órgano y el fiel intérprete de un espíritu inteligente y libre. Más claro: *la facultad de pensar y de obrar libremente*, ahí tiene usted las dos sublimes prerrogativas del hombre, los dos grandes privilegios esenciales, que esencialmente le distinguen del animal. Todavía más claro: el alma humana, o hablando ya con más propiedad, el espíritu del hombre, posee el entendimiento y la voluntad, propiamente dichos, facultades exclusivamente suyas en el mundo natural: jeso es!

- D. TITO —Eso, señor don Estéban, es lo que yo no puedo admitir.
- D. ESTEBAN—Qué es lo que no puede admitir usted?
- D. TITO —Que esas facultades sean en el reino animal propias y exclusivas del hombre.
- D. ESTEBAN—Pues éso tendrá usted, señor don Tito, que admitirlo en fuerza de la razón.
- D. TITO —¡Ah! no señor: ni yo, ni nadie que haya saludado la ciencia. ¿Pues qué? ¿No posee el bruto esas prodigiosas potencias, si bien en grado inferior al hombre?
- D. ESTEBAN (*con flemá*) No, señor.
- D. TITO —Pues sí, señor.
- D. ESTEBAN—Pues no, señor
- D. TITO —Pero ¡señor! ¿en qué quedamos?
- D. ESTEBAN—Usted dirá.
- D. TITO —Yo le concedo á usted de buen grado que existe gran diferencia entre el hombre y el animal, o entre las excelencias del alma de uno y de otro; pero esa diferencia no está, no puede estar, don Estéban, sino en lo más y en lo ménos; es decir: esa diferencia no mira, no puede mirar sino la cantidad, y de ningún modo la cualidad esencial y específica.
- D. ESTEBAN—(*variando de tono*) Esas son las tontas lucubraciones, del burdo materialismo, amigo mío.
- D. TITO —Estos son los productos científicos de la biológica experiencia.....
- D. ESTEBAN —(*aparte*) ¡Alza!!
- D. TITO —..... laborada y regada.....
- D. ESTEBAN (*aparte*) Y abonada.
- D. TITO —..... por la atenta y fecunda reflexión
- D. ESTEBAN —(*con brío*) Esos son los corrompidos frutos de la cojijosa semiciencia materialista: los podridos frutos de la *reflexión* sobre los hechos únicamente de la naturaleza material y de la vida.
- D. TITO —¿Pues qué? ¿Se atreverá usted a negarme que hay en los brutos animales, afectos, sentimientos, recuerdos, movimientos voluntarios, percepción, juicio, hábito; lenguaje, industria, progr.
- D. ESTEBAN—(*interrumpiendo*) ¡Basta, hombre, basta! todo eso, y algo más, le permito á usted que pase; pero que no se pierda de vista.
- D. TITO —(*rápido y con satisfacción*) Por consiguiente... ..
- D. ESTEBAN—Por consiguiente... ¿qué?

- D. TITO — Luego hay en los animales entendimiento y voluntad.
- D. ESTEBAN — (*acentuando las palabras*) ¿Entendimiento en cuanto, es distinto del sentido y superior a él, y voluntad libre, o propiamente dicha?
- D. TITO — Por supuesto.
- D. ESTEBAN — Eso es lo que yo niego rotundamente. *
- D. TITO — Pero ¡señor! ¿dónde estamos? ¿No es legítima la consecuencia?
- D. ESTEBAN — (*con fiema*) No, señor.
- D. TITO — Es usted un misterio: no lo comprendo a usted, don Estéban
- D. ESTEBAN — Tiene usted ya, don Tito, edad para comprenderme
- D. TITO — No alcanzo yo tan extrema sutileza.
- D. ESTEBAN — Tiene usted ya talla bastante para alcanzarla.
- D. TITO — ¡Bah! bah!
- D. ESTEBAN — (*con brio, moviendo la cabeza con marcada intención*) ¡Ah! don Tito, don Tito! cuán incompletos son los estudios hechos sobre una ciencia exclusivista, incrédula y chasqueadora de otras ciencias más altas
- D. TITO — No comprendo.
- D. ESTEBAN — ¡Vasto es mi triunfo! He negado esa proposición de usted, porque, repito, no es legítima: no se deduce lógicamente del fárrago de antecedentes que usted ha sentado. Dígame usted: ¿cual es el carácter propio de la voluntad y del entendimiento humanos.
- D. TITO — —Pues.....
- D. ESTEBAN — ¡Bah! El carácter propio de ese entendimiento es conocer lo universal; (vaya fijándose) es tocar por decirlo así los objetos espirituales, como la sabiduría, la verdad, la primera causa, etc.; y el carácter esencial de esa voluntad es volver libremente sobre sus mismas operaciones, y sucesivamente perfeccionarlas: jeso es!

(*Mientras que don Tito quedose reflexionando y frunciendo el ceño, prosiguió el anciano.*)

Dígame usted: ¿posee el bruto animal esas facultades que acabo de distinguir? ¿Hay, por ventura, algún signo, prueba suficiente, de que el animal alcanza los objetos espirituales, y las razones y leyes universales que rigen, aún el mundo de la materia? ¿Hay alguna señal que nos indique siquiera que los animales de una mismas especie no obran siempre del mismo, o semejante modo, siempre por instinto natu-

ral, y no por voluntad libre, que es la verdadera voluntad, facultad maravillosa, que distingue al alma humana esencialmente de todos los seres que viven? Cierto es que

D. TITO

—(interrumpiendo) Pero ¿cómo se explica.....

D. ESTEBAN

—(interrumpiendo) Déjeme, hijo, déjeme terminar; ya sé lo que va a decir, o lo presumo. Voy a ser muy franco con usted, y a revelarle y concederle más cosas que las que usted espera de mí: no me duelen prendas, y ¡valgan verdades!

Muy cierto es que el animal posee una admirable organización, que no puede ser el resultado fortuito de un encuentro accidental de moléculas de oxígeno, de hidrógeno, de carbono, de ázoe, etc.

Es evidente que el animal tiene los mismos sentidos que el hombre tiene, y según le he indicado a usted ya, está adornado, como el hombre, de las facultades aprehensiva y apetitiva, y de la imaginación, y del sentido común, y del apetito sensitivo, etc.

Todavía más: el animal es afectado por los sentidos de igual manera que el hombre; es vencido y se muere, como el hombre, a consecuencia de las bruscas sensaciones, o desfallecimientos del organismo, o rudos golpes de la enfermedad que le aqueja; él huye, se defiende, arrebatada y acomete, según que le mueva el placer o el pesar.

Mucho más todavía: yo le concedo a usted que el animal es susceptible de *ciertas relaciones morales* (o cosa que se les parezca) con los demás seres sensibles: él toma cariño al hombre que le hace bien, y tiene aversión al que le atormenta; él sabe que tal acción será recompensada por su dueño, y la ejecuta; sabe que será castigada, y abstiéndose de ella; él experimenta emociones y pasiones, y a veces tan honradas, que el placer y la alegría le causan movimientos de delirio, y la sorpresa detiene su respiración, y el miedo le hace temblar; él llega a habituarse al bienestar, y su hábito, bien dirigido por el hombre, le hace dócil, activo, dulce; y al revés: mal encaminado, le vuelve más huraño, más rebelde, más colérico que lo era naturalmente; sus obras, en fin, son maravillosísimas. ¿Desea usted que le conceda más?

D. TITO

—¡Oh! ¿y su lenguaje, o admirable inteligencia con los demás animales?...

D. ESTEBAN — Sí, señor, sí: también le concedo a usted que el animal, no solo usa con sus semejantes un lenguaje natural, sino un lenguaje mucho más difícil e intrincado. Por el primero, entiende él a su madre, cuando le llama, y huye del peligro, cuando se le advierte; por el segundo, sabiendo ya la significación de una multitud de palabras, articuladas por el hombre, obra sin equivocarse; y alguno, hasta repite varias frases enteras que del hombre ha aprendido; si bien a fuerza de improbo trabajo de discípulo y maestro.

Todo ésto se lo concedo yo a usted, don Tito, y todo ello se lo concedo también a su Director (1) de usted, y a todos los que han aprendido en la escuela de él, el muy pícaro.

D. TITO — Bueno: y de todo éso ¿qué se deduce? Todo éso, ¿qué supone?

D. ESTEBAN — Usted dirá.

D. TITO — Todo éso supone percepción.

D. ESTEBAN — Percepción sensible.

D. TITO — Y juicio.

D. ESTEBAN — Juicio sensible.

D. TITO — Y memoria.

D. ESTEBAN — Memoria sensible.

D. TITO — Y sentimientos.

D. ESTEBAN — Sentimientos de pura analogía.

D. TITO — Y progreso.

D. ESTEBAN — Sí: un poquito de adelantamiento en sus relaciones, como le he dicho antes a usted; pero sensible también; aunque no absolutamente sensible, porque, a la verdad, supera y excede (como en otras cualidades) a la sensibilidad externa.

D. TITO — ¡Bah! bah!... ¡Para usted todo es sensible y ciego en los brutos animales!

D. ESTEBAN — Pues, ¿no ha de serlo, si, atendida la distinción, que acabo de darle a usted, es la pura verdad? ¿Cree usted todavía que de todo ese barullo de palabras que han salido de sus labios, con las cuales he formado yo ese fecundo antecedente que acabo de sentar y concederle a usted, se deduce legítimamente que el animal posee el entendimiento, la razón y la voluntad libre, facultades exclusivas del hombre? ¡No!

(1) Buchner.

mil veces ¡no! ¡Vasto es mi triunfo! Todo es sensible en el bruto animal, sí, señor; porque todas esas cualidades, (y asombrosas algunas de ellas) que acabo de enumerar, no se refieren evidentemente más que a principios sensibles, obedientes a *un ciego instinto*, impreso, *con anticipación a la naturaleza*, por la providencia de aquel Señor, a quien, con sola muestra razón, buscamos en esta conversación familiar.

¡Todo para mí es sensible y ciego en los brutos animales!... ¿Pues no ha de serlo?.. Por eso el animal, si bien tiene y entiende el lenguaje de su familia, no tiene lenguaje abstracto; es decir: lenguaje para expresar las ideas abstractas, que no puede poseer; ni tiene memoria histórica, o detallada de los hechos, ni reflexión propiamente dicha, ni transmisión de experiencias adquiridas, ni sucesión de razonamientos complicados, hijos legítimos de las excelsas facultades de pensar, y obrar libremente: ¡eso es!

D. TITO

— Está bien: pero ¿cómo se explica, don Estéban (porque la sensibilidad sola, o la sensación, aplicada como principio de ciertas operaciones de los animales, no me convence) cómo se explica, digo, el progreso, el arte y la industria de los castores, de las golondrinas, de las abejas, de las hormigas y de las arañas, por ejemplo?

* * *

D. ESTEBAN—(con sorna) Para reforzar esa dificultad, don Tito, y responder a ella, no deje usted atrás la zorra, y el perro, y el papagayo, y el gorila, y el chimpacé, animalitos muy astutos, muy parleros y muy picaros también.

D. TITO

D. ESTEBAN

D. TITO

(algo picado) No hay que tomarlo a guasa. ¡Cuidado! he hecho muy en serio la observación. — Bueno, bueno. Yo tengo aprendido que los ingeniosos castores de las orillas del Ródano no encontrando ya suficientemente seguras sus viviendas, construidas según el antiguo estilo, tomaron el partido de fabricarse otras nuevas en las márgenes del mismo río. De manera, que, en fuerza de la necesidad por ellos advertida, de pobres albañiles, que eran, hicieronse mineros excelentísimos. ¿Qué es és-

to? Si ésto no es pensar, y raciocinar, y progresar, ¿qué cosa es, pues?

¿Y las golondrinas? ¡Oh! Las golondrinas ..

D. ESTEBAN (*interrumpiendo*) ¡Alto!! Voy a contestar a ese punto antes que pase usted adelante.

Esa aserción es puramente gratuita y aventurada; pues se apoya en hechos apócrifos, fabulosos.

D. TITO —(*exaltado*) ¿Qué dice usted, don Estéban?

D. ESTEBAN—Lo que me oye usted. También yo, amigo mío, hace tiempo que *me sé de memoria* esa leyenda; y queriendo comprobarla, consulté a un distinguido naturalista, (1) quien me dijo con toda la sinceridad que dá el convencimiento de la verdad de los hechos, lo siguiente: «Los castores que se hallan en Europa, (*y en Europa está el Ródano, si mal no recuerdo*) viven solitariamente, nada construyen, y no moran sino en madrigueras. Así sucede ahora, y lo mismo sucedía en la antigüedad, dado que los antiguos, al hablarnos de su *canis ponticus*, que no era otro que nuestro castor, no hacen mención alguna de su modo de edificar, y le atribuyen los mismos hábitos de la nútria, excepto la alimentación.»

D. TITO —¡Vamos!..

D. ESTEBAN —¡Ah! señor don Tito! cómo de día en día voy afianzándome yo más y más en la creencia, de que la mitad de lo que se piensa y se siente no se dice, y la mitad de lo que se dice es mentira! Y si se trata de hacer guerra á la Religión, entonces, ¡el Señor nos tenga de su mano!

(*sonriendo*) ¿Y qué iba usted a decir de las *oscuras golondrinas!*

* * *

D. TITO — Pues iba á decir que ciertas golondrinas, perfeccionando sus nidos admirablemente y con inteligencia suma, han llegado a sustituir el agujero redondo por una prolongada abertura, por un hermoso balcón; para que la tierna prole, sacando su cabecita fuera,

(1) *M. Boilard.*

respire el aire embalsamado, o se familiarice con el gran mundo exterior.

D. ESTEBAN — (*con flemá*) ¡Vamos, vamos!... ¡Qué admirable es éso!

D. TITO — ¿Es ésto progresar, o no lo es?

D. ESTEBAN — ¡Ya lo creo! y mucho!

D. TITO — Pues, ya usted ve.

D. ESTEBAN — Sí; ya veo. Pero lo que falta saber es, si todo éso se ha entendido bien.

D. TITO — ¡Oh!... no dude usted de mí; lo he entendido muy bien.

D. ESTEBAN — (*riendo*) ¡Já! já! já! No: si no me refiero a usted: aludo al padre de la criatura, al célebre heterogenista M. Pouchet de Ruan, en el cual ha leído usted, sin duda, ese gran descubrimiento. Y digo que falta saber si no está falsificado. Y mientras tanto, apuesto mil contra uno a que lo está, ¡canario!

D. TITO — ¿Cómo es éso? ¿otra vez?

D. ESTEBAN — Sí: otra vez. También tengo yo noticia de ese viejo hecho, tan decantado por la ciencia materialista, y guardo en mi memoria una de las contestaciones que al autor se le dieron; la cual voy a referir a usted. Oígala con atención que está sacada de una gran fuente. (1)

«Si una golondrina coloca su nido en un ángulo, dicho nido no tendrá de circunferencia más que el arco comprendido entre los lados del ángulo, (y la abertura será un pequeño agujero) Si ella lo aplica, por el contrario, contra un muro, tendrá por medida la semicircunferencia, (y la abertura será un balcón.)

¿Qué le parece a usted, don Tito?...

D. TITO — ¿Y qué se deduce de ahí?

D. ESTEBAN — Pues... ¡nada!: que las golondrinas han hecho siempre lo que, según el estupendo académico M. Pouchet, hubieran inventado recientemente. Porque sepa usted que el nido perfeccionado, en cuestión, cuya fotografía se ha paseado por el mundo, es un nido pegado a una superficie plana.

D. TITO — (*sonriendo*) Usted no deja pasar nada, don Esteban.

D. ESTEBAN — ¿Qué no dejo pasar nada? Todo pasa por esta adua-

(1) *Art Bestia de la Enciclopedia de Alembert.*

na, don Tito; pero nada pasa, nada puede pasar por ella sin un registro minucioso; porque la tendencia constante de los enemigos de la fé cristiana y de la ciencia verdadera es muy contrabandista: es hacer pasar maliciosamente fardos de afrecho científico en vez de trigo candeal.

Bueno. Y en lo tocante a ese pájaro del cual tratamos, hay todavía más.

Vamos a ver: ¿no sabe usted muy bien que existen dos clases de golondrinas: una la *rústica* cuyo nido es muy abierto, en forma de galería, y otra, la golondrina *ciudadana*, con nido de abertura circular, de la dimensión necesaria para dar paso a los pajarrillos, no sin algún trabajo por su parte?

D. TITO —(con rapidez, como quien recuerda una idea bien sabida) Cierto, cierto.

D. ESTEBAN —(con brío) ¡Vasto es mi triunfo! La facultad, pues, de invención, y de industria, y de progreso de la golondrina es tan nula como la del bendito castor.

* * *

D. TITO —Luego, no puede haber perfeccionamiento alguno, ni industria alguna en los animales.

D. ESTEBAN —¡Poco a poco! el ejercicio perfeccionado del instinto no es imposible acaso, como le he indicado a usted ya; pero le juro a usted que es acto de imaginación, de sensibilidad, de imaginativa, de sentido común; y no de entendimiento propiamente dicho.

¡La industria y perfeccionamiento de los animales! Esas maravillas se nos prodigan, amigo mío, por los que se apellidan sabios, como una prueba de racionalidad, y precisamente prueban lo contrario, de la razón, o no prueban nada.

D. TITO —¿No prueban nada?

D. ESTEBAN —Nada: absolutamente nada; porque los animales, con toda su industria y perfeccionamiento, son movidos e impulsados por su misma naturaleza a ejecutar ciertas y determinadas operaciones, siempre uniformes en la misma especie; es decir: que ellos no pueden emplear su actividad sobre diversos objetos, sino sobre algunos determinados.

Por otra parte, esa admirable industria aparece particularmente en los animales de un orden inferior:

en los castores, en las golondrinas, en las hormigas y en las abejas de usted. ¡Perfectamente! Y yo confieso con ingenuidad que la industria de una araña, por ejemplo, es verdaderamente tan asombrosa, que ni Penélope con sus dedos de oro podría igualarla. Pero aquí, don Tito, hay un hecho elocuentísimo; y es el de que los más industriosos animalitos, nuevos o jóvenes, trabajan lo mismo que los viejos, y de igual modo que sus remotísimos tatarabuelos.

De aquí, amigo mío, que no puede haber progreso entre los animales; no, señor. La abeja del siglo XX construye su celda como la del siglo de Salomón; la zorra es tan astuta y tan zorra hoy como lo era la de Sansón; todos los animales, en una palabra, tienen hoy idénticas costumbres que cuando Aristóteles los describía.

* * *

D. TITO —¿Por qué entonces algunos obran tan admirablemente?

D. ESTEBAN —¿Por qué? Porque el obrar así es y será siempre su instinto típico, que por el ingenio del hombre puede además ser perfeccionado un poquito.

D. TITO —¡Vamos!...

D. ESTEBAN —Mucho, mucho se ha abusado por la ignorancia, o mala fé de los hombres, en todos los tiempos, y en todos los tonos, de esa palabra *instinto*; pretendiendo confundirla con la inteligencia humana, al encomiar las habilidades del bruto animal. Y aquí viene lo de que, si en *Trapisonda* ha aparecido un perro que pronuncia frases enteras; que si en las *Batuecas* hay una yegua, que a una pregunta de su dueño sobre el tiempo, dá con una pata las horas que marca el reloj; que si en cualquier parte se encuentra un loro que charla como un descosido, etc., etc.

¿Y qué? Esto, (dado que todo fuera cierto) gira, y girará siempre en el mismo círculo, y se relaciona forzosamente con el instinto del animal, que, colocado bajo la sábia mano del hombre, y dirigido por él, puede utilizarse, como se utilizan las fuerzas ciegas de la naturaleza, y producir, para solaz y admiración de las gentes un efecto determinado y maravilloso; pero siempre bajo la influencia de una voluntad infi-

nitamente superior, extraña, libre, soberana, que, como reina y señora ordena y manda y determina desde su gran esfera de acción: la voluntad del hombre: ¿eso es!

D. TITO — Veo la razón.

D. ESTEBAN— Para indicar las operaciones de los animales, úsanse comunmente, don Tito, las mismas palabras que usted ha empleado.

D. TITO — *Sábios eminentísimos* las han tomado en sus labios, tratando de esta difícil materia

D. ESTEBAN— Ya lo sé. Pero ¿me negará usted que esas palabras están entresacadas del lenguaje humano, y del orden de cosas humano?

D. TITO — De ningún modo: no puedo negarlo.

D. ESTEBAN— Luego, ni usted, ni yo, ni nadie podemos referirlas a los animales sino en su valor analógico: nunca podemos aplicarlas a ellos en la integridad de su significación sin cometer un solemne disparate.

En fin, entiéndalo usted bien: bueno es tratar con cariño a los brutos y compadecernos de ellos, cuidándolos en sus necesidades; bueno y hermoso es llamarlos hermanos, porque son criaturas, salidas de las manos divinas; pero es indigno, es bajo, es irracional juzgar al mono, al papagayo, a la araña, a la hormiga, etc., por nosotros mismos que somos seres de especie muy distinta, que nos preciamos de ser infinitamente más nobles que los animales más perfectos. ¿Estamos?

D. TITO — Sí, señor, sí: veo la razón de todo.

D. ESTEBAN — Me alegro de que caiga usted en la cuenta. Pero ¡ah!... ¡por otra parte, horror me causa, siquiera el pensar en los pésimos efectos de la doctrina que usted ha sustentado! Su teoría de usted, esa teoría de que la diferencia entre el hombre y el animal sólo mira la cantidad, y no la cualidad esencial y específica, ¿sabe usted adonde le conduce, o de dónde la ha sacado usted, y dispéñeme la franqueza? Pues, o la ha tomado usted del cuento de la vieja chocha, que quiere entretener y recrear con él a sus nietos, o a ese cuento le arrastra a usted irremisiblemente. O hablando en plata, la ha formado usted, o del sistema de Darwin, que de todo tendrá menos de científico, o le lleva a usted a esa doctrina darwiniana, propia de hordas salvajes, que se dejan conducir en sus con-

cepciones por su imaginación, emancipada de la razón y de la fé. Porque, sentada esa teoría, natural es que se admita que el hombre no es más que un *mono perfeccionado*.

D. TITO

D. ESTEBAN —Pero, al admitir esa aberración del naturalista inglés, autor del «Origen de las especies», nos es preciso borrar todas las razones que en contrario he dado antes, y que, a mi entender, no son flojas; y al mismo tiempo, tenemos necesariamente (y no es ménos grave) que dar un puntapié al gran principio de la *razón suficiente*, cuya realización, pese a quien pese, debe encontrarse, no sólo en las artes humanas, sino también en cada operación de la naturaleza; debe existir, no solo para que la tierra gire sobre su eje, y el sol alumbré, y la flor exhale aromas, sino también para que un chimpancé no saiga de un alcornoque, ni un hombre de un chimpancé.

(Aquí el viejo volvió a dar un rugido de fiera, como queriendo decir a su adversario: "De estos lazos no hay quien se escape"; y después de una pequeña pausa prosiguió variando de tono.)

VI

Si mal no recuerdo, pedía usted antes explicación de otro punto.

D. TITO

¡Ah! sí, señor: indiqué a usted me explicase el destino del alma humana; inmortal, feliz o adverso, según dicen; sobre el cual tengo también serias dificultades.

D. ESTEBAN

—Con mucho gusto daré a usted esa explicación. Y me parece que esta ocasión es muy propicia para ello; 1.º, porque, por una parte, la prueba de la inmortalidad del alma humana es mucho más fácil después de lo que acabamos de decir, y por otra, esa prueba viene á ser una razón de más para justificar que el hombre es superior y esencialmente distinto de los brutos animales, y 2.º, porque con dulce satisfacción observo que el cielo de su ciencia, don Tito, no tiene ya tantos y tan negros nubarrones que impidan llegar al fondo de su mente los rayos del sol de la verdad.

D. TITO —Don Esteban, ha llegado el momento de hablarle a usted con franqueza acerca de mi pasada vida. En cuanto a ese segundo extremo que usted apunta, también le confieso a usted con sinceridad que es muy cierto todo lo que dice: ya no hay, en efecto, como hace rato le indiqué a usted, tan espesas nieblas en el fondo de mi alma.

En lo tocante a mi vida espiritual, declaro que ella ha sido, aparte de los crueles desengaños y vanas ilusiones que hace tiempo vienen burlándose de mí, una oscura cárcel, una cerrada noche, durante la cual he fluctuado continuamente en el alborotado mar de la duda, cuyo furioso oleaje me ha hecho tocar los linderos de la incredulidad, y me ha llevado muchas veces a la desesperación.

D. ESTEBAN—(*a media voz y como hablando consigo mismo*) ¡Es natural! ¡La sirena de la falsa ciencia, y del maldito vicio!... después, ¡la duda!... ¡la noche!... ¡la desolación!... ¡la miseria espiritual y moral!... ¡la muerte! ¡Es muy lógico!

D. TITO —Si yo hubiera de referirle a usted lo que me ha pasado en este punto, relativo a la inmortalidad del alma humana, habría de empezar diciéndole que en pensamiento y palabra he sido un irónico y un blasfemo.

D. ESTEBAN—No me causa extrañeza.

D. TITO —¡Cuántas veces he pensado y he creído que a toda costa es preciso dejar a un lado esas cuestiones de los fines postreros, porque me han parecido inaccesibles, y temibles y odiosas! (1)

D. ESTEBAN—Es decir: remedando de algún modo al zanquilargo avestruz que oculta la cabeza, hasta que pase el peligro, o le den un puntapié.

D. TITO —¡Cuántas otras veces, fluctuando, y hasta con cierta hipocresía conmigo mismo, pretendiendo engañarme con las burdas frases, aprendidas en la escuela de la atrevida ignorancia de otros hombres, me he formado la conciencia de que es necesario, por lo menos, dudar de la inmortalidad del alma; porque el escarpelo del más eminente y astuto cirujano no ha encontrado a ésta jamás, y por que la ciencia no ha po-

(1) *Littre*.

dido atestiguar un hecho cualquiera de vida después de la muerte!

D. ESTEBAN—¡La poca reflexión y las malas compañías!

D. TITO —¿En qué paran los muertos? *me he preguntado en mis frecuentes meditaciones. ¡Ah!... no les queda, me he respondido a mí mismo, sin titubear,* no les queda, ni les puede quedar más que una ideal existencia en nuestro recuerdo. ¿Qué son los goces infinitos, así en su valor, como en su duración, prometidos a los fieles? Nada más son, *me he dicho,* que un sistema de egoísmo *repugnante.* Solo el sábio será inmortal; pero lo será en sus obras únicamente: ellas solas vivirán en el triunfo definitivo de la justicia..... El hombre malo y necio morirá todo entero..... Sus obras substraeránse a la caducidad universal; pero figurarán solo en la suma de las cosas adquiridas (1)

D. ESTEBAN—¡La incredulidad a que conducen la soberbia, la semiciencia y los malos hábitos!..

D. TITO —¿Valdrá un día, *prosegua preguntándome,* valdrá aún un día la pena de vivir, y el hombre, que cree en el deber, encontrará en el deber la recompensa? No lo sé, *me respondía;* solo aquellos que saben sofocar la tristeza de su corazón, son los que consiguen encontrar el secreto de la vida. (2)

D. ESTEBAN—¡A qué abismo arrastran las perniciosas lecturas!

D. TITO —¿Y para que cansarle a usted? Yo no deseo, *me he dicho, en fin,* yo no deseo encontrar en la esfera de las sombras a Sócrates, San Agustín y tantos otros héroes.. ¡Dejadme dormir! Yo desciendo a la nada, y por allí va a subir otro hombre... ¿Qué significa *mori-rás?* Significa, perderás tu egoísmo. ¡Egoístas! Apresuráos a desembarazaros de vuestras dolencias... ¡Viva la muerte! (3).

D. ESTEBAN—¡Está muy bien, don Tito! ¡Viva la muerte! exclamo también yo con toda la efusión de mi alma; pero en muy diferente sentido. ¡Viva la muerte!; porque la muerte es para el justo el dulce sueño de un momento. ¡Qué viva, sí, la muerte!; porque el espíritu, rompiendo en ella las ligaduras de la carne, vuela hacia su destino eterno.

(1) *Renán-Job-pref. 90.*

(2) *Renán-Pref. de Job. 88.=*

(3) *Feuerbach-Libertad de pensar-Traducc. por Renán.*

- D. TITO —Este es, precisamente, el punto concreto, cuya declaración probatoria espero ansiosamente de usted.
- D. ESTEBAN —Allá vamos, pues; no sin advertirle antes que hemos de valerlos para ello de argumentos de razón únicamente, como lo hemos hecho hasta aquí en el transcurso de esta controversia. Y hago esta observación, porque, a pesar de sus ingenuas confesiones, y disimúleme la franqueza, presumo que la fé divina es todavía alimento delicadísimo y muy pesado, para que usted pueda digerirlo.
- D. TITO —Está bien: venga, pues, la razón por lo pronto.

* * *

- D. ESTEBAN—¿El alma humana es inmortal? Sí: ella puede y debe vivir eternamente. Esta es la cuestión. Veamos la prueba.

Queda sentado, don Tito, que existe en el hombre ese *algo* misterioso y profundo que le distingue esencialmente de todos los animales; que existe ese *algo* innarrable consciente de sí mismo, dotado de entendimiento y de libre voluntad.

- D. TITO —Admitido.

- D. ESTEBAN—Bueno. La determinación propia y libre eleva al alma, en su vida, sobre la fuerza universal, que pesa fatalmente sobre toda la naturaleza. Su vivir propio es un vivir espiritual.

- D. TITO —Sí; atendidas sus facultades propias.

- D. ESTEBAN—Pues bien: esta misma vida del alma, y su idea de inmortalidad, y su constante deseo de felicidad, y su misma subsistencia y simplicidad, exigen su inmortalidad forzosamente.

- D. TITO —Vamos a ver como desarrolla usted esos extremos.

- D. ESTEBAN —Vamos allá.

* * *

¿Conviene usted conmigo en que el alma humana no solo se eleva sobre todas las fuerzas naturales, y sobre la vida vegetativa de las plantas, y sobre la sensitiva de los brutos, y sobre la misma vida de unión con su cuerpo, sino que vive por sí misma, en cuanto lleva en sí un mundo que le pertenece en propiedad, el mundo de sus ideas, y el imperio de sus pensamientos y afectos?

D. TITO — Conforme.

D. ESTEBAN — Y usted cree que cuando llega el gran momento de la separación; que cuando el instrumento se rompe, el dueño, el *artista* se rompe también con él?

D. TITO — Ese es, precisamente, el nudo de la cuestión.

D. ESTEBAN — Pues yo asevero, don Tito, que el *artista* no se rompe, que no muere, que él puede proseguir obrando, y más libremente aún, después de separado del organismo corporal.

D. TITO — Repito que ahí, ahí está el óbice, el infranqueable óbice.

D. ESTEBAN (*aparte*) ¡Hola!! (*a don Tito*) Pero ¡hombre!, si el alma humana posee, como he dicho, una vida, la vida del pensamiento que a ella sola pertenece, ¿cómo no ha de poder desplegar, al derrumbarse la cárcel material del organismo, las alas de su actividad, cuya propiedad es suya y de nadie más? ¿Cómo en el último instante no ha de emprender rápido vuelo, y pasar a mejor vida, (o peor, según sus obras) si su independencia es tan lata, que está enteramente desprendida de la cooperación de su cuerpo?

(*Don Tito entonces volvió a un lado la cabeza, haciendo signos negativos con ella, y con la boca una mueca en que alargó cuanto pudo el labio inferior hacia adelante. Advertiéndolo el anciano le dijo:*)

¡Ah! ¿todavía hay óbice?

D. TITO — Mire usted, don Estéban, voy a hablar claro. Paréceme a mí que, para los que creen el dogma de la resurrección de la carne, como cree usted.....

D. ESTEBAN — (*encarándose y rápido*) Usted también debe creerlo. (*aparte*) ¡Vaya una salida!

* * *

D. TITO — Digo, que en tal caso, sería más natural, más razonable, más lógico conceder a la sublime ciencia de la naturaleza el derecho de negar que el alma humana conserva en el más allá de la muerte la conciencia de sí misma, dado que sobreviva, o mejor dicho, (como lo diré yo)... dado que no muera con el cuerpo. Y me fundo en que, si, como usted ha probado anteriormente el organismo es un *intermedio* de su acción, ella debe *necesariamente* quedar privada de esa su mejor vida, hasta el día en que de nue-

- vo se reuna a su cuerpo, supuesto, se entiende, que vuelva a juntarse a él en amigable consorcio.
- D. ESTEBAN ¡Vamos!, vamos!.. Permítame usted que formule yo a mi modo la dificultad, para responder a ella. Quiere usted decir que de lo dicho por mí se deduce, o que yo, que creo en el dogma de la resurrección, debería sustentar la doctrina de que la actividad del alma racional, que se manifiesta en vida por medio de los órganos corporales, se ejercerá solo, después de la muerte, cuando vuelva a estar unida al cuerpo, dado que se realice la resurrección de la carne. ¿Es ésto?
- D. TITO —¡Eso es! eso es!
- D. ESTEBAN —Pues bien: disímuleme usted que le diga que esta objeción revela un olvido, por no decir una ignorancia supina, (no le ofendan a usted mis palabras) y además una herejía.
- D. TITO ¿Ignorancia y herejía?
- D. ESTEBAN—Sí; ignorancia, u olvido, en primer lugar; porque se le ha escapado a usted de la memoria, al considerar así la cuestión, que una vida futura no es concebible sino en Aquél, y por Aquél que ha creado el alma; y que El que ha dado a ella la facultad del conocimiento, sabrá conservársela en otra vida de diversas condiciones. ¡Vasto es mi triunfo! Se ha olvidado usted, don Tito, que cada ser obra según es. o según su naturaleza; y que el alma, separada del cuerpo, conocerá, como es natural, de la misma manera que los puros espíritus conocen.
- D. TITO —¿Y cómo puede ser eso?
- D. ESTEBAN—¿Qué cómo puede ser? Esa es otra cuestión. Pero se lo diré a usted: conocerá de tres modos;
- «1.º: por medio de las especies que recibió de las cosas, mientras en vida estuvo unida al cuerpo.
- 2.º: por las especies divinamente *infundidas* en ella, separada de su cuerpo, y
- 3.º: viendo las substancias separadas, y contemplando en ellas las especies de las cosas.» (1)
- D. TITO —¡Vamos!...
- D. ESTEBAN - Y herejía he dicho, en segundo lugar, porque nie-

(1) *Sto. Tomás-De anima*,

ga usted el dogma de la resurrección, o, por lo menos, duda de él.

D. TITO —Pues mire usted, mis razones, y poderosísimas, tengo para ello, y quisiera ver resuelta esta dificultad; pero no le interrumpo a usted: puede usted seguir desarrollando la prueba de la inmortalidad del alma.

D. ESTEBAN—Pues sigo; pero permítame que haga antes una observación.

Todo lo que tiene un principio, *debe de tener* un fin.

D. TITO —(rápido) ¡Eso es!, eso es!

D. ESTEBAN—Espere un poquito, hijo: no se bote... Repito: Todo lo que tiene un principio *debe de tener* un fin.

D. TITO —¡Eso es!

D. ESTEBAN Eso es. Pero ¿se deduce de aquí que el alma humana debe morir forzosamente?

D. TITO —Parece lógico.

D. ESTEBAN—(con brío) ¡No!: legitimamente no se deduce. ¡Vasto es mi triunfo! Ciertamente que ella, porque es finita, no tiene derecho, por sí misma a la inmortalidad. La inmortalidad absoluta no puede pertenecer al alma. A la Causa Primera, a Dios sólo pertenece la inmortalidad; y si el alma dura eternamente, es porque Dios quiere que dure: ¡valgan verdades!

D. TITO —¡Ya!

D. ESTEBAN—Sentado ésto, ocurre hacer la misma pregunta: ¿El alma es realmente inmortal? Y damos la misma respuesta anterior. Sí: es inmortal. Primero, porque lleva en sí un mundo que no muere, que pertenece a ella sola; porque no perece lo que es objeto de su entendimiento y de su voluntad. Perecerá el mundo sensible; morirá y se transformará lo material, lo concreto, lo contingente, objeto de la sensibilidad; pero el mundo suprasensible, el mundo de las ideas necesarias, o de eterna verdad, el imperio de lo verdadero y de lo bueno, que existía antes de todo lo visible, y a despecho de todas las mutilaciones terrestres, permanecerá inmutable e invariable. ¿Cómo puede, pues, morir el alma humana, que tiene por objeto, y por elemento, y por alimento ese mundo de los principios eternos que no morirán jamás?

D. TITO —Comprendo.

* * *

Segundo—La idea que lleva el alma de su inmortalidad es una razón demás para demostrar que ella es eterna.

D. TITO —Veámoslo.

D. ESTEBAN—Vamos desde luego al fondo. El pensamiento de la inmortalidad es ingénito en el alma humana.

D. TITO —A ver, á ver....

D. ESTEBAN—Ese pensamiento es algo más que un voto aislado: es la rúbrica universal de la humanidad, en todos los tiempos, en todos los lugares y en todas las condiciones. ¿Duda usted de ello?

D. TITO —*(después de cavilar un poco)* ¡Vamos!... proposiciones semejantes a ésa se las he concedido á usted ya, aunque á otra materia relativas; no puedo, pues, negársela a usted.

D. ESTEBAN —Pues bien, ¿dónde ha encontrado el alma esa idea de su inmortalidad? ¿dónde ha concebido ese pensamiento?

D. TITO —Pues....

D. ESTEBAN—*(sonriendo)* No me venga usted ahora con legisladores, ni con sacerdotes, ni con vuelitos por el mundo, ni con el *ab ovo*.

D. TITO —Pues....

D. ESTEBAN—Pues... el alma ha concebido ese pensamiento en la misma naturaleza. La naturaleza es la que le designa, como con la mano, su inmortalidad. Luego ese pensamiento encierra una verdad natural, de la que no podemos dudar siquiera; porque los hombres don Tito, *por salir con la suya*, podrán engañar, pero la naturaleza no engaña nunca, nunca.

D. TITO —Conforme.

* * *

D. ESTEBAN—Más todavía. Dígame: ¿ha tenido usted ocasión de observar alguna vez como la larva del escarabajo se construye un capullo mayor que lo que necesita, al parecer, su cuerpo?

D. TITO —*(rápido)* ¡Ah, sí, señor, sí!

D. ESTEBAN—¿Y tendrá usted la amabilidad de explicarme para qué?

D. TITO —*(como hablando «ex cathedra»)* Pues... ¡cosa admirabilísima! es con el objeto de que los cuernecillos que

han de salirle tengan algún día espacio suficiente donde desarrollarse.

D. ESTEBAN — ¿Está usted cierto de ello?

D. TITO — ¡Tan cierto!... Ahí se ve la precavida y sagaz industria de ciertos animalitos.

D. ESTEBAN — ¡Muy bien! ¿Y podrá usted decirme quién ha advertido a la larva del escarabajo de su vida futura, y de sus cuernecillos por venir?

D. TITO — *(con énfasis, alisándose los bigotes)* ¡Misteriosos e insondables abismos de la vida animal!

D. ESTEBAN — *(sonriendo)* ¡Misteriosos e insondables abismos de la vida animal! *(con brío)* ¡Vasío es mi triunfo! ¿Por qué no toma usted el camino más corto y más recto? ¿Por qué no habla usted ya más claro y con más propiedad? ¿Por qué no habla usted de instinto, del instinto, dado al escarabajo por aquel que lo creó?

D. TITO — Bueno: llamémosle instinto.

D. ESTEBAN — *(con fuerza y rapidez)* Luego esta creencia que impulsa al hombre a disponer y regular su vida, esperando otra vida por venir, se desarrolla en él tan naturalmente, como se desarrolla el instinto en el germen del escarabajo; siendo tan necesario para el desenvolvimiento completo de la humanidad, como el instinto al del insecto.

D. TITO — Pero la fé en la inmortalidad, don Estéban, no se desarrolla tan fatalmente en cada uno de los hombres como ese instinto en el escarabajo.

D. ESTEBAN — Cierto; pero considerando a la humanidad en su conjunto, se verá la misma creencia en la inmortalidad, y con el mismo carácter de necesidad... ¿Tienè usted algo que oponer a ello?

D. TITO — *(bajando la cabeza)* Nada.

D. ESTEBAN — ¡Muy bien! ese es el lenjuaje de la sinceridad ante la razón.

* * *

Tercero—El incesante afán, el deseo más poderoso del alma humana es el de ser feliz. ¿No es ésto una verdad?

D. TITO — Cierto: la primera y la última aspiración del hombre es hacia el bienestar; .. pero...

D. ESTEBAN — *(interrumpiendo)* Pero... el alma no se satisface con el bienestar de un momento, sino que desea una di-

cha que dure siempre, que no se acabe nunca; que bien dijo el orador Romano: «Una vida dichosa no lo es desde el instante que puede perderse.» (1) ¿No es éso?

D. TITO — Convenido.

D. ESTEBAN — Por otra parte: no basta que la felicidad perdure sino que es necesario que sea completa.

D. TITO — Muy cierto.

D. ESTEBAN — ¿Y dónde se halla esta cumplida felicidad? ¡Ah! la dicha terrestre no refrigera y regocija más que una facultad del alma, y ésto por cortísimo tiempo; dejando la más noble, árida, inconsolable, desolada y hambrienta de felicidad.

D. TITO — ¡Ah! sí, señor: muy cierto también: lo sé por experiencia propia. Esa dicha no satisface más que en parte y momentáneamente los deseos que de ella tenemos. De aquí ¡ay! la secreta amargura que he encontrado yo en la copa de mi felicidad.

D. ESTEBAN — ¿Dónde está, pues, don Tito, la felicidad que alegra al alma de una manera cumplida? ¡En lo infinito, y solo en lo infinito!

Por consiguiente, señor mío, y grabe usted bien estas palabras en su memoria, si el alma humana lleva en sí misma este constante y ardiente deseo de la verdadera dicha, que no se encuentra en la tierra, forzosamente debe ser satisfecho; porque la voz de la naturaleza no es una voz engañosa: ¡éso es!

D. TITO — Alcanzo la razón. *Empero*, parécenme a mí estas pruebas, don Esteban, pruebas, más bién, de prudente congruidad.

D. ESTEBAN — (*sonriendo*) Sí, sí: *razoncitas* de congruencia..... Bueno: ¡pase! Pero no será de congruencia el argumento que voy a espetarle a usted ahora mismo.

D. TITO — Estoy preparado: venga

* * *

D. ESTEBAN — Si yo le probara a usted, por último, que el alma humana es un ser subsistente y simple, ¿admitiría usted *ciegamente* su inmortalidad?

D. TITO — (*cavilando, solo porque, de seguro, no comprendía*

(1) *De finibus*—

bién la significación de una de estas palabras, por lo menos) Pues... le diré a usted....

D. ESTEBAN—¿Que va usted a decir, cristiano? (*con brio*) Diga usted pronto, y francamente que *si*. ¡Vasto es mi triunfo! La simplicidad, señor mío, no admite partes; y donde no hay partes, no puede haber principio de corrupción; y dónde no hay principio de corrupción, no puede haber mortalidad; y por otro lado, una de las dos condiciones de la subsistencia de un ser es que éste no necesite estar unido, o adherido a otro, para poder existir. ¿Qué dificultad tiene usted, pues, en decir que *si* rotundamente?

D. TITO

—Sí, sí.

D. ESTEBAN—Pues bien: el alma humana es un ser subsistente y simple; luego es inmortal.

D. TITO

—Veamos la prueba de esa proposición antecedente.

D. ESTEBAN—Allá va.

* * *

‘ La otra condición, don Tito, que se requiere para la subsistencia de un ser, es la de que el ser sea principio de sus operaciones propias. Su simplicidad, como le he dicho antes, consiste en que carezca de partes, y en que, por otro lado, sea también forzosamente el único principio y razón de sus acciones. Todo ésto concurre en el alma humana, como lo va usted a ver en... usted mismo.

D. TITO

— (*sonriendo*) ¿En mí mismo?

D. ESTEBAN—Sí; en usted mismo, por vía de ejemplo, para mayor claridad.

D. TITO

— (*con curiosidad*) Escucho atentamente.

D. ESTEBAN—Cuanto a la primera condición de la subsistencia, a saber: que el ser no tenga necesidad de estar unido o adherido a *otro* para poder existir, dígame: ¿no me ha hablado usted en el transcurso de esta conversación como hombre psíquico, y yo le he oído decir, en alguna ocasión, por ejemplo: «Yo he atravesado las estepas del alta Asia»... «Yo iba a decir»... «Yo he establecido consorcio» etc., etc.?

D. TITO

— (*sonriendo*) Muy cierto.

D. ESTEBAN—Pues bien: ¿quién ha sido el que ha dicho y hecho todo éso? ¿Acaso su cuerpo, o la materia de su cuerpo? Mas, recuerde usted que la vida no es esencial a

la materia. ¿Quién ha sido, pues, el que ha obrado de ese modo?

D. TITO El hombre: yo.

D. ESTEBAN—Sí; usted; pero su palabra ha expresado algo más. ¿Ella no ha dicho que en el hombre, en usted, hay una fuerza sobreañadida a la materia de su cuerpo?

D. TITO —Es verdad.

D. ESTEBAN—Bien. ¿Esa fuerza es, por ventura, nada más que una simple propiedad que puede refundirse en la materia, o bien, subsiste en sí misma?

D. TITO —Esa precisamente es la cuestión, (*con tono*) Y yo digo....

D. ESTEBAN (*interrumpiendo*) ¡Alto!!... ¿Qué va usted a decir, ¡criatural, después de haber machacado tanto, en otra ocasión, esta noche, sobre esa misma materia?... Esa fuerza es el *usted*, don Tito; es el *usted*, que se ha afirmado en todas esas operaciones. Es el *usted* que se ha indicado un ser *uno*. Porque si el *usted* estuviera determinado para *atravesar estepas*, no *establecería consorcios*; puesto que toda determinación orgánica es exclusiva, exclusiva. Luego, el *usted* no está materialmente organizado. Luego ese *usted*, si se afirma, es porque subsiste en sí mismo, y constituye la razón y el principio de sus operaciones.

D. TITO —Voy haciéndome cargo.

D. ESTEBAN De otro modo voy a entrar en el abismo de su conciencia de usted.

Vamos a ver. ¿No es verdad que usted ha dicho *yo* en todas las faces de su existencia?... ¿No era *usted* el niño sagaz, vivo e indiferente, cuya imaginación revoloteaba, sin cesar, como una mariposa, sobre las primeras flores de la vida?... ¿No era *usted* el adolescente que titubeaba en la encrucijada de los senderos que se abrían ante sí en este destierro del mundo, sembrado de espinas y de abrojos punzadores? .. No es *usted* el joven que, según su propia confesión, ha desmayado en el combate, al rudo golpe de las fugaces y vanas ilusiones, y de los crueles desengaños?... ¿Y no será también *usted* el anciano que algún día llorará, como confío, sus faltas, y aguardará, mirando al Cielo, el fin de sus miserias en el borde del sepulcro?...

D. TITO — ¡Sí!: es muy cierto!

D. ESTEBAN ¡Sí!: usted tiene la conciencia de su identidad y

subsistencia; y no obstante, todo en su cuerpo ha cambiado y cambia a cada segundo.

Luego su alma, don Tito, es un ser subsistente, si bien incompleto. Luego su alma, en fuerza de su subsistencia, no puede morir.

Tampoco puede morir, porque es simple.

D. TITO

—Veámoslo.

* * *

D. ESTEBAN—«Yo entiendo».. «Yo quiero decir»... me ha dicho usted también, alguna vez, esta noche.

D. TITO —Efectivamente.

D. ESTEBAN—Pues bien: esas expresiones me han revelado a mi y le han revelado a usted la simplicidad del principio de sus operaciones: de su pensamiento y de su volición; porque usted, al proferir esas palabras, ha visto con una forma, que nada tiene de sensible, los actos de su entendimiento y de su voluntad, los cuales no pueden explicarse sino por la simplicidad de aquello que ha visto en usted.

D. TITO

(a media voz, como hablando consigo mismo) Que los actos de mi voluntad y entendimiento no se me aparecen bajo una forma sensible.. Bueno... ¿Y si fuesen funciones materiales misteriosas?

D. ESTEBAN—(aparte) ¡Y vuelve! (a don Tito) ¿Qué palabras está usted mascullando, criatura? ¡Vasto es mi triunfo! Usted se olvida muy pronto de las cosas. Vamos a dar al clavo el último golpe.

Si su pensar y su querer, don Tito, fueran funciones de la materia, por más misteriosas que fuesen, ¿de dónde nacerían, pues? ¿Del cerebro y del corazón? Pero ya sabe usted lo que son estos órganos. El corazón, lo mismo que el cerebro, como queda probado, son unas masas compuestas de fibras y moléculas. ¿Dónde estaría, pues, el principio de sus voliciones y pensamientos? ¿Estaría en las moléculas? Si así fuese, o estaría entero en cada una de ellas, o hallaríase en una sólo. Si estuviera entero en cada molécula; entónces... «apága y vámonos»; porque habría, en tal caso, tantos principios o tantas almas en usted, cuantas moléculas hay en sus órganos; y así, el hecho de su conciencia de usted, que le dá

cuenta de su unidad, estaría en perpétua contradicción con su misma esencia.

D. TITO Bien; pero, si por un arcano impenetrable natural, estuvieran esas funciones en una sola molécula, ¿qué diría usted?

D. ESTEBAN—¡Oh paso de las Termópilas! Si se hallasen esas operaciones en una sola molécula, digo que me posturaría de... *jinojos* ante esa rara molécula; porque esa molécula insigne estaría dotada de una cualidad sorprendente, gozaría de un especial privilegio. Mas, siendo así, humillado y todo, preguntaría yo: ¿y esa misteriosa molécula es todavía divisible o indivisible? Si es divisible, nada hemos adelantado; queda en pié la misma dificultad. Si se concibe como indivisible, y realmente lo es, venimos entonces a parar a un principio simple. Pero como esa privilegiada molécula es materia, en realidad, ¿qué principio simple es ese, don Tito, qué principio simple es ese que se confunde con esa profunda, indefinible e inexplicable molécula de un órgano material?

D. TITO — Si, sí.

D. ESTEBAN—¡Mis papeles, amigo, no se queman!

* * *

Y sigo. Todos sus pensamientos se han encarnado esta noche en sus palabras, y han formado con su unión otras entidades intelectuales, a las que hemos de llamar juicio y razonamiento. Usted ha juzgado; usted ha razonado, aunque... (*sonriendo*) erradamente con mucha frecuencia, y disimúleme usted. Su juicio y razonamiento han supuesto, como es natural, una conveniencia o inconveniencia percibidas.

Ahora bien: «la conveniencia o inconveniencia, diré yo con un *sábio*, (1) no pueden ser percibidas, sino por un solo y mismo principio comparador que posee simultáneamente y todas enteras las ideas sobre las cuales se trata de decidir.»

Y ahora pregunto yo, aplicando esos conceptos: ¿ese principio único comparador, que, al hablar usted así esta noche, se nos ha manifestado tantas veces,

(1) *Moigno*.

es acaso su cerebro de usted? No; porque su cerebro, como le he probado, es nada más que un intermedio material; y en toda materia una modificación recibida excluye, o desnaturaliza la existencia simultánea de otra modificación. Luego, ese principio uno y comparador, que en usted, don Tito, ha querido juzgar y razonar, y efectivamente ha razonado y juzgado, es un ser simple *que nada tiene de común con la materia*: es su alma, su alma de usted.

* * *

D. TITO — Pero ¿cómo se explica, don Estéban, esa simplicidad del alma, dada la pérdida de la memoria intelectual, según acontece en varias personas: en los locos, epilécticos, histéricos, sonámbulos, etc, etc.? O si usted quiere, al revés: ¿cómo se explica en esos y otros sujetos el olvido intelectual, admitida un alma simple.? Porque, si la memoria intelectual es facultad esencial del alma.....

D. ESTEBAN — ¡Claro! dejando de funcionar, deja por ello de existir; y por consiguiente, deja de ser simple el principio de sus operaciones, ¿no es verdad?

D. TITO — Naturalísimo; porque si cesa la memoria intelectual se cambia la conciencia; si se cambia la conciencia, se cambia la personalidad; y si se cambia la personalidad, se cambia el *Yo*, el alma; y un ser simple no puede cambiarse ni sufrir alteración en su esencia Por consiguiente.....

D. ESTEBAN — ¡Buen barullo de ideas tiene usted metido en la cabeza, don Tito, acerca de este punto!. ¡Cómo cambia usted los conceptos de personalidad y conciencia, y cómo altera y confunde el *Yo* experimental, o conocimiento del *Yo* real, con el mismo *Yo* real, o con el alma!

D. TITO — No comprendo.

D. ESTEBAN — ¡Ah! ¿no comprende? Pues va usted a comprender ahora mismo todo, con la explicación que le voy a dar. Dígame antes: ¿sabe usted lo que es memoria intelectual?

D. TITO — ¡Yal es la facultad de recordar... .

D. ESTEBAN — De recordar... actos e ideas complicados, ¿no es éso?

D. TITO — Eso es.

D. ESTEBAN—Actos e ideas grabados y conservados de ordinario en esa memoria, gracias al lenguaje; tomado éste, por supuesto, en su más amplia significación.

D. TITO —Eso.

D. ESTEBAN—Pues bien. Este lenguaje, como usted sabrá perfectamente, está formado por dos series de imágenes: la primera de las cuales representa las palabras en su estructura, sonido, flexión, etc., y la segunda simboliza el significado que cada palabra tiene en cada lengua.

D. TITO —Corriente.

D. ESTEBAN—Pregunto ahora: ¿son las imágenes las mismas para cada sujeto?

D. TITO —(*dándose tono y con rapidez*) No, señor, no. Y de aquí, los tres tipos: *motor, auditivo y visual*. Personas hay que excogitan por imágenes motrices, pronunciando interior, y a veces exteriormente las palabras que representan su pensamiento: pertenecen al *tipo motor*. Otras hay que piensan por imágenes auditivas, oyendo las palabras que excogitan: son del *tipo auditivo*. Otras, en fin, excogitan por imágenes visuales, viendo las palabras que piensan: *tipo visual*. Cosas admirabilísimas, misteriosas; pero hasta la saciedad probadas por la experiencia.

D. ESTEBAN—Perfectísimamente. Y vuelvo a preguntar: si un tipo visual, v. g. (y lo mismo puede decirse de los demás proporcionalmente) si un tipo visual pierde el sentido de la vista, no precisamente por lesión del órgano, sino por atrofia completa de la facultad de ver, ¿podrá acordarse de los colores que antes ha visto?

D. TITO —De ningún modo.

D. ESTEBAN —¿Y podrá hablar hasta que recobre dicha facultad, o se acostumbre a hacerlo con otras imágenes?

D. TITO —Tampoco: es el sublime resultado de la sabia observación.

D. ESTEBAN (*con brío*) ¡Vasto es mi triunfo! ¿Quién no ve, de conformidad con esta doctrina, que, si las imágenes *sensibles y elementales*, o dicho con más exactitud, si las especies intencionales y rememorativas no pueden ser reproducidas, en algún caso, los recuerdos ligados a ellas tienen forzosamente que desaparecer? ¿Quién no ve que por más que la persona pueda todavía pensar con nuevas imágenes, según su tipo.

la facultad de recordar los pensamientos: la *memoria intelectual* no es capaz de funcionar?

D. TITO

—Y de ahí ¿qué?

D. ESTEBAN—¿Qué?. Que sean reproducidas las primeras imágenes, o especies, y la *memoria intelectual* reaparecerá de nuevo: ¡eso es!

D. TITO —Y estamos siempre en lo mismo, don Estéban.

D. ESTEBAN—¿Cómo en lo mismo, criatura?

D. TITO —Sí, señor: siempre hay cambio, alteración en la memoria intelectual, y por consiguiente, alteración y cambio hay también en la conciencia; y por ende.....

D. ESTEBAN En el alma, ¿eh?

D. TITO —Naturalmente; porque ¿qué hay, acaso, sino conciencia-alma?... (1) (*animado y alzando la voz*) Y lo verá usted ahora más claro.

D. ESTEBAN—A ver, a ver..

D. TITO —No hay cambio más radical que el cambio entre el *si* y el *no*.

D. ESTEBAN—¡Oh! mucho!; pero ¿adónde va usted?

D. TITO —(*impávido*) Preguntemos, en algún caso, a un enfermo desequilibrado, de éstos que he indicado antes, y que haya padecido grandes dolores: ¿*Ha tenido usted algún dolor?* No, señor, ninguno: dirá. Volvamos a preguntarle, cuando haya llegado a obtener su importante equilibrio: ¿*Ha sentido usted algún dolor?* ¡Oh! sí, señor muchos, y agudísimos: responderá. ¿Qué es ésto?. Este *no* y este *si* ¿no indican alteración y cambio *radical* de la memoria intelectual y de la conciencia verdaderamente?

D. ESTEBAN—(*sonriendo*) Siempre no; porque ese enfermo puede mentir.

D. TITO —¿Y si habla según el dictado de su recta conciencia?

D. ESTEBAN Tampoco; porque puede suceder que se haya olvidado, como nos olvidamos nosotros de ciertos hechos de la vida.

D. TITO ¿Y si no sucede ni lo uno ni lo otro?

D. ESTEBAN—Entonces sí; ¿pero de ahí qué se deduce?

D. TITO —Pues colígese legítimamente que cambia y se altera *radicalmente* el alma-conciencia.

D. ESTEBAN—(*aparte*) Y vuelve con el cambio y alteración *ra-*

(1) Binet=

dicales, y con la confusión de conciencia-alma. ¡Mí-
usté que desordenado apetito! (al joven) Bueno: en
esa consecuencia suya, don Tito, noto yo dos inex-
actitudes, como dos templos. Una está en manifes-
tar, profiriendo la palabra *radicalmente*, que el alma
cambiando y alterándose, o cosa que se le pareciera,
varía en su esencia. A la verdad, si hubiera dicho us-
ted simplemente, que el alma varía, tal vez lo dejará
ra yo pasar; pues realmente es así, en cuanto a su
ciencia y virtud, y los opuestos a su virtud y ciencia;
pero no, en cuanto a su naturaleza. Otra inexactitud,
la de confundir la conciencia con el alma. Dígame,
criatura, ¿qué entiende usted por conciencia?...

D. TITO —Pues conciencia es la....

D. ESTEBAN —¡Bah!... ¡Si usted no sabe lo qué es! Conciencia es
una propiedad del espíritu de reconocerse a sí mis-
mo, como agente de sus actos. O si usted quiere, es
la percepción experimental con que el alma se da
cuenta de su estado interno, o de alguna afeción
presente. Eso es conciencia. Y ahora pregunto: ¿cons-
tituyen la esencia del alma los actos de la concien-
cia, y de la memoria, cualquiera que ésta sea?

D. TITO —(Después de recapacitar un poco) No: ya veo
que no.

D. ESTEBAN —Luego en nada se oponen a la simplicidad del al-
ma todas esas alteraciones y variaciones, y cambios;
los cuales, por otra parte, tienen, sin que hieran la
esencia del alma, su satisfactoria explicación. Fíjese:
en ese enfermo que usted supone y en los demás, en
que tales, o parecidos fenómenos se verifican, el
proceso es el siguiente. Se cambia en primer térmi-
no, la sensibilidad. Cambiada la sensibilidad, se cam-
bia la conciencia, porque se ha cambiado la memoria
intelectual, en virtud de la alteración de la memoria
sensible, cuyo cambio ha dependido, a su vez, del
cambio de las imágenes que entraban en juego en el
campo de la conciencia: ¡eso es!

D. TITO —¡Ya, ya!

D. ESTEBAN —De modo que, en definitiva, venimos a parar, arras-
trados por la fuerza de la observación y de la lógica,
a estas dos conclusiones: 1.ª: si hay estrecha rela-
ción entre la memoria sensible y la sensibilidad, ín-
tima dependencia hay también entre la conciencia,
la memoria intelectual y la memoria sensible. 2.ª:

también la memoria y el olvido de los fenómenos complejos dependen de la persistencia, o variación de la sensibilidad.

D. TITO — Comprendo.

D. ESTEBAN — Todo lo cual viene a resultar muy conforme con aquel aforismo antiguo, atribuido por el malogrado Maestro Español (1) a Estratón de Lámpsaco: *Nada hay en el entendimiento, que primero no haya estado en los sentidos, ¿Está usted?*

D. TITO — Convencido.

D. ESTEBAN ¡Gracias a Dios!

* * *

¿Qué se deduce, pues, de todas estas consideraciones? Los cuatro argumentos aducidos exigen imperiosamente la inmortalidad del alma humana. Luego ella es inmortal: ella es eterna.

D. TITO — Admitido.

D. ESTEBAN — Negar, pues, su supervivencia después del derrumbamiento de la cárcel corporal es amordazar y dar un mentís a su simplicidad y subsistencia, a su idea de incorruptibilidad, a su deseo insaciable de perdurable dicha y a la voz más íntima de la conciencia humana.

Y ahora vamos a cerrar con broche de oro estas desmañadas reflexiones. Escuche usted que no hay que perder ni una sílaba

«Cuando el alma, dice el divino Platón (2) ve por medio de los sentidos, o del cuerpo... se deja arrastrar... se burla, cae en el vértigo, y está como ébria; pero cuando por sí misma vé, tiende su vuelo al Ser puro, eterno, inmutable; y como para El está hecha, se le adhiere con afán, se tranquiliza, se serena, cesa el vértigo; y es la paz, el reposo que encuentra, por haberse unido al que por esencia la posee. Este estado se llama Sabiduría.» «Mira, pues, ¡oh Cebes! si de cuanto hemos dicho no se deduce que el alma tiene gran relación con lo divino, lo inmortal, lo inteligible, lo insoluble y lo inmutable; así como el cuerpo, con lo humano, lo mortal, lo sensible, lo multi-

(1) Menéndez y Pelayo.

(2) *In Phaedro.*

forme, lo percedero y lo variable. Conviene, pues, que el cuerpo se disuelva pronto, y que el alma ascienda a lo indisoluble. Así, cuando un hombre muere, ¡que pronto desaparezca la parte visible, el cuerpo! Pero todo lo contrario le sucede a la parte invisible: ¡ella se va a la mansión de la pureza, de la virtud, de lo invisible, al seno de un Dios bueno y sabio... Allí su felicidad está asegurada; pues libre de cuanto constituía en este mundo su desventura: del error, de la ignorancia, del miedo de los amores frívolos, se une a su Dios desde entonces por toda la eternidad.»

- ¿Qué le parece a usted, amigo don Tito?
D. TITO — ¡Muy bien!
D. ESTEBAN — ¡Palabras hermosísimas que, como prueba de la inmortalidad del alma, en estos tiempos de estúpida soberbia, debieran grabarse con caracteres de oro en los frontispicios de todas las iglesias, de todas las escuelas y de todos los gabinetes de redacción!

* * *

Y hemos llegado a la cima de esta magna cuestión, y ha quedado, según sus deseos de usted, agotado completamente este importantísimo asunto de la existencia del alma humana, de su diferencia esencial de la de los brutos animales y de su inmortalidad.

Ahora permítame que repita aquella pregunta en cuya respuesta me interrumpió antes usted.

¿Cuál es la primera causa del alma, y por consiguiente de la vida?

Yo iba a responder diciendo que, así como el movimiento, y el orden, que se observan en el universo, suponen un motor y un ordenador primitivo, así también el alma, ya sea vegetativa, ya sensitiva, ya racional, y por ende, la vida que de ellas resulta, supone un primer principio de toda vida: Dios. Parece-me que es lógica la consecuencia.

- D. TITO — ¡Sí! sí. .
D. ESTEBAN — ¡Sí!.. Usted ha visto, o ha podido deducir legítimamente que la forma substancial de las plantas, o sea el alma vegetativa debe nacer de un cambio de la materia, y no puede resultar de la operación de

los elementos químicos. Por esta razón las plantas deben ser por necesidad producidas en los primeros individuos de su especie por una primera causa: por Dios.

Ahora bien: los animales que dotados del alma sensitiva son más perfectos que las plantas, ¿cómo no habían de exigir para su existencia primero, y después para su reproducción la intervención inmediata de la Causa Primera? de Dios...

Por último: si el alma racional es la forma substancial del cuerpo *verdadera y absolutamente*; si ella es la forma del cuerpo para él, y por sí misma; si ella es una y propia en cada uno de los cuerpos en que está infundida y al cual sostiene; si ella, en fin, es inmortal, ella debe tener forzosamente su origen y principio en la creación inmediata de Dios: ¡éso es!

—Conforme, conforme.

D. TITO

VII

D. ESTEBAN—Réstanos ahora, para completar la prueba que venimos dando, buscar la primera fuente de la verdad. Seré breve, a no ser que usted me obligue a alargarme con alguna dificultad, la cual me parece no encontrará en esta materia, a lo menos que valga la pena.

D. TITO —Veamos, pues.

D. ESTEBAN—Muy ciego debe de ser quien no vea que existen ciertos primeros principios de nuestra razón, por los cuales desciende toda verdad al espíritu humano; es decir: quien no conozca las ideas fundamentales de la lógica, de las matemáticas, de la metafísica y de la moral.

D. TITO —Admitido.

D. ESTEBAN—Pues bien: ¿de dónde proceden esos primeros principios? Y puesto que de ellos y con ellos viene la verdad misma, ¿cuál es el origen y la fuente primera de la verdad?

* * *

D. TITO —Tengo para mí que la verdad es obra del entendimiento humano.

D. ESTEBAN ¿Qué es éso?... No, don Tito, no: el entendimiento humano conoce sí la verdad; pero no la crea. El conocimiento viene a ser un *reconocimiento* de la verdad. La verdad existe antes que se haya reconocido, y permanece tal verdad, aun después que el entendimiento humano haya dejado de pensar en ella. «Si hubiera yo creado la verdad, *dice un hombre, no mé-nos grande por su cabeza que por su corazón*, (1) podría decir mi verdad; pero ¿quien se ha expresado jamás de esta manera?»

La verdad, amigo, no es mía, ni suya, ni pertenece á nadie: la verdad es patrimonio de todos.

D. TITO —Todo descubrimiento, don Estéban, todo *invento* es una verdad; luego .. si puede decirse mi *invento*, mi descubrimiento, puede también decirse mi verdad.

D. ESTEBAN Pero ¡hombre! vaya un prurito en objetar, y perder el tiempo! ¿Con que todo descubrimiento es una verdad? ¡No!; descubrimiento de *algo*, por más vueltas y revueltas que se den para ello; si ese *algo* es una verdad, (porque puede ser también una mentira) siempre es un hallazgo de la verdad; pero no la verdad misma: ¡vaya, vaya!..

* * *

D. TITO Bueno; pero podría ser la verdad la que responde a la razón humana.

D. ESTEBAN A ver, a ver... porque el simple responder de la verdad no es la misma verdad. Explíquese usted.

D. TITO —Que la verdad es la que se conforma con la humana razón.

D. ESTEBAN—¡Ah!... y de que haya amistad íntima entre la razón y la verdad, ¿qué se deduce?

D. TITO —Que si la razón no existiese, no existiría la verdad.

D. ESTEBAN ¡Hombre! a tan altas horas de la noche no se dicen tales despropósitos. ¡Vasto es mi triunfo! Aunque nuestra razón, ni ninguna razón criada existiera, la verdad permanecería *verdadera* eternamente.

Dígame usted: ¿existiría la luz en la creación, aun cuando no hubiese ojos que pudiesen gozar de ella?

(1) *San Agustín-Confes. XII*==

- D. TITO Sin duda.
- D. ESTEBAN —¿Ha sido, por ventura, la luz, producida por los ojos?
- D. TITO —De ningún modo.
- D. ESTEBAN —Y los ojos han sido hechos para ver la luz?
- D. TITO —¡Claro!
- D. ESTEBAN —Pues aplique usted ahora el cuento, y deduzca legítimamente que la verdad no toma, no puede tomar su origen en la razón; porque la verdad es para la razón lo que la luz para los ojos.

* * *

- D. TITO —Pero ¿no podrá la verdad residir originariamente en las cosas que llamamos verdaderas?
- D. ESTEBAN —No señor: tampoco ésto puede ser. ¿Pues qué? ¿No vemos que las cosas nacen y mueren, y la verdad permanece eternamente la misma? ¿No vemos que las cosas son contingentes y pueden no existir, y la verdad es necesaria?....
- Oiga usted. Supongamos, por un momento, que no existiera en la realidad ninguna figura geométrica. ¿Serían, por ésto, ménos ciertos y verdaderos los teoremas de geometría, aplicados, en tal caso, a las posibles figuras geométricas? Supongamos que no se ha realizado, ni se realizase obra alguna, buena, o mala en este mundo. ¿Sería por ello ménos cierto y verdadero que lo bueno debe hacerse y evitarse lo malo, aplicados, en tan raro caso, estos principios a la acción posible? Si no existiera ningún ser inteligente, ¿sería por ésto ménos cierto y verdadero siempre, que el todo es mayor que sus partes, o que las cosas, que son iguales a una tercera, son iguales entre sí?
- D. TITO —¡Sí, sí! comprendo.
- D. ESTEBAN —La idea de los primeros principios, amigo mío, y por consiguiente la verdad que por ellos descende a nuestro espíritu, existe con anterioridad, fuera e independientemente de todo lo real.
- D. TITO —Luego, la verdad puede existir como un ser aparte; porque existe independientemente y fuera de toda realidad.
- D. ESTEBAN —De toda realidad creada, sí señor; pero no de la Realidad Increada, que a éso voy, y aquí deseaba yo conducirlo a usted, arrastrado por la lógica. Porque, ¿qué es la verdad sin una inteligencia que la co-

nozca? ¿Qué viene a ser la idea sin el espíritu de quien es tal idea?... Luego, si la verdad no puede tener su origen, como hemos visto, en la razón creada, debe necesariamente tenerlo en una razón increada, soberana, universal, eterna, en que las verdades fundamentales, idénticas y comunes a todos, hallan su luz y su resplandor. Esa inefable razón, esa razón primordial, principio y prototipo de la razón del hombre, ¿quién es?

* * *

D. TITO —Parece pura abstracción.

D. ESTEBAN—(con brío) ¡No! canario, no! No es pura abstracción porque, por una parte, esa pura abstracción no sería entonces independiente de las inteligencias particulares; y por otra, señor mío, porque una pura abstracción no existe, no puede existir. Luego, si la razón soberana no fuera más que éso, sería... nada; y tendríamos el gran disparate; es decir: la nada, fuente y principio de la razón y de la verdad.

D. TITO —¡Ya! ya!...

D. ESTEBAN —¿Sabe usted quién es ese principio misterioso? Yo lo vislumbra usted. Ese inefable principio es el Espíritu Eterno, la Inteligencia Suprema: Dios. Dios es la verdad, y la verdad es Dios: ¡éso es!

D. TITO —(como un eco) ¡Eso es!!..

* * *

(En este momento levantóse el viejo del sillón, se dirigió a una vitrina que había en un ángulo del gabinete; tomó de allí una cafetera y una bandeja, con dos copitas, dos tazas y una botella, que, sin duda tenía preparadas, los colocó sobre la mesa, dió fuego a la mecha, sentóse y prosiguió.)

Ahora, don Tito, no repetirá usted con sorna aquella pregunta que me hizo allá, al principio de esta conversación: «¿Quién es Dios?» ¡Ah!... si yo hubiera de definir a Dios, ni siquiera sería suficiente, a mi entender, llamarle *Jahvé*, nombre incommunicable, que los hebreos, por reverencia, substituían con el de *Adonái*; nombre sacrosanto, que solo el Sumo Sacerdote debía pronunciar, cada año, tres veces sobre el pueblo, que, postrado y lleno de un temor santo y saludable, recibía la bendición

¿Quién es Dios?... Dios no tiene nombre, don Tito; Dios no tiene nombre. El es, según su propia palabra, el que es. «Yo soy el que soy.» Demos, no obstante, una mirada retrospectiva y vuelo a nuestra imaginación, y nombrémosle, con sumo respeto, a nuestro modo.

¿Quién es Dios?...

Dios es el eterno manantial del río de la existencia, que fecundiza todas las cosas, haciéndolas pasar de la nada al ser, y el origen de la corriente infinita de la vida, que derrama y distribuye las almas donde quiere y como quiere.

Dios es el inefable fuego que hace funcionar la espléndida máquina del universo, poniendo en movimiento concertado sus ruedas y *manivelas* innumerables, ajustándolas y engranándolas con admirable precisión.

Dios es el inmenso corazón de la naturaleza, que por infinitas arterias envía el movimiento y la vida a todos los miembros del organismo de la creación, que a su generosísimo impulso late y palpita por todas partes.

Dios es la misteriosísima red que todo lo une, relaciona y encadena: los átomos y los mundos, los accidentes y las substancias, las causas y los efectos, sin que ningún ser, por diminuto que sea, se salga y escape de su malla finísima y sutil, pero infinitamente recia, fuerte e inquebrantable.

Dios es el resorte incomprensible que abre y cierra todas las corrientes de la actividad, y la fuente irrestañable de la vida universal; sin cuya indeficiente virtud, el Cósmos volvería al tenebroso caos de su génesis, o se convertiría en un oscuro y helado panteón, presa de la quietud, del silencio y de la muerte.

Dios es el que enciende la lámpara del sol, y fulgura en las estrellas; el que adorna con nacaradas nubes el amanecer, y con ígneos arreboles el ocaso; el que viste de verde musgo las praderas, y de gigantes árboles las montañas; el que pulimenta y esmalta el nácar y las conchas marinas, y forja diamantes y topacios en las entrañas de la tierra; el que cuaja perlas y corales en el océano, y tiñe estambres y corolas en el seno de la atmósfera.

En una palabra: desde los mundos más colosales

que giran en el espacio, hasta el grano de arena que huellan nuestros pies; desde los espíritus más elevados y puros, hasta los cuerpos más groseros e inorgánicos; desde los más perfectos organismos, hasta los microbios más microscópicos; todo, todo cuanto existe, se mueve y vive, vive, se mueve y existe por Dios y en Dios.

¿Quién es, pues, tan tonto que niegue, o ponga en duda la existencia de Dios? ¿«Quién, diré con el Orador Romano, quién es tan insensato que, mirando al cielo, no sienta que Dios existe?»

No vuelva usted, don Tinto, y grabe este consejo en su memoria, no vuelva usted jamás a echarla de ateo en presencia de nadie.

Si esas palabras que usted pronunció al principio, las hubiera proferido delante de ciertas personas que yo conozco; si se hubiera usted atrevido a jactarse de impío en alguno de esos pueblos que, aunque ignorantes en letras humanas, son sabios en la ciencia de Dios, y tienen echados sólidos fundamentos en la fé cristiana, cierto estoy que le hubieran a usted refrenado, escupiéndole, por lo menos, al rostro, con sangrienta burla, su palabra favorita en tales casos: *¡Ignorante!*

(*Variando de tono*) ¿No ha oído usted hablar nunca de la «Inscripción del drago»!

D. TITO — ¿La inscripción del drago?

D. ESTEBAN — Sí: título de una composición, que por las trazas parece hija de algún juglar de feria de nuestros tiempos; pero cuyo pensamiento principal, que la informa, es tan viejo como el mismísimo Cicerón.

D. TITO — No tengo noticia.

D. ESTEBAN — No es extraño. Voy a decírsela a usted, para terminar este punto; y a ver si se la aprende de memoria, para que se la espete, cuando llegue la ocasión, a algún tonto de tantos como abundan por ahí.

(*Aquí don Esteban llenó las dos copas de un líquido verde y de café las dos tazas; sacó dos habanos del cajón de la mesa, ofreció uno a don Tito, y entre bocanadas de humo y sorbos de café recitó dos veces al joren los siguientes versos.*)

Cuéntase que una tarde
De su pedantería haciendo alarde,
El famoso impiote,
Tonto de capirote,

Señorito *Bartolo*,
Por una cerca paseaba solo;
Y encontrándose un drago en una orilla,
Agarró su puntilla,
Y esta pesada broma
Escribió, el necio, con sonriente labio:
Conocerás el drago por la goma,
Como por su ateísmo al hombre sabio

Luego al siguiente día
El dueño de la cerca que pasaba,
Viendo aquella inscripción, ésto pensaba:
Por aquí pasó el diablo, no hay tutía.
Esto, ésto de ateísmo, (y soltó un terno)
Me dá tufillo a infierno.
Y con labio sonriente,
Murmurando entre dientes: *¡Vaya un pillo!*;
Echó mano al cuchillo,
Y puso por debajo lo siguiente:
Conocerás el drago por el fruto,
Como por su ateísmo al hombre bruto.

Y diz que de aquel día en adelante,
Al ateo lo llaman ignorante.

D. TITO - (*a media voz*) ¡Cuánta luz ha entrado en el fondo
de mi alma!
D. ESTEBAN—(*sonriendo*) Si; pero tiene usted todavía tanta fé co-
mo mi gato.

PARTE SEGUNDA

PARTE SEGUNDA

I

(Después de bien apuradas las tasas de café y las copas, quedaron los dos hombres fumando un ratito en silencio. El viejo permaneció sentado, con el codo apoyado sobre la mesa y la mano en la mejilla, y el joven se levantó, asomóse a la ventana un momento, volvió a sentarse y quedó mirando acá y allá objetos indeterminados, como quien se prepara para atacar de nuevo. Al fin, cuando daba el reloj la una de la madrugada, dijo)

D. TITO —Bueno: ¡Avante, signore!

D. ESTEBAN—(como quien ha estado rumiando la palabra) ¿Quién es Cristo?... Esta fué la segunda pregunta, don Tito, que me hizo usted en tono de mofa; manifestando con ella, o queriendo manifestar la duda, por lo ménos, no ya de la existencia del hombre que se llamó Cristo, sino de su persona divina, de la divinidad de su Religión, con todos sus misterios y medios, para que podamos alcanzar nuestro fin sobrenatural.

D. TITO —Efectivamente, don Estéban, he declarado así mis dudas, por las magnas dificultades que me acosan y dominan acerca de esos caliginosos extremos.

D. ESTEBAN—Pero debió usted haber tenido en cuenta que de la duda sobre una cuestión difícil, o sobre su resolución, no se deduce la chunga legítimamente. De modo que no debió usted manifestar de esa manera su duda. ¡Ah!: no sé yo como se atreve nadie a burlarse de un asunto, o doctrina, sin conocer antes bien su pro y su contra! ¡Y ménos comprender como es posible el imperio de la duda en presencia de hechos tan grandes como el mundo, y tan resplandecientes como el sol.

Mas, dejémonos de quejas y lamentaciones por ahora, que *cual aristas secas, se las lleva el viento*, y vamos al grano, al grano.

Existe Dios, Creador del universo. En presencia de esta verdad pregunto: ¿dónde le parece a usted

que está Dios? Después de lo anteriormente dicho, ¿qué idea se ha formado usted del lugar en donde Dios tiene su trono excelso?

D. TITO

—Mire usted, don Esteban: en este punto me limito a escuchar a usted. Si allá al principio me hubiese usted hecho tal pregunta, le hubiera expuesto mi opinión, diciéndole que, si Dios existiera, le colocaría yo en el centro del universo, en el foco central, que indudablemente debe existir en alguna parte, de todos los astros que componen el universo, y que... »

D. ESTEBAN —(interrumpiendo) Basta, hijo, basta: no me espereba yo tanto. Le suplico encarecidamente que procure borrar de su memoria esas insensatas palabras de *Luisito Figuer*, del gran partidario de la matempsícosis, del saqueador de Flammarión, de quien él se ha valido, en parte, para con una lección de astronomía darse humos de iluminado doctor, hablándonos de nuevos días y nuevas noches, y soles de luz verde, y roja, y azul y amarilla; y lunas de reflejos de ópalo y matices de rubí; que después de todo son dignos de la paleta de un pintor, y a mí me encantan el alma.

¡Qué soberbio y qué tonto! Pasados tantos siglos que reina la muerte sobre la tierra, viene ese hombre, autor de «Después de la muerte», a pensar en ella, porque la vé dentro de su casa; y de ella toma pié para escribir ese libro, que ni siquiera merece el honor de la refutación; ese libro, con qué tal cabeza de chorlito (hay que hablar ya así) llega a confundir el concepto de la inmensidad del espacio, que por mucho que se estire siempre será finito, con la idea de la infinitud de Dios; ese libro, hijo malaventurado, en que, huyendo su torpe padre de los afilados dientes de Escila, cae en las fauces horrosas de Caribdis, etc., etc.

D. TITO

—Por eso he dicho que me limito a oírle a usted atentamente.

D. ESTEBAN—Bueno. ¿Dónde está Dios, pues? ¡Cuán exacto, y cuánto más fácil es responder, diciendo con el Librito de oro de la doctrina cristiana: Dios está en el Cielo, en la tierra y en todo lugar, por esencia, presencia y potencia! Por esencia, porque, como hemos visto, El ha dado a todas las cosas el ser, el obrar, el movimiento y la vida; causando en ellas la

existencia, la conservación, la excelencia, la perfección, la belleza y la sublimidad. Por presencia, porque «nada se oculta a sus divinos ojos»; porque su infinita mirada todo lo penetra y escudriña: el espacio, el tiempo y la eternidad; porque su deslumbradora pupila alcanza, lo mismo a las inmensidades del cielo, a las profundidades del mar y a las entrañas de la tierra, que a los más ocultos senos y repliegues del alma, que tiene abismos negros e impenetrables como el mar, y nubes y tempestades como la atmósfera, y soles y planetas y nebulosas como el cielo. Por potencia, en fin, porque El con su infinito poder todo lo puede anonadar; porque todo lo puede modificar, y nada sucede, ni puede suceder sin su ordenación y su permiso; ni nada se escapa, ni puede escaparse al admirable gobierno de su sapientísima Providencia, la cual no se halla encerrada en su santuario, sin cuidarse para nada de lo que pasa en el mundo, como, según sabrá usted, pretende cierta tonta filosofía, más propia para fomentar el vicio, que para satisfacer el entendimiento; sino que, por él contrario, Dios atiende a todo sin cansancio ni fastidio.

—Corriente: prosiga usted.

D. TITO

D. ESTEBAN —Dios vive. ¿Cuál es la vida íntima de Dios?

Al hacer esa pregunta se nos aparece el primer foco de luz y de vida: la Trinidad Santísima, misterio fundamental del Cristianismo, a la vez que su punto culminante; la Trinidad Santísima, dogma capital de la revelación, esencia del Evangelio, símbolo corona y gloria de la fé cristiana, frente a la idea divina pagana, judía y mahometana; la Trinidad Santísima, base y coronamiento de todos los misterios, océano insondable que no puede comprender el talento más perspicaz, ni siquiera concebir ninguna inteligencia creada.

D. TITO

—¿De modo que toda la Religión de Cristo se basa en un misterio incomprensible?

D. ESTEBAN

—Sí, señor: tiene su sólido fundamento en un misterio incomprensible, pero no contrario a la razón: en un misterio incomprensible, pero no del todo inexplicable; y a éso vamos.

D. TITO

—Vamos a ver...

D. ESTEBAN —Escuche usted. Dios es espíritu purísimo y eterno. Esto ya lo sabe usted.

D. TITO —Perfectamente.

D. ESTEBAN El primer acto de Dios es, pués, el pensamiento: el pensamiento que llena la eternidad. Piensa en sí, y al pensar en sí, piensa en todo lo que es inteligible y existe en sí mismo: razón soberana, prototipo y fundamento de toda verdad.

Pero el conocer divino, como dice el Angel de las Escuelas, y como lo comprende usted muy bien por las ideas que hemos expuesto, es la substancia del sujeto conocedor; y aquí, amigo mío, no hay ni puede haber diferencia alguna entre la potencia y el acto. Por eso creemos y decimos los católicos que el Verbo se produce bajo la forma de una persona consubstancial, y se llama con propiedad engendrado e Hijo.

D. TITO —No alcanzo bien la explicación.

D. ESTEBAN—Vaya ella, pues, de otro modo, Dígame usted: ¿pensar no es concebir?

D. TITO —Sí que lo es.

D. ESTEBAN—Sí: todo pensamiento es concepción y expresión de algo. Todo pensamiento es la expresión, y por consiguiente, una concepción del que piensa, si el que piensa, piensa en sí mismo y se conoce a sí propio; y será una concepción y una expresión perfecta, eterna y substancial, si el que piensa es perfecto y eterno, y si por su naturaleza es todo substancia, sin tener nada accidental en sí mismo, ni nada que pueda ser agregado a su pura e inalterable substancia.

D. TITO — ¡Ya, ya...

D. ESTEBAN—Luego, Dios que piensa substancial, perfecta y eternamente, y que no piensa ni puede pensar sino en sí mismo, al pensar, conoce algo substancial, perfecto y eterno como Él. Esto es lógico.

D. TITO —Sí, sí...

D. ESTEBAN—Pues ésto es su alumbramiento eterno, su eterna y perfecta generación. Y así, don Tito, es como Dios es Padre y engendra a un Hijo igual a Él.

D. TITO —¿Pero el pensamiento de Dios no puede ser múltiple?

D. ESTEBAN—¡Caf! . no señor!: el pensamiento de Dios no puede ser múltiple como lo es el nuestro. Dios cuya actividad es infinita concibe de una vez un pensamiento

igual a sí mismo, que lo representa todo entero, sin necesitar un segundo; porque el primero ha agotado el abismo de las cosas cognoscibles; es decir: el abismo de lo infinito: pensamiento único y absoluto, primero y último del entendimiento de Dios, que permanece eternamente en su presencia, como una exacta representación de sí mismo, «como su propia imagen, como el esplendor de su gloria y figura de su substancia»!...

Y creo que ya empezará usted a ver la unidad y pluralidad en Dios: unidad y pluralidad absoluta; que por eso corre toda su vida entera en el interior de sí mismo, en el misterioso e inefable coloquio de una persona divina con otra persona también divina: del Padre sin generación con el Hijo engendrado eternamente.

D. TITO —Veo... sí...

D. ESTEBAN —Mas, la evolución de la vida divina no se concreta a la generación. El Padre engendra desde toda la eternidad al Hijo; el Hijo mira al Padre y lo ama. El Padre ama al Hijo, y de este mutuo y eterno comercio procede la tercera relación hipostática en la Divinidad; es decir: el Espíritu Santo, el amor eterno e infinito del Padre al Hijo y del Hijo al Padre. Y así tenemos tres personas distintas y un solo Dios verdadero.

D. TITO —Me distraje un poco; haga usted el favor...

D. ESTEBAN —Decía que el Padre y el Hijo se miran, si vale la palabra, eternamente. De su coeterna mirada sale un tercer término de relación, procedente de ambos y realmente distinto de ellos, elevado, por la fuerza de lo infinito, hasta la personalidad, y que es el Espíritu Santo; ésto es: el santo impulso, el impulso sin tasa ni medida del amor divino: del amor del Padre al Hijo y del amor del Hijo al Padre. Y de igual modo que el Hijo agota en Dios el conocimiento, así el Espíritu Santo agota todo el amor de Dios. ¿Está usted?

D. TITO —Sí, sí...

D. ESTEBAN —Así explicado el misterio, pareceme que no hay ninguna dificultad en proclamar que Dios es trino en persona y uno en esencia.

D. TITO —¡Vamos!..

D. ESTEBAN —De otro modo, aunque sea cortándole mal el ropaje a la señora Poesía, alla va un pálido comentario, o cosa

así, de aquellas hermosas palabras. «Divide si puedes el sol y entonces divide la Trinidad.» Son de San Agustín que un día se acercó temblando nada más que a las playas de ese océano sin fondo.

D. TITO —A ver...

D. ESTEBAN—El Señor piensa en sí, y al eco interno
De la voz de su ciencia omnipotente,
Al pensar en su Ser, eternamente,
Engendra igual a sí un Hijo eterno;
Así como en el sol aprisionada
La luz se esparce con fulgor fecundo,
Y por el mismo sol siendo engendrada,
Es el sol mismo que ilumina al mundo.

Del abrazo divino y misterioso
Con que el Hijo a su Padre vive unido,
En fuerza de su amor maravilloso,
El Espíritu Santo es producido;
Como el calor del sol vivificante,
Que da a los seres vida y hermosura,
Brotando de su luz pura y radiante,
Es la esencia del sol radiante y pura.

D. TITO —Sí... veo; pero ¡qué océano tan insondable, don Esteban!

D. ESTEBAN—¡Ah!... sí señor: es un mar sin fondo y sin orillas, al cual no podemos lanzar el bajel de nuestra inteligencia, para que lo recorra sin el faro luminoso de la fe, so pena de caer en la nota de insensatez de que habla el Poeta Florentino:

«Matto e chi spera che nostra ragione
Possa trascorrer la infinita vía,
Che tiene una sustanzia in tre persone»

«Insensato aquel que espera que nuestra razón pueda seguir hasta su término los misteriosos caminos de Aquél que es una substancia en tres personas» (1)

—Sí, sí...

(1) *Dante-Purgat III-34-35-36*

II

D. ESTEBAN—Dada, pues, la explicación, aunque pálida, del augusto e inefable misterio de la Trinidad, podemos ya responder, don Tito, a su famosa pregunta: ¿Quién es Cristo?...

Cristo es la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo eterno, encarnado en las entrañas de una mujer, un Dios-hombre, nacido de una madre virgen.

Y tenemos ya el segundo foco de luz y de vida, el misterio augusto de la Encarnación, unido al de la Trinidad por relaciones íntimas y profundas. Y tenemos el más sublime de los milagros; o mejor: el milagro mismo que nos anonada y nos confunde; porque en él se nos aparece lo infinito en lo finito, la omnipotencia en la impotencia; o lo que es igual: un Dios que es hombre sin dejar de ser Dios, y un hombre, que es Dios, sin dejar de ser verdaderamente hombre.

* * *

D. TITO —¡Unión incomprensible!

D. ESTEBAN —¡Cierto: unión que por ningún entendimiento humano, ni por ninguna inteligencia creada puede alcanzarse; pero que no por eso es contraria a los eternos principios del pensamiento, ni tampoco inexplicable del todo.

D. TITO —*a media voz, moviendo la cabeza y con los ojos fijos en la ventana*) ¡Imposible!...

D. ESTEBAN —¿Qué ha dicho usted, canario? ¿Imposible? Pero usted ha pensado lo que ha dicho? ¿Quién es el guapo que puede probarme su imposibilidad, mientras que no me demuestre que la diferencia entre naturaleza y persona es una cosa de todo punto inconcebible y contradictoria? Y ésto, don Tito, no lo hará usted ni nadie jamás.

D. TITO —¿Y usted podría probarme su posibilidad?

D. ESTEBAN —¡Ya lo creo! Acerquémonos, si no, respetuosamente a las orillas de ese océano insondable y contemplémosle un momento.

La Segunda Persona de la Santísima Trinidad

unióse a la naturaleza humana, a manera de órgano, para obrar en ella y por ella nuestra eterna salvación. Este es el misterio incomprensible, y esta es la verdad inefable, que la razón no puede rechazar nunca, como contradictoria con sus invariables principios. Por el contrario: esa unión, aparte de su conveniencia con relación a Dios, y con relación al mundo, está recomendada a la razón (al menos por no ser contraria a ella) y además por ciertas analogías o semejanzas.

D. TITO — A ver... explíquese usted...

D. ESTEBAN— Esa unión de la persona en Cristo, no impide la distinción de las dos naturalezas, divina y humana. De donde resulta que la distinción entre la naturaleza y la persona es como el fundamento y el nudo de este misterio.

D. TITO (*frunciendo el entrecejo*) ¡Naturaleza y persona... Veo sí... vislumbro algo;... pero..

D. ESTEBAN— (*sonriendo*) Si: vé usted el nudo, y vislumbra algo por entre las tinieblas; pero, me parece que, por lo visto, no recuerda bien lo que es persona y naturaleza, esencia; y ésto me lo debió haber indicado usted antes, al tratar del misterio de la Santísima Trinidad. Para entender una cosa, es necesario tener concepto claro de la significación de las palabras con que se expresa.

D. TITO — ¡Cuidado! comprendo bien lo que esas voces significan.

D. ESTEBAN — Entonces disimule usted. Y bien: si usted comprende que persona es la substancia individual de la criatura racional, y naturaleza es la esencia misma de la especie; si usted sabe que la persona es lo propio, lo incommunicable, y la naturaleza, por el contrario, es lo común; si usted entiende que la persona es el modo de existir individualmente la naturaleza racional, y la naturaleza es lo común a varias personas, yo deseo saber de sus mismos labios, antes de pasar adelante, qué idea tiene usted formada de la humanidad con la cual contrajo el Hijo de Dios esa inenarrable unión personal.

D. TITO — Yo, don Estéban, concibo la humanidad de Cristo en el estado real y concreto; y por consiguiente...

D. ESTEBAN— (*interrumpiendo*) Y, por consiguiente, hace usted muy mal; puesto que en ese estado solo deben

concebirse, pues solo en él se manifiestan, las individualidades humanas. Porque ¿estaríamos lucidos! si solo así concibe usted la humanidad de Jesucristo, ¿qué viene a ser entonces su unión con el Verbo Divino?

D. TITO

—A eso iba: vendrá a ser nada más que una unión (como lo diré yo)... unión que de todo tendrá menos de personal.

D. ESTEBAN

¡Claro! Será, por consiguiente, nada más que una unión mística, externa, relativa, accidental; y no una unión íntima, propiamente dicha, substancial. Pero dígame: ¿dónde ha aprendido usted que la humanidad de Jesucristo existe por sí como una personalidad completa y perfecta, antes de haber sido asumida por la Segunda Persona de la Santísima Trinidad? Usted toma en mucha consideración el correr del tiempo, don Tito; y ahí, ahí precisamente está el gran error de usted; porque la Encarnación y la unión del Hijo de Dios con el hombre son cosas absolutamente simultáneas: sépalo de una vez para siempre. ¡Vasto es mitriunfo! En el Hijo de Dios y por el Hijo de Dios, el supuesto del Hijo de Dios es al mismo tiempo el supuesto de Cristo, en quien Dios y el hombre concurren en un supuesto, a la vez humano y divino: persona, en cierto sentido, humano divina, por las razones que tiene de subsistir, según lo indica el Doctor Angélico (1). De manera que el misterio, la gran maravilla de la manifestación del Hombre-Dios consiste precisamente en la unión de la hipóstasis divina con la naturaleza humana; unión en la que aquella ocupa el lugar de la humana persona simultáneamente, en el mismo instante en que fué formado el cuerpo perfectísimo de Cristo, y criada su alma nobilísima: ¡éso es!

* * *

D. TITO

—Pero, don Estéban; ¿quién no vé, siendo ésto así, que la humanidad de Cristo, privada de personalidad propia, no tiene su perfección subjetiva, y por consiguiente, es una humanidad incompleta y defectuosa?

(1) 3.^a q.-y 2.^a-art. 4.^o—

D. ESTEBAN—(con fuerza) Eso es un disparate, ¡canario! Claro que la posesión de la personalidad propia es una perfección que falta a la naturaleza humana en Cristo; pero ¿qué importa que falte esa perfección, de que usted habla? ¿Por eso la naturaleza humana de Cristo es defectuosa e incompleta? ¡No! porque, por el contrario, y en recompensa, se halla elevada a la dignidad de un orden completísimo y perfectísimo en fuerza de la unión con la persona del Divino Verbo.

D. TITO —¡Ya, ya! ..

D. ESTEBAN—¡Vaya, vaya!..

Por otra parte, si la existencia, por sí, no constituye necesariamente parte de la esencia o naturaleza, y Cristo es hombre perfecto por la plena posesión de los elementos constitutivos de la humanidad, ¿quién puede decir con verdad que la naturaleza humana ha perdido en Cristo una perfección, al perder su personalidad propia?

* * *

D. TITO —Bueno; pero en Dios esencia y persona son una misma cosa; luego semejante..

D. ESTEBAN - ¡Alto! no pase usted adelante, porque no quiero oírle otro garrafal desatino. ¡Se ve que ha calado usted la explicación del misterio de la Santísima Trinidad!. En Dios, señor mío, esencia y persona son una misma cosa *en cuanto a la realidad*; pero *virtualmente* son cosas diferentes.

D. TITO —¡Virtualmente diferentes?

D. ESTEBAN—Sí, señor; porque en Dios la noción de la naturaleza no implica la de la persona, la cual en su propia razón implica diversos respectos. ¿Qué tiene usted que replicar contra ello?

D. TITO —¡Vamos!..

D. ESTEBAN—(con sorna) No le ocurre a usted algún otro *obice*?

D. TITO —(algo picado, por la palabra) Sí, señor sí: me ocurre otra dificultad, y a mi entender irresoluble.

D. ESTEBAN - ¿Es posible? Éche usted a ver ..

* * *

- D. TITO —Asegúrase *católicamente* que en Cristo hay una sola persona y dos naturalezas, y dos voluntades y dos entendimientos; y por ende, dos conciencias y dos determinaciones propias.
- D. ESTEBAN —Muy cierto es, y con verdad se asegura.
- D. TITO —¿Qué es ésto, pues? Una de dos; o ésto es un error supino, una palpable contradicción, o hay en Cristo dos personas también, humana y divina.
- D. ESTEBAN —Pero ¡hombre! no diga...
- D. TITO —(*interrumpiendo*) Doy la razón de mi aserto.
- D. ESTEBAN —¡Canario! qué recio viene usted. Venga esa razón: escucho temblando.
- D. TITO —Porque... pregunto yo: ¿qué viene a ser la humanidad de Cristo sin la voluntad, y sin el entendimiento, y por ende, sin la conciencia y sin la determinación propias, que no podría tener de modo alguno, desde el momento en que se le despoja de su subsistencia propia y su personalidad?
- D. ESTEBAN —¿Ya terminó usted?
- D. TITO —Y si la humanidad de Cristo posee todas esas *inclitas cualidades*, ¿quien no ve que una sola persona no es, no puede ser el principio único, *ab ovo*, de las mismas?
- D. ESTEBAN —¿Ha concluido usted ya?
- D. TITO —Luego, o hay en Cristo más de una persona, o no hay en Él dos naturalezas, dos voluntades, dos entendimientos. Esto es más claro que la meridiana luz.
- D. ESTEBAN —¡Muy re-que-te-bién! Ni Locke, ni ninguno de sus discípulos, lo hacen mejor que usted, don Tito. Pero ¡galante gerigonza de palabras, y buen barullo de cosas forma usted, y cómo altera su fantasía la idea de personalidad! Oiga: ¿no me llegó a decir antes que comprendía bien la significación de la palabra, *persona*?
- D. TITO —(*amoscado*) Y me ratifico en ello..
- D. ESTEBAN —Pues lo disimula usted en su raciocinio (*con brío*) ¡Vasto es mi triunfo! Usted ha tomado y toma por carácter de hipóstasis lo que es sólo una propiedad de la substancia y de la naturaleza del alma. Dígame usted, en conformidad con los principios que en otra ocasión hemos sentado esta noche: ¿el entendimiento y la voluntad, y la conciencia, y la determinación propia, no son los elementos constitutivos de la naturaleza espiritual del hombre?

- D. TITO —Claro que son.
- D. ESTEBAN—Luégo el alma de Cristo posee esas propiedades.
- D. TITO —Así debe ser.
- D. ESTEBAN—¿Y la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo de Dios las posee también?
- D. TITO —(*después de cavilar un poco, y atusándose los bigotes*) Pues...
- D. ESTEBAN—Siga, siga.
- D. TITO —También.
- D. ESTEBAN Pues entonces ¡riatural! ¿qué dificultad hay en atribuir a Jesuscristo, no solo un saber y un querer divinos, sino también humanos, los cuales se reunen en la persona del Verbo, que se reconoce a la vez como Dios y hombre: doble conocimiento, según la naturaleza, y sin embargo, principio único subsistente e individual en dos naturalezas; es decir: persona única, persona humano-divina?
- D. TITO Sí, sí.
- D. ESTEBAN —Aplique usted ahora a la voluntad lo mismo, y surgirá la del hombre, y al mismo tiempo la de Dios; y aparecerá en Cristo una doble volición, una doble determinación, una doble actividad; y no obstante, uno que quiere y uno que obra. De donde resulta, que, aunque Cristo sepa y quiera con dos naturalezas, reina en El una armonía y una concordia perfectísimas, en virtud de la unidad de la persona humano divina: ¡ése es!
- D. TITO —Comprendo ahora la explicación.
- D. ESTEBAN—¡Ah!, don Tito! da lástima que esa objeción de usted esté siempre en los labios de los enemigos de la fé cristiana! Y digo ésto, porque yo sé que ella tiene sus raíces en un terreno más profundo; pues, como le indiqué a usted en otra ocasión, al tratar de las maravillosas operaciones de algunos animales, los adversarios de la Religión pretenden trasladar, y y de hecho trasladan y aplican, sin restricción alguna, a los santos misterios, categorías, principios: palabras, don Tito, del lenguaje humano, que pueden ser verdaderas con relación a las cosas humanas y finitas, pero que, aplicadas a Dios, sólo tienen un valor analógico, y no un valor absoluto, ni una adecuada aplicación. Por otra parte, y ésto hay que tenerlo muy en cuenta, entre los Doctores de la Iglesia y los filósofos profanos nótase una gran diferen-

cia cuando unos y otros definen las ideas de esencia, substancia, hipóstasis y persona ¿Qué ha hecho la Iglesia, al enseñar los misterios o los hombres? Pues lo más natural: se ha valido de ideas conocidas y de expresiones usuales para ponerlos al alcance de la humana inteligencia; pero repitiendo siempre que sus palabras tienen sólo un valor de analogía, y que ningún entendimiento humano puede comprender esas sublimes verdades, ni ninguna humana lengua es capaz de demostrarlas satisfactoriamente. (1) Sin embargo, ¿qué atención les ha merecido ni les merece a los adversarios de la fé este prudente y legítimo proceder de la Iglesia? Ninguna.

—Cierto es: no puedo negarlo.

D. TITO
D. ESTEBAN

—¡Da lástima!...
Bueno: expongamos ahora, con el más profundo respeto, algunas semejanzas con este adorable misterio de la Encarnación del Verbo Divino, y verá usted más clara su posibilidad, por lo pronto.

* * *

En gracia de la brevedad, dejemos a un lado esa encarnación de la palabra humana, que, hallándose primeramente en estado de pensamiento, y siendo del todo espiritual, se encarna en la voz, y vuélvese palabra sonora, que vibra, y vuela y obra las más grandes maravillas. Omitamos esa otra encarnación cotidiana, verificada en nuestra vida: esa encarnación admirable, con que nos asimilamos el mismo lodo que huellan nuestros pies, y lo hacemos nuestra propia carne, a la que nuestro espíritu penetra y vivifica: ¡profundo misterio en que aparece el jugo de la tierra, la tierra misma, convertida en pan, y el pan en sangre que corre por nuestras venas en purpurinas oleadas, que da fuerza a nuestros músculos, y brilla en la mirada de nuestros ojos, y salta en los latidos de nuestro corazón, y pone en nuestros labios la palabra viva, expresión sensible de nuestros más recónditos pensamientos! Pasemos, digo, en silencio ese fenómeno incomprensible en que el espíritu permite que el polvo participe de su existencia y de su

(1) Conc, Vatic-Const De fide Catholica-Cap IV-Can. I==

vida de un modo tan estrecho y tan íntimo, y fijemo: nuestra mirada en esa otra analogía que nos ofreció la unión del alma y del cuerpo en unidad de la naturaleza y de la persona humana.

D. TITO

—Entreveo ya.

D. ESTEBAN—Pocas palabras entonces.

«Así como el alma racional y la carne no son más que un solo hombre, así Dios y el hombre no son más que un solo Cristo» (1) Este es el dogma, don Tito. Creo que no tendrá usted dificultad que oponer a la primera parte de la comparación.

D. TITO

Ninguna.

D. ESTEBAN—Luego ¿por qué la ha de tener para la segunda? Y si la tiene para la segunda, ¿por qué no para la primera? En ella encontramos un alma y un cuerpo unidos íntimamente. Y yo pregunto: ¿qué vínculo es ese que ha unido cosas eternamente diferentes, por su misma naturaleza? ¿Qué puente es ese echado sobre el abismo que separa dos mundos tan opuestos? Dígame usted, don Tito, con la mano puesta sobre el corazón: si la viva unión del cuerpo y el alma no fuera un hecho constante realizado en el hombre, y usted, por una ganga, no fuera más que pura inteligencia ¿creería usted posible?

D. TITO

—A la verdad, que....

D. ESTEBAN

—¡Ah!... cierto estoy que, en este caso, hallaría usted, a esta hora en que ya sabe lo que es, en definitiva, el cuerpo, y lo que es alma, una infinidad de razones, sacadas, ya de la naturaleza del espíritu, ya de su dignidad, ora de su manera de ser, ora de su actividad, para probar la imposibilidad de esa unión maravillosa. Pero hoy ¿qué va usted a oponer contra ese hecho, por el que aparece en un organismo de barro colocada el alma, como un rayo del Eterno Sol de los espíritus?

D. TITO

—Tiene usted razón.

D. ESTEBAN

—Apliquemos el caso a la Encarnación del Verbo Divino, y tendrémos probada, por lo ménos, la posibilidad del misterio, sin meternos en más honduras. Ya ve usted con cuán poquito me contento yo, por lo pronto; para deducir inmediatamente: luego existe. Y señalándole con el dedo, a semejanza del Bautista,

(1) Symbol. Athanas.=

decir: «He ahí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo».

D. TITO

—Mas, también usted ve, don Estéban, cuan oscuro es, no obstante, ese misterio; y no le causará extrañeza que yo repita: ¡cuán incomprensible es!...

D. ESTEBAN

—¡Ya lo creo! Pero ¿por qué no termina usted esa última frase?

D. TITO

—Usted dirá...

D. ESTEBAN

—Incomprensible, pero así es. Esta, esta es la palabra, con que un sabio, como usted, y permítame este *golpecito* de incensario, debe, dado el hecho, que no puede negar, expresarse; como se expresan las personas de verdadera y sólida ciencia, en el orden puramente natural; las cuales, sin pretender explicar los fenómenos, y pensando únicamente en hacer constar sus observaciones, así hablan, a vista de los resultados que no pueden menos de sorprenderles. *Esto es inconcebible pero ello es así.* De este modo se habla, don Tito; a no ser que usted, en este punto impenetrable quiera observar un método enteramente distinto; negando o abandonando hechos, más claros que el sol, para perderse en especulaciones absurdas, y decir como un hombre de vulgar inteligencia, y más que vulgar, orgullosa: *Esto no puede ser así, porque no está al nivel de mi comprensión.*

D. TITO

—Bien. Pero ha hablado usted de hechos...

D. ESTEBAN

—¡Eeh!... pero ¿qué los niega usted, o duda de ellos?

D. TITO

—Para mí son berenjenales, difíciles de recorrer.

D. ESTEBAN

—¡Ay! ay! ay! ay!. ¡Pues yo creía que íbamos a terminar ya, y veo que estamos al principio de esta jornada, o poco más!.. Pero no importa: prosigamos.

III

Pues sí, señor, he indicado hechos, porque hecho es la existencia de Jesucristo; porque hechos son las profecías, y el cumplimiento de las mismas, las cuales traducen el clamor de la humanidad, hambrienta de la revelación; porque hechos son los milagros de Cristo, y el testimonio de tantos millones de mártires, y la fundación de la Iglesia, y su propagación y conservación a través de veinte siglos de lu-

- cha, y a pesar de las continuas embestidas de todos los diablos y demonios del infierno.
- D. TITO —¿Y que nos prueban esos hechos?
- D. ESTEBAN—(*aparte*) ¡No acabo de salir de mi asombro! (*a don Tito*). Pues ¡nada!.. nos prueban suficientemente (*sonriéndose y despacio*) que así como allá en el sexto día de la creación (puede usted meter en este día, si quiere, todos los períodos de los geólogos) que así como en ese día formó Dios al viejo Adán, admirable y misterioso compuesto de cuerpo y alma, mediador entre el mundo material y el mundo de las puras inteligencias, así también en la sexta edad del mundo envió a la tierra al nuevo Adán, al Dios-hombre, su Verbo, su Sabiduría, que está en Él desde toda la eternidad. Nos prueban suficientemente que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. Nos prueban, en una palabra, que Cristo es Dios. ¡éso es!
- D. TITO —Mucho deseara que desarrollase usted, si no le molesto, esas indicadas pruebas, aunque fuese ligeramente.
- D. ESTEBAN —Pero, ¿es posible que me pida usted, don Tito, las pruebas de esos hechos, más claros que la luz?
- D. TITO —No lo serán tanto para mí, don Esteban.
- D. ESTEBAN —Vamos, pues, a hacerle el gusto; pero que ésto no lo sepa nadie, porque me daría vergüenza, por usted mismo.
- D. TITO —Ningún rubor me daría a mí el que se supiese que pregunto

* * *

- D. ESTEBAN — Bueno: empecemos por los sagrados oráculos; porque no creo yo que usted opine que Jesucristo fué un fantasma, que pasó por el mundo haciendo bien.
- D. TITO —Yo creo en la existencia real de Jesús.
- D. ESTEBAN —Comencemos, pues, por las profecías.
- D. TITO —Mire usted, don Esteban, para ahorrar tiempo, que es oro luciente, voy a irme yo desde luego al fondo. Las profecías relativas al asunto, son argumentos, sacados de la Biblia, y la Biblia, para mí, hasta hoy, ha sido, y dispéñseme usted, *una colección informe de historias apócrifas y de fábulas*.
- D. ESTEBAN—Pues ¡hombre! veo, por una parte, que usted no se anda con chiquitas, y por otra, que ese blasfemo in-

sulto es más largo y más ancho que lo que yo me esperaba. Pues bien: ya que usted ha sido tan franco conmigo, quiero yo también ser muy franco con usted. Prepare los oídos, y disimule lo que voy a decir.

D. TITO

— A ver qué?

D. ESTEBAN

— Pues muy sencillo: que esa horrible blasfemia, en primer lugar, no es hija suya: (*con mucho brío*) es la blasfemia de todas las cabezas de chorlito y de todas las lenguas de trapo. ¡Vasto es mi triunfo! ¿Con qué derecho se atreve nadie a desacreditar la Biblia de ese modo tan inícuo? ¿Qué estudios han hecho sobre la Biblia los autores de esa frase? ¿Saben, por ventura, la historia de su propio siglo los que así osan desmentir a los Sagrados Escritores del Antiguo y Nuevo Testamento? ¿Han llegado siquiera a leer con detención ese Libro Divino los que dicen, por ejemplo, que en él hay verdaderas contradicciones, porque desde sus primeras páginas nos cuenta que la luz fué hecha en el primer día, y el sol, origen de toda luz, según ellos, ¿no se ría usted! en el cuarto? ¿Que la confusión de las lenguas en la construcción de la Torre de Babel es un chisme de comadres?... *¿Que Jesús, (como argumentaba un propagandista protestante a un pobre carretero), no ser hijo único de María porque decir a él en casa de Fariseo: TU MADRE Y HERMANOS ESPERAR FORA; y Magdalena no tampoco ungir pies de Jesús, estando ella atrás; y comiendo El, sentado en silla, mesa alta; y otras puerilidades, y sandeces y disparates por el estilo? ¡Buena gavilla de gahnápiros son la mayor parte de ellos! Ensobercidos con los adelantos modernos, no porque hayan contribuido a los progresos de la ciencia con el sudor de su frente, sino porque han adquirido algunos conocimientos de segunda o tercera mano, han tenido el atrevimiento de citar la Santa Biblia ante el tribunal de su razón de ganzo, y someter a ella audaz y descaradamente cuánto las pasadas edades y los hombres de más sólido saber han mirado con el más profundo respecto. ¡Tontivanos!!...*

D. TITO

— ¡Poco a poco, don Esteban! Mire usted que entre ellos hay grandes sabios, geólogos y naturalistas, que han dado magnos impulsos a las modernas ciencias.

D. ESTEBAN

— Sí, señor, sí; pero de sus señorías, el que no es manco, es tuerto, y el que no es tuerto es patizambo.

D. TITO — ¡Bah! bahl...

D. ESTEBAN — *(con brio)* Si, ¡canario! sí: de todos ellos debe decirse hoy, en pleno siglo XX, que no son más que tejedores de vanas hipótesis y de falsos principios ¿Lo quiere usted más claro?

D. TITO — Eso es mucho decir, señor mío.

D. ESTEBAN — ¿Cómo que es mucho decir? ¡Vasto es mi triunfo! Yo no hago más que repetir lo que han dicho algunos hombres, mucho más sabios que esos enemigos irreconciliables de las Santas Escrituras.

D. TITO — ¿Quién puede hablar de ese modo?

D. ESTEBAN — ¡Ah! ¿tampoco sabe usted como se las hubo en pleno siglo de las luces una célebre Comisión del Instituto de Francia con semejantes alcornos?.. Yo asevero que tan frágiles y absurdos son los sistemas de hoy como los sistemas de entonces. ¿Y quiere usted oír, por si acaso no lo recuerda, como trata esa Comisión aquellos sistemas, o con qué términos los nombra? Pues escuche usted, y vaya grabando en la memoria, y admirándose. Los llama además, nada ménos que *ignorancia, incertidumbres, errores, contradicciones, desvarios, vacío, nada*. Para perseguirlos y ajarlos, no omite la Comisión ningún vocablo vejatorio; siendo de notar, y ésto me llena el alma de satisfacción, y se la debe llenar a todo católico verdadero, que en aquellos jueces, no cupo entonces, ni cabe hoy la sospecha de ignorancia, ni el espíritu de partido: ¡éso es!

(Desconcertado quedó el jóren con esta rociada que, por cierto, no esperaba: permaneciendo un ratito en silencio, como quien busca una salida. Al fin, repuso con brio).

D. TITO — Bueno: a pesar de todo, yo encuentro, don Estéban, desde las primeras páginas de la Biblia, una dificultad magna, que estimo irresoluble, y que me presenta ese libro, falto de veracidad, a todas luces...

D. ESTEBAN — *(con fuerza)* ¡Canario! tenga usted más respeto á ese Libro Divino.

* * *

D. TITO — *(desconcertado)* Porque yo decía, Don Esteban... porque yo digo... ¿qué documento ha tenido Moisés a la vista para narrar la creación de las cosas, antes de haber sido creado el hombre? *(animándose)* ¿Qué

podía saber Moisés de la labor de Dios en los seis días, o periodos de la creación, cuando no tenía testimonio humano capaz de contarle los hechos ocurridos?

D. ESTEBAN—¿Ha terminado usted?...

D. TITO—¿Y le parece a usted poco? ¿Es ésto también frágil sistema?

D. ESTEBAN—(*aparte*) Pues no pica? (*a don Tito*) No señor, no: éso no es sistema: es una dificultad de un racionalista, sin razón ni miramiento; y dispéñseme usted. Respondo a ella; y me alegro que usted la haya presentado en este lugar, porque así me ahorra tiempo y trabajo; dándome la propicia ocasión para entrar de lleno en el pensamiento principal que nos ocupa.

Dígame usted, hombre engañado: ¿cuándo y cómo las generaciones primeras de un pueblo, que no han tenido, ni han podido tener archiveros ni analistas, han legado a las generaciones que les han seguido documentos estrictamente históricos?..

D. TITO—Nunca.

D. ESTEBAN—Pues bien; yo pregunto: ¿a falta de esos documentos, ha podido un historiador narrar con verdad los orígenes de un pueblo? a ver?..

D. TITO—Pues.....

D. ESTEBAN—Mida usted bien las palabras que va a pronunciar; porque si me llega a decir que no, ¡dios! historias de Herodotos y *Herodotas*, cualesquiera que sean. Y si me dice que sí, vuelvo a preguntar: ¿a qué fuente ha recurrido el historiador para contar esos orígenes?..

Pues... ha recurrido...

D. TITO—No se trague usted la palabra ¡canario! Ha recurrido a lo que debía recurrir. Ha bebido en la fuente de las tradiciones populares que poetizan la verdad, que cantan los hechos acaecidos.

D. ESTEBAN—Eso si es cierto

D. TITO—Pues bien: ¿le va usted a negar a Moisés lo que le concede a un historiador profano? Claro que faltaban a Moisés, para narrar la creación, fuentes verdadera y estrictamente históricas; pero había, mi amigo, por una parte, una tradición, y por otra, una revelación divina, que enseñó los hechos de la creación a los hombres primitivos. Y Moisés poseía esa tradición como historiador, y esa revelación como vidente. De donde resulta que su obra, en ese punto y en todos

los subsiguientes, es una obra inspirada por Dios, como lo son todas las de los demás profetas: ¡éso es!

D. TITO

—Éso es lo que debería probarse.

D. ESTEBAN

— Con mucho gusto lo haré; pero será breve; porque si se diese a la vindicación de la S. Biblia toda la atención que ella se merece, sería cuento de no acabar en un año.

* * *

Vamos a aclarar, en cuanto nos sea posible, el concepto de inspiración divina, propiamente dicha. Para ello, usted hará el obsequio de ir respondiéndome a lo que le fuere preguntando.

D. TITO

—Venga.

D. ESTEBAN

—Dígame: dadas las ideas que usted tiene ya acerca del hombre y de Dios, que le parece: ¿puede Dios, ejercer sobre un hombre una influencia positiva, que, además de la asistencia del Señor, suponga un impulso sobrenatural, interno, a que el hombre, como autor de un libro sagrado, obedezca, para escribir su obra, de manera que, con toda verdad, pueda decirse que ella es obra del Espíritu Santo?

D. TITO

—Pues....

D. ESTEBAN

—No olvide usted las ideas que de Dios y del hombre tiene metidas en la cabeza.

D. TITO

—¡Claro! yo, sincero siempre, y consecuente con los principios que no he podido menos de admitirle a usted en el transcurso de esta conversación, estimo que puede escribirse, sí señor, un libro divino, por razón de su contenido.

D. ESTEBAN

—¡Sopla! Es decir: un libro como el Catecismo, o la Divina Comedia.

D. TITO

— Quiero decir: escribirse un libro, mediante un impulso especial de una gracia particular de Dios.

D. ESTEBAN

—¡Otra! O lo que es igual, escribirse un libro como, por ejemplo, el de la Imitación de Cristo.

D. TITO

—Bueno: que Dios puede comunicar a un escritor cierta inspiración general para escribir una obra.

D. ESTEBAN

—¡No, no!; tampoco eso es exacto. Parece que, o tiene usted miedo, don Tito, de concederme lo que la razón le dicta, o no ha entendido ni jota de lo que es inspiración. ¡Estáremos lucidos! ¿Adónde iríamos a parar con esa apreciación suya? En tal caso no habría dis-

tinción alguna entre un libro inspirado y un libro infalible.

D. TITO

—A ver...

D. ESTEBAN

—Muy sencillo. Esa inspiración general no vendría a ser más que una asistencia del Espíritu Santo en la redacción del libro, y ésta no basta para que el libro sea inspirado, sino para que sea infalible.

D. TITO

—Pero, ¿la inspiración y la infalibilidad no proceden de lo alto? de la misma inexhausta fuente divina?...

D. ESTEBAN

—Muy cierto que la infalibilidad y la inspiración proceden de la eficacia del Espíritu Santo; pero sepa usted que difieren en el modo de proceder, y en el efecto. Hay que poner las cosas en su verdadero sitio, hablar con propiedad y entender bien, para evitar errores. Un libro inspirado es propiamente, y en primer término, obra del Espíritu Santo, y su verdadero y principal autor es Dios; pero una declaración del Magisterio de la Iglesia, por ejemplo, es una obra humana, en el sentido estricto de la palabra; aunque haya sido redactada con asistencia del Divino Espíritu.

D. TITO

—¡Ya!

D. ESTEBAN

—De donde se colige que en un libro inspirado la influencia del Espíritu Santo se dice, y es *positiva*; mientras que en una declaración del magisterio de la Iglesia es *negativa*.

D. TITO

—¿Cómo negativa?.

D. ESTEBAN

—Es decir: que tiene por objeto alejar todo error en una cuestión relativa a la fé y a las costumbres.

En suma, don Tito: que un libro inspirado es la palabra de Dios, mientras que una declaración del magisterio de la Iglesia contiene y anuncia la palabra de Dios.

D. TITO

—¡Vamos! ..

D. ESTEBAN

—Ahora, vuelvo a preguntar: ¿puede un escritor ser influido de una manera positiva por el Espíritu Santo en la redacción de una obra, de modo que ella pueda llamarse obra del Espíritu Santo?

D. TITO

—Sinceramente, como ni de parte de Dios, ni de parte del hombre veo imposibilidad, tengo para mí que sí.

D. ESTEBAN

—Luego, no hay dificultad sobre la verdadera inspiración, sino sobre si fueron inspirados los autores de los sagrados libros; y concretando más el pensa-

miento, porque ésto es lo que hace más a nuestro caso, si existieron profetas que anunciaron la venida del Mesías, y sus oráculos se cumplieron en la persona de Jesucristo.

D. TITO --Éso es

D. ESTEBAN--La materia merece punto aparte.

IV

(Al terminar el viejo, apareció en una puerta que conducía a las habitaciones interiores una monería: un lindo gato, con el cuerpo pintorecado de negro, blanco y amarillo, y gordo como una pelota. Observó a los dos hombres, dió un paso adelante, paróse y lanzó un maullido, como quien da las buenas noches. Inmediatamente, sin hacer caso del joven, se fué acercando, dió un salto sobre la mesa, y empezó a acariciar con su cubecita las barbas del anciano. Este halagóle cariñosamente con la mano, y hasta le besó varias veces. Don Tito, alzado con tales ternuras, exclamó: ¡Vaya una hermosura! ¡Parece un niño! Sí, dice don Esteban, parece un niño. Es el instinto perfeccionado. Tiene (halagándolo) tiene esta costumbre. Esta noche ha venido tarde. Se ve que se le han pegado las sábanas.—;Qué lindo!—A quien Dios no le dá hijos, San Camilo le dá gatos. Y prosiguió el viejo un rato recordando las ideas que en otra ocasión había expuesto sobre las relaciones morales de ciertos animales. Por fin le dió una nalgadita, y le despidió con esta palabra, como si el gato le entendiese: «A dormir otra vez, o a tu azotea». Y el hermoso bruto salió escapado a hacer lo que le dió la gana. Al concluir este episodio, que solo cuento porque sí, prosiguió don Esteban).

Vamos con los profetas. Antes, para mayor claridad, definámos.

El profeta es un hombre, que por inspiración divina vislumbra, en su visión, sucesos futuros, como presentes, los cuales no ha podido prever la sabiduría humana, y los desarrolla en sus principales rasgos a las curiosas miradas de su pueblo, que se informa de la razón y del fin de los caminos por los que Dios le conduce ¿Está usted?

D. TITO --Corriente.

D. ESTEBAN --Ahora, no hay que añadir a su ilustración y cultura la vulgar noticia de que hubo en el mundo un pueblo, que, aunque pastor y nómada al principio, y después agricultor, fué muy grande entre todos los pueblos de la tierra: el pueblo de Israel. Ese pueblo no debió su grandeza al poder de las armas, como Asiria, Babilonia y Roma; ni a las ciencias, ni a las artes, como Grecia.

- D. TITO — (con sorna) Luego, un pueblecito...
- D. ESTEBAN — Pero ¡hombre! para todo encuentra usted reparos?
- D. TITO — Iba a decir que sería grande por su rudeza e ignorancia.
- D. ESTEBAN — (muy serio) ¡Pase! Y hasta duro llegó a ser e incircunciso de corazón: ¡vaya!..
- D. TITO — Luego, ¿qué grandeza, ni..
- D. ESTEBAN — ¡Alto! ¿Cree usted ¡canario! que no hay más grandeza que la de las armas, las ciencias y las artes? ¿Y la grandeza religiosa y moral no es grandeza?
- D. TITO — Sí.
- D. ESTEBAN — Pues a esa grandeza iba a referirme (con entusiasmo y alzando la voz). Y yo repito que ese pueblo fué muy grande, por haber influido de una manera eficaz y duradera en la vida de las demás naciones; que él ha sido el protagonista del drama de la historia universal, si no por sus bárbaras y sangrientas conquistas, ni por sus escuelas filosóficas y bellas artes, por la idea, al menos, tan clara y tan pura que tuvo de la Divinidad, y por los deberes de la vida, así pública como privada, que, como Maestro, definió y expuso. Por poco que se medite en la historia de ese pueblo, adviértese que él ha sido el pueblo de lo porvenir, el pueblo escogido por Dios para servir de expresión viva a la idea religiosa y moral, a la conciencia del pecado y a la esperanza del Redentor. ¡Valgan verdades!: todos los pueblos de la antigüedad lloran una edad de oro, para siempre perdida; sólo el pueblo de Israel espera y canta esa edad. Él tiene una gran misión que cumplir; y esa misión, manifestada en sus instituciones, y en su vida civil y política, y pública y privada, es preparar los caminos al Salvador del mundo, al Mesías prometido.
- (Levantando más la voz) Y yo asevero, don Tito, a las faz del mundo, sin temor de ser desmentido, que Cristo preexistió en gérmen, desde el principio, en el pueblo de Israel. Yo proclamo que todas las doctrinas reveladas a ese pueblo, que todas sus prácticas religiosas, que todos sus grandes personajes, no son más que figuras, cada vez más significativas del Dios-hombre, del Cristo que había de venir.
- Más digo: desde el memorable instante en que fueron pronunciadas por los labios del Señor aquellas célebres palabras: *Yo pondré enemistades entre*

ti y la mujer, entre tu raza y su raza; ella quebrantarás tu cabeza y tu pondrás asechanzas a su calcañal; palabras que nos refiere Moisés en las primeras páginas del Génesis, desde entonces, digo, apareció la gran profecía de la venida del Salvador, y en ella la grande obra de Dios. Desde entonces el mundo empezó a esperar a Cristo, y a descubrir su grandeza, y el lugar que debía de ocupar en el plan divino. Que así como Adán era la columna en que había de apoyarse la humanidad entera en el orden natural, y como la humanidad había de caer con él bajo el golpe de la culpa original, del mismo modo el orden sobrenatural, el orden de la redención y de la gracia había de descansar en Jesucristo. Él es el primer resorte de la grande obra. Él es desde el principio, en el mundo, el móvil de los más grandes acontecimientos, y aún el fin de todas las burdas jergas que a este objeto han tejido los hombres en la tierra y las que, menos difíciles aún de comprender, han aplicado a las constelaciones del cielo. Y es que la idea, don Tito...

- D. TITO —(*interrumpiendo*) Dispénsese un momento, don Esteban.
- D. ESTEBAN—A ver....

* * *

- D. TITO Esas últimas palabras tuyas me traen a la memoria un librito, que he leído, y que creo anda en muchas manos, en donde su autor habla de esa misma materia que usted acaba de insinuar; y anhelo yo ansiosamente saber su opinion de usted acerca de dicha obra, antes de pasar adelante.
- D. ESTEBAN—(*aparte*) A chamusquina me huele (*a don Tito*) A ver que librito es ese....
- D. TITO «Ruinas de Palmira»
- D. ESTEBAN—(*aparte*) ¿Ve usted? (*a don Tito*) Ya me lo figuraba.. También yo lo he repasado, porque tengo para ello facultad pontificia. Usted es el que no debió haberlo leído.
- D. TITO —¿Por qué?
- D. ESTEBAN—(*sonriendo*) Porque apuesto á que no la tiene. Y sepa usted que, condenada esa obra por la Suprema Autoridad de la Iglesia a vivir en la cárcel del Indice de los libros prohibidos, cualquiera que la posea de-

be arrojarla al fuego sin miramientos ni contemplaciones.

D. TITO — ¿Tan malo es ese libro?

D. ESTEBAN — Pésimo, pésimo: es una de las obras más funestas que se han escrito. Está plagado de afirmaciones gratuitas; es fuente donde han bebido muchos de los ateos escritores modernos, y está formada al revés, que es lo más gracioso

D. TITO — ¿Cómo al revés?

D. ESTEBAN — Sí, al revés; porque en ese libro se toman los arroyos por la fuente; porque, entre otras cosas, en vez de fundarse, como debe ser, en la tradición los nombres de algunas constelaciones pintadas, según su autor, en algunos manuscritos árabes, se parte en el de esos nombres, como origen de la tradición. (*haciendo un brusco movimiento de cabeza*) ¡No hay quien pueda con estos barrabases! Como si lo estuviera mirando. Volney, acérrimo partidario de un burdo naturalismo, se dijo para su capote: Es necesario que todas las cuestiones tengan solución completa ante la clara luz de las cosas naturales. Es menester que todas las montañas y valles de la Filosofía y de la Teología se allanen ante la naturaleza. Y después de haber desbarrado tanto y tan descarada y frescamente sobre los Santos Evangelios, y sobre el misterio de la Trinidad Augusta y sobre el culto de los símbolos, y sobre la explicación de las tradiciones que en el transcurso de los tiempos los hombres habían fijado, aún por medio de astros y constelaciones celestes, y sobre el origen o etimología del sacrosanto nombre de Cristo y de Jesús, etc. se descuelga ese infame orientalista, poniendo en boca del *Legislador* estas perversas palabras, fiel expresión de sus propias ideas: «El único medio de estar acordes es volver los ojos a la naturaleza, y tomar por árbitro y regulador el orden de cosas que ella misma ha establecido».

Y ahí tiene usted, don Tito, como, después de unas cuantas sandeces, necedades y mentiras, se dá un puntapié a la verídica historia, a la honrada crítica, a la sana filosofía y a todo el orden sobrenatural.

No tengo, por ahora, que decirle a usted más acerca de ese librejo, que, habiendo engañado a tantos entendimientos y a tantos corazones vulgares,

que lo han leído y releído, llevados sin duda del orgullo, y del prurito de alardear de erudición y cultura, no merece los honores de una seria refutación.

D. TITO —De su palabra de usted me fío.

D. ESTEBAN —(con brío) Y de algo más, don Tito, de algo más.

Debe a usted constarle que la fuente histórica común de todas las leyendas que de palabra, o por escrito, se han divulgado en la tierra, hasta por medio de constelaciones, fué el drama del Paraíso terrenal y la palabra eterna pronunciada por los labios del Señor. Habrá cambios de nombres en los personajes de la tragedia primitiva, y aparecerá un Japetos por Adán y por Éva una Pandora que atrajo al mundo, por su imprudencia, la enfermedad y la muerte; y un Zeus engañado por Prometeo que a su vez, fué preso por orden de aquél, y libertado por Hércules, y... ¿mas para que tomar el trabajo de recordarle a usted cosas que tiene bien grabadas en su memoria? Repase usted la tierra en alas, o en hombros de quien usted quiera, y notará entre los Indios a un Kassiapa, primer hombre, a un Diti, su esposa, madre de los malos gigantes y a un Kalki que hará desaparecer todos los males y restablecerá la edad de ventura, tal como reinaba en el principio del mundo; y notará entre los persas a un Ahrimán que será obligado a prestar homenaje a Ormuz, y a un Oschanderbega, hombre del mundo, que hará florecer un día la religión y la justicia en la tierra; y entre los egipcios a un Orus, hijo de Isis, la primera madre, y aun Thyfón, la serpiente infernal, que será encadenada y muerta por Orisis, resucitado; y entre los lybios a un Júpiter Ammón que, expulsado de su reino, anuncia a su pueblo, que con el tiempo vendría al mundo su hijo Dionysos, el cual restablecería su soberanía hereditaria, y sería reconocido por Dios; y entre los germanos a un Odín que había caído y estaba encadenado en las profundidades de la tierra; pero que, al fin, sería libertado como el Prometeo griego; y entre los mejicanos a un Quetzalcoalt, padre de su raza, que algún día les había de devolver su primera felicidad; y entre los peruanos, en fin, a un Vivakocha, que había de venir a consolarles.

¿Qué es ésto, don Tito? No revelan estas leyendas una fuente histórica común? ¿Quien no ve apare-

cer bajo este burdo tejido hecho por los hombres, descompuesta y descolorida sí, pero siempre bastante visible, para que pueda conocerse, la idea del Mesías prometido en el Paraíso?

* * *

D. TITO — ¡Ya veo, ya! Pero ha dicho usted, también, que ese libro, en cuestión, ha sido plagiado por muchos escritores modernos, y está lleno de gratuitas aseveraciones.

D. ESTEBAN — ¡Ah! ¿Quiere usted todavía más?... Pues sí, señor, lo he dicho y lo sostengo; porque en cuanto a lo primero, sobre él está calcado todo lo que, acerca de la Religión, han escrito las endiabladas plumas de los impíos, demócratas socialistas modernos entre ellos el sacrilego *Bebel* en su *Christentum und Sozialismus*: (1) Cristianismo y Socialismo. Cuanto a lo segundo, ¿dónde está la demostración histórica del origen gentilicio del Cristianismo y del culto cristiano? Estará, por ventura, en algunas audaces afirmaciones, y en unas cuantas semejanzas traídas por los cabellos? ¡No sé como uno no se desternilla de risa con estos sabios de pegal... Ya que usted me pincha más, don Tito, refresque la memoria y asómbrese. Basta un botón para muestra. «El nombre de Cristo viene de *Cris*, de donde los Indios formaron su *Cris-en*, o *Crisna*, y los Cristianos su Cristo, hijo de María». «Otras veces Cristo se nombraba *Yes*, por la reunión de tres letras que en su valor numeral formaban el número 608, uno de los periodos solares; y de aquí el nombre que se ha convertido con la final latina en *Yes-us*, o Jesús, nombre antiquísimo cabalístico, atribuido al jóven Baco, hijo clandestino (nocturno) de la vírgen Minerva, el cual representa, en toda la historia de su vida y muerte, la del Dios de los cristianos; es decir: el astro del día, del que ambos son emblema».

¿Qué le parece a usted?... Cristo y su Santísima Madre vienen a ser para Volney y para todos sus discípulos y compañeros nada más que legendarias

(1) Dr. Engelbert Käser—

personalidades. ¡Qué maneras de desbarrar, blasfemando!

De esta suerte me atrevo yo, con harina del doctor *Engelbert Käiser*, (1) hacer un amasijo, y probarle a usted que Napoleón I, por ejemplo, no ha existido nunca, que no ha sido más que un personaje de leyenda, y su historia, la fábula del Sol, Apolo.

(*Don Tito baja la cabeza y sonríe*).

¡Ah!... ¿sonríe usted? Pues sí, señor; los nombres mismos constituyen ya una prueba convincente; por que Napoleón y Apolo son en lo esencial palabras idénticas.

D. TITO —En eso tiene usted razón.

D. ESTEBAN —Y sigo a la *Volney* y a lo *Bebel*. Cuéntase que la madre de Napoleón se llamó Leticia, que viene a ser una transformación de Latona, nombre con que, según la leyenda, era conocida la madre de Apolo. Napoleón tuvo un hermanito llamado Luciano; es decir: el dispensador de la luz, el iluminador: atributo del dios sol que nos alumbra, y que la leyenda moderna ha transformado en un hermano del Corso. Napoleón comenzó su carrera triunfal en el Sur y en el Oriente, en Italia y en Egipto; la estrella de su fortuna empezó a palidecer en el Norte, en los helados campos de Rusia, y púsose en Occidente, porque murió en Santa Elena. ¿Qué es todo ésto sino una personificación de la carrera triunfal que el dios Apolo recorre todos los años desde el mediodía hasta el Norte, desde el solsticio de Capricornio hasta el trópico de Cáncer, y un símbolo de su diaria carrera triunfal de Oriente a Poniente?. Napoleón estaba rodeado de doce mariscales, que no son más que símbolos de las doce estrellas que el sol recorre en su curso anual. Napoleón derramó la sangre de millares de hombres en innumerables campos de batalla, lo que quiere decir que Apolo enviaba sobre la tierra sus agudas y mortíferas flechas. ¿A qué más?. Las mismas representaciones simbólicas comprueban todo lo dicho; porque las más antiguas estatuas de Napoleón muestran una antigua cabeza de Apolo de corte y belleza clásicos, y la frente aparece coronada con el laurel querido de Apolo.»

(1) «Los socialistas pintados por sí mismos», vers. española por Mirat»

Tan sorprendentes analogías, ¿le parece a usted don Tito, que pueden ser pura casualidad? ¡No! Es que los franceses, con su viva fantasía, y deseosos de victorias, y de bombo y platillos, han transformado evidentemente durante la confusión de la época revolucionaria al viejo dios del sol en un héroe nacional francés, y los contemporáneos y sucesores, ayunos de espíritu crítico, se han tragado la píldora, y han aceptado esta leyenda fantástica como una cosa real, sin que se les alborote el estómago.

D. TITO — (después de soltar una carcajada) ¡Muy bien!...

D. ESTEBAN — (fuiendo aplomo) Pues sí, señor: uno de los más hermosos triunfos de la investigación histórico-crítica moderna consiste indudablemente en haber ridiculizado y relegado definitivamente la supuesta historia de Napoleón I al imperio de la leyenda; éso es! .

D. TITO — (sonriendo) ¡Está bien!

D. ESTEBAN — Bueno, bueno: dejémonos de guasas. Dígame usted: si lo que acabo de decir lo lanzase yo, con seriedad, a la luz pública, ¿qué dirían, no digo yo los franceses, sino el mundo entero de mí?...

D. TITO — (sonriendo) Pues... francamente, lo ménos que dirían es que en su maravilloso modo de proceder demuestra usted mucha ingeniosidad, y le cuesta poco trabajo decir las más feroces barbaridades y las más ridículas tonterías.

D. ESTEBAN — Pues aplique usted el cuento a Volney y a Bebel, y a toda su sapientísima parentela.

* * *

(Después de una pequeña pausa).

Conste, pues, que la idea que daban de Cristo las palabras del Señor a la Serpiente en el Paraíso, (que ésto es lo que iba yo a decir antes, cuando usted me interrumpió) pudo alterarse y vestirse de mil formas, lo que usted quiera; pero olvidarse del todo no. La tierra pudo inundarse, y acabarse en una todas las generaciones; pero la idea del Gran Libertador salvóse, para comenzar de nuevo, como cuando salió de los labios del Omnipotente. Los hijos de Noé pudieron despedirse para siempre de los campos de Senaar, y olvidar algún día las verdades que les ense-

ñaron sus padres; pero no olvidaron jamás la idea de Mesías, Redentor de la humanidad.

En una palabra: el torrente de los siglos precipitose mugiendo en el abismo; las generaciones de hombres sepultáronse en la tumba; pero sobre oleadas humanas, que pasaron sin cesar, flotó la idea de Cristo, en las tradiciones populares que la poseyeron, en las figuras que lo representaron, en la elevación de la estirpe de Juda sobre el trono, en la sabiduría de los reyes, en las conquistas de los héroes, en las virtudes de los patriarcas y en los oráculos de los profetas: ¡éso es! ..

* * *

D. TITO — Está bien, don Esteban: todo eso me parece muy bien; pero todo éso, en resumidas cuentas, supone una ley, un quebrantamiento de la ley, transmitida etc. etc. .

D. ESTEBAN — ¡Bah!... se ve que usted quiere pincharme todavía más

D. TITO — No: es que tengo en la cabeza algunas dudas acerca de esos extremos también.

D. ESTEBAN — ¡Bien salta usted, jinojo!

D. TITO — Pero como estamos hablando familiarmente y así sólo la verdad no importa que la busque a saltos.

D. ESTEBAN — Pero vamos a ver: ¿no cree usted en la ley, o en su violación, etc?...

D. TITO — ¡Vamos!... como no creer *mayormente*... no; pero se me presentan algunas dificultades que, antes de proseguir, quisiera ver resueltas por usted.

D. ESTEBAN — Concrete usted.

* * *

D. TITO — Mire usted: el relato de Moisés acerca de esos particulares me ofrece objeciones muy hondas, ya de parte de Dios, ya de parte del hombre mismo.

D. ESTEBAN — A ver...

D. TITO — ¿Por qué, digo yo, por qué privó Dios al hombre en el Paraíso de un goce inocente, cual era el de probar la dulce fruta de un árbol?

1. ESTEBAN — (*con serenidad*) Porque el hombre debía formarse bajo la relación moral en el Paraíso, y era necesario que tuviese un objeto que fuese una ocasión de desarrollo para su naturaleza moral.

1. TITO — Pero viviendo Adán con Eva, ¿porqué Dios no les dejó ocupados en los deberes de naturaleza, para cuyo ejercicio no les habían de faltar ocasiones mil?

1. ESTEBAN — Pues, amigo mío, porque a Dios no le dió su eterna y real gana.

1. TITO — Es decir: por puro capricho.

1. ESTEBAN — (*con brío*) ¡Cuidado, canario! Llámelo usted como quiera, pero sin burla. Fué un acto bien fundado de su soberana voluntad: ¡vaya, vaya!...

1. TITO — (*con brío también*) Dios, don Estéban, y ya puedo hablar así, Dios es el espíritu y la razón misma.

1. ESTEBAN — ¡Muy bien!

1. TITO — Luego, debió forzosamente conducirse de un modo generoso y razonable con una inteligencia creada; y a mí me parece que no obró así. Por consiguiente, pareceme que no pudo emerger de Él una ley semejante. Si estoy equivocado, explíqueme usted este punto.

1. ESTEBAN — Ya lo creo que está usted equivocado, y de medio a medio.

Ante todo, permítame una comparación; y deseo saber de sus mismos labios que opina usted sobre las ideas que encierra.

1. TITO — Venga.

1. ESTEBAN — Dígame: ¿que pensaría usted de un señor generoso, muy generoso y muy razonable también, que concediese a alguien el usufructo de una hermosa finca, y le exigiese todos los años la entrega de una gallina blanca, por ejemplo, (*viendo que el joven sonríe*) o si usted quiere le prohibiese tocar la fruta de un árbol que hubiese en medio de la misma finca, como testimonio de su derecho de propiedad; a fin de que el usufructuario entendiese que aquella finca no le pertenecía, y que solamente la disfrutaba por pura bondad y liberalidad de su dueño?

1. TITO — (*sonriendo*) Pues... pensaría.. que me ha partido usted.

1. ESTEBAN — ¡Vasto es mi triunfo! Dios que había hecho al hombre rey de la naturaleza, y colocádole en el Paraíso, del cual gozaba completamente, quiso, por una

parte, impedir que, seducido por sus propios pensamientos, creyese que era obra suya todo aquel magnífico universo que veía bajo sus pies, y que se extraviase en su orgullo; y por otra, que comprendiese el gran bien que por sí solo es la obediencia; pero nunca por espíritu de dominación de parte de Dios, sino para mayor bien del hombre obediente; porque nada le era más provechoso que su sumisión a Dios, ni nada más perjudicial que su desobediencia; que por eso el árbol, plantado en aquella finca inapreciable, era señal de vida y de muerte, y fué llamado proféticamente *el árbol de la ciencia del bien y del mal*.

D. TITO — ¿Del bien y del mal?

D. ESTEBAN — Sí, señor.

* * *

D. TITO — ¿Pero Adán y Eva no conocían el bien y el mal?

D. ESTEBAN — Sí, señor, conocían el bien y el mal, pero no lo conocían del mismo modo. Es decir: conocían el bien, porque conocían a Dios, el mundo y a sí mismos, y todo ésto era muy bueno; mas, conocían el mal como lo contrario del bien, como una cosa posible, y no como una cosa verdadera, porque no existía aún para ellos. De modo que el conocimiento del mal no era para Adán y Eva sino un conocimiento especulativo, y no una cosa verdaderamente experimentada. La experiencia del mal les vino por vez primera, cuando cometieron la culpa, cuando desobedecieron a Dios: entonces supieron lo que era el mal, por el amargo y doloroso sentimiento de lo que habían sido, y de lo que habían llegado a ser. Tuvieron del mal un conocimiento pleno, cuando el mal entró en sus almas con todo su cortejo de necesidades y de muerte: ¡éso es!

* * *

D. TITO — Bueno; pero, después de todo, ¿qué culpa tenemos nosotros de la desobediencia de Adán y Eva?

D. ESTEBAN — Culpa actual, ninguna; culpa original, toda; es decir: con todas sus consecuencias: con la pérdida de la santidad y de la justicia, con la cólera y la desgracia de Dios, con la mortalidad del cuerpo, con la ser-

vidumbre bajo el dominio de Satanás y con un menoscabo grande en el cuerpo y en el alma.

—Y por qué?

D. TITO
D. ESTEBAN—Pues muy sencillo: en virtud de nuestra filiación con Adán y Eva. Sin meternos en honduras, que no lo necesitamos, de padres pobres, don Tito, no pueden nacer sino hijos pobres también. Pero tenemos, amigo mío, una promesa en la sublime palabra de Dios: «Yo pondré enemistades entre tí y la muger; entre tu descendencia y la suya, etc.»; y por consiguiente una esperanza de indulto, como dice usted, traducida en el clamor de la humanidad entera, hambrienta de la salvación por Cristo: por Cristo, y por nadie más.

* * *

D. TITO —¿Pero no podía Dios salvar al hombre sólo con un acto de su soberana voluntad?

D. ESTEBAN—¡Cuidado! No pretenda usted corregir a Dios, que se expone a quedar confundido bajo el peso de su justicia infinita. Claro que Dios pudo rescatar al hombre con un solo acto de su bondad suprema, perdonándole; pero ¿no ve usted que de este modo la satisfacción hubiera sido incompleta.

D. TITO —¿Cómo incompleta?...

D. ESTEBAN—Sí, señor, incompleta; porque habiendo el hombre ofendido a Dios, el hombre necesariamente había de satisfacer a Dios.

D. TITO —Entonces bastaba que el hombre pagase la deuda.

D. ESTEBAN—No, señor, tampoco bastaba; porque el hombre solo no podía dar a Dios satisfacción cumplida, la cual había de ser infinita, por razón de la persona ofendida. De ahí que era muy justa, cuando ménos, la intervención de Dios: que Dios satisficiese con el hombre; es decir: que satisficiese un Dios-hombre: Nuestro Señor Jesucristo.

D. TITO —(inclinada la cabeza) ¡Vamos!...

V

D. ESTEBAN—Y nos hemos distraído por demás. Reanudemos el punto interrumpido, formulando las dos siguientes preguntas, para responder a ellas:

1.^a—¿Existieron verdaderos profetas que vieron y anunciaron la venida del Mesías?

2.^a—¿Compliéronse sus oráculos en la persona de Cristo, hasta en la más pequeña circunstancia?

Cuanto a lo primero, abra usted bien las orejas. Si la idea y la esperanza del Salvador son un hecho incontestable, como lo ha visto usted, ¿de dónde proviene esa convicción universal, y tan profundamente arraigada, que pasa a través de los siglos? No hay más que una sola razón que pueda explicar este fenómeno satisfactoriamente: la idea y la esperanza del Mesías habían sido arrojadas en los corazones por una clase privilegiada de hombres, por los profetas; y la serie de profetas las había cultivado, y desarrollado, y alimentado, y conservado vivas en Israel...

¿Desea usted ahora nombres propios? Pues abra usted las Sagradas Escrituras, y verá que el israelita lee, desde las primeras páginas de sus Libros Santos, la promesa del Salvador, que debía nacer de la Mujer, para aplastar la cabeza de la Serpiente. (1) Verá usted que la promesa es renovada a Israel y a Jacob (2), y Jacob en su lecho de muerte la trasmite a Juda, (3) al mismo tiempo que determina la época de la venida del Mesías. Verá usted que Balaam, al querer proferir blasfemias, ve transformarse su impía palabra en predicción, anunciadora del Redentor. Verá usted que, cuando el pueblo de Israel fué gobernado por reyes, ellos fueron la figura del futuro Rey. Todos los reyes de la tierra habían de rendirle homenaje. Su venida había de ser una gracia para las naciones, y su reino una era de salud y bendición. (4)

En frente de ese retrato de un Sacerdote-rey, potente y glorioso, y de la monarquía universal que debe fundar, colócase el anuncio de un Mesías, cargado de humillaciones y de padecimientos indecibles.... (5)

* * *

D. TITO —Y no es chica la contradicción.

D. ESTEBAN—¿Qué dice usted?

(1) Jénes-III—(2) Jénes XXVI.—(3) Jénes XLIX—

(4) Salm. LXXI y siguientes—(5) Salm. XXI y sig

D. TITO —(*con sorna*) Gloria y bajeza, a un tiempo, en una misma persona....

D. ESTEBAN (*con brío*) ¿Y qué?... ¿Usted no concibe otra gloria que la gloria del monarca que se presenta, cabalgando en alazano caballo, a la cabeza de un poderoso y victorioso ejército? ¿Usted no atiende en las profesías mesiánicas sino a lo que halaga la vanidad nacional, el amor propio y el odio al extranjero, y cierra los oídos a todo lo que no puede interpretarse en este sentido?... ¡Pues se luce usted!... Entre Cristo, Rey potente y glorioso, y Cristo, humillado, ultrajado, menospreciado y tratado por sus enemigos como el deshecho de la plebe, habrá contradicción aparente, pero no real. ¿Es poca gloria la que resulta de su pasión cruel e inmerecida, cuando ella sirve para expiar la pena merecida por los demás hombres, y viene a ser para todos un manantial de bendiciones y de gracias, elevándolos, por la voluntad suprema, a la cima del honor?... ¿Y es poca gloria la que le tributan a *El todos los términos de la tierra, y todas las familias de las gentes, que le adoran en su presencia?...* (1)

¡Un rey glorioso y humillado al mismo tiempo! He ahí, don Tito, he ahí una de las causas por qué Israel rechazó al Mesías verdadero. Dominaba, sobre todos, a los espíritus soberbios, venales e hinchados con la ciencia de la ley, y satisfechos de sí propios, porque observaban puntualmente su letra, y nada más, interpretada a su gusto, esa misma idea que parece dominarle a usted. Porque los divinos oráculos hablaban de un rey glorioso, esperaban ellos a un poderoso rey de la tierra, a un libertador político, a un conquistador, destinado a hacer triunfar al pueblo de Israel de todos sus enemigos. Y vea usted cuan equivocados estaban, y cuan engañado ha vivido también usted hasta estos momentos.

Y doy, de paso, antes que usted me la pida, otra de las razones por qué Israel rechazó a Cristo y ha corrido en pos de su perdición; toda vez que venido El al mundo, toda la antigua economía había alcan-

(1) Salm. XXI y sigs.-Cont.-Rom. X.==

zado su fin y ya no tenía razón de ser. El maleado culto...

D. TITO (*interrumpiendo*) Disimule usted que le interrumpa.

D. ESTEBAN—(*haciendo un movimiento de desagrado*) A ver...

* * *

D. TITO — Si el Cristo vino, según se dice, a salvar a Israel, me admiro mucho de que no fueran elevados todos los israelitas a la fé.

D. ESTEBAN—¡Ah! ¿le causa a usted ésto mucha admiración? Pues debe usted saber que, para ser israelita bastaba el nacimiento; mas, para ser verdadero israelita, confesor de Cristo, necesitábase tener una fé libre.

¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! (1) Esta frase de fuego tuvo su exacto cumplimiento en la rebelión que estalló el año 66 después de Jesucristo, y que dió por resultado la destrucción de Jerusalem y de su templo: acontecimiento anunciado y providencial que venció el obstáculo que retenía cautiva a la naciente Iglesia. Ella había recogido en su seno todos los mejores elementos de la Sinagoga, a todos los verdaderos hijos de Abraham: a la Santísima Virgen que era una personificación de Israel, a Ana, a Zacarías, a los Apóstoles, a los millares de hombres que creyeron en Cristo; los cuales eran los verdaderos israelitas. ¿Por qué, pues, se admira usted tanto de que no fueran elevados todos a la bienaventurada fé?....

(*Don Tito calla, pasándose por la frente los ensartijados dedos de la izquierda*).

Y volviendo a la repulsión de que Cristo fué objeto, ésta provino, más que de la adhesión exagerada a la letra y al culto maleado exterior de la ley, de los nefandos vicios de los hombres. La depravación de costumbres era tan grande entonces, que, en sentir del historiador Josefo, (2) «Si hubieran tardado los romanos en castigar a esta raza perversa, la hubiera aniquilado un temblor de tierra, un diluvio, o los fuegos de Sodoma; porque las generaciones, así casti-

(1) S. Mateo XXVIII.=(2) Bell. jud.-VI.=

gadas, no fueron tan impías y tan criminales como ella». Dura de serviz e incircuncisa de corazón y de orejas, resistió siempre al Espíritu Santo, y fué lo mismo que fueron sus padres, (1) cuya espada estuvo embriagada con la sangre de los profetas: (2) ¡ése es!...

(*El joven hace signos ininteligibles con la cabeza.*)

* * *

Y nos hemos distraído bastante otra vez. Reanudemos de nuevo el punto que veníamos tratando.

Merced á las predicciones de los profetas, que aparecieron después de los cautiverios de Asiria y Babilonia, desde el año 772 al 536 antes de Cristo, se esclarece y se completa cada día más la idea de su advenimiento, con todas sus circunstancias. Miqueas predice que nacerá en Belen; (3) Isaías que una Virgen le dará a la luz de una manera milagrosa, (4) y será llamado Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz. Y será rey (5) y profeta, sacerdote y víctima a la vez. De su humillación saldrá su exaltación y su triunfo, y de su muerte la vida para todos los hombres.

Partiendo de los 70 años del cautiverio de Babilonia, predicho por Jeremías, anuncia Daniel el advenimiento, por medio del hombre-Dios, de la libertad completa, de la verdadera salvación de Israel, después de un transcurso de 70 semanas de años, a contar desde la fecha del decreto que ordenaba la reedificación de Jerusalem. (6)

«Aun falta un poco, dice el Señor de los ejércitos, y yo conoveré el Cielo y la tierra, y el mar y todo el universo... (7) y vendrá el Deseado de las gentes y henchiré esta casa de gloria». Él vendrá como rey justo y salvador; pero vendrá pobre, sentado sobre un asno; y los ingratos lo rechazarán, y estimarán su persona en el vil precio del salario anual de un criado: en treinta monedas de plata, las cuales serán arrojadas al alfarero. (8)

(1) Act. Apost. VII.—(2) Gerem. II.—

(3) Miq.-v—(4) Isai.-VII.—(5) Isai.-IX.—

(6) Dan. II.-y IX—(7) Ageo-II.—(8) Zac-IX-y XI—

«El lobo, dice *Isaias*, describiendo la prosperidad del tiempo en que había de venir Cristo, el lobo habitará con el cordero, y el leopardo con el cabrito, etcétera. (1)

«He aquí, exclama *Malaquias*, último anillo de la cadena profética, yo envío mi Angel, y preparará el camino ante mi faz. Y luego vendrá a su templo el Dominador, a quién vosotros buscáis, y el Angel del testamento a quien vosotros deseáis».

¿Y para que molestarle a usted, don Tito? Con lo dicho basta para que usted comprenda que el pueblo de Israel tenía puesto ante sus ojos un espejo grande y limpidísimo de lo porvenir: una pintura maravillosa en la que había dado su pincelada cada uno de los profetas que se habían sucedido a través de los siglos; representando fielmente y rasgo por rasgo al Mesías que había de venir: ¡ése es!

Ahora, bien: ¿cumpliéronse en Cristo los oráculos de los profetas?

- D. TITO — Bueno: antes de pasar adelante, permítame usted hacer algunos reparos, que estimo indispensables, sobre el primer punto expuesto.
- D. ESTEBAN — Los que usted quiera.

* * *

- D. TITO — En primer lugar, me ocurre uno, sacado del mismo profeta, y acaso, acaso, del mismo Dios.
- D. ESTEBAN — ¡Hola!... Vamos: eche usted.
- D. TITO — ¿Cómo, pregunto yo, cómo puede un hombre prever y anunciar, de palabra ó por escrito, una determinación de una causa libre que no existe?
- D. ESTEBAN — ¡Sopla! Pero, ¡criatura! tan pronto se desdice usted? ¡No es poco!... La feliz suerte suya es que estamos solos. Si un público entendido nos escuchara, se le deberían de caer a usted ahora, de sonrojo, las alas del corazón.
- D. TITO — Usted dirá por qué.
- D. ESTEBAN — ¿No ha convenido usted conmigo en que Dios puede influir positivamente, *con todo lo necesario*, en un hombre, para escribir una obra, de manera que la obra pueda llamarse y ser obra del Espíritu Santo?

(1) *Isai-XI*.—

D. TITO —(*Mordiéndose el labio inferior*) Pues... sí.

D. ESTEBAN —Entonces ¿en qué quedamos? ..

Claro que las causas libres que no existen son para el hombre como si jamás hubieran de existir; y aun cuando existiesen, nunca el hombre podría adivinar con certeza que un día se habrían de determinar a escoger un objeto más bien que otro. Al hombre, don Tito, solo le es dado prever y anunciar los sucesos futuros que dependen de causas puramente físicas, por razones que usted sabe muy bien.

Y ahora pregunto yo a usted: ¿puede ser un secreto para Dios la determinación de las causas libres? a ver?...

D. TITO —Parece que no.

D. ESTEBAN —¡No! porque para Dios no hay pasado ni futuro, sino un eterno presente.

Y vuelvo a preguntar: ¿es árbitro Dios en anunciar, o hacer que un hombre prevea y anuncie, como presente, lo venidero?

D. TITO —Indudablemente.

D. ESTEBAN —(*con fuerza*) Luego, ni del hombre ni de Dios puede usted sacar dificultad alguna. Y luego, (*sonriendo y tocándole en una rodilla*) no se olvide usted de los eternos principios que ya tiene metidos en la testa.

* * *

D. TITO —Bueno: otro reparillo.

D. ESTEBAN —A ver..

D. TITO —Usted no podrá menos de convenir conmigo en que ha habido profetas falsos

D. ESTEBAN —Convenido: ha habido, si señor, falsos profetas. ¿Y qué?

D. TITO —Que poco mérito parece que podrá hacerse de las profesías del Antiguo testamento, puesto que han existido profetas falsos.

D. ESTEBAN —¡Hombre!..

D. TITO —Y, por lo tanto, no podrán distinguirse bien los falsos oráculos de los verdaderos.

D. ESTEBAN —Pero ¡criatura!, no sea usted tan duro. Defina usted como maestro *ex Cathedra*; mas, como maestro que no ha hecho todavía la digestión de la materia que explica.

D. TITO —Quedamos en lo mismo, de todos modos,

D. ESTEBAN—(*con brío*) ¡Vasto es mi triunfo! ¡Con que poco mérito puede hacerse de nuestras profecías, porque ha habido profetas falsos? ¡Parece mentira que se discurre de esa manera! Eso no está rumiado, don Tito. Hay falsas historias; luego todas las historias deben ser falsas. Hay monedas falsas; por consiguiente, deben ser falsas todas las monedas. ¡Vaya un razonamiento!...

¡No podrán, por tanto, distinguirse las falsas profecías de las verdaderas! .. ¡Al pelo!.. ¡Pero a usted le parece que ha sido difícil, o imposible, conocer a los falsos profetas!.. ¡Como! cuando en todos tiempos les ha distinguido un mismo carácter, llevando siempre en sus labios la adulación de las pasiones de los hombres, a quienes han predicado siempre la seguridad y la impunidad, y la paz en el crimen, y la tolerancia en el error y en el vicio, y la burla y el menosprecio de la Religión y de la justicia? ¿A quienes han engañado esos impostores, condenados a la muerte (1) sino a los cabezas de ñame y corazones de batata? ..

—Bueno. Lo que yo sé, don Esteban, es que también los griegos, los romanos, los egipcios, etc., etcétera... tuvieron, y se vanagloriaron de tener sus profetas, sus adivinos, sus Nabim, sus veyentes, etc., etc —Pase: concedido, etc. etc. ¿Y qué?

D. ESTEBAN—Que los arúspices, agoreros y adivinos, y los profetas de Israel y sus respectivos oráculos se parecen mucho. Luego, ofrece duda..

D. TITO

D. ESTEBAN—¡Alto el fuego! (*con mucho brío*) ¿Quién tiene el descarado atrevimiento de compararme a las personas más respetables del mundo: a un Abraham, por ejemplo, padre de muchos pueblos, y a un Jacob, cabeza de las doce tribus de su nación, y a un Moisés, fundador y legislador de una república que duró 1.500 años, y a un David, rey, y a un Isaías, de sangre real, y a un Ezequiel de la sacerdotal estirpe, y a un Daniel, primer ministro, revestido de toda la autoridad del Rey de Asiria, etc., con los arúspices y agoreros, ministros de la idolatría, la cual, a los ojos de sola la razón, es una religión falsa y absurda?..

(1) Deuterón. XVIII-20, ...

¿Quién tiene la impudencia de comparar a esa respetabilísima clase de hombres, grandes por su categoría, por su virtud, por su amor a la verdad y por su sumisión a las órdenes de Dios, con los truhanes que por los pueblos anduvieron y andan desempeñando el *oficio* de adivinos para ganarse la vida?..

Aquí no caben comparaciones, don Tito. Mire usted: si nos fijamos en la aristocracia de la adivinación, los hombres que mejor han conocido la antigüedad (1) convienen en reconocer que en el fondo de las prácticas adivinatorias había alguna realidad ¿Cuál era ésta?... Escuche usted. «Acaeció, pues, que, yendo nosotros a la oración, nos encontró una muchacha que tenía el espíritu de Pythón, y daba mucho que ganar a sus amos, adivinando. Ella, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces diciendo: Estos hombres son siervos del Dios excelso que os anuncian el camino de la salud. Y ésto lo ejecutaba muchos días. Mas, Pablo, indignado ya, volvióse y dijo al espíritu maligno: Te mando en el nombre de Jesucristo que salgas de ella; y en la misma hora salió». (2) Lactancio habla también muchas veces de la turbación que experimentaban los oráculos paganos, cuando los cristianos les hacían la señal de la cruz.

Vea usted, don Tito, porque el Apóstol San Pablo asegura que en los adivinos intervenían los espíritus infernales, bajo cuya influencia aquellos anunciaban sus oráculos. Todo lo contrario sucede en la profecía. Las prendas y las facultades más íntimas de los profetas se despliegan, principalmente, bajo la inspiración del sople divino.

Por otra parte, la adivinación tiene su asiento en cierto estado que afecta a la vez al cuerpo y al alma; toma su origen en las regiones inferiores del organismo, en el sistema ganglionar, que como factor natural puede abrir camino a los malos espíritus; porque, faltar el hombre, en semejante estado, de conciencia y de libertad, y excitadas las potencias inferiores del alma, ésta abre a aquellos enteramente sus puertas.

De modo que la adivinación viene de abajo; la

(1) Müller-Hermen., (2) Act. Apost.-XVI.==

profesía, en cambio, tiene su raíz en la vida intelectual y moral: desciende de arriba.

Todavía más. En Delfos, Dodona y Didino el coro de sacerdotisas y adivinadoras lo componían las mujeres; el coro de profetas se compone exclusivamente de hombres.

¿De qué medios se valían los adivinos para conseguir su fin? Sobre el oráculo de Delfos atrajeron la atención los vapores que se elevaban de la tierra entreabierta, (1) y que producían el vértigo a los rebaños que iban a pacer en aquel lugar. La Pitonisa, a semejanza de una oveja, recibía estas emanaciones embriagadoras, masticaba el verde laurel narcótico y bebía en la fuente de Castalia. Aguas también embriagadoras bebían los adivinos en Hisia y en Claros; y en Argos la sangre del sacrificio.

De modo que, como en el sonámbulo acontece, la producción del oráculo tenía por carácter la irritación nerviosa, ya proviniese de ciertas afecciones enfermizas de los nervios, y sin medios artificiosos, ya se la provocase con ayuda del beleño, de la belladona y de otros narcóticos: medios con qué aun hoy muchos pícaros y pícaras manifiestan hacer grandes prodigios para engañar a los incautos.....

¿Cómo y con qué se preparaban, por el contrario, los profetas de Dios? Con el ayuno y la abstinencia, con las reuniones religiosas, con la meditación y el recogimiento.

Es propio del adivino estar fuera de sí, violentarse y hablarse como un loco; y, según advierte Platón (2) sin saber lo que dice. Es propio del profeta conservar toda su sangre fría, todo su buen sentido, la plena posesión de sí mismo y la clara inteligencia de lo que expresa.

En una palabra: la esfera en que se mueve la adivinación es la del mundo de los sentidos con sus relaciones con los individuos, la de los intereses finitos; la esfera, en cambio, de la profesía es el reino de Dios, la vida eterna: ¡ése es!

D. TITO

—Comprendo.

(1) Plutarco-S. Greg.^o Nis. ...

(2) Apolog Socrat. ...

D. ESTEBAN—Y después de todo, demos que hubiese habido en un principio alguna duda sobre las profesías. Yo pregunto: ¿se sigue de aquí que la hay después de su cumplimiento? ¡No! Los oráculos del paganismo (no le tiene a usted el Diabolo, y vaya a meterme aquí también la edad de oro predicha por la Sibila, y cantada por Virgilio, (1) la cual edad había de ser inaugurada por un niño misterioso, que renovarí la faz del mundo, mataría la serpiente, borraría los pecados y haría reinar la paz en toda la tierra; porque, aunque el Poeta Mantuano ve cumplido este oráculo en el nacimiento del hijo del Cónsul Pelión, su descripción responde a la que había hecho el profeta Isaiás; (2) los oráculos paganos, digo, fueron en corto número, cada cual relativo a su punto particular, sin otra relación ni consecuencia. Mas, las profesías mesiánicas son sumamente multiplicadas; forman una serie y una cadena que se extiende desde Adán a Jesucristo, en quién se cumplen con todas sus circunstancias.

* * *

D. TITO

—Bueno: ahí, precisamente, está el nudo de la dificultad contra el segundo punto que ha propuesto usted.

D. ESTEBAN

Ya lo sé, y a éso voy. ¡Vasto es mi triunfo! En Cristo se cumplen, si, señor, en Cristo se cumplen todas las profesías; porque Cristo es el descendiente de la Muger que había de quebrantar la cabeza de la serpiente; porque Cristo es el Jefe que había de nacer de Judá para reunir a su pueblo; porque Cristo es el Hijo de la estirpe de Abraham para congregar en una todas las naciones de la tierra; porque Cristo es el Profeta a quien se había de escuchar, so pena de incurrir en las venganzas divinas; porque Cristo es el Sacerdote eterno, según el orden de Melquicedesch, de quien habla David.

¿Lo quiere usted más claro? Cristo es el Niño que nació de una Virgen, según predicción de Isaiás. Cristo es el Ungido del Señor, por quién gimio el Profeta de las lamentaciones. Cristo es la Cabeza de

(1) Egloga IV.- (2) Isai-IX.

los pueblos, cuya venida anuncia Daniel, fijando exactamente la época. Cristo es el Angel de la nueva Alianza que entró en el segundo templo, según lo habían predicho Ageo y Malaquías. Cristo es el Corredero de Dios a quien señaló con su propio dedo el Bautista, etc.

Todos esos anuncios son relativos a un mismo objeto: a Cristo, a su Religión. Todos ellos se conforman unos con otros, hasta que su cumplimiento se desenvuelve, y su sentido se descubre en Cristo claramente; haciéndonos exclamar: Cristo es el verdadero Dios hecho hombre.

¿Lo quiere usted todavía más claro? Todos los caracteres atribuidos al Mesías por los profetas, se manifiestan en Cristo. El es el hijo de Abraham; El es de la tribu de Judá y de la familia de David; El nació en Belén de una Virgen. Su venida al mundo fué humilde y sin brillo; su vida pública y sus obras fueron admirables. Sufrió la ignominia, el dolor y la muerte; y después de su muerte la ciudad y el templo son arruinados, los hijos de Israel se dispersan en todos los pueblos, y permanecen sin ley y sin príncipe, sin sacrificio y sin altar; y una nueva alianza, y un nuevo sacerdocio, y un nuevo sacrificio se establecen; y en fin, por no cansarle a usted, el Mesías, Cristo, es predicado y adorado por los gentiles.

(Levantándose) Coteje usted ahora el Antiguo y el Nuevo Testamento: confronte usted las profesías y los Evangelios, a ver si digo verdad.

D. TRITO

— No dudo de su palabra.

V

(Como si quisiera desentumescerse y dar paz a la lengua un momento, comenzó don Esteban a pasearse aceleradamente por la habitación: mientras el joven quedó cabizbajo, fumándose un pitillo. Después de un rato de silencio interrumpido tan sólo por las pisadas del anciano, y por el canto, a deshoras, de un gallo, que parecía decir clarito, Cristo nació, dirigiéndose al sillón, prosiguió con voz briosa).

D. ESTEBAN -- También los milagros de Cristo prueban su divinidad adorable...

(Sentado) Para proceder con claridad, definamos el milagro.

D. TITO —Aquí sí, don Esteban, aquí sí que hay tela bastante que cortar.

D. ESTEBAN —Y se cortará, don Tito; ¡no tema usted! se cortará, no por donde lo indiquen la bobada y el arte de los chirimbolos, sino por donde lo mande la razón y el arte de la verdadera elegancia. ¡Apriete usted bien su inteligencia y la lógica!

D. TITO —Vamos a ver...

D. ESTEBAN —¿Qué se entiende por milagro?..

Entre todas la definiciones exactas, que se han dado del milagro, creo que no hay ninguna tan corta ni más profunda que la que ha dado Santo Tomás: «Milagro es lo que se hace fuera del orden de toda la naturaleza creada» (1) Es decir: una manifestación sensible, o efecto visible que no tiene su causa en las inmanentes fuerzas, o leyes de la naturaleza; y que, por lo tanto, obliga al espíritu a remontarse más alto: a una fuerza superior, a una actividad sobrenatural, a Dios.

D. TITO —(con tono y secamente) No estoy conforme.

D. ESTEBAN —¡Canario! con qué tono y cachaza lo dice usted! ¿A ver en que peca esa definición?.. Desarrugue usted la tela para cortar por donde la razón lo exija.

D. TITO —Lo haré, sí, señor, y con mucho gusto.

D. ESTEBAN —Venga, venga.

* * *

D. TITO —1.º Ha dicho usted que milagro es un hecho, o efecto visible que no tiene su causa en las fuerzas o leyes de la naturaleza. *No las conocemos; ¿cómo sabremos si un hecho las deroga? Se me dirá que conocemos algunas de dichas leyes y que hemos sorprendido... (2)*

D. ESTEBAN —¡Alto!, alto! no corte usted: éso me toca a mí.

D. TITO —2.º *El hombre no podrá nunca decir: Tal hecho está más alto de las fronteras de la naturaleza. Nuestras exploraciones no alcanzan nunca hasta allí. Y si es esencial en el milagro escapar al conocimiento, to-*

(1) Summ Theolog I q, CX art. 4.º

(2) Anatole France—El Jard. de Epic.

do dogma que lo afirma, invoca un testimonio inasequible que se oculta por los siglos de los siglos (1)

D. ESTEBAN—Estire, estire usted por otro lado, no perdamos tiempo: esa es, con otras palabras, la misma idea que acaba de exponer... ¿Qué más?

D. TITO — 3.º Además, precisamente las series (de relaciones de las cosas) que se nos aparecen como más fijas y mejor determinadas, son las que el milagro interrumpe ménos. El milagro no atenta nada, por ejemplo, contra la mecánica celeste. No se ejercita sobre el curso de los astros... (2)

D. ESTEBAN— ¡Adelante! ¿qué más?

D. TITO — 4.º El milagro es una concepción infantil.... La sabiduría griega no soportaba la idea de él. (3)

D. ESTEBAN— ¿Ha terminado usted?...

D. TITO — 5.º Los sábios no pueden afirmar en ningún caso que un hecho está en contradicción con el orden universal. Dios mismo no podría hacerlo, sino estableciendo una lamentable distinción entre las manifestaciones generales y las manifestaciones particulares de su actividad; reconociendo que, de tiempo, en tiempo, le dá retoques tímidos a su obra, etc. etc. (4)

D. ESTEBAN— ¡Sí, sí! mejor es que largue la etcétera, para que no ofenda a Dios con su palabra.

D. TITO — 6.º y último, por no cansarle a usted, superabundantemente. Hasta aquí las sepulturas de los santos, las grutas y las fuentes sagradas no han obrado nunca sino sobre enfermos atacados de afecciones curables, o susceptibles de curación. Pero si se viera resucitar un muerto, no estaría probado el milagro sino cuando supiéramos lo que es la vida y la muerte; y eso no lo sabremos jamás. (5)

D. ESTEBAN— ¡Bueno!

D. TITO — Ésta es la última palabra de la ciencia.

D. ESTEBAN— ¡Oh!! si, señor, sí! Y por éso está usted tan encariñado con el gran impío, racionalista, y demás hierbas, don Anatolio France. ¿Pero es posible que, cuando ese jardinero epicúreo escribió tales barbaridades creyera que nadie conoce a Strauss, ni a Espinosa

(1) Anatole France.

(2) Anatole France.—(3) Anatole France.—(4) Anatole France.

(5) Anatole France.

ni a Voltaire; etc. etc., o que se ha perdido ya la memoria de ellos, fuentes donde ha bebido y se ha empapado el meollo? ¿Y usted, don Tito, ha creído, acaso, que esa tela la han tejido las manos de él, o que todo ese polvo que ciega a sus admiradores es harina de su costal? Pues yo le digo a usted, por si no lo sabe que éso es una pura repetición de errores viejos y burdas ingeniosidades nuevas de la impiedad y mala fé, o de la imprudencia y el orgullo, por no decir, de la atrevida ignorancia.

(Don Tito recibió impávido esta rociada que, por cierto, antes, en otra ocasión, le hubiera hecho saltar furioso, y salir de sus casillas. Esperó don Esteban un poco; y viendo que el jeren no se inmutaba ni replicaba, prosiguió.)

Vamos a hacer un análisis de éso que llama usted la última palabra de la ciencia.

* * *

Con el 1.º y 2.º extremo que en substancia vienen a decir lo mismo, podemos formar este argumento: No conocemos las leyes de la naturaleza; luego, nunca sabremos si un hecho, o efecto sensible está más alto que las *fronteras* de la naturaleza; ésto es: jamás podremos decir: Aquí hay un milagro ¿No es éso?

—Eso.

D. TITO
D. ESTEBAN—De modo que toda la dificultad nace de la incapacidad del hombre. Nuestras *exploraciones* no alcanzan nunca hasta los linderos de las leyes naturales; luego, no sabemos, si un hecho está fuera de ellas. ¡Está bien!

Permítame ahora que corte yo por donde usted, o su maestro y amigo iba a cortar sin darse cuenta,

Pregunto: ¿conoce nuestro entendimiento algunas series de relaciones, por lo ménos, de las leyes de la naturaleza? Y digo *por lo ménos*, porque yo convengo con usted en que, de ningún modo podemos conocer las leyes que rigen al *Cometa Chimbricol*, por ejemplo; suponiendo que existiese y viniese culebreando por el espacio, sin que hayan podido alcanzarlo todavía los telescopios de más potencia.

—Bueno... sí... hemos sorprendido algunas relaciones de las leyes naturales.

D. TITO

- D. ESTEBAN —Series fijas y determinadas, por supuesto; ¿eh?
D. TITO —Sí; pero no las podemos conocer con certidumbre filosófica.
D. ESTEBAN—Pero sí con certeza física, que nos basta.

* * *

- D. TITO —Sí; pero, como le he dicho a usted, ellas, precisamente, son las que el milagro interrumpe *ménos*. *El milagro no atenta nada contra la mecánica celeste, ni se ejercita...*
- D. ESTEBAN —¡Basta! Ese es el tercer extremo, lleno también de inexactitudes en las ideas y de impropiedades en las palabras. ¡Buena señal para conocer al verdadero filósofo, y buena receta para aprender a hacer filósofos potajes!
- D. TITO —¡Al grano, don Esteban, al grano! ...
- D. ESTEBAN—A él voy. El milagro, señor mío, no atenta nada contra nada, ni contra nadie: nada contra el orden de la razón eterna, de la Providencia divina, porque ésto sería un absurdo, ni nada siquiera, me atrevo a decir, contra el orden físico universal. En cuanto a éste, yo bien sé que ha habido grandes sabios, a quienes profundamente acato y respeto, que han metido esa palabra, *contra*, en la definición del milagro, teniendo cuidado de explicarla satisfactoriamente; pero usted y su amigo Anatolio la han encajado sin explicación en la dificultad, con picardía o por ignorancia.
- D. TITO —No alcanzo...
- D. ESTEBAN —¿No alcanza usted?. Pues... ¡upa! ¡upa!. Debe saber usted que el milagro sólo se dice *contra las leyes de la naturaleza*, en cuanto el efecto sería conforme a las fuerzas inferiores, a no intervenir la fuerza superior, la cual, aunque produzca el efecto fuera de la acción de la causa natural, nunca desconcierta ni quita el orden de la misma con relación a su efecto. En el fuego, v. g., destinado a quemar el material que encuentra a su paso, aunque por un milagro no quemé, siempre conserva en sí el orden para quemar. Ya veremos todo ésto más claro y con más amplitud.
- D. TITO — Bueno.
- D. ESTEBAN—¿Y dice usted que el milagro no se ejercita sobre el curso de los astros?

D. TITO —Así lo entiendo.

D. ESTEBAN—Pero ¡hombre! ¿y la suspensión del sol a la voz imperiosa de Josué en la jornada de Gabaón es... ¡Vaya! vaya! Veo que esas objeciones no merecen el honor de ser refutadas.

* * *

D. TITO —Pero los físicos tienen serias dificultades en explicar como el sol, que no anda, suspende su carrera.

D. ESTEBAN ¡Aaah!... ¿entra ahora Voltaire?. Pues yo respondo sencillamente que mientras el lenguaje humano se regule por lo que nos ofrecen los sentidos, diré yo, y usted también y todos dirán: *El sol sale, el sol se pone* etc. Y le advierto que usted está ya cantando fuera de tono. Ha pasado usted a la cuestión de hecho. Trátase ahora de analizar la doctrina expuesta, aprendida por usted de los labios de *don Anatólio*. Reprímase un poco. Después opondrá, si gusta, todos los *óbices* que le ocurran.

D. TITO —Bien; pero ya que estamos frente a ese hecho, ¿cómo lo explica usted?...

D. ESTEBAN—Pues, ya que usted insta, del siguiente modo. Pero no olvide que íbamos a entrar en el 4.º extremo de la doctrina de su amigo, ¿eh?...

D. TITO —Corriente.

D. ESTEBAN —Escuche usted. A la voz imperiosa de Josué, el sol se paró. Este es el hecho. Pero el mandato de Josué no podía dirigirse propiamente sino a la tierra, a la cual ordenaba que se detuviese.

D. TITO —¿Y por qué, claramente, no lo dijo así?

D. ESTEBAN —¡Soplal! ¿quiere usted que dijese: *Detente Tierra!*?

D. TITO —Justo.

D. ESTEBAN —¡No, canario, no!; porque habiendo hablado de ese modo ninguno de sus soldados le hubiese entendido; y además, como le he indicado a usted antes, se hubiera expresado en un lenguaje pedante, imposible, anticientífico.

D. TITO —Bueno, bueno. Pero tenga usted en cuenta que dado (y no concedido, porque en ello se me ofrece otra gran dificultad) que la palabra de Josué se dirigió al globo terráqueo, y éste realmente se paró, la dificultad se agranda, duplicándose.

D. ESTEBAN—A ver...

D. TITO —Si la tierra se paró, tenemos que, o cesó en su movimiento de traslación sobre su órbita, alrededor del sol, o cesó en su movimiento de rotación sobre su eje. ¿No es eso?

D. ESTEBAN —O también pudo cesar en sus dos movimientos a la vez, dado que exista el de traslación. (1)

D. TITO —Bien: fijémonos en lo que he dicho. Si hubiera sucedido lo primero, está probado por la moderna ciencia, que en la tierra hubiérase desarrollado un calor tan grande, tan sofocante, tan extraordinario, que hubiera abrasado todos, absolutamente todos los objetos terrestres. Y si lo segundo, hubieran sido lanzados al espacio *en particulas imaginarias*, todos los objetos colocados en su superficie.

D. ESTEBAN —Y si lo tercero, ¡adiós! Madrid.

D. TITO —Este es el producto de los físicos astronómicos adelantados.

D. ESTEBAN —(*con sorna*) Sí, señor, sí: ése es.

D. TITO —¿A ver como sale usted de ese intrincado laberinto?

D. ESTEBAN —Pues, hijo, confío que saldré con suma facilidad. Escuche usted.

Cuanto a lo primero, cierto que, si el movimiento de traslación, cuya velocidad es de treinta kilómetros, cuatro décimos por hora, demasiado grande con relación a la velocidad del movimiento de rotación que no es más que de cuarenta y cuatro centímetros de kilómetro, hubiera sido detenido súbitamente, y sin relación con el milagro, no solo habría dado lugar a ese calor de que habla usted, sino que ese calor, según la ciencia, hubiera sido capaz, muy probablemente, de fundir la mole entera de la tierra, de convertirla en vapor y de disiparla en el espacio. (2)

Pero dígame usted: dado que en el milagro de Josué se tratase de la detención del movimiento de la tierra sobre su órbita, ¿concíbese que Dios, animando simultáneamente cada molécula, o cada átomo con un movimiento igual, pero en contrario sentido al que podía resultar para este átomo, o para esta molécula, de la detención instantánea de dicho movimiento, pudo cerrar la salida del calor molecu-

(1) Hay astrónomo moderno que lo pone en duda. (ii)

(2) Moigno.

lar, o atómico, y por tanto, conjurar las terribles consecuencias de la detención súbita del globo terrestre sobre su órbita?..

D. TITO

—(*después de cavilar un poco*) Vamos .. concebirse... sí.

D. ESTEBAN

—¡Ya lo creo! para Dios ¿qué dificultad podía haber?

D. TITO

—Ninguna.

D. ESTEBAN

—Pues ya usted ve con qué facilidad voy yo buscando la salida.

Cuanto a lo segundo, respóndame usted: ¿el que detiene un inmenso globo en su movimiento, no puede, con mucha más razón, mantener en su sitio los objetos colocados en el globo?

D. TITO

—Cierto que puede.

D. ESTEBAN

—¡Claro! el que puede lo más, con mayor razón puede lo ménos. Y vea usted cómo he salido yo completamente del laberinto.

D. TITO

—Sí, sí.

D. ESTEBAN

—Pero hay que tener en cuenta que en el milagro de Josué tratábase más bien de extinguir la velocidad de rotación de la tierra, que de anular el movimiento de traslación. Y concibiendo que cada objeto, colocado en su superficie, fuese animado por una velocidad igual, y en sentido contrario, pudo muy bien mantenerse el equilibrio.

Mas, es ridículo y absurdo, ¡canario! el querer comparar el modo de acción de la Omnipotencia divina con el modo de acción del hombre (*con fuerza*) ¡Vasto es mi triunfo! ¿Conocemos, por ventura, bastante bien esta gran verdad: «Nosotros somos, vivimos y nos movemos en Dios»? ¡No! El movimiento, que es para nosotros algo de absoluto y de relativo a la vez, no existe para Dios. Efectúase en Dios, y por Dios. ¿Cómo no ha de ser Dios, pues, el moderador del movimiento? A esta hora, don Tito, en que usted sabe quien es la Primera Causa, el Ser Supremo, Dios, no hay que decirle a usted que todas las energías actuales, virtuales, potenciales del mundo material sólo son manifestaciones de su energía infinita.

* * *

D. TITO

—Conforme. Pero ha dicho usted, don Estéban, que

el mandato de Josué no podía dirigirse sino a la tierra...

D. ESTEBAN—Sí, señor.

D. TITO —Paréceme ello de todo punto imposible.

D. ESTEBAN—¿Por qué?...

D. TITO —Porque Josué no podía saber nada, ni de la redondez de la tierra, ni de su rotación sobre su eje, ni de su traslación en su órbita alrededor del sol.

D. ESTEBAN —¡Canario! con qué aplomo lo dice usted!

D. TITO —Lo digo con el aplomo de quien cree poseer la verdad.

D. ESTEBAN —Y si usted supiera que esos tres fenómenos son, si no *formalmente*, a lo ménos *equivalentemente* enseñados en el Antiguo Testamento, ¿hablaría usted con tanto aplomo?.

D. TITO —Pero ¿hácese en la Biblia la más pequeña alusión a éso? Si así fuese, habría una razón de más para censurar a la Iglesia.

D. ESTEBAN —Guardo esa palabra; y repito que si esos fenómenos no son enunciados *formalmente* en los Libros Santos, son, por lo ménos, enseñados *equivalentemente*; es decir: son más bien afirmados que negados.

D. TITO —Prueba.

D. ESTEBAN—Alla va.

* * *

1.º Job dice que Dios suspende la tierra sobre la nada, que la toma por sus extremidades, o polos y que la sacude violentamente para arrojar a los impíos de su superficie.

2.º Salomón invoca el tiempo en que Dios no había dado todavía sus goznes a la tierra.

3.º Isaías muéstranos a Dios tomando con tres dedos la masa de la tierra y arrojándola en una balanza, sentándose sobre sus contornos, dándole su forma y labrándola redonda.

A ver que le parecen a usted todos esos textos...

D. TITO —¡Ya, ya!

D. ESTEBAN —¿Tiene usted ahora razón para afirmar con tanto aplomo que Josué no podía tener noticia de la redondez de la tierra, de su rotación diurna y de su revolución anual?

* * *

D. TITO —Bueno Siendo así pregunto yo: ¿por qué entonces la Inquisición condenó, persiguió, encerró en sus oscuras cárceles y torturó a Galileo Galilei, por haber enseñado, el movimiento de la tierra sobre sí misma, etc., haciéndole negar las inmortales consecuencias de sus descubrimientos, y arrancándole el juramento de no enseñar esas verdades, contrarias a la Biblia, según ese Tribunal?

D. ESTEBAN —¿Me pregunta usted el por qué?

D. TITO —Sí; que el respeto y consideración, que me inspira usted, me impiden decirle que ha huido usted de Caribdis y va a caer en Escila.

D. ESTEBAN —Un millón de gracias; y vamos a ver si podemos pasar felizmente por entre los dos escollos. Expliquemos el por qué y algo más, poniendo las cosas en su verdadero sitio,

D. TITO — A ver. . .

D. ESTEBAN —Triste y doloroso es el episodio de las dos condenaciones de Galileo: lo confieso ingenuamente. A mí no me duelen prendas, don Tito.

D. TITO —Así me place.

D. ESTEBAN —Pero debe usted saber que la primera condenación de Galileo no fué más que una censura del sistema del canónigo polonés Copérnico respecto del punto en que se erige en pura teoría (entiéndalo bien) en pura teoría, contraria a la Sagrada Escritura. Prueba de ello es que un segundo decreto de 1620 permitió enseñarlo como hipótesis. Es decir, que la primera condenación no fué más que una advertencia que se dió a la ciencia para que no traspasase los límites de sus dominios.

D. TITO —¿Y de la segunda qué dice usted?

D. ESTEBAN —¡Oh! de la segunda, ¿qué piensa usted que le voy a decir?: que es mucho más grave, y que, mirada desde aquí, no tiene disculpa: ¡valgan verdades! Yo estoy obligado a confesarle a usted que un exceso de celo de las Congregaciones romanas obligó al noble anciano Galileo a declarar falso lo que él sabía que era verdadero.

D. TITO —Pues ahí tiene usted. . .

D. ESTEBAN —Pero, después de todo, ¿qué?...

D. TITO —Que mal parada quedó con ello la Iglesia Católica, manifestándose de tal modo enemiga de la ciencia, por lo ménos.

D. ESTEBAN— ¡Cuidado!.: éso no es exacto. Reconozca usted la verdad, como la reconozco yo. No confunda usted a la Iglesia con las Congregaciones romanas. Aquel fatal debate no pudo ser cuestión de un juicio hecho por la Iglesia, don Tito.

D. TITO —Lo que yo sé, don Esteban, es que en todas las actas del proceso encuéntrase por doquiera a Urbano VIII.

D. ESTEBAN— Si; pero no se encuentra en ninguna parte al Pontífice, hablando con autoridad, juzgando *ex Cathedra*. Véase en el proceso al juez correccional, pero no al Papa, enseñando soberanamente a la Iglesia Universal, que es muy diferente. Debe usted saber que el Papa no asiste a ninguna de las sesiones. Es la Congregación del Santo Oficio la que autoriza y falla. ¿Qué firmas ostenta la sentencia de condenación? Sólo las firmas de seis Príncipes de la Iglesia; pero no la confirmación del Papa. De modo que la condenación sólo representa el juicio *fallible* de seis Cardenales: el parecer de las Congregaciones del Índice y del Santo Oficio, que se engañaron en el terreno de la ciencia: ¡éso es!

D. TITO —Error grande e inconcebible, sin embargo.

D. ESTEBAN— ¡Poco a poco! Error grande, pase: inconcebible, éso es lo que no puedo concederle a usted. ¿Qué tiene de extraño que en una época de agitación y de lucha, cuando, por una parte, la interpretación privada de la Sagrada Escritura era capaz de producir males gravísimos, y, por otra, las Universidades de Italia y de España y la misma Sorbona opinaban en contra de Galileo; y lo que da ciento y raya a la misma Inquisición, hasta el Parlamento de París, confirmando una decisión de esa última celebérrima Universidad, prohibía *bajo pena de la vida, profesar, o enseñar alguna doctrina, contraria a los autores antiguos y aprobados*, un celo desmedido arrastrara al error a las Congregaciones romanas?

¿Y por qué no hemos de subir más alto, don Tito? ¿Por qué no hemos de ver aquí el dedo de Dios que permitió este hecho, para hacer a las autoridades eclesiásticas más cuidadosas en marcar bien lo que corresponde a la ciencia y a la fé, respectivamente?...

De todos modos, libre queda la Iglesia del cargo que usted le hacía: limpia de la nota de enemistad

con la ciencia, que es lo que he intentado y logrado probarle a usted.

¡Parece mentira! Por no haber estudiado bien el asunto, o por malas entrañas, han dirigido sus tiros a la Iglesia sus crueles enemigos. Trátase de un hecho que, sin embargo de ser tan viejo, no ha cesado de ser ocasión de violentos, iracundos e injustos ataques contra la Iglesia. Pero ¿por qué se le ha acometido tan duramente? Por ignorancia, o mala fé.

¡Muy pobres deben de ser de corazón e inteligencia los enemigos de la Religión, cuando sin cesar levantan contra ella la sombra de Galileo, quien, a pesar de todo, murió piadosamente en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana! .

—*a media voz*) Es uno de los mejores argumentos.

D. TITO

* * *

D. ESTEBAN—¿Y dice usted también que la Inquisición persiguió a Galileo por haber enseñado el movimiento de la tierra sobre sí misma? ¿Dónde ha aprendido usted tal doctrina, criatura?

D. TITO —Es doctrina corriente.

D. ESTEBAN—Sí; pero es la doctrina enemiga de la verdad; y por consiguiente, está usted muy engañado.

D. TITO —¡Raro engaño!

D. ESTEBAN Como usted quiera; pero engaño al fin. Y si no, dígame: ¿tiene usted noticia de las cartas de Guichardini y del Marqués de Nicolini, Embajador de Florencia, ambos amigos íntimos, discípulos y protectores de Galileo?

D. TITO —No: no tengo noticia.

D. ESTEBAN ¿Y de las cartas manuscritas de Galileo, y de sus obras?

D. TITO —Tampoco.

D. ESTEBAN—(*aparte*) Ya se vé. (*al joven*) Pues por todos esos documentos hállase en el día probado que hace mucho tiempo se viene engañando al público sobre la persecución y sobre el motivo de la persecución de Galileo. Sepa usted que este filósofo no fué perseguido por ser buen o mal astrónomo, sino como mal teólogo, y por haber querido entrometerse a explicar la Biblia.

Cierto que, como ha sucedido siempre, y acon-

tercerá hasta el fin de los siglos, por la mala pasión de los hombres, los descubrimientos de Galileo le suscitaron enemigos envidiosos; (pero también tuvo muchos amigos entre los seglares, y muchísimos entre el Clero, aún entre los Cardenales). Mas, ¿fuè precisamente la envidia de sus enemigos el motivo de su persecución? No, sino su terquedad en conciliar la Biblia con Copérnico.

D. TITO

—¡Vamos!

* * *

D. ESTEBAN - ¿Dice usted, además, que la Inquisición encerró en sus cárceles y torturó a Galileo?

D. TITO

—Es fama.

D. ESTEBAN - Pues es falso que Galileo estuviera en las cárceles de la Inquisición. Estuvo únicamente en la habitación del Fiscal, y con plena libertad de comunicación. Después de la sentencia de condenación que yo soy el primero en lamentar, aunque no se trató en ella de lo substancial de su sistema, sino de su pretendida concordancia con la Biblia, quedó plenamente libre para volver a Florencia.

Si usted quiere enterarse de estas noticias más ampliamente, lea usted al protestante Mallet-Dupan, que, fundado en documentos originales, ha vindicado, en parte, a la Corte romana.

¿Qué más le ocurre a usted?

D. TITO

—Algo más me ocurre; pero lo dejaremos para otra ocasión, si se presenta.

* * *

D. ESTEBAN Bueno: volvamos atrás: al 4.º extremo del autor del «Jardín de Epicuro».

El milagro es una concepción infantil. ¿Y por qué? Ó ésto se afirma gratuita y ofensivamente, y por tanto vale un pito, o es, al parecer, porque la sabiduría griega no soportaba la idea del milagro.

Estoy por decir, don Tito, que quien así habla, o es muy malo, o es muy topo.

D. TITO

—No entiendo.

D. ESTEBAN - Oiga usted: ¿hay alguna diferencia entre no soportar y callar?

D. TITO —Mirado desde cierto punto de vista, ¡ya lo creo! y grande.

D. ESTEBAN Pues vea usted. «Sobre la cuestión de los milagros, dice *Averroes*, no dijeron ni una sola palabra los antiguos peripatéticos (es decir, los griegos)». *Y sabe usted por qué? ¡Pásmese!* «Porque en su sentir (*de los griegos*) estos problemas versan acerca de los principios fundamentales de toda religión revelada; y por éso no deben escudriñarse, ni ménos discutirse. De modo que quien se mete a escudriñarlos, o abriga duda acerca de su verdad, merece, según ellos, el mismo castigo que quién pone en tela de juicio otro cualquiera de dichos principios fundamentales, como la existencia de Dios, la bienaventuranza, la virtud, etc.; todos los cuales son indudables, aunque su modo de ser, como divino, sea inaccesible a la inteligencia humana». «*Y porque negarlos, o discutirlos equivale a destruir lo que es natural al hombre, por éso hay la obligación de condenar a muerte a los in-crédulos*».

Vea usted ahora y mida todo el alcance de la fullería de quién se atreve a decir que la sabiduría griega no soportaba la idea del milagro.

D. TITO —(*volviendo la cabeza y sonriéndole*) ¡Vaya un gazapo!

D. ESTEBAN —Vengamos al 5.º extremo.

Los sabios no pueden afirmar en ningún caso que un hecho está en contradicción con el orden universal Dios mismo no podría hacerlo.... Es decir: el milagro no puede mirarse sino como una contravención del orden de las leyes naturales; porque, ¡claro! si Dios es inmutable, lo es también el orden universal, o sus leyes; y por consiguiente, ni el mismo Dios puede quebrantar las cadenas con qué está enlazado el universo, *sino estableciendo una lamentable distinción, etc.* ¿No es éso?

D. TITO —Eso es.

D. ESTEBAN —Mire usted, don Tito, si no me lo impidiesen las dos barbaridades que usted ha proferido en la segunda parte de ese punto; a saber: que Dios mismo no podría hacerlo, *sino estableciendo una lamentable distinción entre sus manifestaciones generales y particulares; reconociendo que de tiempo en tiempo, etcétera*, todo éso se lo concedería a usted. Porque ¿qué sabio ni qué ignorante, aunque no tenga más

que dos dedos de frente, puede afirmar que el milagro es contrario al orden universal, o a las leyes de la naturaleza, consideradas en relación con la razón eterna? ¡Vasto es mi triunfo! ¿Quién es el autor de los milagros? Dios, indudablemente. ¿Quién, pues, se atreve a asegurar que Dios está en contradicción consigo mismo? Nadie, a no ser que tenga atrofiado el meollo.

Pero no es éso lo que ha querido decir su *Padrinito* de usted. Me lo da a entender la sacrilega burla, manifestada al final: aquello de *la obra y sus tímidos retoques*. Vamos a ver, pues, si yo puedo exponer su pensamiento claramente.

Recuerde usted: «El milagro no puede mirarse sino como una contravención de las leyes naturales; porque si Dios es inmutable lo es también el orden universal» etc. ¿Es éso?

D. TITO —Eso.

D. ESTEBAN—Pues bien: todo ello revela, o mucha malicia, o una buena dosis de ignorancia en esta materia.

D. TITO —¡Hombre!....

D. ESTEBAN—(con brío) Sí, señor; y aquí está el nudo, ¡canario!; porque en ello se confunde la ciencia inmutable de Dios con los efectos libres y contingentes de sus eternos decretos. El Ser Infinito reguló sus decisiones en el modo y medida y disposición que su incomprendible Sabiduría tuvo a bien. Luego, ¿qué contradicción de mis culpas hay aquí? Todo lo contrario: Dios en vez de contravenir sus leyes con el milagro, las afirma con él: ¡valgan verdades!

De esa refulgente luz de la Divina Sabiduría que legisla eternamente, tenemos destellos en los mismos legisladores humanos. ¿Quién se ha atrevido jamás a decir que éstos obran, *contraviniendo sus leyes*, cuando las acompañan con algunas excepciones, conducentes al bien de su nación? ¿No son estas excepciones más bien una confirmación que una infracción de sus mandatos?

D. TITO —Cierto es.

D. ESTEBAN—Después de estas consideraciones, vea usted a que viene todo éso tan vulgar ya y tan ridículo, en fuerza de ser tan repetido y tan plagiado, de *que la pesada máquina que ha montado Dios tiene necesidad, a toda*

hora, para marchar tal cual, de un pequeño arreglo del fabricante. ¡El Señor perdona tales desatinos!

D. TITO

—A pesar de todo, contradictorio parece, don Esteban, suponer un caso en que el Criador y Señor de cuanto existe pueda variar el orden universal por el bien del mundo.

D. ESTEBAN

—(aparte) ¡Y vuelve! (a don Tito). Pero vamos a ver. (sonriendo) ¿Qué entiende usted por el orden universal.

D. TITO

—Pues, por orden universal entiendo yo ...

D. ESTEBAN

—Piense usted bien lo que va a decir; porque si me dice que por él entiende el orden de los decretos eternos de Dios, sobre el mundo, así físico como moral, tiene usted *muchisísima* razón en afirmar que Dios no puede variarlo; pues todo lo previó, cuando formó sus decretos. Mas, si por el orden universal entiende usted, como lo entiende su amigo, según hemos indicado antes, el curso ordinario de los cuerpos y los efectos que de sus movimientos resultan, le repito a usted una y cien veces, que no hay contradicción alguna. Dios, para instruir a los hombres, para favorecerles, o castigarlos, resolvió desde su eternidad interrumpir, algunas veces, el curso ordinario de las causas físicas. ¿Dónde está aquí la tan decantada contradicción?

D. TITO

—Ahora comprendo.

D. ESTEBAN

—¡Vasto es mi triunfo! Lo que es, con toda verdad, sentar un miserable absurdo es decir que el universo debe necesariamente perecer, dado el caso de verificarse, por ejemplo, la resurrección de un cadáver, que el mismo Dios había previsto eternamente: ¡valgan verdades!...

D. TITO

—¡Vamos! voy viendo que la Primera Causa no muda de voluntad, ni deshace lo hecho, ni trastorna el orden establecido, a pesar del milagro.

D. ESTEBAN

—Justo. Dios previó y estableció con perfecta libertad, y sin necesidad alguna, el actual orden de la naturaleza. ¿Quién duda que pudo haber decretado y establecido otro diferente? El pudo haber hecho que los días naturales fuesen de cuádruple duración. Él pudo disponer que del sepulcro de un hombre renaciese otro como una flor en capullo, de modo que la resurrección no fuese un fenómeno extraordinario.

Mas, plégole á Dios establecer otra cosa... ¿qué le vamos á hacer?

D. TITO

—Sí, si.

D. ESTEBAN

—*Reconociendo que Dios, de tiempo en tiempo, le da retoques tímidos á su obra.* Esto es tan horrible, y y además está colocado tan fuera de quicio en este lugar, que, después de lo que acabamos de decir, ni merece contestacion. ¿Adónde iríamos a parar, si la obra del universo estuviese tan mal dispuesta que *de suyo* interrumpiese, *de tiempo en tiempo*, su orden? ¡Mi abuela de mi alma! Indudablemente echaríamos por tierra el argumento que del admirable orden universal hemos sentado en favor de la existencia de Dios. Pero pregunto: ¿son los milagros interrupciones de este portentoso orden, procedentes de algún desconcierto de esta gran máquina, las cuales hace ella por sí misma? ¡No y mil veces no! Esas interrupciones emanan por vía de autoridad y poder de aquella misma sábia y omnipotente mano, que estableció el *orden universal*, ya sea inmediata y directamente, ya por medio de otra mano, de la cual quiere servirse, según los eternos consejos de su infinita Sabiduría. Un hombre, como Moisés asegura que va a dividir las aguas del mar, y el mar ábrese al imperio de su voz. Otro hombre, como Josué, manda al sol que se detenga en su carrera, y el sol obedece. Otro, para probar que es Dios, anuncia que va a resucitar un cadáver, nada ménos que *de cuatro días en el sepulcro, corrompido ya, exhalando infección y mal olor; y a su irresistible palabra el muerto resucita.* ¿Qué es ésto?... ¿Todas estas operaciones no demuestran, con la mayor claridad, que la naturaleza no se interrumpe *a sí misma*, sino que obedece ciegamente la voz del Soberano Ser, dueño absoluto de ella y de todo cuanto existe?...

D. TITO

—Admitido.

* * *

D. ESTEBAN—Sexto y último extremo. Recuerde usted: *Hasta aquí las sepulturas de los santos, las fuentes y las grutas sagradas, etc. .*

La primera parte de este punto la pone su amigo en los labios de usted, don Tito, a causa de los pro-

digios, obrados en el santuario de Lourdes, indudablemente. Pero dígame usted con franqueza: ¿ha asistido él, y ha asistido usted alguna vez en la vida a una procesión del Santísimo, verificada en aquel sagrado lugar?

D. TITO

— ¡Hombre!...

D. ESTEBAN

No se altere, criatura, no se altere, por tan poca cosa. Ya sé que su amigo ha ido a Lourdes a burlarse de las *muletas*. Pero haga el obsequio de decirme: ¿ha visto usted, o ha visto él, en alguna ocasión, como, a semejanza del Paralítico de la Piscina, han saltado del lecho, de donde no podían moverse, varios enfermos, al paso de Jesús Sacramentado? ¿Ha examinado usted, o ha examinado su Señoría todas las enfermedades que allí se han curado, todos los temperamentos de los enfermos, que allí han concurrido y todo el fluido magnético que se ha derramado por todos aquellos contornos, y que pudiera haber contribuido, o ser el factor, ¡contenga usted la risa!, de las instantáneas curaciones que allí se han realizado?... ¿No?... Entonces ¿cómo se atreve usted, o su maestro a afirmar rotundamente, y sin vacilaciones, como él acostumbra hacerlo, escudado sin duda por la ignorancia humana, que *hasta aquí las fuentes y las sagradas grutas no han obrado nunca sino sobre enfermos, atacados de afecciones curables, o susceptibles de curación instantánea?*

D. TITO

—Decimos que se trata de enfermedades curables, porque efectivamente los enfermos se han curado.

D. ESTEBAN

—(sonriendo) ¡Profundísimo pensamiento! Pero diga usted: ¿quién les ha dado la salud?

D. TITO

—Una fuerza desconocida.

D. ESTEBAN

—Es decir: una fuerza misteriosa: el milagro ¡cana-rio! el milagro que le confunde y anonada a usted, y a todos los partidarios del racionalismo, y de la incredulidad: de la incredulidad en lo que no les conviene: ¡éso es!

Y viene al fin el gran disparate de que *si se viera resucitar un muerto no estaría probado el milagro, sino cuando supiéramos lo que es la muerte y la vida; y eso no lo sabremos nunca.*

¡Estos filósofos pedantes son el mismo Barrabás en persona. ¡*Miusté* que es un gran descubrimiento filosófico éste!

D. TITO —Eso, don Esteban, es una sangrienta burla, y *no comprendo su alcance.*

D. ESTEBAN —¿No entiende usted por qué, canario? Es que en esas palabras se confunde la comprensión clara, sin nubes, de la naturaleza de la vida y de la muerte, con el conocimiento pleno de la existencia de la muerte y de la vida. ¡Estaríamos lucidos, si no supiéramos cuando una persona está viva y cuando está muerta!...

(*Don Tito sonríe.*)

Mire usted, don Tito: hablemos claro. Entre los varios sucesos maravillosos, acaecidos en Lourdes y otras partes del mundo, y especialmente entre los referidos en la Sagrada Escritura, hay algunos, aunque no fueran de fé, cuya sobrenatural condicción ni necesita de exámen, ni de que uno pierda el tiempo en vagas disertaciones sobre *influencias naturales*, ni sobre *magnetismos* ni *hipnotismos*, ni *catalépsias*, ni sobre *fuertes impresiones*, ni sobre vida, ni muerte, ni nada. ¡Vasto es mi triunfo! Que un enfermo cataléptico se cure con el tiempo; que otro con medicinas obtenga la salud, tomando fuerzas poco a poco,.. es lo que hace la naturaleza ordinariamente. Y hasta puede un dolor físico cesar instantáneamente en fuerza de la naturaleza. Más digo, ¡valgan verdades!: puede darse un caso prodigioso en que las circunstancias dejen alguna duda sobre su índole sobrenatural. ¿Qué debe hacerse entonces, y vaya de paso la advertencia? Suspender el juicio y no afirmar temerariamente que hay milagro en él. Y yo, con autoridad bastante, se lo digo a usted ingénuamente, yo metería en una cárcel a quien así no lo hiciese, llevado de su piedad mal entendida.

Pero que atendidas, y bien medidas, y bien pesadas todas las circunstancias; que, puesto en práctica el medio escogido, siempre bueno y santo; que al contacto, por ejemplo, del agua de una piscina sagrada, o a la señal, hecha con el Santísimo Sacramento, o a la simple voz de un hombre, un muerto, *bien muerto* salte de su sepulcro, o un paralítico sane y quede del todo restablecido, sin conservar reliquia ni resentimiento de su enfermedad, ésto se llama y es, don Tito, un milagro: un milagro, con toda *certeza metafísica* para el que lo ha probado en su persona,

físicamente cierto para el testigo de vista y *cierto moralmente* para los demás, siempre que sea verdaderamente irrecusable el testimonio de los que lo presenciaron y de quien lo experimentó en sí mismo. Y por tan cierto tengo ésto, que, si hubiera un hombre que lo negase, al tal mandaría yo que lo metieran en un.... chiquero. (*sonriendo*) Saque usted ahora, dispensándome el modo de señalar, la legítima consecuencia.

D. TITO — (*sonriendo también*) ¡Que pase!...

D. ESTEBAN — No hay que jugar con fuego, amigo mío. Quien baraja brasas suma habilidad debe de tener para no quemarse.

(*Variando de tono*) ¿Le ocurre a usted algo más?

* * *

D. TITO — Pues .. únicamente me ocurre un *ob...* una dificultad contra la doctrina que acaba de sentar usted.

D. ESTEBAN — A verla...

D. TITO — Paréceme a mí que de esa doctrina legítimamente se deduce una rígida fatalidad, una imperiosa necesidad de los acontecimientos, hija de un invariable destino; pudiendo afirmarse, por ende, que todo es necesario y que nada puede suceder de modo diverso del que acontece. Y si es así... ¡adios!..

D. TITO — ¡Adios! libertad humana; ¿no es cierto?

D. ESTEBAN — ¡Éso es!...

D. TITO — Pero ¡que pronto se olvida usted de las cosas, criatura!.. ¿No hemos convenido en esta gran verdad, de que para Dios no puede ser un secreto la determinación de las causas libres, porque ante sus divinos ojos lo pasado y lo futuro no son más que un presente eterno?

D. TITO — ¡Sí, sí!..

D. ESTEBAN — Entonces ¿a qué viene ese reparo de usted?

Dios, con su providencia infinita dispuso y ordenó todas las cosas para un fin determinado, aún los actos libres del hombre; puesto que la libertad humana se dirige a Dios como a su causa. Cooperar a la realización del plan divino, tal y como Dios lo dispuso desde la eternidad, éste es el gran oficio, lo mismo de las causas ciegas segundas, que del hombre con sus acciones libres. Luego, ¿dónde está la nece-

sidad irresistible. a la cual obedecen los actos humanos?

- D. TITO — Bueno: de todos modos se deduce que los milagros habían de verificarse necesariamente.
- D. ESTEBAN — ¡Eeeeh!., *pre-que-te-mejor!* Ha hablado usted como un verídico libro; y queda además intacta la libertad, que es la que intentaba usted herir con su *bendito óbice*; y sobre la que habría muchísimo que decir. ¿Qué otra cosa?
- D. TITO — Nada más, por ahora: prosiga usted, y veremos

VII

- D. ESTEBAN — Vamos al punto principal.

Probada la posibilidad, y algo más, de los milagros, juzgo por demás decirle a usted que Jesucristo los hizo, verdaderamente, para probar su divinidad. No hay que emprender esta labor, si usted, como supongo, ha leído los Santos Evangelios.

- D. TITO — No obstante ...

- D. ESTEBAN — Bueno: digamos algo sobre los milagros de Cristo, aunque sea brevemente. Escuche usted.

Toda profecía cumplida es un milagro; y Cristo es también profeta, y profeta mayor que Moisés y que todos los demás profetas, cuyas predicciones se cumplen exactamente. Su palabra, como un rayo luminoso, penetra hasta lo porvenir más lejano; y dejando envueltas las cosas secundarias bajo un espeso velo, permite distinguir con precisión los grandes acontecimientos.

(*Don Tito escucha atentamente*).

Los milagros proféticos de Cristo pueden reducirse a tres clases: los relativos a sí mismo, los concernientes a la historia de la Iglesia y los referentes a los Judíos, a Jerusalén y al templo. Profetiza y todo se cumple. «Vamos a Jerusalén, dice un día a sus discípulos, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del Hijo del hombre: será entregado a los paganos, y condenado a muerte, y perseguido, y escarnecido, y azotado, y crucificado; pero resucitará a los tres días y volverá al seno de su Padre.» Y todo ésto se cumple.

El predice la negación de Pedro, cuando éste no

podía siquiera pensarlo, y Pedro, después de jurar le niega. El predice la traición de Judas, que ninguno de los discípulos sospechaba, y Júdeas le vende.

Cristo predice que la Iglesia, fundada por El, permanecerá incommovible y firme como una roca en medio del furioso oleaje de las persecuciones, y la profecía viene cumpliéndose hace dos mil años.

El predice la dispersión de Israel, e Israel se dispersó entre los pueblos para siempre.

El predice la destrucción de Jerusalén y del templo, indicando las circunstancias que debían acompañarla, y todo se ve cumplido. En el sitio de la ciudad, según Josefo, murieron cerca de un millón de hombres, y noventa mil fueron llevados como esclavos, y Jerusalén fué enteramente arrasada, a excepción de tres torres, para no volver a ser construída jamás

D. TITO —¿Pero Adriano no la reconstruyó, aunque dándole otro nombre?

D. ESTEBAN — No, señor. No importa que Adriano, para sustituir la ciudad, erija *Elia Capitolina*. Si lo hace es al otro lado de la montaña.

También Juliano, don Tito, para contradecir la profecía de Cristo y su cumplimiento, emprendió la reedificación del templo. ¿Y qué sucedió? Ya se sabe: el fuego que brotó de la tierra y descendió del cielo aterró a los obreros y destruyó hasta los cimientos.

—Sí, sí.

D. TITO

D. ESTEBAN

—Cristo predice, además, que se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y a partir de Theudas, que apareció el año 45 después de su muerte, no se pasa un período de diez años, sin que se presenten falsos profetas y falsos Mesías; tanto que ardiendo estaba el templo de Jerusalem cuando seis mil hombres seguían un falso profeta, que les prometía la salvación, y hallaron todos la muerte en un lugar subterráneo: ¡hechos sorprendentes que Cristo anuncia con la tranquila certeza que caracteriza cada una de sus palabras!

Ahora dígame usted: ¿como se explica ésto?... És que lo porvenir es para Cristo un libro abierto en el que lee, del mismo modo que lee en la vida más íntima y más secreta de cada hombre. Que así como conoce los pensamientos de Nathanael, y hasta le se-

ñala el lugar en que de El se había acordado, así conoce los pecados de la Samaritana y de la Magdalena Y así como entiende los designios de los acusadores de la muger adúltera, así entiende también los ocultos proyectos de sus enemigos.

Y ahora, don Tito, si me fuera dado poder realizar la imponente figura de Cristo, narrando sus milagros, obrados en el orden natural, me tomaría con gusto el trabajo de enumerárselos a usted. Pero ¿qué puedo yo añadir con ello a la sublime humanidad del Salvador?...

D. TITO —Dígnese usted hacerme el obsequio.... Ansío ver en concreto ...

D. ESTEBAN—Bueno. Expresión visible y confirmación de su imperio sobre la naturaleza; anticipación de la futura glorificación de las criaturas; símbolo de su acción salvadora en la Iglesia y en el reino de las almas, son sus milagros, verificados en los elementos, cuando calma la tempestad, y anda sobre las olas, y transforma el agua en vino, y multiplica los panes y los peces, para dar de comer a una multitud hambrienta de 5.000 personas.

Cristo se manifiesta...

D. TITO —(*interrumpiendo*) Pero eso, don Estéban ...

D. ESTEBAN (*interrumpiendo también*) Déjeme, déjeme, hijo: permítame proseguir Cristo aparece Redentor de la humanidad, librándola del pecado y del Demonio, de la enfermedad y de la muerte, con su acción milagrosa y salvadora: con la curación del ciego de nacimiento, con la de los dos ciegos, con la de dos que había junto al camino, con la de otro ciego, y la del paralítico ante los fariseos y doctores de la ley, con la del sordo-mudo, con la de la mujer, que, no obstante haber gastado todo lo que poseía, ningún médico había podido curarla; con la del siervo del Centurión de Cafarnaúm, con la del hijo del empleado real, con la de los diez leprosos, con la del paralítico de treinta y ocho años de enfermedad, con la del que tenía la mano seca, con la expulsión de los demonios, verificada en los dos Gerasenos, y en la Sinagoga de Cafarnaúm: hechos acompañados de la curación del oído y de la lengua; con la resurrección del hijo de la viuda de Naim, a quién devolvió la vida, tocando el féretro, con la de la hija del Presi-

dente de la Sinagoga, a la cual resucitó, tocando el cadáver, y diciéndole, no *despierta*, como quieren muchos enemigos de la fé, sino *Cumi, talitha: Levántate, niña*; con la de Lázaro, su amigo, a quien hizo saltar del sepulcro, cuatro días después de muerto, en virtud de la eficacia de esta brevísima frase: *Lázaro, sal fuera*; y, por último, con la suya propia, tres días después de estar sepultado en el seno de la tierra.

Fijese usted ahora, don Tito, en la sencillez de la escena de algunos de estos milagros, y forme usted mismo juicio, en vista de ello, de quién es Cristo.

* * *

- La Madre de Cristo { — No tienen vino.
Cristo { — Aun no es llegada mi hora.
La Madre a los ministros { — Haced cuánto El os dijere.
Cristo { — Llenad las hidrias de agua... Sacadla ahora y llevad al maestresala.
Evangelista { — El agua estaba convertida en vino.

* * *

- Cristo a la Samaritana....
D. TITO — (*Interrumpiendo*) Bueno; pero en ese hecho veo, por las circunstancias, narradas, según recuerdo, por el Historiador,....
D. ESTEBAN — (*molesto*) ¿Qué, qué ve usted?
D. TITO — 1.º Que Cristo favoreció la destemplanza, proveyendo de vino a personas que estaban ya *embriagadas*.
2.º Que la orden que dió, de que se llenaran de agua las hidrias, demuestra que estaban concertados él y el maestresala, y que hizo una mezcla para dar al agua el color de vino. • Y
3.º Que es cosa ridícula hablar de un maestresala en la casa de unos pobres, tales como parecen haberlo sido los esposos de Caná. (1)

(1) Voltai-Woolston==

D. ESTEBAN—Bueno; pues yo respondo a lo 1.º que es muy falso que Cristo favoreciese la destemplanza, y que los convidados estuviesen embriagados ya.

¿Quién le ha dicho a usted, ¡canario! que la palabra *embriagado*, entre los hebreos, y en los Libros Santos, significa siempre un borracho?

D. TITO —¡Ah! no?

D. ESTEBAN ¡No, señor, no! significa también *beber bien, a satisfacción*; (1) y en este sentido está escrita en el Evangelio.

Lo que es evidente, es la embriaguez antirreligiosa de que están profundamente tomados los impíos, cuando un defecto tan infame se lo atribuyen a Cristo, sin poder citar el menor indicio de ello en toda su ejemplarísima vida.

¡Y la Santísima Virgen compadeciéndose de que les falta el vino a aquellas personas, a quienes ve sumergidas ya en la embriaguez! ¡Son el mismo Demonio estos incrédulos!...

¿Y dice usted que ese milagro no fué más que un juego de manos? ¿De modo que Cristo no hizo más que dar al agua el color de vino? Si así fué, se deduce que no favoreció la destemplaza. ¿En qué quedamos?

En cuanto a lo del maestresala, sepa usted que no se trata aquí de un hombre con este destino, o empleo, a la manera de los que los desempeñan en las casas de los príncipes y de los grandes: se trata de un pariente, o amigo de confianza; o de un doméstico que se encargó de entender en todo lo concerniente a la comida, como acontece en las aldeas, cuando están de boda las personas pobres. ¿Está usted?

D. TITO —Comprendo.

D. ESTEBAN—Bueno; pues no vuelva a interrumpirme con dificultades tan ignorantes y ridículas.

(Don Tito se compone la vrenchu derecha del pelo, con la cabeza baja y sonriendo,

* * *

Cristo a la Samaritana } —Llama a tu marido.

(1) Genes-43-Cant-V-Ageo-1—

- Samarit.* — Yo no tengo.
Cristo — Verdad dices, porque has tenido cinco maridos, y aquel con quién vives no lo es...
Samarit. — Yo sé que el Mesías debe venir.
Cristo — Este soy yo.
Samarit. — Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho...
Evangelista Muchos creyeron en El... porque, escuchándole, asegurábanse de que El era verdaderamente el Salvador del mundo.

* * *

- Cristo al paralítico* { Hijo mío, tus pecados están perdonados...
Escribas y Fariseos { —(para sí) ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios únicamente?
Cristo. — Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados, (al paralítico) Levántate, toma tu cama y véte.
Evangelist. — Este hombre marchó, rindiendo un testimonio de gloria a Dios.

* * *

- Los discípulos a Cristo* { Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres?
Cristo — Ni éste pecó ni sus padres; mas, es así, (ciego) de nacimiento, para que las obras de Dios se manifiesten en él... Es necesario que yo haga las obras de Aquél que me envió....
Evangelista — Escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y ungió con él los ojos del ciego.
Cristo al ciego { — Véte; lávate en la piscina de Siloé.
Evangelista — Se fué y se lavó, y volvió con vista. Y era sábado...
Los fariseos — Este hombre no es Dios, pues no guardá el sábado... (al curado) Nosotros sabemos que este hombre es pecador..
Curado — Si es pecador, no lo sé; una cosa sé: que habiendo yo sido ciego, ahora veo.
Fariseos — Dios habló a Moisés; mas, éste no sabemos de donde sea...

- Curado* — Cierto que es cosa maravillosa que vosotros no sepáis de donde es... Si éste no fuera Dios no pudiera hacer cosa alguna....
- Pariseos* — En pecado todo tú has nacido, y tú quieres enseñarnos....
- Evangelista*—Y le echaron fuera de la Sinagoga... Le halló y le dijo:
- Jesús* —¿Crees tú en el Hijo de Dios?
- Curado* —¿Quién es, Señor, para que crea en El?
- Cristo* — Él que habla contigo...
- Curado* —¡Creo, Señor!!...
- Evangelista*—Y postrándose le adoró.

* * *

- Cristo* —Compasión tengo de estas gentes.... ¿En dónde comprarémos pan para que coman éstos?...
- Andrés* — Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces....
- Evangelista*—Tomó Jesús los panes y los repartió entre los que estaban sentados, y asimismo los peces... Todos comieron... Cuando se hubieron saciado, recogieron los pedazos que habían sobrado, y llenaron doce canastas. Aquellos hombres que eran como cinco mil, decían: Éste es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo.

* * *

- Evangelista*—Y había allí (junto a la Piscina Probática) un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo....
- Criso al paralítico* { —¿Quieres ser sano?
- Paralítico* —¡Señor! no tengo un hombre que me meta en la Piscina, cuando el agua fuere revuelta....
- Cristo* —Levántate, toma tu lecho y anda.
- Evangelista*—Y al instante fué sano aquel hombre, y tomó su camilla y caminaba. Y era sábado aquel día.

* * *

- Evangelista*—Levantábase el mar con el viento recio que sopla-

ba... A la cuarta vigilia de la noche vino Jesús hácia ellos, andando sobre el mar. . el terror los embargó...

- Pedro a Cristo* { — Si tú eres, mándame venir a tí sobre las aguas....
- Evangelista* Pedro andaba sobre las aguas; pero tuvo miedo y comenzó a hundirse.
- Pedro* — ¡Valedme, Señor!
- Evangelista* — Y extendiendo Jesús la mano, asió de él, diciéndole: Hombre de poca fé ¿por que dudaste?... Y luego que entraron en la barca, cesó el viento. .

* * *

- Comisionado a Cristo* { — El que amas está enfermo...
- Cristo* — Esta enfermedad es para gloria de Dios.... (*a sus discipulos*) Lázaro está muerto; vamos a él ..
- Marta* — Si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.
- Cristo* — Resucitaré a tu hermano.. *Yo soy la resurrección y la vida.*
- Marta* — Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que ha venido a este mundo...
- Magdalena* — Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto....
- Cristo* — ¿En dónde le pusisteis?...
— Señor, ven y lo verás....
- Cristo* — Quitad la loza..
- Marta* — Ya despide mal olor; porque es muerto de cuatro días.
- Cristo* ¿No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios?... ¡Padre!, gracias te doy, porque me has oído... Por el pueblo que está al rededor, para que crean que tú me has enviado,... ¡Lázaro, ven fuera!
- Evangelista* — Y Lázaro salió al instante... Muchos creyeron en El.

* * *

- Evangelista* — Desde la hora de sexta hubo tinieblas en toda la tierra hasta la hora de nona... Jesús, clamando segunda vez con voz grande, espiró.. Y la tierra tembló, y el velo del templo se rasgó, y las rocas se hendieron, y los muertos resucitaron, y el Centurión ha-

jó del Calvario, dándose golpes en el pecho, y exclamando: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios....

* * *

Fariseos a Cristo } —¿Con qué señal nos probarás que tienes el derecho de hacer estas cosas?....

Cristo } —(*refiriéndose a sí mismo*) Destruid este templo, y yo lo reedificaré en tres días.... Así como Jonás permaneció tres días y tres noches en el seno de la ballena, así el Hijo de Dios estará tres días y tres noches en el seno de la tierra. Resucitará al tercer día...

Evangelista — A la mañana del tercer día sintióse un gran temblor de tierra... El Angel del Señor bajó del Cielo y quitó la piedra.... Los guardias, espantados, cayeron como muertos.... Este fué el momento de la resurrección. Antes del día, María Magdalena y otra María fueron al sepulcro y lo encontraron vacío....

Angel. —¿Buscáis a Jesús, que ha sido crucificado?.... No esta aquí: resucitó....

Cristo a Tomás } —Meté aquí tu dedo, y mira mis manos; y da acá tu mano, y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel... ..

Tomás — ¡Señor mío, y Dios mío!....

Pedro a los judíos } —A Jesús de Nazaret, varón aprobado por Dios entre vosotros con virtudes, y prodigios, y señales, a quien quitáis la vida, lo ha resucitado Dios, de lo cual somos testigos todos nosotros.

* * *

Ahi tiene usted, don Tito, la sencilla y pura narración de algunos maravillosos prodigios, obrados por el Salvador del mundo.

Tiene usted ahora la palabra, por si le ocurre oponer algún reparo.

D. TITO

—Varios me ocurren, sí, señor; mas, según vengo observando, hace horas, tiene usted un *contra* para todos.

D. ESTEBAN—Pero un *contra* razonable.

D. TITO —¡Sí, sí! No obstante, voy a objetarle a usted: primero, contra un hecho prodigioso, del cual no ha hecho mención, y después contra la resurrección de Lázaro y del mismo Cristo.

D. ESTEBAN—Eche usted.

* * *

D. TITO —Siempre me ha irritado el milagro que se cuenta de la célebre higuera, maldita y seca por Cristo; porque ella no tenía frutos fuera de la estación en que debía tenerlos. (1)

D. ESTEBAN —Pues, amigo, sin razón se ha irritado usted. Vamos a explicar el texto del Evangelio, a ver si no le vuelve la irritación. Dice así:

Viendo a lo lejos una higuera que tenía hojas, pasó allá, por ver si encontraba alguna cosa en ella; y cuando llegó nada halló; sino hojas, porque no era tiempo de higos. (2)

D. TITO —Está bien.

D. ESTEBAN—Explicación. Este milagro obróse pocos días antes de la pasión de Cristo: al otro día después de su entrada solemne en Jerusalem.

D. TITO —Y, por consiguiente, no era estación de higos.

D. ESTEBAN—(sonriendo) Pero era el tiempo en que debía de tener algún fruto que comer la higuera.

D. TITO —¿Cómo es éso?

D. ESTEBAN —¡Ah! ¿por ventura no era el tiempo ya, en que las higueras producen brevas?

D. TITO —(sonriendo) Eso... ya...

D. ESTEBAN—Sí, sí lo era; y la higuera aquella no las tenía, porque era estéril. Si no lo hubiera sido, las tendría, como las demás; pues en la Judea comienzan las brevas al principio de la estación primaveral, según se lee en el libro del Cantar de los Cantares, en donde la Esposa dice: *El invierno ha pasado. La higuera arrojó ya sus brevas.* Luego, si Jesucristo se presentó a ella en el tiempo en que este fruto debía ya mostrarse maduro, y no lo tenía, con razón la maldijo y la secó; haciéndola así, por otra parte, figura del

(1) Voltaire—(2) San Marcos II-13=

castigo de los Judios, y símbolo misterioso de aquellos que serán malditos, por no dar frutos de verdadera penitencia: ¡ése es!

D. TITO — ¡Vamos!..

D. ESTEBAN — En fin: como usted ve, esa dificultad, con tanta repetida, no tiene la menor sombra de fundamento: no vale un comino. Venga otra.

* * *

D. TITO — Vamos con la resurrección de Lázaro.

D. ESTEBAN — Venga.

D. TITO — Digo yo que en ella todo parece haber sido natural.

D. ESTEBAN — ¡Sopla!!...

D. TITO — Lázaro no había muerto: había caído en un síncope. Cristo lo adivinó, le hizo retornar de su desfallecimiento, y ésto se tomó por una resurrección (1)...

D. TITO — ¿Y ya terminó usted?

D. ESTEBAN — Ésta es la dificultad.

D. TITO — (*con sorna*) E irresoluble, por cierto. Pero, ¡hombre! ¿no le ha ocurrido a usted, después de lo que acaba de oírme otra cosa de más substancia? Para que el suceso sea lo más natural posible, si yo suprimo alguna circunstancia, usted ha suprimido todas las más decisivas. Esto no hace gracia, don Tito. Pero ¡qué vamos a hacer! (*aparte*) ¡Tal es la buena fé y la resurrección sabiduría de los incrédulos!

D. TITO — Poco ha dicho usted con éso, don Estéban.

D. ESTEBAN — ¿Qué he dicho poco? He dicho lo bastante, para que usted entienda que esa objeción no merece los honores de que yo conteste a ella. Sin embargo, oiga usted. Una circunstancia, que debe tenerse presente en la resurrección de Lázaro, es la de que los judíos (y entre ellos, gente gorda, por cierto) que habían ido de Jerusalem, creyeron que María Magdalena, cuando salió a presentarse a Cristo, iba a llorar al sepulcro de su hermano. Esto y lo que Marta primero, y María después dicen a Cristo; las lágrimas que María y Marta derraman; las que derrama el mismo Jesús; la respuesta que dá a las dos hermanas; la

(1) Rousseau-Cart. de la Mont.,==

admiración de los asistentes, que exclaman: *Este que curó al ciego de nacimiento, ¿no pudiera haber impedido la muerte de su amigo?*, todo ésto ¿no prueba, hasta la evidencia, la verdadera muerte de Lázaro? ¿No anuncia todo la mayor sinceridad y buena fé?.....

Otra circunstancia decisiva, y que antes apunté, es la de que Cristo no estaba en Betania cuando Lázaro enfermó y fué enterrado; sino al otro lado del Jordán, á más de doce leguas de distancia. Un propio le llevó la noticia de la enfermedad. Pasaron, por lo ménos, cinco días, desde que partió el Comisionado hasta que Cristo llegó, el cual no quiso apresurarse.

Ahora bien: si Lázaro hubiera sido sólo presa de un síncope, o catalepsia, ¿cómo Cristo podría saber que aquel hombre que, *en el concepto de todos estaba muerto*, no tenía más que un letargo profundo?

Por último: la circunstancia de que aquel cuerpo que arrojaba ya de sí, cuando Cristo le tornó a la vida, el hedor, propio de la putrefacción comenzada, ¿no es una prueba la más indudable de la muerte? Tan convencidos estaban de ello los Judíos que, cuando, a la voz de Cristo: *Sal fuera*, se levantó Lázaro del sepulcro, a pesar de tener atadas las piernas y vendados los ojos, ellos mismos lo desataron, o le vieron desatar; y no les quedó la menor duda de su retorno a la vida. Por eso, la mayor parte de ellos creyeron en Cristo, conmovidos y aterrados con este portentoso.

* * *

D. TITO —Pero no creyeron todos; antes bien, algunos fueron a decir a los Fariseos lo que Cristo acababa de hacer. Y esta circunstancia hay que tenerla muy en cuenta, don Estéban.

D. ESTEBAN —¡Oh! sí, señor; para saber lo que les dijeron. ¡Canario! cualquiera que no hubiese leído el Evangelio, y le oyese á usted, diría que los judíos, que presenciaron la resurrección de Lázaro, fueron a contar a los Fariseos que en lo que acababan de ver había bastantes indicios de fraude, o de impostura; o que en ello no habían notado cosa alguna que no fuese natural; o que Lázaro había caído en un deliquio o desfalleci-

miento, y que había vuelto en sí en el momento que le dió el aire.

Mas, ¿anunciarónles algo de ésto? ¡No! Nada de ésto les dijeron. Por el contrario, ¡valgan verdades! hablaron de la resurrección de Lázaro como de un milagro verdadero: ¡ése es!

D. TITO

— ¡Consta éso?...

D. ESTEBAN—

¿Que si consta? Sí, señor: consta que habiéndoles oído *los príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos, reunido Concilio, dijeron: ¿Qué harémos, pues este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad y nación: (1)* ¡confesión valiosísima y suficiente ella sola, para echar por tierra el ridículo castillo, levantado por los que, no hallando otra salida, atrévase a decir que Lázaro, después de cuatro días en el sepulcro, exhalando ya mal olor, señal segura de la muerte, era presa de una catalepsia, o deliquio, o letargo, o de un soponcio, ¡canario!..

* * *

D. TITO

— Bién; pero Lázaro ya no aparece más en la escena; y esta circunstancia....

D. ESTEBAN—

(interrompiendo) ¡Alto, ahí! éso es re-falso. En el convite que a Cristo se hizo en casa de Simón, uno de los convidados era Lázaro. Además, muchos vinieron de intento a Betania para verle resucitado. (2)

D. TITO

— Yo creo, don Esteban, que, si Cristo hubiera quitado a Lázaro el sudario, antes de resucitarlo, hubieran visto los presentes, con sus propios ojos, si estaba verdaderamente muerto, y si se obró el milagro de la resurrección; viéndole pasar, como por grados, de la muerte a la vida.

D. ESTEBAN—

¡Sí, sí!; y usted hubiera tenido ocasión para censurar a Cristo, y negarle su omnipotencia.

D. TITO

— ¡Por qué?...

D. ESTEBAN—

¡Pues muy sencillo: porque no había devuelto la vida a Lázaro con una sola palabra.

* * *

(1) San Juan XI—(2) San Juan XII—

D. TITO —(*sonriendo*) Bien: ¿y por qué Lázaro, resucitado, no dijo nada del otro mundo?...

D. ESTEBAN—(*sonriendo también*) Po... porque no.

D. TITO —¡Bah!..

D. ESTEBAN—(*con brío*) ¡Canario! ¿qué necesidad teníamos de saber de sus labios lo que la revelación nos ha enseñado? ¿No daba él, con su resurrección, el más claro testimonio de lo que del otro mundo nos tenía revelado Cristo?..

D. TITO —¡Ya!...

D. ESTEBAN—¿Qué más?

(Don Tito calla, pero en su mirada chispeante revela que anda buscando, o formando otra dificultad que oponer. Observándolo el viejo, prosiguió, diciéndole)

¡Anímese, criatura! Ya que esa narración del Evangelio no puede ser impugnada en sí misma, tome usted el partido de sostener que es una fábula.

* * *

D. TITO — En ello pensaba. ¡Sí! San Juan la escribió en un tiempo en que ya no había testigos oculares, y contemporáneos que pudieran contradecirla.

D. ESTEBAN—¡Pobrecito viejo!... ¿Pero es posible, don Tito, que la venerable edad, y humildad y mansedumbre de San Juan, y el tono de candor que reina en todos sus escritos, no digan nada a su alma de usted? ¡Hombre! ¿Como un anciano de cien años, mejor que el pan de flor, y por añadidura, escritor judío, a quién los incrédulos le disputarían el menor grado de talento, si él no hubiera sido testigo ocular del hecho y del modo como pasó, podía forjar una narración tan natural, y tan circunstanciada, donde todo está acorde, y donde todo contribuye a persuadir?...

D. TITO —Bueno: pase!

D. ESTEBAN—¿Y dice usted además que no había en su tiempo otros testigos oculares?

D. TITO —Justo.

D. ESTEBAN—Eso es falso, don Tito, éso es falso; porque *Cuadrato*, discípulo de los Apóstoles, testifica (1) que muchas personas curadas, o resucitadas por Cristo, ha-

(1) Eusebio Lib 4 °=

bían vivido hasta su época, y hasta la de Adriano, por los años 120: tiempo bastante para haber sobrevivido mucho a la muerte de San Juan.

* * *

D. TITO —Bueno. Después de todo, me llama la atención superabundantemente, don Esteban, que los otros tres Evangelistas no hablen de la resurrección de Lázaro.

D. ESTEBAN —¿Sí!...

D. TITO —Por otro lado: en cuanto a resurrecciones, veo yo que hay aumento y grande, porque San Mateo y San Marcos cuentan la de la hija de Jairo; San Lucas la del hijo de la viuda de Naim; San Juan amplifica, contando la de Lázaro. Esto, como usted ve, huele...

D. ESTEBAN (*con brío*) Eso huele a falsedad ¡canario! ¿Qué aumento ni amplificación de mis culpas ha pretendido dar San Juan a lo maravilloso de los milagros de Cristo? ¿A usted le llama la atención que él pase en silencio las dos primeras resurrecciones, referidas por los otros Evangelistas, y no se fija en que también calló la transfiguración de Cristo, de la cual había sido testigo ocular? ¿No era este prodigio, por lo ménos, tan capaz de excitar la admiración como la resurrección de Lázaro? Debe usted tener en cuenta, señor mío, que San Juan, al escribir su Evangelio, tuvo por principal objeto referir la generación del Verbo, y los discursos y las acciones de Cristo, de que no habían hecho mención los otros Evangelistas; así como debe notar también que estos mismos no se propusieron formar una historia completa de la vida del Salvador

¿Qué otra cosa? .

* * *

D. TITO —Vengamos a la resurrección de Cristo.

D. ESTEBAN —Sí: volvamos los ojos a ese grandioso hecho, base de la Religión Cristiana, y sello de los milagros, obrados por el Redentor del mundo.

D. TITO —Ante todo debo decir a usted que tengo también mis dudas acerca de su muerte.

D. ESTEBAN —¡Ya! en un joven de tan vasta mala lectura no me causa extrañeza Vamos a ver esas dudas.

* * *

D. TITO —Yo creo, don Estéban, que un hombre vigoroso y en la flor de su edad, puede resistir fácilmente, por espacio de tres horas, un suplicio, aunque sea el de cruz.

D. ESTEBAN —¡Sopla! y yo también lo creo. ¿Y qué?

D. TITO —Pues... muy obvio: que Cristo pudo no morir en la cruz; que José y Nicodemo pudieron bajarle aletargado, pero vivo del patíbulo, y haciéndole despertar poco a poco de su letargo, llevárselo a su casa, y hacer que apareciese a sus discípulos, después de curado y curado. (1)

D. ESTEBAN —¡Bonito romance, don Tito, bonito romance han hilvanado los incrédulos para impugnar la resurrección de Jesucristo, la que hasta la edad moderna han creído sin dificultad cuantos hombres han existido de toda religión: cristianos, judíos y gentiles!

Pero dígame usted, ¡criatura!: si se atiende a la gravedad y duración de los tormentos, que hicieron sufrir al inocente Jesús, y a la agonía y sudor de sangre que padeció en el Huerto de los Olivos, y a los rudos golpes y malos tratamientos que recibió en casa de Caifás, y a los crueles azotes que toleró en el atrio de Pilatos, y al desfallecimiento que se advirtió en El, al llevar la cruz, y a la sangre que derramó cuando le clavaron en ella... ¿le parece a usted ménos admirable que pudiese llegar a vivir tres horas pendientes del madero? ¡Qué cosas. Señor!. El pueblo, los principales Sacerdotes de la Ley, los jefes de la nación y los soldados, que hacían burla de El, y los mismos ladrones que de igual modo le insultaban, todos lo creyeron muerto, ¿y usted se atreve a decir que duda de su santísima muerte?...

Mas, supongamos, por un momento, por darle a usted una pisquita de gloria, que Cristo hubiese podido hacer ilusión a la muchedumbre de enemigos suyos; ¿como se explica usted el efecto, que necesariamente había de producir el golpe de la lanza dado en su costado sacratísimo, hasta abrirle el pericardio y herirle el corazón?

D. TITO —La lanzada, don Esteban, pudo muy bien aliviarle el corazón. (2)

(1) Paulus y otros interpr. natur. de la S. Escritura.

(2) Paulus.

D. ESTEBAN —(con fuerza) ¡Canario! ¿está usted de broma? o es eso, acaso, algún descubrimiento también de la ciencia moderna?.. ¿No es, por ventura, mortal ese golpe?...

¡Parece mentira! Si cualquier católico, para defender su doctrina, se atreviese a proferir semejante disparate, creo que lo habrían de encerrar en una casa de locos. (haciendo un brusco movimiento de cabeza) ¡No les da vergüenza a estos incrédulos de tener tanto descaro! (variando de tono) ¿Y como explica usted el que Cristo, al recibir la lanzada, no exhalase siquiera un suspiro, ni se le escapase de su cuerpo el más ligero movimiento?...

(Don Tito calla, pasándose la mano izquierda por la frente).

¡Ah! ¿calla usted?... Ese silencio es señal cierta de que le pesa haber reproducido esa objeción, levantando, al mismo tiempo, de nuevo, el castillo de la burda ficción, atribuída a los Santos Varones que embalsamaron y dieron sepultura al santísimo cuerpo de Cristo.

* * *

- D. TITO —Bien: admitido que Cristo indudablemente muriese en la cruz, y fuese depositado en el sepulcro. Mas, respecto de su resurrección, digo que no puede tenerse por indudable.
- D. ESTEBAN—¿Razón?
- D. TITO —(con tono) No puede tenerse por indudable un hecho cuando lo contradicen los contemporáneos, interesados en su conocimiento. Es así, que...
- D. ESTEBAN—(interrumpiendo) ¡Alto! alto! .. No me venga usted con caballos silogísticos, que perdemos tiempo. ¡Al fondo!... Quiere usted decir que los judíos que crucificaron o mandaron crucificar a Cristo niegan su resurrección, y que sus discípulos la afirman.
- D. TITO —Justo,
- D. ESTEBAN—¿Y por eso cree usted que el hecho no puede tenerse por indudable hoy?..
- D. TITO —¡Claro!..
- D. ESTEBAN—Pero ¡canario! ¿de que unos testigos afirmen y otros nieguen, simplemente, se deduce que, aun sin pesar sus testimonios, un hecho es dudoso? ¿No ve usted que falta indagar y saber de qué parte está la verdad?

D. TITO — ¡Sí, sí!

D. ESTEBAN — ¡Sí, sí! Y ahora pregunto a usted: ¿qué han dicho, en primer lugar, los judíos?..

D. TITO — Ellos han publicado, atestiguado y certificado que el cuerpo de Cristo fué verdaderamente robado por sus discípulos, mientras dormían los guardias que lo custodiaban.

D. ESTEBAN — ¿Nada más?..

D. TITO — Nada más.

D. ESTEBAN — Pues los discípulos de Cristo dicen que éso es mentira: afirman, al contrario, que Cristo verdaderamente resucitó. ¿Quiénes dicen verdad?..

D. TITO — No lo sé.

D. ESTEBAN — Pues lo va a saber usted ahora mismo: escuche usted sin pestañear.

En primer término, la hipótesis, o mejor dicho, la aserción de que los discípulos robaron el cadáver, es contradictoria en sí misma.

— A ver...

D. TITO

D. ESTEBAN — Dígame usted con la mano puesta sobre el corazón: ¿que habían de hacer con el cadáver de Cristo los discípulos, desolados y desesperanzados por su muerte? ¿Cómo se explica usted, ni nadie que ellos hubieran arrojado los peligros, consiguientes al acto de robar el cadáver del sepulcro, sobre todo, cuando, con ocasión de las fiestas de la Pascua, habían acudido a Jerusalem, según Josefo, (1) y las Actas de los Apóstoles, (2) más de dos millones de peregrinos, y estaban, por tanto, plagadas de forasteros la Ciudad y sus cercanías? ¿Cómo había de convertirse el dolo en áncora de esperanza, y fuente de bendición para todo el mundo? Strauss mismo, de agallas tan grandes y tan bueno de boca, no ha podido ménos de rechazar semejante absurdo. (3)

En segundo lugar: esa fábula del *robo del cuerpo de Cristo*, que es lo único que los judíos, y los embudos por donde ella ha pasado, enemigos del Cristianismo, han opuesto al hecho de la resurrección, es una prueba tan robusta de ésta, como pudiera serlo una formal confesión por su parte.

(1) Jos. Bell. Judai, II.—(2) Act II.

(3) Strauss — Vida de Jesús.

D. TITO —A ver, a ver, por qué...

D. ESTEBAN—Porque el hecho es inverosímil, y además de todo punto imposible.

D. TITO —Veámoslo, pues.

D. ESTEBAN 1.º Es moralmente imposible que los Apóstoles y los discípulos de Cristo lo intentasen siquiera.

2.º Es físicamente imposible que lo llevaran a efecto.

D. TITO —Prueba.

D. ESTEBAN—Al canto. Cuanto a lo primero, en el número de los cómplices de semejante empresa deben ser comprendidos, no solamente los ejecutores del robo, sino también todos cuantos declararan haber visto a Cristo resucitado, así varones como mujeres. Todos debieron entrar forzosamente en el complot... ¿Es cierto?...

D. TITO —Es natural.

D. ESTEBAN—Pues bien; pregunto yo ahora: ¿cuando formaron esa trama? O fué antes del robo, o después del robo. ¿Fue antes? ¿Pero hubo, por ventura, bastante tiempo, desde que Cristo fué sepultado hasta que se encontró vacío el sepulcro, para que se concertaran más de quinientas personas? ¡No! ¿Fué después del robo? Pero antes de ejecutar un hecho tan arriesgado, ¿no era preciso haberse asegurado ya bien de todas y cada una de las personas que habían de tomar parte en el secreto? Un solo individuo a quién no se pudiese ganar, o que, ganado, se hubiese arrepentido, hubiera hecho frustrar la arriesgada empresa; y además, por su revelación, hubieran visto entregados los autores y cómplices a los mayores suplicios.

D. TITO —Ciertamente.

D. ESTEBAN—Luego, es increíble, inverosímil, imposible moralmente que los discípulos de Cristo intentasen siquiera robar su sacratísimo cuerpo.

D. TITO —¡Sí, sí!

D. ESTEBAN—Es también físicamente imposible que los discípulos ejecutaran ese robo.

D. TITO —Veámoslo... ..

D. ESTEBAN—Al testimonio de los Apóstoles solo se opone el *de unos hombres dormidos*. ¡Excelentes testigos, don Titol... ¿En qué tribunal harán fe semejantes hombres? ¿No es físicamente imposible que dormidos vieran ni lo que se hizo ni por quién se hizo?

Por otra parte: los ejecutores de aquella intento-

na no podían arrostrarla sin haberse asegurado antes de que los guardías, no solamente estaban *todos dormidos*, sino también tan profundamente dormidos, que ninguno había de despertar durante la costosa y larga operación que iban a emprender. Porque mire usted que no había de ser flojo el acercarse, entrar en el sepulcro, remover la piedra que lo cerraba, quebrantar el sello y sacar con gran cuidado el cuerpo; todo lo cual requería tiempo, y no podía ejecutarse sin ruido.

—(*haciendo signos afirmativos con la cabeza*) ¡Ya! ya!
D. TITO
D. ESTEBAN—Además: ¿quién escogió la guardia?... La escogieron los judíos de entre sus soldados, y no Pilatos de entre los suyos. Y esta precaución la tomaron, sin duda, con el fin de que los discípulos de Cristo de ningún modo pudieran llevarse el divino cuerpo, como se temía. ¿Quién no presume razonablemente que elegirían los soldados de su mayor confianza, los más adheridos a su partido, los más a propósito para impedir el fraude?... ¡Y sin embargo todos, sin excepción, se durmieron; y todos tan profundamente, que no bastó para despertarlos el gran ruido que hubieron de hacer los ladrones tan cerca de ellos! Mire ¡canario! que no me vengan acá los judíos con estas *judiadas*, ni nadie con estos absurdos y machaquerías. ¡Ah! si los hijos de la Religión diésemos a los falsos principios de los incrédulos respuestas y soluciones tan vanas, ¡cómo las tomarían éstos! ¡Cómo las silbarían! ¡Con qué algazara celebrarían su triunfo!...

Y paso por alto, *amiguito*, por no cansarle a usted, el criterio que el mismo Sanhedrín tomó sobre la fábula del robo, que el mismo había hecho divulgar; costándole el dinero, por supuesto. No lo creía. Viendo él que los Apóstoles predicaban en Jerusalén, a voz en grito, la resurrección de su maestro, y hacían numerosas conversiones, hasta el punto de atraer San Pedro con solos dos sermones ocho mil personas a la fé, les hace comparecer en su presencia. ¿Quién no diría que les iba a hacer cargos del robo del cuerpo de Cristo? Pero ¿les dice una palabra siquiera del supuesto crimen? ¡No! ¡Ni aun para el honor del supremo Consejo de la Nación, acusado de un deicidio, se hace la necesaria información jurídica!

Esta conducta ¿qué prueba? Prueba que el Sanhe-

drín estimaba indispensable y mejor *no meneallo*: dejar pasar, y correr el el supuesto crimen por las lenguas del vulgo, incapaz de averiguar su falsedad.

En otra ocasión el mismo Consejo delibera sobre hacer dar la muerte a los Apóstoles. ¿Y qué sucede? De en medio de los Doctores levántose un hombre de mucho crédito, el fariseo Gamaliel, y se opone a ello con esta reflexión: *Varones israelitas, mirad bien lo que vais a hacer. Si esta obra viene de los hombres, se desvanecerá; pero si viene de Dios, no la podréis deshacer: ¡Cuidado! para que no parezca que queréis resistir a Dios* (1) Y este parecer adoptó el Consejo, don Tito.

Ahora bien: si los Apóstoles hubieran sido en realidad culpables del robo del cuerpo de Cristo ¿hubiérase atrevido Gamaliel a desplegar sus labios, para dar semejante parecer, ni hubiera sido tan insensato el Sanhedrín que le siguiese?...

D. TITO —Está bien.

D. ESTEBAN —¿Queda usted convencido?

D. TITO —(*sonriendo*) ¡A manol. Pero hay más todavía.

D. ESTEBAN —Eche usted.

* * *

D. TITO —¿No pudo suceder que la magna excitación nerviosa engendrara en los discípulos de Cristo la ilusión de que El había resucitado? (2)

D. ESTEBAN —¿Que ilusión ni que ocho cuartos?...

D. TITO —Mire usted que hay suma analogía entre la aparición de Cristo resucitado a los Apóstoles y la aparición a Pablo.

D. ESTEBAN —¿Y qué?

D. TITO —Que como la conversión de Pablo fué debida a sus visiones interiores....

D. ESTEBAN —(*con brío*) ¡Alto, ahí! Eso es inexacto. La aparición de Cristo a San Pablo no fué interna e ilusoria, sino externa y objetiva; tanto que los que le acompañaban, aterrados y admirados, al oír la palabra de Cristo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro es*

(1) Act v. 35 y sigs.—(2) Celso-Holsten-Lang-Strauss-Renán Hausrath-y Schenkel=

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC Biblioteca Universitaria, 2008

dar coces contra el aguijón, cayeron también a tierra. (1) Cuando San Pablo habla de visiones internas, tiene buen cuidado, mi amigo, de calificarlas como tales. (2) El se transforma de Saulo en Paulo; de campeón del fariseísmo en Apóstol de la Gracia, en virtud de la aparición real de Cristo resucitado: ¡éso es!

D. TITO —Eso lo dirán los Libros Sagrados solamente.

D. ESTEBAN—(con brío) No ¡canario! no; ésto lo dice también quién usted ménos se piensa. Esto llega a decirlo el mismo gran mantenedor de esa interpretación, o gratuita hipótesis de usted, Chr Baur, el cual se retractó de ella, y la abandonó enteramente en sus últimos años, diciendo: *No podemos ménos de considerar la conversión del Apóstol Pablo sino como un milagro; ningún análisis dialéctico, ni psicológico es poderoso a investigar y explicar este acto misterioso.* (3)

* * *

D. TITO — Bueno. ¿Y no podrían los sentidos haber engañado a los Apóstoles y discípulos de Cristo?...

D. ESTEBAN—No, señor, no; tampoco éso pudo ser. Claro que si uno solo de los discípulos del Señor le hubiera visto después de su resurrección, podría decirse que este discípulo podía haberse engañado, tomando a un hombre por otro. Pero ¿no le vieron todos los discípulos? ¿Cristo no se apareció a *más de quinientos de una vez*? (4) ¿Cómo era posible que tantas personas se engañasen todas juntas, y de un mismo modo, sin haber una siquiera entre ellas que descubriese el error?

¿Quiere usted más? Si se dijese que todos le habían visto *una sola vez y desde lejos, rápidamente y de paso*, yo convengo en que sus ojos pudiesen, tal vez, haberlos engañado. Pero ¿cómo podían ser engañados todos por su vista, cuando consta que Cristo se mostró ya a unos, ya a otros: a María Magdalena, a otras mujeres, a San Pedro, a Santiago, a dos de sus discípulos, y a los doce Apóstoles; indicándo-

(1) Act Apost—(2) 2 ad Cor—

(3) Baur-Hist. de la Iglesia.—(4) 5 ad Cor—

se, al mismo tiempo, los lugares donde estas apariciones se verificaron: el huerto donde estaba el sepulcro, el camino de Emmús, el Cenáculo, la ribera del lago de Genezaret y un monte de Galilea?

¿Quiere usted más todavía? Si se dijese que, en las frecuentes apariciones de Cristo, los discípulos lo vieron, y nada más, aun, en este caso, es increíble que todos y con tanta frecuencia se engañasen. Pero si conversaron con El, y comieron y bebieron con El, y fueron invitados a que pusiesen sus dedos en las cicatrices de las llagas, y le hablaron, respondiéndole a sus preguntas ¿quién, que no haya perdido completamente la chabeta, se atreverá a decir que todos imagináronse oír lo que no oían, y ver lo que no veían? Defender semejante proposición es darle un puntapié a la certeza física, la cual consiste en el testimonio unánime de los sentidos. ¡Pobre sociedad humana, si, a consecuencia de una suposición tan ridícula, se desechase la declaración de quinientos testigos oculares!...

En suma: si los sentidos engañaron a los testigos de la resurrección de Cristo, ha sido necesariamente por una de tres razones: o porque creyeron haber visto y oído a Cristo, sin haberlo ni oído ni visto, o porque vieron y oyeron a otra persona distinta, y figuráronse que era Cristo, o porque les pareció su persona un fantasma que se semejaba al El. ¿Cuál de estos disparates quiere usted defender, don Títo?.. A ver?

D. TÍTO — (*atragantado*) Pues ...

D. ESTEBAN — Pues... ¡ninguno, naturalmente!. Hable usted con ingenuidad, ¡canario! Porque defender lo primero es afirmar que todos los sentidos de un gran número de personas pueden a la vez, no solo hacerles tomar un objeto, bien conocido, por otro, en lo cual jamás vendrá ningún hombre sensato, a no ser que en ello medie el mismo Demonio, sino también atribuir existencia a lo que no la tiene, y consistencia a lo que no es nada.

Porque defender lo segundo es hacerse usted digno a que yo le espete esta ardiente pregunta, a que, de seguro, no podrá responderme: si los discípulos tomaron por Cristo a otro que le era semejante ¿quién era ese hombre a quien nadie había visto, an-

tes de la muerte de Cristo, ni le ha visto tampoco después de su Ascensión a los Cielos?..

Y defender lo tercero, es decir, que los Apóstoles y demás testigos tomaron por Cristo a un fantasma es abogar en favor de un prodigio, de un hecho realizado fuera del orden natural. Porque, forzosamente, para la existencia de ese ser fantástico, debe suponerse un milagro, cuyo objeto sería engañar a todo el género humano. A ésto no se aviene usted, ni nadie que tenga dos dedos de frente.

D. TITO

—Cierto.

D. ESTEBAN

— Cierto que el primer pensamiento de los Apóstoles, cuya luz interior de la fé estaba todavía muy amortiguada, y el *mieditis* muy avivado, fué, si acaso sería un fantasma lo que veían por primera vez en el Cenáculo. (1) Mas, el desengaño tan patente, que les da Cristo, conviértese en clarísimo faro, confirmador de la verdad.

* * *

D. TITO —A pesar de todo, los Apóstoles, don Esteban, eran muy sencillos e ignorantes, y crédulos en extremo

D. ESTEBAN —Y por consiguiente, pudieron ser engañados por sus sentidos; ¿no es éso?

D. ESTEBAN —¡Sí!: indudablemente.

D. TITO —¿Y ésto lo dice usted por no callarse ya?

D. ESTEBAN —No: lo advierto, porque lo estimo razonable.

D. TITO — Pero ¡canario! ¿no cae usted en la cuenta de que esos hombres, *tan sencillos e ignorantes*, han sido entonces los impostores más astutos que se han conocido jamás? Ellos, *tan sencillos e ignorantes*, han acabado por atraer el mundo a su predicación, y hacerlo abrazar la nueva Religión que renunciaban, y han sabido trazar una historia, (fabulosa en concepto de usted) adornada de tal carácter y de tales rasgos de sinceridad y candor, que para encontrar en ella falsedades o contradicciones, es necesario, o alterar su texto, o pervertir el sentido, o desfigurar los hechos.

(1) S. Luc XXIV=

(Don Tito mientras tanto frunce el entrecejo y hace signos negativos con la cabeza. El viejo lo nota, pero prosigue impávido).

Ellos han sabido, en fin, anunciar y establecer una Religión, la más pura, y la más sabia, a pesar de ser tan sencillos e ignorantes; y, teniendo por adversarios a grandes filósofos, han triunfado de su ingenio y sabiduría, y han pasado por escritores inspi-
rados.

Todos estos fenómenos, don Tito, ¿no arrebatan la admiración de usted, si la buena fé y la sinceridad tienen asiento en su alma?...

D. TITO — Bueno; pero acaba usted de insinuar que para encontrar falsedades, o....

D. ESTEBAN — (interrumpiendo) Déjeme, déjeme, hijo, concluir de rebatir su segundo reparo. ¡Ooh!...

D. TITO — Bien.

D. ESTEBAN — Los Apóstoles crédulos en extremo. Este fué, si no recuerdo mal.

D. TITO — Justo.

D. ESTEBAN — Pero ¡hombre de Dios! ¿se atreve usted a asegurar tan feroz dislate? ¿No sabe usted que ellos se han manifestado a sí mismos como unos incrédulos obstinados, y dignos de las duras reprensiones de su Maestro? ¿No sabe usted, por lo que ellos mismos dicen, que, al parecer, el escándalo de la cruz había desvanecido el resto de esperanza que tenían de la resurrección de Cristo, y borrado el anuncio, que de ella les había hecho anticipadamente? ¿No sabe usted que por bastante tiempo los testimonios más cabales y exactos no hicieron en sus corazones grande impresión, y que su conducta en los primeros momentos fué un prodigio de incredulidad? ¿Qué sucedió durante la sacratísima pasión de Cristo? Que se lo cuente San Pedro, cuando le niega tres veces con juramento: *Yo no conozco a tal hombre*. Que se lo refieran todos ellos, cuando abandonan al Salvador en manos de sus encarnizados enemigos, como El mismo se lo había predicho poco antes.

Y después de la resurrección, ¿qué sucede? Que se lo diga Santo Tomás, cuando, no obstante haberse dado la noticia del hecho, exclamó: *Hasta que yo no meta mis dedos en las llagas de sus pies y de sus manos, y mi mano en la de su costado, no creeré*. Que se lo cuenten, en fin, todos, cuya amortiguada

fé les aviva el mismo Cristo, diciéndoles: *Ved mis manos y pies, que yo mismo soy: palpád y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos, como véis que yo tengo.* (1)

(Ahora el joven hace signos afirmativos, y prosigue don Esteban).

¡Sí, don Tito, sí! La lentitud conque los discípulos de Cristo llegaron a creer, y las pruebas que para ello necesitaron, demuestran hasta la evidencia, que, lejos de estar persuadidos de la resurrección de Cristo, apenas conservaban memoria de ella ¡Y después de ésto, los acrimina usted de *crédulos en extremo!* ¡Válgame Dios!

¿Qué iba usted a decir antes? ...

* * *

- D. TITO —Iba a decir que, según usted ha insinuado, los Evangelistas han sabido trazar una historia, adornada de tales rasgos de sinceridad y candor, que, para encontrar en ella, o falsedad, o contradicciones, es preciso pervertir el sentido, o alterar los hechos.
- D. ESTEBAN—Sí, señor: éso he dicho, y me ratifico en ello.
- D. TITO —Pues veo yo que no es así.
- D. ESTEBAN—¡Hola!
- D. TITO —Pues, sí, señor. En cuanto a contradicciones, el hecho mismo de la resurrección de Cristo, advierto yo que está cargado de circunstancias imposibles de conciliar.
- D. ESTEBAN—Hágame usted el obsequio de concretar esas circunstancias...
- D. TITO —Tomaré algunas nada más.
- D. ESTEBAN—Las que usted guste; pero haga el favor de andar pronto, que es tarde.
- D. TITO —1.º respecto del embalsamamiento de Jesús, los Evangelistas están en contradicción.
- D. ESTEBAN—¿Aparente, o real?
- D. TITO —Real.
- D. ESTEBAN—A ver en qué....
- D. TITO —Según San Juan, Cristo fué sepultado y embalsamado por Nicodemo y José de....
- D. ESTEBAN—*(interrumpiendo)* ¡Alto! Va usted ya confundiendo

(1) S. Luc. -XXIV==

dos cosas distintas: el entierro que en un principio hizo José de Arimatea sin Nicodemo, y el embalsamamiento que luego hicieron los dos, cuando Nicodemo llevó los aromas: ¡valgan verdades!

D. TITO —Bien: éso es cosa baladí. Lo grave es que San Mateo, San Marcos y San Lucas dicen que el embalsamamiento hizose en presencia de María Magdalena, y de María, madre de Jesús. ...

D. ESTEBAN— (*aparte*) ¡Sopla!...

D. TITO —...cuando los mismos, San Marcos y San Lucas hacen volver a estas mujeres, a otro día del sábado, para embalsamar el cuerpo. Y ésto, como usted ve...

D. ESTEBAN También es inexacto, como usted verá. Escuche: San Mateo y San Marcos y San Lucas sólo hacen mención del entierro; y a éste se hallaron presentes las mujeres. S. Juan que es el único que habla de los aromas, llevados por Nicodemo, no insinúa, ni con una palabra siquiera, el haber asistido las santas mujeres a esta segunda acción. De modo que ellas sabían donde se hallaba sepultado Cristo; pero ignoraban que hubiese sido embalsamado.

(*variando de tono*) Pero dígame, don Tito: ¿usted ha leído en *turco* los Santos Évanglios?..

(*Don Tito baja la cabeza y calla.*)

¡Parece mentira que así se falsifique la Sagrada Escritura, por el prurito endiablado de hallar contradicciones en ella! Por lo demás, ¿cómo leyó usted, o quien demonio le ha dicho que en la narración de San Mateo se habla de María, madre de Jesús?

D. TITO ¡Ah! ¿no?..

D. ESTEBAN —¡No, señor, no!: se habla de María, madre de José. Vuelva usted al leer el capítulo 27, versículos 56 y 61 del Evangelista.

¿Qué más?...

* * *

D. TITO —2.º Dicen...

D. ESTEBAN —(*interrumpiendo*) Los críticos incrédulos que ha leído usted, por supuesto.

D. TITO —Lo que usted quiera. Dícese que, según San Mateo, solamente fueron al sepulcro María Magdalena y otra María; que, según San Marcos, fueron tres mujeres; que, según San Lucas, fueron todas las mujer-

res que de Galilea habían seguido a Cristo, y que, según San Juan, fué sola María Magdalena. Si es así, ¿cómo se concilian todos esos textos?

- D. ESTEBAN—Pues se concilian muy fácilmente, diciéndole, desde luego, que es falso que los Evangelistas digan haber ido al sepulcro solamente las mujeres; que nombran. Dicen: *Estas mujeres fueron allá*; y éso es muy distinto. Por otra parte, debe usted saber que cada Evangelista nombra algunas de las mugeres; que ninguno de ellos las nombra a todas. Vea usted la prueba de ello en San Juan que nombra a María Magdalena, pero insinuando que no estaba sola; pues habiendo ido ella a decir a San Pedro que se habían llevado el cuerpo de su Maestro, añade: *Y no sabemos donde lo han puesto*. Palabras que nos prueban una cosa y nos confirman otra: que nos prueban la suposición de que eran varias las mujeres, en virtud del pronombre *nosotras*, implícito, y nos confirman la verdad ya demostrada; a saber: de que entre los discípulos de Cristo no hubo trama, ni complot, para robar el sacratísimo cuerpo: ¡éso es!
- ¿Que más?...

* * *

- D. TITO 3.º A ver si no hay una manifiesta contradicción en lo siguiente.
- D. ESTEBAN—A ver...
- D. TITO —San Juan dice que, cuando la Magdalena fué al sepulcro, era aún de noche; San Marcos que el sol había salido ya, y San Lucas que las mujeres fueron allá muy de mañana. ¿Cómo nos entendemos?...
- D. ESTEBAN—Muy facilmente; exponiendo la verdad del hecho. Fijese: San Marcos refiere que las santas mujeres compraron sus aromas pasado el día del sábado; es decir: en la noche del sábado al domingo; se prepararon y pusieron en movimiento, antes del día, para ir al sepulcro, que no sabían estuviese custodiado por los guardias; más, antes de haber preparado todo, y de haberse reunido y de llegar allá, amaneció. Este es el hecho. San Juan habla del momento en que ellas comenzaron a prepararse para ir al sepulcro, y nombra a Magdalena; y los otros dos Evangelistas

indican el momento en que llegaron. ¿Donde está, pues la contradicción, señor mío?

D. TITO —Comprendo... si...

D. ESTEBAN —¿Qué más?

* * *

D. TITO —Consta que Cristo prometió resucitar *después de tres días y tres noches*, y consta también que resucitó al tercero día; manteniéndose muerto, a lo sumo, dos noches. Aquí veo yō, y ve todo el que tenga ojos una manifiesta contradicción entre la profecía y su cumplimiento.

D. ESTEBAN —Pues debe saber usted que yo también, gracias a Dios, tengo ojos, y no la veo.

D. TITO —Muy miope debe de ser quien...

D. ESTEBAN—(*interrumpiendo*) ¡Alto! ¿Qué va usted a decir? ¡Vasto es mi triunfo! Sepa usted que estas expresiones: *después de tres días y tres noches*, *después de tres días, al tercero día*, eran sinónimas en el lenguaje ordinario de los judíos, según es de ver en el Génesis (1) y en el Deuteronomio; (2) y lo son aún en nuestro lenguaje común. Cristo, anunciando su futura resurrección, sirvióse ya de una, ya de otra expresión. En San Mateo dice que, así como Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches, así el Hijo del hombre *estará tres días y tres noches* en el seno de la tierra. En San Marcos predice que resucitará *después de tres días*, y en San Lucas anuncia que su resurrección será *al tercero día*; y en este sentido lo entendieron los judíos; pues pidieron a Pilatos que hiciese custodiar el sepulcro hasta *el día tercero*, y nada más. De modo que los judíos tenían ojos también, y de lince, y no vieron, siendo tanto, o más interesados que usted, y que todos los incrédulos, esa contradicción, y ustedes la ven. ¡Ah!... lo que ustedes ven son mosquitos en el horizonte, ¡canario!

D. TITO —A pesar de todo, siempre la dificultad queda en pié.

D. ESTEBAN— Pero ¡criatura!..

(1) Gen—XL—(2) Deut—XXXI.

D. TITO —Sí; (*con tono*) dos noches siempre son dos noches y no tres noches.

D. ESTEBAN—¡Canario! ¡que pensamiento tan profundo! ¡Que sutil está usted!... Pero la dificultad ha traspasado ya sus límites. Va ahora, contra los modismos de las lenguas, o contra las maneras de hablar de los hombres.

D. TITO —Lo que usted quiera.

D. ESTEBAN—Mire, don Tito, hágame usted el favor de dejarme el alma quieta.

D. TITO —Bueno; pero quisiera yo ver. ...

D. ESTEBAN—La explicación de una vulgaridad, ¿eh? Pues bien: si yo le dijera á usted que Cristo estuvo en el sepulcra dos noches, pertenecientes en parte a tres días. ¿comprendería usted ese modo de expresarse de los judíos, que es el *mismísimo* modo con que nos expresamos nosotros?

D. TITO —A ver cómo es eso...

D. ESTEBAN—Pues muy sencillo. Vaya usted contando. Segunda media noche del viernes

D. TITO —¿Cómo segunda media noche del viernes?

D. ESTEBAN—Pero ¡hombre! usted tiene sueño, o está distraído. Quiero decir desde la prima noche del viernes hasta media noche en que termina ese día.

D. TITO —¡Vamos!...

D. ESTEBAN—Repito: segunda media noche del viernes, y primera media noche del sábado, y además segunda media noche de éste, y primera media del domingo, hacen la suma de dos noches, correspondientes a tres días: al viernes, al sábado y al domingo. Más claro no lo canta un gallo.

D. TITO —¡Ya!

D. ESTEBAN—De modo, que pudo muy bien Cristo, adaptándose al modo de hablar de los judíos, decir que resucitaría *después de tres días y tres noches, o después de tres días, o al tercero día*: ¡eso es!

D. TITO —¿Qué más le ocurre?...

D. ESTEBAN —Nada más.

* * *

D. ESTEBAN—¡Gracias a Dios! No hay que darle vuelta, don Tito; Jesucristo resucitó verdaderamente. Entre todos los hechos, que los hombres califican de indudables, no hay uno siquiera que pueda compararse, en cuanto a

certeza, al hecho de su resurrección, atendidas tantas dificultades como contra él se oponen, y sus satisfactorias soluciones. ¡Ah!... era imposible que el que, durante su vida tantas pruebas había dado de su divinidad, no hiciese suceder a la humillación de su muerte una resurrección gloriosa, y no llenase este asombroso milagro con todas las pruebas, capaces de rendir a todo hombre que no esté decidido a condenarse a sí mismo, cerrando los ojos a la luz.

¿Quién es Cristo, pués? El se levantó por su propia virtud desde el fondo del sepulcro. ¿Quién puede obrar semejante prodigio?... ¡Dios y sólo Dios!... Este solo hecho bastaría para probar hasta la evidencia su adorable divinidad. Pero si volvemos la vista hacia atrás, y la fijamos en sus demás milagros, ¿quién no ve en ellos también que El nació con la inteligencia de todos los secretos y de todo el poder de Dios? El los hace sosegado y tranquilo, sin que necesite para obrarlos de una vara, como la necesitó Moisés para dividir las aguas, o hacerlas brotar de la peña dura, ni de agitarse, como Elías, para resucitar a los muertos. Y si alguna vez emplea medios externos, como la imposición de las manos, o el tocar al paciente con polvo y saliva, es para darnos a entender una significación simbólica (transmisión de condiciones espirituales, formación del cuerpo del polvo de la tierra) sin que tuviesen relación alguna con el efecto que produjeron. El los hace movido de su abnegación y caridad, para gloria de Dios, y salud espiritual y corporal del hombre, sin intervención de nadie, por la eficacia de su voluntad y de su palabra: ¡palabra don Tinto, palabra que percibe y entiende todo aquel que conserve en sí algún resto de razón; palabra que habla, juntamente al corazón y a la cabeza; palabra sonora que se hace oír en los abismos del mar, de la tierra y del infierno; palabra terrible, no solo porque conmueve la naturaleza, sino también por el respeto que infunde del Soberano Autor de ella, y por el temor que inspira de su absoluto Señor, quien con tanta libertad dispone sereno de lo que formaron sus manos; palabra, en fin, de bendición para los corazones rectos que la escuchan y obedecen sumisamente, pero palabra de anatema para los mortales endurecidos en el orgullo maldito!...

Pero todavía hay más. ¿Qué testimonio da Cristo de sí mismo? El asegura que es el Señor Omnipotente de la creación; que El preside desde toda la eternidad a las criaturas; que El es la luz y la vida del mundo y el dispensador de la vida eterna. El afirma que ha venido, no a abrogar la Ley o los profetas, sino a darles cumplimiento; que hasta que pase el Cielo y la tierra, ni un punto, ni una tilde de la Ley pasará, sin que todo sea cumplido; que en El se ha realizado la predicción de Isaías, según la cual, había de venir el mismo Dios a salvar a su pueblo. El declara que El es el Legislador y Rey del universo, a quien se deben el mismo honor, la misma fé y la misma confianza que se deben a su Padre. *Yo y el Padre somos uno. Yo sé que viene el Mesías, le dice la Samaritana junto al pozo, y El, sereno, le responde: Yo soy que hablo contigo.*

Así habla Cristo. ¿Quién puede dudar de su palabra? ¿Quién osará desmentirle? ¿Qué entendimiento y qué corazón no se doblegan ante afirmaciones tan sensatas y tan rotundas?...

* * *

D. TITO —¿De modo que no está bien llamarle *a secas el Sábio de Nazaret: el Poeta Galileo?*

D. ESTEBAN —¡Ca!... Eso es impío y repugnante. ¡*El Poeta Galileo!... ¡El Sábio de Nazaret!*... Así le llama el racionalismo vulgar, y la pedante cursilería. ¡Da lástima!... (*con brío*) Es preciso decirlo muy alto, don Tito, es preciso decirlo muy alto, principalmente, en este tiempo del demonio suelto, y de títeres sin cabeza. Cristo se llama Dios a sí mismo, porque sabe que lo es. El sabe quien es, por eso afirma su personalidad. El fanático, cuya razón e imaginación se hallan turbadas, hasta el extremo de no poder afirmar lo que es no merece siquiera el dictado de sábio ni de poeta, sino el de loco. Y usted me dirá: ¿es posible hallar en la vida de Cristo un solo rasgo de fanatismo?... ¡No! por el contrario, lo que le caracteriza, sobre todo, es el buen sentido, la moderación, la calma, la claridad y la circunspección. ¿Y para qué cansarle a usted, don Tito? Cristo se nos manifiesta así en el orden de la vida moral, como en el de la inteligencia, en una esfe-

ra superior a la de la naturaleza humana: Cristo es un milagro en el orden intelectual y en el orden moral. He aquí porque sus milagros en el orden físico son como postulado necesario del milagro ético-intelectual; y al estudiar sus obras y su sacratísima persona, vemos que los criterios internos y externos se funden en una prueba, una y grandiosa de su divinidad: ¡eso es!

* * *

D. TITO —¿De manera, que es también de todo punto inadmisibile comparar a Cristo con algunos de los grandes sábios, o fundadores de religiones, anteriores o posteriores: con Sócrates, por ejemplo, Sackya-Muni, o Buda, Hillel, Mahoma, Zoroastro, Kong-fu-tse, etcétera, etc.?

D. ESTEBAN —¡Quite usted allá, hombre, por Dios! Eso, después de lo dicho, no se pregunta. Considerando aún la persona de Cristo en cuanto vive y se presenta a nuestra mirada de un modo verdadero y legítimamente humano, sería uno de los mayores disparates comparar con El a esos hombres.

¡Sócrates!... Ni su doctrina, ni su vida, ni su muerte, consienten, ni remotamente siquiera, tal comparación. La moral de Sócrates no tenía otro fundamento, que el *Ethos* griego con todas sus sombras. Sócrates, sépalo usted, no es desde cualquier punto que se le mire, más que un griego; no aspira, ni puede aspirar más que a ser el jefe de su pueblo. ¡Ni siquiera tiene el valor necesario para combatir el politeísmo! (1) Sócrates muere como un sabio; mientras que Cristo muere, obligando a sus enemigos a exclamar: *Verdaderamente era el Hijo de Dios* (2)

¡Sackya-Muni-Bud-ha, el imán de las potencias, y las niñas de los ojos de Strauss, Renán, Schopenhauer, Bluntschli! ¿Qué comparación, ni siquiera aparente, puede establecerse entre Cristo y este hombre, que ignora la existencia de un Ser, superior al mundo, creador, providente y remunerador?; ¿que señala, como término y fin supremo del hombre, en vez de, la bienaventuranza eterna, el *Nirvana*, la ani-

(1) Zeller, Jenofonte—(2) San Marcos XV.

quilación absoluta? ¿qué destruye, con su teoría de la transmigración, la diferencia esencial entre el hombre, y los brutos irracionales? ¿qué predica, en fin, una moral sin dogmas, una religión sin Dios?...

¡El rabino Hillel!... Basta fijarse en lo que acerca de él refiere la tradición judía, que pretende contraponerlo a Cristo, para juzgar el punto de vista, desde el cual parece grande a sus necios encomiadores. De él se cuenta que entendía todas las lenguas, aún las de los montes, colinas, valles, árboles y hierbas; las de los animales, así salvajes como domésticos, y las de los demonios.

Pero vea usted las profundidades de hombre tan *sabijondo*. A más de no poder atribuírsele ideas verdaderamente reformadoras, *era tanto ridículo, que no se puede decir*. Su hondo saber lo manifestó hasta el punto de extender el precepto de no preparar ningún manjar en el sábado, a las *mismisimas* gallinas, que ponían huevos; enredándose en acaloradas disputas sobre si podía, o no, y en caso afirmativo, con qué requisitos, comer los huevos puestos en dicho día; sobre si era, o no, necesario comer cierta *hopalanda*, llamada *Zizith*; sobre si en día de fiesta se podía llevar una paloma de un palomar a otro, o si solamente era lícito trasladarla de un nido a otro nido; con otras sandeces por el estilo.

Y lo que se dice de esos sabios, o fundadores de religiones, debe decirse de todos los demás, que han pasado por este picaro mundo con ese jaez encima.

* * *

D. TITO — ¡Mire usted que Mahoma, don Esteban!

D. ESTEBAN (con brio) ¿Que Mahoma ni Mahomo, canario?

¿Qué semejanza puede haber entre Cristo y ese hombre, dominado, especialmente en los últimos años de su vida, de las más bajas pasiones, del odio y del más salvaje deseo de venganza?...

D. TITO — ¡Mire usted que sus milagros!

D. ESTEBAN — ¿Qué milagros ni milagros?.. Mahoma no hizo milagros, don Tito. Es más: no solamente no los hizo, sino que formalmente declaró no haber venido a hacerlos. Consta que, cuando los habitantes de la Mecca se los pidieron en prueba de su misión, respondió,

saliéndose por la tangente, que la fé es un don de Dios; que Moisés y Cristo habían hecho bastantes para convertir a todos los hombres, y que sin embargo, muchos no habían creído; que los milagros sólo servían para hacer más culpables a los incrédulos, y que su misión nada tenía que ver con estos hechos prodigiosos. (I) Ciertamente que sus sectarios le han atribuido milares de ellos: como el de sus conversaciones con el Arcángel San Gabriel, el de su nocturno viaje de la Meca a Jerusalén, y de esta ciudad al Cielo; el de los árboles y las piedras enconvándose en su presencia, etc.; pero todos ellos fueron forjados, mucho tiempo después de la muerte de Mahoma; a ningún dogma, a ninguna ley del Mahometismo se refieren; sus primeros propagadores los han alegado, sin prueba alguna, para convencer a los pueblos, y se han contentado con decir: *O creer, o seréis exterminados.*

Mahoma, pues, como todos los demás fundadores de religiones, son, al lado de Cristo, unos... monigotes, unos ridículos muñecos: ¡ése es!

D. TITO

—(sonriendo) No dejan de ser algo.

* * *

D. ESTEBAN— ¿Qué se deduce de lo que llevamos dicho?... En resumen:

1.º—Que Cristo es Dios, como queda probado hasta la saciedad.

2.º—Que El confirma, ya explícita, ya implícitamente todos los principios, que con sola la razón, aunque incompletamente, hemos alcanzado, y hemos establecido esta noche, en esta conversación, referentes a Dios, al alma humana, a su inmortalidad, a la Trinidad Santísima, a la Encarnación del Verbo Divino, al Antiguo Testamento, et., etc.

(levantándose del sillón) Ha sido preciso ¡canario! dejar bien sentadas estas dos verdades, a fin de que, cuando en los puntos que vamos a exponer en la última parte, aduzcamos, en favor de alguna idea, algún testimonio de Cristo, todo el mundo... ¡boca abajo!...

D. TITO

—(cerrando los ojos y tirando la cabeza hacia atrás sobre el sillón) ¡Éstá bien!...

(1) Maccari—Prodrom.

PARTE TERCERA

PARTE TERCERA

I

(Sobre las alas de la blanda brisa del Norte iban pasando entonces, lentamente, por la ventana las campanadas del alba. En el silencio misterioso de aquella hora solo se percibía el siseo, acompañado de un letrísimo rumor, salido de los labios del anciano, que, apoyado en el alféizar de la ventana, murmuraba, sin duda, la sublime oración del Angelus. Transcurridos unos momentos, rotó el ricio a sentarse, llenó de lo verde las dos copitas, ofreció una al joven, y todavía con la suya, sin apurarla, en la mano, como si tuviera la palabra en la punta de la lengua, y quisiera echarla fuera antes de tragarse la carraspada, exclamó).

¡La Iglesia!...

(Y apurando de un sorbo la copa, prosiguió)

La fundación de la Iglesia, su rápida propagación, su conservación, y por último, sus medios de santificación, son razones también, que nos obligan, por una parte, a creer más y más la divinidad de Cristo, y por otra, a amarle con toda nuestra alma. Y tiene usted, don Tito, trazada con ésto la última jornada que vamos a recorrer, y en la cuál oirá usted la respuesta a su tercera pregunta. Despavílese, y ¡vamos andando!...

—Escucho atentamente.

D. TITO
D. ESTEBAN —Varias veces refiérese Cristo a sus obras, como principal prueba de su divina misión; y ninguna obra es tan suya como la fundación de la Iglesia: Casa de Dios, Esposa suya, y Cuerpo suyo místico también: Reino, lleno de gracia y de verdad, en el cual, mediante la obediencia de la fe, en la adhesión al órgano de su autoridad y el vínculo del amor, reduce a los redimidos a la unidad de un pueblo santo, regido por El y por su Vicario en la tierra

El día mismo en que se cumplieron mil quinientos años de haber dado Dios, desde el Sinaí, entre rayos y truenos, la Ley Antigua a los Israelitas, descendió el Divino Espíritu sobre los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo, y quedó fundada la Iglesia defi-

nitivamente. Entonces apareció Sión en lugar del Sinaí, Pedro en el de Moisés, la alianza de la gracia en el de la alianza de la Ley, el bautismo en el de la circuncisión.

Con fuego divino fueron bautizados los Apóstoles, y bien pronto manifestóse la eficacia de este bautismo de fuego. Ellos que habían concebido también el pensamiento del reinado material de Cristo, ven desaparecer esa idea de su mente; y su iluminación interior se manifiesta en el don de lenguas; y llenos de valor, ellos, tan tímidos antes, tan ignorantes y tan sencillos, preséntanse delante de sus crueles adversarios, y confiesan el Cristianismo y al Crucificado y Resucitado en presencia de los Sacerdotes y del pueblo; y la Iglesia se propaga rápidamente.

¿Cómo explica usted, don Tito, tan repentina transformación? ¿Y cómo explica usted que, con sólo dos sermones de San Pedro en Jerusalem, según queda indicado, abrazaran la nueva doctrina ocho mil hombres, recibiendo el bautismo? ¿Cómo explica usted que sólo en el espacio de tiempo de la primera generación después de Cristo, cuente la Iglesia adeptos en todas las naciones del mundo, a la sazón conocido, en términos tales que ello hace exclamar a Tertuliano, escribiendo a los romanos: *Somos de ayer, pero obstante, lo hemos llenado todo: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestros castillos, vuestros municipios, vuestros campamentos, vuestros palacios, vuestro senado, vuestro foro; solamente os dejamos los templos de vuestros ídolos?*..

Esto sólo se explica, amigo mío, reconociendo, que la fundación de la Iglesia y la propagación de la doctrina de Cristo, es obra del Espíritu Santo, es obra del poder de Dios: ¡éso es!

* * *

- D. TITO — Bueno; pero ¿quiénes corrieron entonces en pos de la Iglesia?
- D. ESTEBAN — Usted dirá.
- D. TITO — Las gentes pobres e incultas, y los esclavos y las mujeres ...
- D. ESTEBAN — (con fuerza) ¡No, canario! no!; no fueron sólo los pobres y los ignorantes y los esclavos y las mujeres,

los que abrazaron entonces la fé cristiana. ¿Pues qué?... Eran, por ventura, gente inculta y pobre, entre los judíos, hombres, como los sacerdotes Fóstenes, Apolo y Crispo? Eran gente inculta y pobre, entre los griegos, sabios, como Dionisio Areopagita, próconsules, como Sergio Paulo, y filósofos como Justino y Atenágoras, y señores de tan alta alcurnia como Fabio Clemente, nada ménos que miembro de la familia Flávia, primo del Emperador Vespasiano, y su esposa Domitila? . ¡Vaya! vaya!...

D. TITO —¿Y los esclavos y las mujeres?...

D. ESTEBAN —Pues .. los esclavos y las mujeres... buenos y de salud.

D. TITO —¡Bah! no podrá usted decir de ellos otro tanto.

D. ESTEBAN —Conque no, ¿eh?

D. TITO —Natural era que ellos se convirtiesen, ansiosos, como estaban, de libertad.

D. ESTEBAN —¡Qué cosas tiene usted, don Tito, qué cosas tiene usted, para dichas en público! ¿Me hace usted el favor de decirme cómo aparece entonces la Iglesia a los ojos de los esclavos y de las mujeres?

D. TITO —Pues, como una libertadora.

D. ESTEBAN —(con brío) ¡Sí, sí!, como una libertadora; pero libertadora sólo interiormente, predicando la redención del linaje humano por Cristo, y el llamamiento a su Reino.

Dígame usted: ¿modificaba la Iglesia violentamente las circunstancias existentes? .

Pues... .

D. TITO —¡No! los Apóstoles exhortaban a todos los fieles, también a los esclavos, a la obediencia, y a que sufriesen su suerte con paciencia y resignación.

Añádase a ésto que los mismos esclavos hallábanse en su mayor parte, profundamente corrompidos; y por consiguiente, su vida estaba en abierta oposicion con la doctrina cristiana.

¡Y las mujeres!... Para saber algo de su vida de jaleo y jolgorio, basta y sobra leer la sátira 16 de Juvenal. Cierta que ellas pudieron influir como misioneros en el interior del hogar doméstico; pero el sexo femenino ¡canario! estaba, en general, demasiado corrompido, para que su conversión se considerase como mero fruto de factores naturales: ¡ésos es!

D. TITO —¡Vamos!

* * *

D. ESTEBAN—Y ya se vislumbra que lo más admirable en la rápida propagación de la fé cristiana, está en la desproporción que empieza a notarse entre la causa y el efecto. Véalo usted más claro. ¿De qué instrumentos se sirvió Cristo para la realización de su plán?.. De un puñado de hombres ignorantes, a quienes desdennan sus mismos compatriotas, por su procedencia galilea, y odian todos los pueblos, y especialmente el romano, a causa de ser judíos. De un puñado de hombres de manos callosas y endurecidas por el trabajo; sin aquella cultura exterior que el mundo clásico exigía en los que se consagraban a la oratoria; con acento extranjero que hería muy desagradablemente los oídos de griegos y romanos; con palabra sencilla, sonido discordante para el soberbio mundo pagano, saturado de arte y de cultura material...

Y ese puñado de hombres, tan despreciados, y con tan desproporcionados medios, pretende conquistar al mundo, y de hecho, tan rápidamente, lo conquista. ¿Qué causa, pues, explica, o puede explicar esta victoria?... ¡El dedo de Dios, don Tito, el dedo de Dios, y sólo el dedo de Dios!

(El joven afirma con la cabeza y el viejo prosigue:)

Y de qué poder se vale Cristo para la propagación de su Reino?... Oiga usted.

Con la fuerza bruta pueden crearse imperios como Babilonia y Roma. Con la espada, el oro y los placeres pueden extenderse religiones como la del Corán. Con las ciencias y las artes puede una nación, como Grecia, dominar a todas las demás naciones. ¿Se sirve Cristo, acaso, de estos poderes para dominar al mundo? ¡No! El rechaza la violencia y la insurrección. *Vuelve la espada a su lugar. Dad al César lo que es del César.* El rechaza todo movimiento desenfrenado de las pasiones, y el más ligero pensamiento de odio. *Mas yo os digo, que aquel que se enoje con su hermano, obligado será a juicio. El que no lleve su cruz y no me siga, no puede ser mi discípulo.* Tal es la divisa que pone en su bandera; oponiendo así a la sensualidad el desprendimiento, y la mortificación a la satisfacción de los malos apetitos. En vez de tomar quiere dar; en vez de la posesión de los bienes mundanales, ensalza la renuncia de todos ellos. El rechaza, en fin, el poder del espíritu. *Yo os glorifico, Padre*

mío, Señor del Cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños

Estas son, don Tito, éstas son las fuerzas de que dispone El, el Hijo del Carpintero de Nazaret y sus doce galileos, para obrar la mayor revolución que ha presenciado el mundo. ¿Cómo le parece a usted que se explica este fenómeno, sin la virtud de lo alto?

Ni siquiera la predicación cristiana, considerada en sus ideas, era medio a propósito para ganar las almas, sin el auxilio de la fuerza sobrenatural. Ella anunciaba a un Dios invisible, idea tan incomprendible para los gentiles, que por eso acusaban a los cristianos de ateísmo. Ella exponía la divinidad de un hombre ajusticiado de una manera infamante, y crucificado y muerto entre dos facinerosos, como el más insigne malhechor: ¡doctrina nueva, inaudita, tan despreciable a los ojos de los paganos, que el culto cristiano fué menospreciado por ellos hasta el punto de considerar a los que lo practicaban como adoradores de un asno! Ella manda, además, *que se sirva al Señor en espíritu y en verdad*, e impone a la voluntad tales exigencias, que su cumplimiento parece imposible al hombre natural; preceptuándole la observancia de preceptos semejantes a éste que es el colmo: *Amad a vuestros enemigos Devolved bien por mal*. Razón por la cual los gentiles miraban a los cristianos como hombres dignos de compasión y de lástima.

Y nada le diré a usted de la abierta oposición en que estaba la solemnidad del culto cristiano con la algazara del gentilico, cuyas fiestas consistían principalmente en danzas y procesiones, en cantos y juegos públicos, y en que hacían tan importante oficio las obras del arte plástico.

Y pasaré por alto también el amor propio nacional, tan íntimamente enlazado con la religión. Los romanos, por ejemplo, creían que debían a los dioses toda su grandeza, y que el abandonarlos había de acarrear grandes males al Estado. Griegos y romanos estaban tan llenos de su arte, que habían hecho adornar con imágenes de los dioses todos los lugares y todos los actos de la vida, así pública como privada. Todos los dolores de la vida se disipaban, con ver una sola vez al *Zeus* de Fidias (¡)

De aquí las acusaciones contra los cristianos, considerándolos como causa de la decadencia de Roma.

Por eso los filósofos combaten la predicación cristiana en nombre de la ciencia, y los sacerdotes de los ídolos en nombre de la religión, y los artistas e industriales movidos de su propio interés. Por eso la razón y el corazón, la cultura intelectual y los hábitos sensuales, los poderes todos, materiales y espirituales se coligan contra la naciente Iglesia.

Y llegó un día en que aparecieron enmohecidas las armas de la ciencia, y observóse reducida al silencio la crítica mordaz, y se vieron agotados todos los inmensos recursos que ofrecía una civilización refinada. Y cuando los enemigos advirtieron que el desdén y la mofa no acababan con la Iglesia y sus adeptos, el odio empuñó la espada, y por diez veces recrudesció la persecución, y millones de mártires de toda condición, de todo sexo y de toda edad cayeron bajo el hacha del verdugo, o fueron devorados por las llamas, o espiraron colgados en los garfios, o triturados por los dientes de los leones...

Y ¡cosa admirable! todavía no ha transcurrido un siglo cuando se levanta la cruz por todas partes, y la Iglesia traspasa los límites del Imperio.

¿Cómo se explica este fenómeno?. Es que Cristo va con ella, don Tito; es que Cristo va con ella. La profecía del Maestro debe cumplirse necesariamente: *He aquí que os envío como ovejas entre lobos. Sed astutos como las serpientes, y sencillos como las palomas. Yo estaré con vosotros. Me serviréis de testigos: jéso es!*

* * *

D. TITO —Admirabilísimo, sí, admirabilísimo es todo éso, don Esteban; pero si a maravillas vamos, no me negará usted que es maravillosísima también la propagación de las religiones y sectas: como la de Mahoma, por ejemplo, la de Arrio, la de Lutero, etc., etc.... y por ende...

D. ESTEBAN —¡Hombre! por Dios! Viene usted, después de lo dicho, a compararme la propagación del Mahometismo, del Arrianismo y de la mal llamada Reforma, o Protestantismo, con la propagación de la Religión

Cristiana? ¡Vasto es mi triunfo! Podrá establecerse comparación entre la propagación de la falsa religión de Mahoma, y la de la Iglesia Católica, cuando puedan compararse los placeres sensuales y la sed de sangre y la cimitarra con la continencia y el amor del prójimo y la eficacia soberana de la cruz de Cristo.

Respecto a la propagación de la secta arriana, ¿no sabe usted que sólo fué poderosa, y se pavoneó y se dió tono mientras tuvo a su servicio el poder de la política?...

Sobre las causas de la rápida propagación del Protestantismo, creo que basta recordarle a usted la tan conocida frase de Federico II. *Si se quiere reducir, a principios sencillos las causas del progreso de la Reforma, se verá que en Alemania fué obra del interés, en Inglaterra del amor y en Francia de la novedad.* ¿Está usted?.

* * *

D. TITO —Bueno; ¿pero las circunstancias especialísimas de la época no pudieron ser causa de la acelerada propagación de la fe?

D. ESTEBAN —¡No, señor, no!. Cierto, ¡valgan verdades! muy cierto que las condiciones de la vida espiritual, social y política de la época: la universalidad de la dominación romana, por ejemplo; la relativa libertad de que gozó la predicación evangélica; el valor y el celo de los Apóstoles y su espíritu de sacrificio, fueron como elementos que hicieron posible, y aun facilitaron la propagación y arraigo de la Iglesia; pero esos elementos sólo pueden considerarse como auxiliares; nunca como causa de ese arraigo y propagación. Son precisamente, don Tito, son precisamente prenda de que la Iglesia es obra de Dios, que en su infinita sabiduría ordenó de esta suerte los tiempos y las circunstancias: ¡éso es!.

* * *

D. TITO —Bien. Pero éso de mártires, don Esteban, ¿dónde no los hay, pues?...

D. ESTEBAN—(*con sorna*) ¡Ya lo creo! en todas partes los encuentra usted a montones.

D. TITO —Todas las religiones y sectas han tenido sus mártires, mi amigo.

D. ESTEBAN—¿Con que sí, ¿eh?

D. TITO —Sepa usted que los ha habido hasta en la política.

D. ESTEBAN—¡Oh aguas del Bósforo! ¡Vaya una verdad que me ha revelado usted! Pero dígame: ¿han sido verdaderos mártires?

D. TITO —¿Pues qué, entonces?...

D. ESTEBAN (*con marcada intención*) Pues., ¡nada! habrán sido unos fanáticos, y a veces... unos estúpidos.

D. TITO —¡Hombre!!...

D. ESTEBAN—(*con brío*) ¡Canario! debe saber usted que la esencia del martirio no consiste sólo en el desprecio de la muerte, sino también, y al mismo tiempo, en la causa por cuya defensa se muere. Los que usted llama mártires religiosos, sectarios y políticos no han muerto por dar testimonio de hechos, cuya credibilidad han examinado, sino en defensa de sus ideas y de sus opiniones subjetivas. sin poder librarse, con frecuencia, de la muerte, la que les hacían menos sensible el orgullo, el fanatismo y el aplauso de sus correligionarios. Y debe usted saber que lo primero, o sea el desprecio de la muerte, puede hallarse en otras religiones, y sectas, y en la política, y éso en casos rarísimos.

¿Con qué derecho, pues, se atreve usted a comparar esos casos aislados de los llamados mártires políticos, y de los visionarios religiosos, con la inmensa muchedumbre que durante trescientos años sufrió la prueba del martirio por defender la Religión de Cristo, la cual, no solamente es una idea, sino que también es un hecho?

(*Don Tito calla con la vista fija en la pared, como quien trabaja por recordar algo que le interesa. Mientras tanto prosigue el viejo*).

* * *

Ahora vuelva usted la mirada hacia atrás, don Tito. Fijese bien. Véala usted: vea usted a la Iglesia desde aquí, desde la altura del siglo XX, y pásmese. Allá, a lo lejos, el látigo despiadado de los gentiles

la hace sufrir dolores sin cuento, y derramar a torrentes la sangre. Después de la conversión de Constantino, ella avanza, siendo el blanco adonde se dirijen los dardos encendidos de los mahometanos y de los persas. Enemigos interiores, herejes y cismáticos, que han sido numerosos durante todos los siglos, a contar desde los gnósticos y las sectas judaizantes, hasta los alumbrados de la edad media, y la gran apostasia de Lutero, ayudados del poder político, la rodean, y descargan sobre ella sus afiladas armas. Con estos adversarios hacen causa común los enemigos encubiertos en el seno mismo de ella; y la tibieza y el indiferentismo de muchos de sus miembros, y el espíritu mundano, y la incredulidad, hija de la irrefrenada pasión, y la mentira, y la calumnia, y el sarcasmo, y las continuas embestidas de todos los demonios del Infierno, se levantan y la persiguen, para exterminarla. Y a pesar de todo, la Iglesia existe, florece y se propaga cada día más, don Tito.

¿Qué es ésto? Vea usted con cuanta razón pueden aplicarse a la Iglesia las palabras de Gamaliel: *Si ésta es obra de Dios, jamás podréis destruirla.* ¿Cuántas veces se han jactado sus enemigos de haberla aniquilado?... ¿Cuántas veces se han apresurado a abrir una fosa para enterrarla, creyéndola ya cadáver?... Hoy mismo, porque la ven perseguida, creen infelices! que va a desaparecer; pero yo le aseguro a usted que la verán salir de en medio de las llamas de la persecución; porque Cristo ha prometido que estará con ella hasta la consumación de los siglos; y la palabra de Cristo debe cumplirse necesariamente. Ella es el frondoso árbol que siempre ha dado y deberá dar sombra al universo. Ella es la madre bendita que ha llevado y llevará siempre en su seno a todos los pueblos, infundiéndoles el gérmen de una vida sobrenatural, y conduciéndolos a la perfección cristiana, a la caridad, a Dios.

Esto lo verá usted ahora más claro, considerando bien algunos de los medios de santificación que Cristo ha dejado en la Iglesia, para que el hombre obtenga su último fin. Vamos a ver.

* * *

D. TITO

—(que había permanecido hasta aquí en la misma

actitud, sin darse mucha cuenta, al parecer, de lo que estaba diciendo don Esteban) Si su reconocida amabilidad me lo permitiese opondría yo contra ciertos puntos expuestos por usted, algunos reparillos, que quisiera ver resueltos, antes de pasar adelante.

D. ESTEBAN—*(aparte)* ¡Qué serán ellos! *(al joven)* Vengan esas dificultades.

D. TITO —1.º Ha dicho usted, si la memoria no me es infiel, que la Iglesia manda se le preste servicio al Señor *en espíritu y en verdad*.

D. ESTEBAN—Exacto.

D. TITO —Pues bien: si es así, ¿a que viene el culto externo y público en la Iglesia? Parece haber aquí una palmaria contradicción, o, si usted quiere, un caso de más papista que el Papa.

D. ESTEBAN—¿Sí?...

D. TITO —Sí; porque ¿a qué las formas sensibles, tratándose de Dios y del espíritu?

D. ESTEBAN—*(con sorna)* Pues no es floja la dificultad.

D. TITO —A ver, a ver como me la resuelve usted...

D. ESTEBAN *(sonriendo)* Muerto y asado voy a verme yo para ello, ¡si, señor!... No obstante, vamos a ver si podemos darle cumplida solución. Pero antes dígame: ¿ha opuesto usted esa objeción, movido por la razón y la prudencia, y la buena fé; quiero decir: por el deseo de poner las cosas en su verdadero lugar, o es porque usted se halla muy encariñado con el seco y árido culto protestante?...

D. TITO —Pues...

D. ESTEBAN —Pues .. paréceme a mí, ¡canario! que no es ni lo uno ni lo otro.

D. TITO —Poco me dice usted a mí con éso, don Esteban.

D. ESTEBAN Sí; pero voy a decirle a usted bastante para su satisfacción y confusión. Habrá tiempo para todo.

D. TITO —El punto que debe resolverse queda siempre en pie.

D. ESTEBAN Ya lo sé ¡canario! ya lo sé, y a él vamos, ¡oooh! Dígame: ¿cree usted en Dios, y en Cristo, Dios y hombre verdadero?.

D. TITO —Eso está ya demás preguntármelo.

D. ESTEBAN—¿Cree usted en los santos, y en la comunión de los santos?...

D. TITO —Lo primero, pase, sin escudriñarlos por ahora; lo segundo, francamente, no lo entiendo.

D. ESTEBAN—Pues .. lo segundo, que, a la verdad, hace poco a nuestro caso, es la relación que existe entre todos los miembros de la Iglesia en sus tres grados: de gloria (en el Cielo) de expiación (en el Purgatorio) y de prueba (en la tierra).

D. TITO —Bueno.

D. ESTEBAN —Bueno. Una vez admitidas esas verdades, de ellas y de lo que llevamos dicho dedúcese lógicamente la necesidad de una religión, tanto de parte de Dios, supremo Señor y último fin, como de parte del hombre que depende de Dios absolutamente; que no puede prescindir de Dios nunca, para realizar su perfección, tanto natural como sobrenatural. ¿No es eso?

D. TITO —Admitido.

D. ESTEBAN —Pues ahí está la razón fundamental del culto. El hombre debe tener fé viva en Dios, principio de todo cuanto existe; y al mismo tiempo debe amarle ardentemente, como a bien sumo; cumpliendo su santa Ley, y prestando obediencia a todas las manifestaciones de su voluntad soberana.

D. TITO Natural es; pero advierto que usted, don Esteban, está agrandando la dificultad, y va usted a conducirme adonde yo no he pretendido acercarme siquiera.

D. ESTEBAN—A ver...

D. TITO —Yo he admitido que debe darse a Dios culto interno; que debe servírsele *en espíritu y en verdad*; y en ésto solo fundábase mi objeción; mas, después de oírle a usted, me veo en la precisión *más suma*...

D. ESTEBAN—(aparte) ¡Sopla!

D. TITO —... de preguntarle a usted: ¿a qué objeto, a qué fin el culto interno aún, cuando Dios no necesita de los homenajes...

D. ESTEBAN—Basta, basta; vislumbro ya la razón de pata de banco que va a alegar usted. Pero ¿quién le ha dicho a mi simpático joven que ha habido jamás católico alguno que haya afirmado la necesidad del culto, en el sentido de que Dios necesite de los obsequios y homenajes de las criaturas sólo por su gloria, no ya esencial, sino accidental?

D. TITO —¡Ah! ¿no?

D. ESTEBAN—¡Como! ¡Vasto es mi triunfo!. Esa necesidad es sólo de parte del hombre, que es criatura de Dios; que todo lo ha recibido de Dios, y de Dios lo debe esperar todo.

De modo que el hombre, don Tito, debe tributar a Dios el culto que le es debido, ora formalmente, por el sentimiento y la persuasión de su excelencia infinita, ora materialmente, por medio de cualquier otro acto, interno, o externo, individual o colectivamente ejecutado: ¡éso es!

D. TITO — Bien, bien: admitido el culto interno, por la razón potísima en que se funda; y sobre el cual no *abrigo-
ba yo duda alguna*. Mas, ¿a qué vienen las exterioridades del culto, don Esteban, si Dios conoce los secretos mas íntimos del corazón humano?

D. ESTEBAN — Pero ¿en dónde ha aprendido usted, ¡criatura! que el culto externo es necesario para manifestar a Dios los ocultos sentimientos del corazón y los recónditos conceptos del espíritu?

D. TITO — Luego...

D. ESTEBAN — Luego, se ve que usted no ha meditado bien esta materia.

D. TITO — Usted dirá, pues, ¡vaya! ..

D. ESTEBAN — (*con brío*) Pues sí, señor: digo y sostengo esta verdad: siendo necesario el culto interno, como lo es, el externo y público deben de serlo también legítimamente.

D. TITO — Prueba.

D. ESTEBAN — Allá va. Dígame: ¿qué es el culto externo sino la misma adoración interna, manifestada con signos sensibles?

D. TITO — Sí; pero ¿qué importa? puede adorarse a Dios interiormente, *en espíritu y en verdad*, y basta.

D. ESTEBAN — No, señor, no basta. ¿Pues qué?. Siendo el hombre compuesto de alma y cuerpo, ¿quién no ve, a no ser que haya perdido la vista interior, que el hombre debe de tributar a Dios rendidos obsequios con todo su ser?: con su cuerpo y con su alma, que deben marchar de acuerdo, respecto a su Hacedor, a quien todo el hombre debe estar sujeto siempre; y al propio tiempo darle gracias, lo mismo por los bienes espirituales, que por los corporales, recibidos de su benéfica mano?

D. TITO — Eso...

D. ESTEBAN — (*con fuerza*) Eso sí, ¡canario! éso es cierto. ¿Pues dónde estamos?. Si el hombre, por razón de su alma, y de los dones espirituales está obligado a tributar a Dios el culto interno, ¿cómo no ha de venir muy bien,

por lo ménos, que le tribute el externo, por razón de su cuerpo y de los bienes sensibles?...

D. TITO —¡Vamos!...

D. ESTEBAN—Por otra parte, sostengo que el culto externo y público es necesario al hombre para conservar vivo el interno, y excitar este sentimiento en sus semejantes. Porque dígame usted: ¿qué impresión profunda y duradera puede hacer en el alma lo que no hiere los sentidos? (Hablo del alma colectiva, si vale la palabra: del común de las gentes).

D. TITO —Ninguna; (le soy franco) ninguna impresión.

D. ESTEBAN—¡Claro! A la manera que el conocimiento intelectual depende de los objetos sensibles, de modo que si faltaran éstos, faltaría igualmente aquél, así también amortiguarse, languidecería el culto interno, si el hombre no lo avivara, excitando en sí mismo y en los demás las afecciones internas por medio del culto externo y público.

¿Y para qué machacar, don Tito, sobre la prueba de una verdad que está en la misma naturaleza del hombre?. En ello, tal vez, no haya caído usted.

D. TITO —A ver...

D. ESTEBAN ¿Cuál es la tendencia del corazón humano cuando está animado de profundas convicciones, y repleto de vivos sentimientos? ¿No es explicarlos y comunicarlos o realizarlos fuera?...

D. TITO —Cierto.

D. ESTEBAN—Luego el culto externo y público es de imperiosa necesidad psicológica. Por eso, donde hay una religión existe necesariamente un culto. Por eso no hay vida religiosa sin una forma que la revele, sin prácticas exteriores que la manifiesten. Y si ésto es cierto, hablando de la religión en general, ¿cómo no ha de serlo, y con más razón, tratándose de la única verdadera, de la Religión Católica?...

Además: ¿adónde iríamos a parar, dando tumbos, sin el culto externo y público de la Iglesia? Quítete usted de ella las prácticas exteriores y las formas y solemnidades del culto, y yo le aseguro que, al fin de cuentas, nos encontraremos abrazados al ateísmo y a la irreligión.

D. TITO —¡Hombrel!...

D. ESTEBAN—Sí, ¡canario! sí: ¡mis papeles no se queman, don Tito! hable la experiencia: díganlo las sectas protestan-

tes, cuyos escritores más distinguidos confiesan hoy mismo que la restricción del culto externo ha destruido de Inglaterra, y de otras naciones la piedad, y ha hecho nacer la *irreligión y el ateísmo*: ¡vaya! vaya!...

En suma: así como el hombre no puede vivir sin religión, así la religión no puede existir sin una forma exterior. Desde que la Religión Católica penetró en el mundo humano, fué preciso que ella se humanizase, que se encarnase, que se revistiese de formas sensibles, para revelar su existencia, y aproximarse al espíritu del hombre: jeso es!

(Don Tito asiente con la cabeza haciendo con ella signos afirmativos).

Mida usted ahora, don Tito, mida usted ahora el alcance de los reproches, dirigidos a la parte exterior y pública del culto eclesiástico.

¡Que debe prestarse servicio al Señor en espíritu y en verdad!. ¿Quién lo niega?... Dios es Espíritu purísimo. ¿Quién duda que debemos adorarle en espíritu y en verdad? ¿Quién no entiende que nuestra adoración debe verificarse en el santuario íntimo del espíritu, y no ser un culto puramente exterior y de ceremonia? ¿Quién no ve que la forma exterior debe ser la expresión, el signo, la vestidura, sin ridículos perifollos, de la devoción interior y de la verdadera piedad?

¡Que a qué viene el culto exterior y público! ¡Que no hay necesidad de formas exteriores, de usos sensibles, cuando se trata de Dios y de lo interior del espíritu mismo!

Esto, don Tito, es un grande y ferocísimo disparate; porque Dios exige del hombre que le adore y le sirva con todo su ser: con su alma y con su cuerpo, inmediatamente, ó por medio de sus santos; y la naturaleza humana exige imperiosamente formas, pide actos exteriores: jeso es!

* * *

D. TITO —Lo cierto es, don Esteban, que en el culto externo hay mucha magnificencia en las cosas...

D. ESTEBAN—*(aparte)* Ya enseñó la oreja...

D. TITO —... y mucha gasmoñería, mucha hipocresía y mucho afán de bombo y platillos, de gloria y honor mundanos en las personas.

D. ESTEBAN—Mire usted, don Tito: disimule que le diga, empezando por lo segundo, que esas palabras, proferidas por usted, son las eternas censuras, salidas de los labios de los impíos, irreconciliables adversarios, no solo del culto externo, sino también de todo lo santo y lo sagrado.

Pero demos el caso de que haya algo de lo que usted dice ¿Cree usted que yo lo apruebo ¡canario! lo aplaude ni ninguna persona sensata y verdaderamente religiosa? ¡No! nosotros lo reprobamos y lo condenamos con todas las veras de nuestra alma; porque Cristo lo reprueba y lo condena con estos anatemas terribles, que un día dirigió a los Escribas y Fariseos: *¡Hipócritas!, bien profetizó de vosotros Isaias, diciendo: Este pueblo me honra con los labios, mas, su corazón está lejos de mí. En vano me honran* (1)

Sentencias estas, don Tito, sentencias de un juicio de sangre, que deben hacer temblar a todos los que no buscan la gloria de Dios y su propia santificación en sus actos religiosos.

Y todavía parecen más espantosas estas otras divinas palabras, pronunciadas por un profeta: *Porque sus ofrendas, sus ceremonias, sus olorosos inciensos y sus solemnidades no son regalos del corazón, por eso cerraré los ojos a sus obsequios, y los oídos a sus deprecaciones; y sólo abriré la boca para maldecirlos, y hasta para maldecir sus bendiciones mismas* (2) No puedo ser más ingénuo: ¡valgan verdades! Pero le digo a usted, no obstante, que hay que pensar y hablar con mucha prudencia, y procurar no dejarnos conducir por la maldita pasión; para no exponernos a mentir, y faltar con ello a nuestros prójimos.

Respecto a la magnificencia del culto, usted lo ha indicado, amiguito. Y yo pienso: ¿no estará aquí el busilis, el punto en que estriba la objeción opuesta por usted contra el culto externo y público de la Iglesia?...

(Don Tito baja la cabeza y calla)

¿Pero son la grandeza y el esplendor, que en las cosas del culto se despliegan, en reconocimiento del

(1) S. Mat XV-7 y sig.—Malaquias-II=

supremo dominio y bondad infinita de Dios, los que le han movido a usted a oponer esa dificultad? Hablemos claro, hijo.

D. TITO — (*levantando la cabeza y serio*) Usted dirá.

D. ESTEBAN—En poco se me ocupa: lo diré yo con las palabras de algunos más desbocados que usted, por cierto.

D. TITO — A ver...

D. ESTEBAN—La pecunia, ¡canario! la pecunia que se gasta en el culto material eclesiástico, he ahí la madre de tantos Judas, avaros y envidiosos, que por un poco de bálsamo ofrecido a Dios se escandalizan, so pretexto de ardiente caridad para con los pobres, de los cuales hacen, o pretenden hacer el más repugnante abuso, hacinándolos a sus plantas comocosas, para escalar las alturas, y sin embargo, no se les agria, ni mucho ni poco, la conciencia, cuando gastan cuantiosas sumas en satisfacer su propio gusto, muchas veces pecaminoso e inmoral. ¿Y los pobres entonces? ¡Ah! los pobres que se las compongan entonces como puedan: a los pobres que los parta un rayo... ¡Malvados!..

D. TITO — ¡Sí! sí! ¡la pecunia!..

D. ESTEBAN (*con brio*) ¡Sí, sí! esa es la eterna madre del corde-ro; mejor dicho: del león ¡jinojo! (*volviendo la cabeza*) ¡Son unos tíos!..

D. TITO — (*sonriendo*) ¡Qué duro es usted, don Esteban!

D. ESTEBAN—¡Ca! si yo soy tan *blandito!* la dura es la verdad. Pero yo no la he dicho toda; que ese león tiene su abuela.

D. TITO — ¿Qué es éso?..

D. ESTEBAN—Sí: tiene su abuela, primera causa de la guerra que se hace al culto eclesiástico.

D. TITO — No entiendo.

D. ESTEBAN—Que sí: tiene su abuela: vieja ladina, ignorante, re-gañona, soberbia, feroz, que lleva por nombre *Aversión* a la Iglesia, que habita y trabaja en las puertas del Infierno y que, para matar la reputación más bien sentada forja y pone en la boca de sus hijos y sus nietos palabras calumniosas y maldicientes, y en sus manos la incendiaria tea y la piqueta demoledora; para reducir a cenizas todas las bellezas y sublimidades del arte cristiano, y destruir de un golpe, si pudiesen, el poema de piedra, el poema de la línea,

del color, del sonido, de la palabra: el gran poema multilingüe, el templo católico: ¡éso es!

—(con convencimiento, al parecer) ¡Está bien!...

D. TITO

D. ESTEBAN ¿Qué otra cosa le ocurre a usted?...

* * *

D. TITO

—Pues .. me está ocurriendo otra dificultad contra el culto; mas, ya que de pecunia se trata, quisiera yo, antes de proponerla, que me dijese usted, aunque fuese someramente, pero con claridad, algo acerca de la pesada carga que lleva sobre sus hombros el Estado a causa del Clero: de la magna remuneración a éste por parte de aquél, quiero decir.

D. ESTEBAN

—Bueno: vamos allá: por más que, para ahorrar tiempo y saliva, debería de remitirle a usted a un librito donde esa materia se trata admirablemente; y muy poco, o nada podría yo añadir a lo que en él se dice (1)

D. TITO

—De todos modos, si no le molesto mucho, anhelo yo saber de su boca de usted...

D. ESTEBAN

—(interrumpiendo) ¡Sí, sí: desea usted apreciar en mi palabra los enormes disparates, que, ya con malicia, ya por ignorancia se profieren también en este asunto por los enemigos del Clero y de la Religión.

D. TITO

—Sea lo que fuere...

D. ESTEBAN

—Bueno: sea lo que fuere, digo en primer lugar que éso de *remuneración*, en el sentido en que suele tomarse la palabra, es el primer dislate de los adversarios de la Religión y del Clero.

D. TITO

—¿Así mismo?...

D. ESTEBAN

—Sí, señor: así mismo, como suena. ¿Quién le ha enseñado a usted que la asignación al Clero por parte del Estado es propiamente una remuneración, o un galardón, o un premio?...

D. TITO

—Pues ¿qué?.

D. ESTEBAN

—Es una indemnización don Tito, una indemnización de lo mucho de que fué despojada la Iglesia en virtud de las malhadadas leyes desamortizadoras.

D. TITO

—¿Las leyes desamortizadoras?

D. ESTEBAN

—¡No se haga usted el chiquito, hombre; no se haga

(1) P. Cueto-El Clericalismo=

usted el chiquito; que usted sabe esa historia, como la sé yo! Usted sabe, aunque sea de oídas, que el Estado se *incautó* (*finamente hablando*) se incautó primero de los bienes de la Iglesia, y después se comprometió formal, pública y solemnemente, a señalar a la misma, y de hecho le señaló, una asignación, que ha dado en llamarse remuneración impropriamente.

D. TITO - Bueno: cuestión de nombres.

D. ESTEBAN—Sí; pero de nombres que es necesario explicar, señor mío, y muy alto, para que se entienda bien la razón suficiente de la cosa.

D. TITO - Bien: pase.

D. ESTEBAN—Además, llama usted *magna* esa indemnización; y yo digo, en segundo lugar, que ese es otro dislate no menor que el primero.

D. TITO - Razón.

D. ESTEBAN—¿Quién le ha enseñado a usted a hablar así? ¿El Estado? No; porque por un artículo del solemne contrato, del Concordato, obligóse el Estado a aumentar, cuando el erario público lo permitiese, las asignaciones del Culto y Clero. ¿Qué quiere decir ésto? ¿No es una prueba de que el mismo Estado reconoció la cortedad de las asignaciones que por entonces se señalaron?

D. TITO - La opinión del Gobierno, don Esteban, nada quita, creo yo, a la *magnitud* que la asignación lleva en sí, o a su *sobrada suficiencia* para las atenciones del Clero.

D. ESTEBAN - Se ve, don Tito, que usted quiere tirarme de la lengua

D. TITO - ¡Hay tanto que pensar en esta materia!..

D. ESTEBAN—Sí; veo que usted tiene acerca de ella muchas cosas en el buche. Vamos, pues, allá, ya que usted así lo quiere. ¡A proponer y a juzgar!

Dígame: ¿cree usted que los clérigos están muy bien servidos con lo que el Estado les indemniza?

D. TITO - Estaré engañado; pero mi opinión es esa.

D. ESTEBAN—¡Ya, ya!.. este es su *quid* y el *quid* de muchos. Pues vamos a verlo, y a poner las cosas en su lugar. Oiga usted. Los partícipes del presupuesto del Clero, que también así se nombra, son: los Obispos, Canónigos, Beneficiados que llaman, Párrocos, Eónomos y Coadjutores.

- D. TITO — (*sonriendo*) Está bien la división.
- D. ESTEBAN — Ahora, para proceder con orden, deseo yo saber de sus mismos labios qué idea tiene usted formada, en general, de la retribución con qué se recompensa (valga la palabra) a un clérigo de éstos, después de doce años de estudio, ordinariamente, y a costa de muchos sacrificios de su parte, y de parte de su familia.
- D. TITO — Pues....
- D. ESTEBAN — ¡Bah! Pues se le recompensa e indemniza, a la vez, con una asignación tan.. soberbia, que en un Obispo llega a cuarenta y cinco pesetas diarias... (1)
- D. TITO — ¡Hola!
- D. ESTEBAN — Déjese ir: no se bote, que puede caerse. De los Canónigos uno solito tiene la dicha de embolsillar diariamente la gran cantidad de diez pesetas, y los demás, ocho y siete respectivamente... ¿Qué le parece a usted?..
- D. TITO — A la verdad, no es gran cosa, para como está la bucólica hoy día
- D. ESTEBAN — Y no solo la bucólica, sino también los sombreros de teja y otras anejas menudencias más.
- D. TITO — Pero bien; no se cuentan las entradas.
- D. ESTEBAN — (*sonriendo*) Ni las salidas de... la Catedral, que respecto de los Canónigos y Beneficiados son por lo ménos, dos cada día. Cuanto a los señores Obispos ya pondremos las cosas en su sitio.
- Siga usted oyendo y admirándose. El Párroco mas bien servido obtiene un montón de dinero: *cuatro pesetas diarias*.
- D. TITO — ¡Como!..
- D. ESTEBAN — Y un Beneficiado tres con cincuenta céntimos.
- D. TITO — ¡Hombre!
- D. ESTEBAN — ¡Oh! pues hay Ecónomo que no alcanza ni dos pesetas.
- D. TITO — Pero, ¡don Esteban!..
- D. ESTEBAN — ¡Ah! ¿se asombra usted? Pues oiga más, y pásmese. A un pobre Coadjutor le ponen en la mano cada mes ocho dures; es decir: una peseta, treinta y tres céntimos y unas milésimas cada día.

(1) Se trata de una diócesis sufragánea de segundo orden.

D. TITO — ¡Bah! éso no puede ser.

D. ESTEBAN — ¿Qué no puede ser, canario? Esa es la pura realidad. Ahí están las nóminas que cantan muy alto

D. TITO — Pero, ¿es posible?

D. ESTEBAN — Y real.

Ahora dígame: ¿con qué holgura le parece a usted que puede vivir un clérigo de éstos, aunque él mismo, por no poder tener sirviente, se escale el gofio o se amase la borona?

D. TITO — ¡Ya, ya!...

D. ESTEBAN — Entonces ¿cómo se atreve usted, ni nadie a decir que es *magua* la asignación del Clero, o suficiente *de sobra* para sus atenciones? Esto es hablar, don Tito, sin conocer el fondo de la materia de que se trata, por lo menos. El mismo Estado conoció un día la cortedad de esa indemnización (*Volviendo la cabeza a un lado*) Y lo más gracioso, ¡canario! es que han pasado 60 años y pico, y mientras el estado del erario público ha permitido aumentar los sueldos a varias clases de empleados, a los clérigos no sólo se les ha dicho *si te vi no me acuerdo*, sino que se les ha agravado con el descuento de 18 p³ para unos, con el de 14 p³ para otros y con el de 7 p³ para los demás: ¿éso es!...

D. TITO — Será, don Esteban, porque sobre los clérigos no pesan las obligaciones de familia que pesan sobre los seglares, empleados del Estado!

D. ESTEBAN — ¡Cómo se conoce, don Tito, que usted habla sin haberse fijado en el asunto, al parecer! ¿Conque los clérigos no tienen familia? ¿Y sus ancianos padres, por lo ménos, pobrescomunmente, no son su familia? ¿Y los necesitados que existen ordinariamente en los distritos que espiritualmente administran, no son su familia adoptiva?.. ¿No viven los clérigos rodeados de miserables personas, que a ellos primero que a nadie acuden diariamente en demanda de socorro? ¿No son ellos los primeros a quienes los mendigos tabican, aún en la misma calle?...

D. TITO — Pero los Obispos, don Esteban, con sus sueldos y entradas de consideración, y los Canónigos con sus regulares rentas, y los Párcos con sus abundantes obvenciones, no pueden reputarse como de la misma precaria situación que los demás.

D. ESTEBAN — Todo éso es cierto, dado que fuera verdad, que no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006.

lo es, lo de *abundante* y de *consideración*. Pero así y todo, yo le aseguro a usted que son todavía mucho más grandes las perentorias e ineludibles atenciones a que han de hacer frente con sus entradas y sueldos, como lo demuestra la experiencia.

Dejando a un lado a los Párrocos y Canónigos, muchos de los cuales, según tengo entendido por informes de personas fidedignas, encuéntrase a veces bien alcanzados, fijémonos en los Sres. Obispos, y dígame usted: ¿no se les presentan a ellos mil ocasiones ineludibles en que tienen que figurar en listas de subscripciones, con cantidades relativamente crecidas, so pena, si así no lo hacen, de exponerse a la odiosidad y desprestigio consiguientes? ¿No son ellos los primeros que se ven obligados a hacer numerosas limosnas para socorrer necesidades vergonzantes, y para matar el hambre de los desvalidos que es uno de los riesgos mayores y más urgentes? ¿No tiene usted noticia de que hay Obispos, y aún Canónigos y Párrocos que se ven en el caso, hasta de empeñarse, para hacer frente a esas mencionadas necesidades?...

D. TITO Pero dígame usted: ¿no hay clérigos ricos que dan muy pequeñas limosnas?...

Por otra parte; ¿por qué ha de pesar sobre los lomos del Estado la carga de esas limosnas de los Obispos, y de los clérigos que las hacen?..

D. ESTEBAN—Respecto a lo primero, ¿qué puedo y debo decirle a usted sino que ellos darán su cuenta a Dios?

Cuanto a lo segundo ¿pregunta usted por qué?. Pues muy sencillo: porque el Estado tiene el ineludible deber de llevar esa carga. La Iglesia, señor mío, poseía sus bienes para distribuir una parte de ellos entre los pobres; el Estado asumió la obligación de proveer por sí mismo a las atenciones que venían cubriéndose por la Iglesia; luego, es evidente ¡canario! que se obligó también a proporcionar a la Iglesia medios para socorrer a los pobres en sus necesidades. Más claro, ni la luz del sol

D. TITO —Bien; pero si los clérigos no cuentan con recursos, para salir *avante* en sus compromisos, que lo manifiesten así a los pobres: pueden despacharlos con un *Perdone usted*.

D. ESTEBAN—¡Muy prudente, sí, señor!; y con ello tendrán los

enemigos de los clérigos un pretexto más, para llamarlos avaros y ambiciosos.

(Don Tito sonríe).

En resumidas cuentas, don Tito: ¿sabe usted cómo terminaría esta cuestión?...

D. TITO

A ver...

D. ESTEBAN—Muy sencillamente. Ponga el Estado en manos de la Iglesia el valor de sus bienes, y *aquí paz y en el Cielo gloria*.

D. TITO

—Sería lo más acertado.

D. ESTEBAN

—Sí: con ello quitaríanse las cosquillas a la ignorancia y a la mala fé. Por más que, tratándose del Clero, juro que sus enemigos no darían jamas descanso a la mala lengua.

D. TITO

—Sería entonces por la poca conformidad de la conducta moral del Clero con la doctrina que predica. Porque, a la verdad...

D. ESTEBAN

—¡Alto!... Esa es otra cuestión. Yo condeno la maldad donde quiera que ella se encuentre. Esto, ya en otra ocasión, hace poco, se lo dije a usted. Pero hemos de andar en esta materia delicadísima con mucho cuidado, so pena, si no, de exponernos a exagerar y a mentir. Y desde luego le digo a usted que esas palabras suyas, refiriéndose, como se refieren, al Clero, en general, envuelven una horrible calumnia, a la cual contesto con aquel famoso pareado del poeta Torres Naharro:

«Por un *pequenno mur* que *fero* el *quesso presso*
Luego dixen, los mures se han comido el *quesso*.»
¿Es ésto lógico?.. (Pausa)

* * *

(Variando de tono) ¿Y decía usted antes que le estaba ocurriendo otra dificultad contra el culto?

D. TITO

—Sí, señor, y gorda.

D. ESTEBAN

—¡Hombre! no me asuste.

D. TITO

—Vamos a ver si no. ¿Qué me dice usted del culto de las imágenes?.

D. ESTEBAN

(aparte) ¡Atíza! (al joven) Pues del culto de las imágenes le digo a usted que es muy *lindo* y muy bueno.

D. TITO

¿Muy *lindo* y muy bueno lo que pugna con la Biblia, eh?

D. ESTEBAN Pero ¿qué dice usted, criatura?

D. TITO —¡Ah! ¡no se leen en ella estas palabras: *Vosotros no tendréis más Dios que a mí? Vosotros no haréis ídolo y escultura, y no los honraréis?*

D. TITO —Sí, señor, se leen; ¿qué?

D. ESTEBAN—Pues... ¡nada!

D. TITO —¿Qué?..

D. ESTEBAN Que en el culto de las imágenes, los católicos las sirven y las adoran.

D. TITO —Pero ¿tiene usted la amabilidad de decirme como las adoran y las sirven?..

D. TITO —Pues....

D. ESTEBAN—¡Como se ve, canario, que está usted hablando de memoria! Y ésto me arde, don Tito. Hágame usted el obsequio de no suscitar en mi pecho sentimientos de indignación contra ciertos burlones escritos, que, enjanzados con semejante objeción, pasaron un día trotando por delante de mí: hijos mal nacidos de la ignorancia y de la perversa intención de ciertos hombres, que no dan una plumada en materias religiosas, sin soltar un disparate. Los católicos, mi amigo, tributan, sí, honores a las imágenes; pero no limitándolos a ellas, sino refiriéndolos a los santos que representan. ¿Es ésto contrario a la Sagrada Escritura? ¡No! Las palabras que usted acaba de citar tienen dos partes. La segunda debe explicarse por la primera, y debe entenderse de este modo: *Vosotros, por consiguiente, no haréis imágenes para honrarlas como dioses.* ¿Cumplen los católicos con este precepto divino. dando culto a las imágenes? ¡Sí! Hay más. ¿Es conforme al buen sentido el culto de las imágenes? ¿Quién lo duda? ¿Pueden los católicos honrar a Dios, exteriormente, mejor que dirigiéndole las mismas señales de respeto que dan a los hombres, teniendo su retrato, estimándolo y besándolo?..

D. TITO -- Después de todo, lo que yo veo es que ese culto es peligroso, al menos, para el pueblo inculto, que no ve más que la imagen, que a la imagen limita toda su veneración, que en la imagen... .

D. ESTEBAN—¡Alto! alto! Eso no es verdad. ¿Pues qué? Cuando un hombre ignorante saluda la estatua de su rey, sombrero en mano, ¿puede acusársele de haber dirigido su intención a la estatua, y no al rey? A ver..

D. TITO —Eso no...

D. ESTEBAN--Entonces ¡canario! ¿por qué se le supone más estúpido en materia de culto religioso que en materia de culto civil?...

D. TITO ¡Ya ya!...

D. ESTEBAN ¿Qué más? .

* * *

D. TITO --Dijo usted, además, antes, que la Iglesia impone a la voluntad magnas exigencias, preceptuándole el cumplimiento de preceptos durísimos, como, por ejemplo, al amor a los enemigos, etc. etc ..

D. ESTEBAN--Sin duda: es un mandato de Cristo

D. TITO --Pues bien: yo veo que en ello no queda muy bien parada la humana libertad. Más digo: una libertad con tal yugo creo yo que no sea libertad verdadera.

D. ESTEBAN--(aparte) ¡Alza! (al joven) Dígame don Tito, francamente, ya que tantas veces le he visto meter esa sublime palabra en sus dificultades: ¿qué entiende usted por libertad?

D. TITO --Míre usted, don Esteban: tengo para mí que mi voluntad con yugo o sin él, con coyunda o sin ella, es libre para obrar.

D. ESTEBAN--(riendo) ¡Ja! ja! ja!.. ja!... Pero dígame usted: ¿es libre para obrar sin faltar nunca?

D. TITO --Amigo.. cuando el querer de la voluntad pica mucho...

D. ESTEBAN--(echándose a reír a carcajadas) ¡Ja! ja! ja! jo! jo! jo! jo! jo!... (aparte) Si parece que hay una sola escuela para toda esta gente (al joven) Oiga, don Tito: ¿ha leído usted un dramita titulado *Las sobrinas de su tío?*

D. TITO --¡Hombre, no!

D. ESTEBAN--Pues... me ha tentado tanto la risa el recuerdo de una escena que hay en esa obra: recuerdo suscitado por sus respuestas de usted.

(Don Tito calla, fluctuando entre el temor de ser sorprendido, y la curiosidad de saber. Observándole el anciano, le dijo)

¿Quiere usted enterarse de esa escena?..

D. TITO --(resuelto) Vamos a verla...

(El viejo llena las dos tazas de café, y entre sorbos, seguidos de otros sorbos de lo verde, prosigue:)

D. ESTEBAN--La escena pasa entre un tío y una sobrina, que, en medio de su misma maldad y pasión, era bien san-

dinguera, por cierto. Oiga usted con atención, y a ver quién es el retrato de quién.

Después de unas preguntas sobre el amor, dice el tío.

Prudencio — «Otra pregunta:

Y respóndeme en punta,

Como tu sueles. Dime:

¿Qué cosa es libertad?

María — (*aparte*)..... ¡Bonito modo!...

Prudencio — ¡Vamos!...

María — Mi corazón, con freno y todo,

Es libre para obrar.

Prudencio ¡Muy bien! ¡Sublime!

Libres todos lo son: también el mío;

Porque el libre albedrío,

Preciadísimo don, entre los dones,

Es un don soberano

Que ha dado el Cielo al corazón humano.

Por consecuencia, si tan libre eres

Puedes amar, sin duda, lo que quieres...

¿No es cierto? .. ¡Dí que sí! no tengas miedo;

Que yo, porque es verdad, te lo concedo.

María — (*recelosa*) Sí, señor.

Prudencio —..... Sí, señor. ¡Claro! nos nace

Y podemos amar lo que nos place.

Pero dime: ¿podemos,

Amar cuánto queremos,

Sin que faltemos nunca? Este es el punto,

El punto principal en este asunto.. ..

¡Responde!...

María — (*con desenvoltura*) ¡Claro!... cuando el amor pica...

Prudencio — ¡Calla, calla insensata!

Que hablas del ciego, que con flecha mata,

Y ya te he dicho lo que significa...

Pero demos el caso

Que pique la pasión, bonita, o fea,

Cualquiera que ella sea:

Ardor sensual, o amor. ¿Piensas, acaso,

Chiquita casquivana,

Que nuestro corazón, en sus pasiones,

Puede, cumpliendo sus obligaciones,

Sentir y amar cuánto le da la gana?

¿Y la razón eterna,
Que dirige y gobierna,
Y a su fin lleva todo lo que existe,
Y a quién nada resiste,
O debe resistir?.. ¿Y el inefable
Mandato de la ciencia
De Dios? ¿Y el espantable
Grito de la conciencia?....
Y más, más todavía:
¿Y el orden, y la paz y la armonía,
Divino resultado
Del cumplimiento del deber sagrado?...

María — (resuelta) Francamente, a mi juicio,
Ningún deber, ni oficio.
Que cumplir, tiene el corazón humano
Cuando quiere de véras...

Prudencio (con enfado y desdén)..... ¡Soberano!! ...
Etc , etc.

Ahora, dígame, don Tito: ¿quién se parece a quién?
¿Esa María a usted, o usted a esa María? Parece que
se conocen muy bien los dos, y que han aprendido
en la misma escuela; porque profesan la *mismísima*
doctrina. Mas, uno y otra, se ve que desconocen, por
completo, el verdadero concepto filosófico de liber-
tad; y, apasionados ambos, como tantos y tantos hi-
jos de Adán, hablan con el corazón y no con la ca-
beza.

D. TITO — Pues ¿qué es libertad?..

* * *

D. ESTEBAN — Oiga usted: la definición que de libertad dá *Prudencio*, diciendo que es un don que el Cielo ha dado al corazón, o a la voluntad humana, no dice bastante, filosóficamente hablando, para su clara inteligencia. Es necesario, pues, ya que nos encontramos en este terreno, ahondar un poquito más.

D. TITO — A ver...

D. ESTEBAN Libertad, o libre albedrío es una facultad activa racional, que contando con todos los requisitos de tiempo, (y no de causalidad y naturaleza), para eje-

cutar una acción (contradictoria o específica, pero no contraria) puede realizarla, o no.

D. TITO —*Oscurilla* está esa definición para mí, don Esteban.

D. ESTEBAN—No tengo yo de ello la culpa, hijo. Precisamente he intercalado en ella, si bien descuidando la forma, todas las palabras que pudieran aclarar el concepto, y ser medios para resolver las dificultades que usted pudiera oponer. Pero allá va más clara y más corta en consonancia con los *versitos* que acabo de recitar.

La libertad del ser racional es la facultad de elegir el bien, de cumplir la ley conocida: ¡eso es!..

D. TITO —¡Aaah!.. ¿de modo que quien conoce el bien y elige el mal; que quién de la ley tiene noticia y no la cumple, al abrazar el mal, y quebrantar la ley, no tiene libertad?..

D. ESTEBAN - No, señor, no la tiene, en el sentido en que usted toma la palabra. Puedo decirle a usted, rotundamente y con razón, que para ejecutar el mal, nunca tiene esa libertad el hombre; porque la libertad es un don preciadísimo, concedido por Dios a la voluntad humana (fijese bien), y, por consiguiente, va unido íntimamente a la misma voluntad, que en fuerza de su propia naturaleza tiende siempre al bien, como a su objeto adecuado.

D. TITO } *Los dos casi* } —Tampoco me peta.

D. ESTEBAN } *a un tiempo* } —Y aquí encaja bien la explicación sobre las tres palabras, que en la primera definición, *oscurilla* para usted, he metido yo; a saber: acción *contradictoria, específica y contraria*.

D. TITO —A ver como es éso..

D. ESTEBAN—Es decir, que el hombre tiene libertad de contradicción: goza de libertad, por ejemplo, para leer, o no leer (si tiene vista y libro a mano, etc.: requisitos); goza de libertad para leer, o escribir, que son cosas enteramente diversas; pero jamás goza de libertad para obrar el mal que es lo contrario del bien.

D. TITO —Entonces, ¿por qué razón el hombre ejecuta el mal?..

D. ESTEBAN—¡Ah!, canario! ¿y ésto me lo pregunta usted a mí?.. La ignorancia, el error, la inconsideración de parte del entendimiento; las desenfrenadas pasiones, los efectos desordenados, los malos apetitos, que solicitan y halagan la voluntad; la miseria y la debilidad y

la fragilidad humanas, le son, por ventura, desconocidos a usted?

D. TITO — (*aparte bajando la cabeza*) ¡Los conozco muy bien!

D. ESTEBAN — (*con fuerza*) ¡Vasto es mi triunfo! Así como el objeto propio del entendimiento es la verdad, del mismo modo el bien es el objeto propio de la voluntad; puesto que ella tiende al bien por su misma naturaleza.

¿Por qué, pues, la voluntad abraza el mal? ¿Es la razón de ello la libertad con qué está adornada?... ¡No! ¿La voluntad obra el mal porque es libre?... ¡Tampoco! Querer el mal y abrazarlo no pertenece a la esencia de la libertad; ni es libertad, ni parte de libertad: es una imperfección de la libertad, o de la libre voluntad, que se deja engañar inocentemente como una niña mimosa arrastrada por la concupiscencia: ¿eso es!... ¿Pétale a usted ahora?...

D. TITO — Bien; pero...

D. ESTEBAN — ¿Qué, bien pero?...

D. TITO — Que de todas maneras, don Esteban, si el hombre, conocida la ley, la infringe; si conocido el mal lo ejecuta, no puede ménos de manifestar en sus actos que está exornado con ese preciosísimo don de la libertad. *De aquí no me desbanca nadie.*

D. ESTEBAN ¡*Tú, rú! rú! rú! rú!* No tema usted, galante joven, no tema usted que yo pretenda siquiera quitarle su banco de ese sitio. Ahí debe usted permanecer sentado siempre, y con muchísimo gusto mío.

¿Quiere usted decir que la obra mala, que la infracción de la ley es un signo de que el hombre tiene libertad? ¡Muy bien dicho!. De otro modo, si le place. ¿Qué el hombre posee libertad física, pero no moral, para obrar contra el deber y la justicia?... ¡Conformel!. Y vea usted como, arrastrado por la fuerza de la lógica ha venido a convenir conmigo en la verdad de que, aunque la pasión pique mucho, no puede el hombre hacer el mal, sin faltar, o *lícitamente*.

D. TITO — (*sonriendo*) ¡Sí!... veol, y por ahí debió haber empezado usted.

D. ESTEBAN — (*sonriendo también*) ¡No!; usted es el que debió haber comenzado por ahí, pensando bien antes las respuestas que había de dar a mis preguntas.
(*Don Tito baja la cabeza siempre sonriendo.*)

* * *

Y ahora, ya que *estamos en el burro*, jarre un poco más!. Quiero saber de sus labios que opina usted.

1.º Sobre la libertad moral de pensar, o hablar, o escribir lo que a cualquiera se le antoje, y

2.º Sobre la libertad de conciencia, o de cultos, o religiosa.

D. TITO

—Mire usted, don Esteban, si antes hubiéramos tomado el rábano por esta hoja, acaso hubiera fyo defendido con calor esas libertades; mas, en vista de las anteriores consideraciones, ¿qué puedo y debo decirle a usted?...

D. ESTEBAN

—¡Claro!... ¿qué puede y debe decirme usted, ¡alma... de Dios! sino que esas libertades son monstruosas aberraciones, solemnes disparates y absurdos y contradicciones de los individuos y de los Estados que las ejercen y consienten?

Respecto a lo primero, ¿qué puede decirme usted, sino que esa libertad con que se pretende significar que el hombre tiene derecho para afirmar, o negar lo que le plazca sobre todas las cosas, y para manifestar de palabra, o por escrito sus pensamientos, es preciso dar un puntapié a la ley, al orden, a la verdad y a la moralidad, o proclamar que no hay ley, ni moral, ni orden para el pensamiento humano?...

¿Qué puede usted decirme, sino que Dios, que impulsó sus leyes hasta a los mismos átomos; que dictó sus mandatos a las mismas aguas, para que no traspasasen sus límites; que lo estableció todo con orden, concierto y armonía, no ha podido dejar sin ley, ni orden a la sublime facultad, que constituye al hombre rey de la creación?...

¿Qué puede usted decirme, sino que el hombre, por un deber natural exstrictísimo, está obligado a pensar y sentir bien de Dios, y de todas las cosas que conciernen a la Religión, tanto en el orden especulativo, como en el práctico; porque el hombre está obligado a dar al Señor el culto y honor, que se le debe; y que de ningún modo podrá dársele aquel que, abusando de la libertad de pensar, de hablar y de escribir, llega hasta negar públicamente su existencia?...

¿Qué puede usted decirme, sino que esas caca-readas libertades no son más que libertinaje y licencia en pensar mal, en hablar sin freno y sin decoro, en escribir con imprudencia y cinismo, para de este

modo, calumniando y mintiendo; sembrando, a manos llenas, la zizaña moral en el campo social, político y religioso, dar en tierra con la bondad de las costumbres, y la honradez de las familias, y el buen ejemplo de la sociedad y la santidad de la Religión de Cristo?

¿Qué puede usted decirme, en fin, sino que, para sostener semejantes barbaridades, es necesario haber perdido completamente la chabeta?...

* * *

Cuanto a lo segundo, yo debo decirle a usted, que, si se trata de ese inicuo sistema, que proclama ser el hombre libre para seguir la religión que más le agrade, guiándose por las luces de la razón y la conciencia, ese sistema es lo más absurdo y lo más impío que puede imaginarse; porque no es sino indiferentismo, excepticismo religioso y ateísmo práctico.

Yo debo decirle a usted que si un Estado, cualquiera que sea, proclama, como principio de gobierno, esa libertad en materia religiosa, él es su principal y primer enemigo en su progreso y civilización completa; porque se opone a la unidad de religión y de culto, base y fundamento de la unidad política, de la unidad científica y de la unidad social

Yo, ahondando más, debo decir a usted, que, ya que no hay, ni puede haber Estado sin religión, el Estado debe, si tiene cabeza, sentar la unidad religiosa, y condenar la libertad de cultos; o, de lo contrario, caerá en un absurdo: o admitiendo todas las religiones como iguales, cosa que repugna al sentido común, y que arrastra, y conduce irremisiblemente al indiferentismo, o concediendo a todas ellas iguales derechos, y por consiguiente, iguales derechos también a la verdad y al error, y a la virtud y al crimen; cosa que pugna abiertamente con la razón, e indica falta completa de meollo.

Yo debo decirle a usted, que, teniendo el Estado el ineludible deber de abrazar una religión, debe abrazar la Católica, por ser ella la Religión de Cristo; y prohibir terminantemente todas las demás; para que la mentira no seduzca con sus dulces atractivos las

pobres inteligencias, que no pueden discernir el error y la verdad: ¡ése es!..

* * *

D. TITO —Y cuando el Estado es católico, don Esteban, ¿no pueden darse especiales circunstancias, atendidas las cuales, le sea materialmente imposible al Estado prohibir la libertad de cultos, o religiosa?..

D. ESTEBAN—¡Valgan verdades! pueden darse esas circunstancias, sí, señor: por ejemplo, cuando la mayoría de la nación es anticatólica. Entonces puede el Estado permitir esa libertad; porque, de lo contrario, seguiríanse males mayores y... peores. Entonces, y sólo entonces puede el Estado tolerar el mal introducido.

D. TITO —Pues... ya usted ve.

D. ESTEBAN—Sí veo ¡canario! sí veo. ¿Pero debe el Estado echarse a dormir entonces?.. ¡No!; porque si, como dice el malogrado Maestro español, todo el que posee o cree poseer la verdad, trata de derramarla, de imponerla a los demás hombres, y de apartar las nieblas del error que les ofuscan (1), el Estado, con mayor razón, trabajando en su propia esfera, debe ayudar a la Iglesia, para llevar a los entendimientos la luz de la verdad; o cuando menos detestar, y desaprobar la libertad de cultos, o tratar de corregirla, cuanto le sea posible: ¡vaya!...

Y cuando la mayoría de la nación es católica, ¿qué me dice usted a mí, don Tito, y dispéñseme el modo de señalar?..

D. TITO —Pues...

D. ESTEBAN—Pues... la dulce respuesta se viene a los labios, sin ningún esfuerzo. El Estado que proclame entonces la libertad de cultos es... un impío y un escandaloso.

D. TITO —¡Hombre, hombre!

D. ESTEBAN—Sí: no temo repetirlo ¡canario!: es un impío y un escandaloso; porque coopera a multitud de actos intrínsecamente malos, y abre la puerta a la irreligión, al indiferentismo, al divorcio, a la poligamia, a la impudencia, a la venganza, al pillaje, a la esclavitud, y hasta al homicidio: sabrosísimas viandas de varias

(1) Hist. de los Het.=

sectas y religiones falsas, que no es preciso nombrar, porque usted bien las conoce.

¿Qué más le ocurre?... (*viendo que el joven titubea*) ¡Vamos, criatura!.. No se ande usted con chiquitas... Eche usted todo lo que se le antoje.

* * *

- D. TITO —Pues sí, señor: paréceme a mí que la norma de un Gobierno, aunque sea católico, debe ser el derecho, o ley natural.. .
- D. ESTEBAN—(*sonriendo*) También a mí me lo parece, sí señor: es muy justo eso; pero con cierto *cónque*.
- D. TITO —(*sonriendo*) Y creo que el Estado, que gobierna según esta altísima ley, obtendrá la paz, la moralidad y la felicidad de sus súbditos; y así verá totalmente cumplida la única misión que le ha sido confiada.
- D. ESTEBAN Convengo en ello, sí, señor; porque creo que usted, por supuesto, hable de la ley natural *limpita* de todos los errores y arbitrariedades que en ella puedan introducir las pasiones, y perversidad humanas... ¿No es verdad? ..
- D. TITO —Naturalmente.
- D. ESTEBAN—(*echándose a reír*) ¡Ja! ja! ja! Choque esos cinco. (*con brío*) ¡Vasto es mi triunfo! ¿Qué viene a ser la Religión Católica, sino ese mismo derecho, o ley natural, desarrollada y desenvuelta en preceptos positivos, manifestada a los hombres de una manera clara y precisa y sin la menor mácula de error? (*sonriendo*) ¡Qué cosas! Ahí tiene, don Tito, como a veces, viene usted a ser el mayor enemigo de usted mismo. Vea usted como, de conformidad con sus principios, tiene que deducir legítimamente que *un Gobierno* aunque sea católico, al proclamar como su religión la ley natural, debe, si es consecuente consigo mismo, proclamarla como ley del Estado, y detestar y condenar, y proscribir la falsa libertad de cultos, incompatible, a todas luces, con esa misma esplendorosa ley. De aquí no se escapa usted, ni nadie, *amiguito*.
- D. TITO —Veo yo, no obstante, que si el Estado es católico, como tal Estado....
- D. ESTEBAN—(*aparte*) Por supuesto, como tal Estado.

D. TITO —..... debe serlo solamente (como lo diré yo).... debe serlo hasta cierto punto; es decir: debe serlo, no precisamente como tal Estado, sino... ¡vamos!... individualmente... así... sin causar fastidio ni molestia alguna a los que no quieren serlo, por razón de los sacratísimos fueros de su conciencia.

D. ESTEBAN—Casi no termina usted de expresar el pensamiento, y al fin,... oscuro.

D. TITO —(*fijo en lo que ha dicho*) Esto me parece muy razonable, principalmente hoy, en medio del progreso y de los adelantos modernos.

D. ESTEBAN—(*aparte*) ¡Y vuelven los benditos adelantos modernos!

Bueno. Quiere decir usted, en plata, que el Estado católico, como tal Estado, no debe tener una religión que moleste a los súbditos, que no quieren tenerla, fundados en que su propia conciencia les dicta que la doctrina, o religión que profesan, es verdadera y muy buena. ¿No es eso?

D. TITO — Eso mismo.

D. ESTEBAN—Pues bien: disimule y dispéñseme usted que le diga que en esa apreciación suya hay un absurdo y un sofisma.

D. TITO — A ver, a ver .

D. ESTEBAN—Sí, señor: un absurdo porque éso, en resumidas cuentas, y sin andarnos por las ramas, quiere decir que la razón humana debe sujetarse a la divina y al mismo tiempo despreciarla; que el hombre debe ser católico, y al mismo tiempo debe ser ateo e indiferente; que el individuo debe ajustar sus actos a los mandatos de Cristo, y de su Iglesia, y al mismo tiempo debe vivir y obrar, sin someterse al orden sobrenatural, y sin tener en cuenta las leyes divinas y eclesiásticas.

D. TITO —No veo yo la lógica ilasión.

D. ESTEBAN—(*sonriendo*) ¡Con que no la ve usted, zeh? (*con brío*) ¡Vasto es mi triunfo! ¿Es que en ésto de tener, o no tener religión, moleste, o no moleste, ve usted alguna distinción entre la razón individual y la razón social?, entre el hombre particular y el hombre político? entre el individuo y el Estado? entre la persona física y la persona moral?

¡Hermosa teoría para salir de apuros! (*variando de tono*) Dígame don Tito: ¿usted es de los que pien-

san y creen, a pies juntillas, que el hombre, como individuo particular debe ser honrado y veraz, y como social y político puede lícitamente ser un tarambana y un solemne embustero? Pues a mi Ésteban no le venga usted con *ésas*; porque aunque lo metan en un presidio ¡canario! no le admite a usted ni a nadie semejantes contradicciones y bellaquerías, admitidas sólo en sociedades pajareras.

(Don Tito sonríe, y prosigue el ruego)

Un sofisma he dicho también; porque ¡claro!, si se trata de las interioridades de la conciencia, de sus extravíos internos, no hay Estado, ni Iglesia, ni nadie que pueda ejercer su autoridad en ese sagrado templo. Pero dígame usted: ¿hay diferencia entre la conciencia interna y los extravíos externos de la misma?

D. TITO

—¿Quién lo duda?

D. ESTEBAN

—Luego, ¿quién no ve que el Estado católico, *como tal Estado*, tiene el imperioso deber de reprimir y castigar, no las faltas internas de la conciencia, sino las manifestaciones externas, y los públicos desórdenes que de la libertad de cultos pueden originarse, y ser de fatales consecuencias para la Religión y para la sociedad?...

* * *

D. TITO

—No obstante, es muy duro, don Esteban, y muy injusto también, castigar a individuos inocentes, que cultivan una religión o doctrina, porque su conciencia les ha convencido de que es buena y verdadera.

D. ESTEBAN

—¡Ja! ja! ja! Otro sofisma, propio de los que no ven, o se empeñan en no ver más que un solo lado de las cosas.

D. TITO

—¿Cómo otro sofisma?...

D. ESTEBAN

—Sí, señor, otro sofisma; o el mismo sofisma anterior aumentado y corregido.

Cierto es que puede haber hombres, y hasta pueblos, a cuyas inteligencias no haya llegado todavía la luz de la verdad revelada; y los cuales, por consiguiente, no duden del error en que se encuentran. ¿Como deben obrar ellos?. Pues deben obrar según los dictados de su conciencia *invenciblemente errónea*. Y harían mal, muy mal, sépalo usted, si así no obrasen.

A estos infelices ¿quién los puede licita y legítimamente castigar, don Tito? Nadie, so pena de cometer, si así lo hiciese, un crimen horrendo; porque, en realidad, son inocentes.

D. TITO —Me place *superabundantemente* la reflexión.

D. ESTEBAN—No ménos me agrada a mí, al hacerla; porque encierra la verdad pura. Pero ahora viene la gordá.

D. TITO —Vamos a verla..

D. ESTEBAN—Supongamos que lleguen ellos a fluctuar entre la verdad y el error, acerca de la religión o doctrina que profesan. En este caso ¿que deben hacer?... Si se trata de individuos incultos e ignorantes, y de escaso entendimiento, ¿no le parece a usted que deben ellos consultar y seguir los preceptos o consejos de una autoridad competente en la materia, para que puedan poseer la verdad, y obrar con conciencia cierta, licitamente?. Si se trata de inteligencias cultas y ricas, que pueden estudiar por sí mismas y distinguir lo falso de lo verdadero, ¿no le parece a usted que deben ellas, en tal caso, trabajar, sin descanso, hasta abrazar la una y rechazar el otro?...

D. TITO —Sí; parece razonable.

D. ESTEBAN—¡Y tan razonable que es!...

Pero supongamos ahora que unos y otros quieran obrar y obren (interiormente, se entiende) según los fueros y dictados de su conciencia culpable, *venciblemente errónea*, o dudosa. ¿Lo hacen bien, don Tito, *aunque la pasión les pique mucho?* ¡No! y dos mil veces no!. ¿Entonces qué?. Entonces... digno es de conmiseración y lástima su comportamiento; pero, en definitiva, si son tercios, *con su pan se lo coman*. Al Estado católico no le es concedido entrar en el santuario del alma, para reprimir, y ménos castigar las falsas ideas del espíritu, los malos afectos de la voluntad y los perversos sentimientos del corazón. Pero, ¿puede y debe el Estado católico juzgar y poner coto a esas ideas, afectos y sentimientos, cuando se manifiestan al exterior? ¿Quien que no haya perdido la testa completamente, puede ponerlo en duda? De lo contrario, sabe usted adónde iríamos a parar? A esta fatal consecuencia: el Estado católico no tiene derecho aún para castigar ningún crimen, aunque sea el de lesa majestad.

D. TITO —¡Hombre! éso es mucho decir.

- D. ESTEBAN ¡Aaah!... ¿a eso no se aviene usted?... Pues tiene usted que tragarse la consecuencia, si bien bastante amarga,
- D. TITO —No veo que se deduzca legítimamente.
- D. ESTEBAN—Pero ¡criatura! dada y admitida esa doctrina de la inocente conciencia (fijese bien: de la inocente conciencia) en las manifestaciones externas del falso culto, ¿por qué no extenderla también a las rebeliones públicas, y a las intrigas tenebrosas, y a los proyectos criminales, y a la dinamita, y a la bala, y al puñal, y a la tea incendiaria, y a todos los crímenes de los ateos, materialistas, fatalistas, socialistas, comunistas, anarquistas, etc, etc?.
- D. TITO —No percibo bien todavía la legitimidad de esa consecuencia.
- D. ESTEBAN—¡Canario! ¿quiere usted que se la eche con una cuchara? Sentada esa doctrina de usted, la cual, en pocas palabras, viene a reducirse a este principio: *Obro así, porque así me lo dicta mi conciencia*, ¿quien no ve que todos, absolutamente todos los delincuentes podrían alegar la excusa de que, al cometer el crimen, eran inocentes en su fuero interno, porque seguían entonces los dictados de su inocente conciencia, contra la cual no es lícito obrar nunca?
- (Aquí el tíojo dió otro mujido de bucy, y el joven, sonriendo y bajando la cabeza, dijo)*
- D. TITO — ¡Santa Bárbara!..
- D. ESTEBAN *(aparte)* ¡No, señor: no hay tutía! Luces... matices... flores .. mariposas; ¡Pero filosofía Y el estudio profundo de las cosas!.. *(al joven)* A ver que otra cosa le ocurre a usted...
- D. TITO — Puede usted proseguir desarrollando el punto anteriormente interrumpido.
- D. ESTEBAN— Sí: es hora ya: nos hemos distraído bastante.

II

Ibamos a exponer algunos de los principales medios de santificación que la Iglesia nos ofrece, para que obtengamos nuestro fin sobrenatural.

Estimo conveniente que, antes de entrar en el asunto, oiga usted algunos diálogos de consecuen-

cias eternas, en los cuales están echados los in-
movibles fundamentos de algo de lo que voy a decir.

D. TITO —Vengan.

D. ESTEBAN—Escuche usted.

Cristo —(*a sus discípulos*) ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?

Discípulos —Unos que Juan Bautista, otros que Elías y otros que Jeremías, o uno de los profetas.

Cristo —Y vosotros quién decís que soy yo? .

Pedro —Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo.

Cristo —Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los Cielos.

Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.

Y a tí te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que ligares en la tierra será ligado en los Cielos, y todo lo que atares en la tierra será también atado en los Cielos.

Evangelist. —Entonces mandó a sus discípulos que no dijesen a nadie que él era Jesús, el Cristo (1)

Cristo —(*a sus discípulos*) En cualquiera ciudad en que entraréis, y os recibieren, comed lo que os pusieren delante; y curad a los enfermos que en ella hubiere; y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios...

Quien a vosotros me oye, a mí me oye; quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia. Y el que a mí me desprecia, desprecia a Aquél que me envió (2)

Cristo —También sabéis adonde yo voy; y sabéis el camino.

Tomás —No sabemos adonde vas: ¿cómo podemos saber el camino?

Cristo —Yo soy el camino, la verdad y la vida... Nadie viene al Padre sino por mí.

Felipe —Señor, muéstranos al Padre y nos basta.

Cristo —Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre. Yo

(1) San Mat. XVI.—(2) S. Luc.-X =

rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, el Espíritu de verdad, para que more siempre con vosotros. (1)

- Cristo á Pedro } —Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?
Pedro — Sí, Señor; tú sabes que yo te amo.
Cristo — Apacienta mis corderos.
Simón, hijo de Juan, ¿me amas?...
Pedro Sí, Señor: tú sabes que yo te amo.
Cristo — Apacienta mis corderos
Simón, hijo de Juan, ¿me amas?
Pedro — (*entristecido porque le había preguntado por tercera vez*) Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que yo te amo.
Cristo — Apacienta mis ovejas: (2)

Cristo — (*a los Apóstoles*) Se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la tierra. Id, por consiguiente, enseñad a todas las gentes; enseñándolas a guardar todo lo que os he mandado (3)....

* * *

No es necesario más, don Tito; ni esas puras, sencillas y divinas escenas necesitan de prolijas explicaciones. Dos ideas maravillosas resaltan en ellas;

1.^a La de la misión de los Apóstoles, que no la tienen por el hombre, y cuya autoridad no descansa en la sabiduría humana, ni en su santidad personal, sino en la fuerza de Aquél que *está en ellos*, y que les ha transmitido su propia autoridad; y

2.^a La del Primado de Pedro, y por consiguiente, la de su infalibilidad, o infalibilidad de la Iglesia, o del Papa

* * *

D. TITO — Mire usted, mi señor don Esteban, siempre me

(1) San Juan XIV.—(2) San Juan XXI.—
(8) S. Juan XXVIII.—

había molestado (le soy a usted franquísimo) había-me molestado siempre éso de la infalibilidad del Papa o de la Iglesia.

D. ESTEBAN—Pero si no le molesta ya, mi señor don Tito, ¡a mano!

D. TITO Sí; pero como se objeta tanto contra esa infalibilidad....

D. ESTEBAN—Pero se objetará por los enemigos de la Iglesia, o por los tontos. Mas, ¿tienen razón? .

D. TITO —Pues....

D. ESTEBAN—¡Ah! ¿lo duda usted? ¡Vasto es mi triunfo!. Si Cristo, a quien ha sido dado todo poder en el Cielo y en la tierra, cuya poderosa mano dirige los destinos de los pueblos, al mismo tiempo que conduce a cada alma en particular por su propio camino, hasta el fin del mundo, de una manera dulce e insensible; si Cristo que es la verdad eterna, la santidad sin mancha, cuya penetrante mirada permanece siempre fija, hasta el día del juicio, sobre todas las criaturas, cualquiera que sea su número; si Cristo, cuya providencia tan eminentemente brilla en la naturaleza, extiende su mano sobre los Apóstoles, para protegerles, y les envía el Espíritu de verdad, y constituye a Pedro, Príncipe y Pastor de su Iglesia, y le reviste de su propia autoridad, ¿qué motivo puede haber, para negar, o para dudar de que esa autoridad es infalible, a fin de que ninguna sombra de error obscurezca el brillo de la divina doctrina, y que ninguna mancha de inseguridad humana empañe el ideal de vida que Cristo nos ha concedido a todos?....

De modo que, en vista de las anteriores admirables escenas, no hay más remedio que admitir esa cualidad y prerrogativa de la Iglesia, don sobrenatural por el que ella está exenta de todo error en materia de fé y costumbres.

Por eso en otra ocasión dije a usted que era necesario dejar bien sentada la divinidad de Cristo, para que, cuando adujésemos algún testimonio suyo en favor de alguna doctrina, todo el mundo... ¡de rodillas!

Y ha llegado este caso: Cristo lo ha dicho; luego, debemos inclinar la cabeza ante su divina palabra.

D. TITO — Sí; pero la infalibilidad es propia sólo de Dios, don Esteban.

D. ESTEBAN — Usted quiere pincharme todavía más, don Tito.

¿Pues qué? ¿Es, por ventura, imposible que la infalibilidad, cualidad primitiva y peculiar *solo de Dios* sea transmitida por El a las criaturas racionales pasiva y activamente, es decir: pasivamente a la Iglesia entera, y activamente al cuerpo docente, presidido por el Papa, llámese Pedro o Lino en el siglo primero, Urbano o Inocencio en los siglos medios y Leon o Pío en el último?

Pero vayamos un poquito más despacio, don Tito, ya que usted así me lo exige. Reflexionemos con alguna detención sobre esa autoridad de la Iglesia, con permiso de todos sus irreconciliables adversarios.

Oiga usted, en primer lugar, a San Pablo. «La fé, dice, procede de la audición, la audición, de la predicación, la predicación, de Aquel que ha sido enviado» (1)

Aquí habla el Apóstol de los Pastores y Doctores de la Iglesia, que Cristo instituyó en ella, a fin de retener por la autoridad de ellos a todos los miembros en la unidad de fé, para que no caminen al azar, llevados por viento de falsa doctrina.

Al lado del Apóstol, para que usted no tenga que decir acaso, coloco yo ahora nada menos que a un protestante (2) «La fé, dice, procede de la predicación. ¿De dónde trae su origen la predicación cristiana? Todas las sectas afirman que vienen en nombre de Cristo; todo predicador se cree revestido de una misión cuya importancia conoce; pero ¿cómo un predicador podrá ser órgano de Cristo, sino está incorporado al organismo cristiano, a la Iglesia? La verdadera predicación es, pues, necesariamente, aquella que viene de Cristo por la Iglesia. El error de las sectas consiste precisamente en que quieren unirse a Cristo, sin pasar por la Iglesia, este gran intermediario entre Cristo y cada fiel... Mientras el Señor estaba sobre la tierra, la creencia de sus discípulos en su profunda y pura doctrina se fundaba en su autoridad; porque Jesucristo fué, por sí mismo, el fundador de la fé. Este origen de la fé ha debido ne-

(1) S. Pab. a los Romanos==

(2) De Martensen==

cesariamente permanecer el mismo para todas las generaciones». (1)

Oiga usted de los labios de Nevin, protestante muy caracterizado también, otra confesión que tiene bastante miga.

«Es absolutamente imposible, *dice*, creer en una Iglesia real sin reconocer en ella la presencia indefectible de la vida divina, que tiene su principio en la Encarnación, no como una tradición muerta e inerte, sino como una cosa orgánica y viva, que atraviesa todas las edades. La naturaleza de las cosas quiere que lo particular proceda de lo universal, la parte del todo. En esto consiste la esencia de la autoridad eclesiástica, y de la inteligente tradición. Desde que se cree en Jesucristo presente en la Iglesia, y se considera a ésta como el órgano, por medio del cual habla Aquel, y se afirma, se hace imposible separar la Iglesia del presente de la del pasado, y exaltar a una para rebajar a la otra. Al contrario, es propio de las sectas complacerse en su juicio privado, y mirar con desdén a toda la antigüedad eclesiástica; (2) y además...

D. TITO — Pero eso, don Esteban, lo dirán...

D. ESTEBAN—Pero, hijo, ¿pór qué me interrumpen?...

¿A ver quienes lo dirán?.

* * *

D. TITO — Pienso que tales cosas las dirán esos protestantes, no de la Iglesia Católica, sino de su propia Iglesia, que ellos estiman como la superior.

D. ESTEBAN—Tenga usted presente, don Tito, que yo en mis razonamientos no me valgo nunca de sofismas ¿Le causa a usted extrañeza que esos escritores no metan en sus discursos, hablando de la Iglesia, la palabra *Romana* o *Católica*? Pues oiga usted a los principales *Padres de la patria protestante*, y pásmese.

Lutero

—«Es cierto que Dios ha distinguido a la Iglesia romana sobre todas las demás; porque en esta Iglesia han derramado su sangre, y triunfado de la muerte

(1) El bautismo Cristiano=

(2) Estudios y Críticas.=

y del Infierno 46 papas y millones de mártires. Es, pues, clara la deferencia singular que esa Iglesia merece» (1) «No hay disculpa ni modo de defender el cisma de Bohemia, separándose de la Iglesia romana, ni de quitar que sea impío y contra la caridad.» (2)

Melanchton — «Los nuestros están de acuerdo en que la policía de la Iglesia, es una cosa recta; a saber: que haya cierto número de obispos, de quiénes dependen varias Iglesias, y que el Obispo de Roma es sobre todas las Iglesias (3) La religión luterana es la más cómoda; la católica es la más segura.» (4)

Calvino — «La Silla romana ha estado en mayor veneración, y fué apreciada de los antiguos.» (5)

Zuinglio — «Lo que digo es que los restos de la Iglesia están aún en el Papado.» (6)

¿Qué más desea usted, don Tito, para quedar convencido de que se trata de la autoridad de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana?

D. TITO — ¡Ya! ya!

D. ESTEBAN Y sigo. De Maistre hace también una reflexión que, aplicada a la cuestión de la autoridad de la Iglesia, encierra la más completa verdad. «Las verdades teológicas, dice, no son más que verdades generales, manifestadas y divinizadas en el círculo religioso; de manera que no podría atacarse una, sin atacarse al mismo tiempo una ley del mundo.»

«No se llega, afirma San Agustín, a las verdades de la Religión más que por las sanas creencias, ni a las sanas creencias sino por la autoridad.»

¿Y para que atiborrar a usted de testimonios, don Tito?...

* * *

• D. TITO — ¿De modo que la Biblia protestante que se estudia aisladamente, y fuera de la enseñanza de la Iglesia Católica, no puede ser el camino que conduce a la fé, a las sanas creencias?

D. ESTEBAN — ¡Ca!... Sin la Iglesia Católica, y sin el espíritu que

(1) Diccionario de ciertos artículos=

(2) En la disputa de Leipzig—(3) Respuesta al Ilustrísimo Bellai.—(4) Respuesta a su madre en la hora de su muerte —(5) Inst Lib. 4.—(6) Epist. a Lelio Sosíno=

en ella vive, la Sagrada Escritura, estudiada aislada-mente, *la Biblia protestante*, no es más que un epita-
fio jeroglífico, sobre cuya significación y sentido se
disputa como sobre las inscripciones egipcias.

¿Recuerda usted lo que decíamos en otra ocasión
esta noche acerca del protestante y del carretero?

D. TITO — (*sonriendo*) Lo recuerdo muy bien.

D. ESTEBAN— Pues comprenderá usted que si el famoso hereje se
hubiera fijado en que Cristo comía recostado en casa
del Fariseo, y hubiera sabido que los hebreos llama-
ban hermanos a los parientes en segundo grado, o a
los *primos hermanos*; o hubiera leído una Biblia, in-
terpretada por la autoridad de la Iglesia, no hubiera
proferido tan solemnes y ridículos disparates. Por eso
la *Biblia protestante*....

* * *

D. TITO — (*interrumpiendo*) Es que yo, don Estéban, tam-
poco estoy conforme con algunas interpretaciones que
la autoridad de la Iglesia ha dado a ciertos pasajes
de la Biblia.

D. ESTEBAN — (*aparte*) ¡Alza! ..

D. TITO — No me parecen rectas, mi amigo.

D. ESTEBAN — (*aparte*) ¡Se necesita!....

D. TITO — ¿Qué dice usted?...

D. ESTEBAN — (*con desdén*) Que no diga disparates, criatura.

D. TITO — Pues sí, señor: la Iglesia entiende, por ejemplo, o
interpreta las palabras bíblicas, relativas al origen
del género humano en el sentido de un solo par pri-
mitivo, de Adán y Eva.

D. ESTEBAN — (*aparte*) ¡Vaya un salto! (*a don Tito*) Y muy bien
las interpreta.

D. TITO — Pues yo, comparando entre sí las dos narraciones,
que se encuentran en el Génesis cap 1.º y 2.º, veo
claramente en la primera de ellas el origen, *ab ovo*,
de los gentiles y paganos; y en la segunda el del
pueblo escogido por Dios, del pueblo judío.

D. ESTEBAN — (*aparte*) ¡Echall!...

D. TITO — En lo que, le diré a usted de paso, no queda bien
parado el dogma católico.

D. ESTEBAN — (*con sorna*) ¡Ah! sí, señor, sí: *es ese un punto de
mucha resistencia para impugnar los asertos de la*

Religión. Pero siga, siga; que me está oliendo a Protestantismo y a algas marinas *majoreras*. (1)

D. TITO

—Y esa distinción entre gentiles y judíos, o más claro, entre preadamitas y descendientes de Adán, hállese harto patente en el cap. 5.º de la Epístola de San Pablo a los Romanos, en donde es cuestión de hombres que pecaron después de la Ley contra la Ley, y de hombres que pecaron antes de la Ley, contra la naturaleza.

D. ESTEBAN—(*aparte*) ¡Ve usted si mis papeles no se mojan!..

D. TITO

—De aquí, creo yo, el magno temor de Cain de ser matado por aquellos que le encontraran; y que no podían ser otros que preadamitas, creados por Dios el sexto día en diversas partes del globo terráqueo.

D. ESTEBAN—¡Oh profunda sagacidad!.. ¿Qué más?..

D. TITO

—¿Y le parece a usted poco?...

D. ESTEBAN

—¡Ah! no, señor, no!: no me parecen pocos, ni flojos los dislates que ha plagado usted.

(*variando de tono*) Pero dígame, don Tito: ¿no le parece a usted más razonable y más caritativo también, dejar descansar tranquilamente a La Peyrère en su tumba, y no turbarle su sueño? ¡Hace cerca de tres siglos que él dió esa descabellada interpretación, la que ante el primer exámen quedó pulverizada, y el pobre La Peyrère se retractó, y siendo aún protestante convirtiése al Catolicismo, y viene usted hoy a remover sus cenizas con el recuerdo de una hipótesis, que él, arrepentido, procuró en vida borrar completamente de su memoria! ¡Tenga usted más compasión, don Tito, tenga usted más compasión con los muertos contritos y humillados!

D. TITO

—Eso no es resolver la dificultad, don Esteban.

D. ESTEBAN

Ya lo sé ¡canario!, ya lo sé. Pero esa dificultad queda resuelta con solo abrir la Biblia, por la primera página, y leer y entender bien esos dos capítulos del Génesis; y tomar la Epístola de San Pablo a los Romanos y repasarla, teniendo bien abiertas las entendederas: ¡vaya! vaya!.. El versículo 27 del 1er capítulo dice así: *Y Dios creó al hombre a su imagen... varón y hembra los creó;* y en el versículo 7.º del capítulo 2.º se lee: *Formó, pues,* (con toda la fuerza de

(1) Majorero-natural de Fuerteventura=

una conjunción ilativa) *el Señor, Dios al hombre del barro de la tierra*, Es decir, y vaya también de paso, de una tierra roja, cuyo color tenía alguna relación con la carne, que ésto, precisamente, es lo que en hebreo significa el nombre de Adán. ¿De dónde, pues, me saca usted aquí a los preadamitas, don Tito?...

En cuanto a la Epístola de San Pablo, ¿de qué ley se trata en ella? ¿Cree usted que San Pablo habla allí de la ley, impuesta por Dios a Adán y Eva en el Paraíso terrenal?...

D. TITO — Naturalísimo es.

D. ESTEBAN—Pues no, señor. Allí se trata de la Ley dada por Dios a los israelitas en lo alto del Sinaí. Después de la primera caída, el pecado no era, no podía ser imputado a los hombres como una infracción y un desprecio formal de la voluntad de Dios, que les hubiese sido declarada por la imposición de determinada pena; pero era castigado con pena eterna, como efecto de la voluntad corrompida. Los judíos a quienes Dios había manifestado su soberana voluntad por medio de la Ley escrita y penal eran prevaricadores y transgresores, cuando quebrantaban esta Ley; más los infieles, cuando hacían lo que la recta razón condena, eran violadores de la Ley natural; y como transgresores de esta Ley eran castigados, y no como violadores de la Ley escrita.

Es lo que se deduce, don Tito, legítima y claramente del cap. 5.º de la citada Epístola en sus versículos 13 y 14 que dicen:

Porque hasta la Ley el pecado estaba en el mundo; más no era imputado el pecado cuando no había Ley.

Esto no obstante, reinó la muerte desde Adam hasta Moises, aún en aquellos que no habían pecado con una transgresión semejante a la de Adam.

Por último: el temor de Caín de ser matado por preadamitas, aseguro yo que lo ha sacado usted de las mangas del chaleco.

* * *

D. TITO — Algo más gordo, no obstante, debe de haber aquí, don Esteban, ya que tantas veces se ha suscitado esta cuestión de los preadamitas, después de La Peyrère.

D. ESTEBAN — ¡Ah sí, señor!; pero lo más gordo ha sido cuestión de ignorancia, o de orgullo, o de panza.

Cuando en América se suscitó la gran cuestión de la abolición de la esclavitud, formáronse dos partidos. El primero dividióse en dos escuelas, la segunda de las cuales hizo, para sus fines particulares humanos, revivir la hipótesis de La Peyrère.

D. TITO — Allá voy, allá voy.

D. ESTEBAN — ¿Para que va usted allá, criatura?

D. TITO — Para decir que los primeros pobladores de América no pudieron ser sino preadamitas

D. ESTEBAN — ¡Sopla!...

D. TITO — Porque, ¡claro! no existiendo comunicación alguna por tierra, infiero yo lógicamente que ni de Asia, ni de Europa, ni de Africa pudieron pasar hombres algunos a la América, antes de la invención de la brújula, instrumento necesarísimo para los viajes de mar.

D. ESTEBAN — ¿Y usted está seguro de todo éso?

D. TITO — ¡Y tan seguro!...

D. ESTEBAN — Pero dígame; ¿no es fama de que, muchísimo tiempo antes que Flavio Giogia inventase la brújula, la conocían los chinitos?

(*Don Tito baja la cabeza.*)

Pero dejemos a un lado todas las brújulas habidas y por haber. ¿Le parece a usted imposible que sin brújula arribasen los hombres de Asia, por ejemplo, a las playas americanas?...

D. TITO — (*con burla*) ¡Ja! ja! ja! ¿Cómo pudieron sin brújula ser posibles esas emigraciones asiáticas, don Esteban?

D. ESTEBAN — ¡Hola! ¿Y esa burlesca pregunta me la hace usted a mí, don Tito, de mala, o de buena fé?

D. TITO — Pues...

D. ESTEBAN — Pero ¡hombre! ¿no ve que de cualquier modo que lo haga, queda usted con ella atado de pies y manos?

D. TITO — ¿Por qué?

D. ESTEBAN — Porque si lo primero, esa pregunta es una ridiculez; y si lo segundo, revela usted con ella mucha ignorancia en doctrinas transmitidas, y en geografía y física general del globo.

D. TITO — ¡Hombre!...

D. ESTEBAN — Sí, ¡canario! sí. En primer lugar me llama mucho la atención de que una persona, como usted, que tantos

países *ha recorrido en alas de los viajeros*, finja no saber, o realmente no sepa que las tradiciones primitivas de los americanos los representan como un pueblo emigrante desde el Norte hacia el Sud,

D. TITO

—¿Y qué?...

D. ESTEBAN—(*hijo en su idea*)¿No le han dicho a usted los viajeros que las pinturas jeroglíficas de los Aztecas los representan, con brújula, o sin ella, cruzando el mar, acaso el golfo de California? ¿No le han contado a usted los viajeros que la California fué visitada desde muy antiguo por los chinos? ¿Ni le han referido a usted los viajeros que Mungocapac, el fundador de la dinastía y de la religión de los Incas era oriundo de la Tartaria, conforme lo indican todos los datos cronológicos, la índole de la religión establecida, los monumentos levantados, etc., etc.?... Ni le han enseñado a usted los viajeros, en fin, que muchos de los signos arbitrarios: el tigre, la liebre, la serpiente, el mono, el perro, el pájaro, son comunes a los zodiacos americanos, tibetanos, mongoles y manchoux? y que algunos signos mejicanos que faltan en el zodiaco tártaro: una casa, una caña de azucar, un cuchillo y tres huellas de pie, signos también no ménos arbitrarios, obsérvanse en el mismo lugar entre los Shastras indios?...

D. TITO — Bueno; pero después de todo, ¿qué?

D. ESTEBAN—¿Cómo qué?

D. TITO — La dificultad queda en pie siempre, don Esteban.

D. ESTEBAN—¿Sí?...

D. TITO — ¿Cómo, repito yo, cómo es posible que los hombres de Asia emigrasen al Continente Americano?

D. ESTEBAN—¿Sin brújula, por supuesto? Pero ya le he dicho a usted que, según cuentan, los chinos la conocían. Mas, aun sin brújula, ¡canario! la posibilidad de esas emigraciones es evidente. Y allá va, para probarlo una lección de geografía, en la que, como parece, está usted muy atrasado.

D. TITO — Eso, ya es mucho decir, don Esteban.

D. ESTEBAN—¡Mis papeles no se queman, don Tito! Vamos a verlo. Fíjese usted bien en el Noroeste. ¿No le parece a usted, que en otros tiempos, *aun sin brújula*, debió ser posible y hasta fácil el paso desde el Asia a la América por el estrecho de Behring?

D. TITO — Eso...

D. ESTEBAN—Eso sí, señor: así debemos creerlo, fundados en la *relación de los incansables viajeros*. Escuche. Ellos, entre los cuales tiene honrosísimo lugar Pickering, que exploró aquellos puntos con el capitán Wilkes, cuentan haberse visto reducidos a preguntarse así mismos donde principiaban y donde terminaban la América y el Asia. Ellos dicen que, dirigiéndose uno desde el Kemschatka a la península de Alask, costeando las Islas aleutianas, debe de sentirse muy perplejo al determinar el límite de ambos Continentes. Ellos refieren que al Nor-este las emigraciones a América son poquito más difíciles por la Islandia y la Groenlandia; que los Tchutes vivían poco há acampados, a la vez, en Asia y en América; habitando en parte todavía en ambas zonas, y visitándose recíprocamente, para tratar de sus negocios; con la particularidad de que dichas tribus recordaban a la vez las razas blancas y las pieles rojas de los Estados Unidos.

Fíjese ahora en el Sur. No hay duda de que los marinos han descubierto nuevos ríos que corren por el seno de los mares; y en particular por el Océano pacífico un segundo Gulf-Stream que, pasando al sur del Japón, dirígese hacia la América, del mismo modo que el primero va desde Terranova hacia las costas del Antiguo Continente.

Ahora, amiguito, tenga usted la bondad de responderme a las tres siguientes preguntas:

1.^a ¿Pudo en otro tiempo la corriente Tessán empujar hacia las costas de la California algunas junqueras, abandonadas a sí mismas, así como el Gut-Stream arrojó sobre las playas de las Azores los frutos, las vigas labradas y las canoas zozobradas que, según cuentan buenas lenguas, infundieron en el ánimo de Colón la convicción de la existencia de un nuevo mundo?...

D. TITO — ¿Y qué? a qué viene éso?...

D. ESTEBAN—No se bote, ¡canario! responde sí o no.

D. TITO — Bueno: sí.

D. ESTEBAN—2.^a Pudo la misma corriente hacer arribar igualmente a las regiones de América las flotas del Asia, v. g. los navíos de proas doradas y de plateadas vergas que los españoles, como afirma Gomara, encontraron cerca de la costa, cargados de mercancías asiáticas?....

D. TITO —También.

D. ESTEBAN—3.^a ¿Y pudo la propia corriente arrojar a las playas de California las embarcaciones primitivas de aquellas hordas ménos adiestradas en las luchas contra la mar?...

D. TITO —Bien: sí.

D. ESTEBAN—Sí: y ésto explicaría por qué la California, *mágico país*, es la parte de la América donde los indígenas tienen realmente la tez bronceada.

(Don Tito con la cabeza baja hace con ella signos afirmativos).

De modo que, sin acudir a otras razones, don Tito, la tradición, la geografía y la física general del globo, aun pasando por alto a los chinos con su brújula, prueban de consuno la posibilidad de la emigración a América de las tres razas, blanca, amarilla y negra, que fueron encontradas allí en la época del descubrimiento.

¿Cómo, pues, se atreve usted a decir que los primeros pobladores de América no pudieron ser sino preadamitas, creados por Dios el sexto día en diversas partes del globo, y que el dogma católico no queda bien parado con su cascabelera doctrina de usted?...

La verdad revelada nos enseña que la humanidad toda entera, tal como ella existe en la actualidad, (puede usted retroceder un pocazo y sacar la consecuencia) descende de un par único: de Adán y Eva; y usted la contradice con sus preadamitas americanos, por lo menos. ¡Qué gracioso! Algunos geólogos con sus silices cortados, y sus incisiones artificiales, y sus cabezas llenas de viento, sin meterse a interpretar la Sagrada Biblia, hablan de preadamitas; pero dicen que esa raza humana quedó completamente extinguida, sin que tuviera nada de común con la raza adámica, que vino la última; usted, sin embargo, don Tito, va más allá: hasta las espesas selvas americanas, y allí se coloca tras de una trinchera de paja, para atacar las enseñanzas de la Iglesia. ¡Así sale ello!. El dogma católico, amigo mío, es invulnerable: sépalo usted. Ni siquiera las balas le hieren. ¡Cuánto ménos pueden herirle tiritos de estopa, como los suyos!. ¿Estamos?...

D. TITO —*(volviendo la cabeza y sonriendo)* Estamos.

D. ESTEBAN—*Bueno: pues que háiga salud, y memorias a su primo.*

* * *

Ahora, volviendo atrás, recojamos el hilo que soltamos antes. Iba yo a decir, (que ésto es lo que tenía en la punta de la lengua, y usted me lo hizo traer), que la Biblia protestante, por lo mismo que no lleva notas de interpretación, aprobadas por la Iglesia, ningún católico puede lícitamente leer; porque está por la Iglesia prohibido, y con altísima razón, en fuerza de los motivos que ya le he indicado a usted.

Iba a decir, en suma, que así como no hay Cristianismo sin Iglesia, así tampoco hay Iglesia sin autoridad. Porque, en efecto, habiendo Cristo querido y fundado una Iglesia, no ha podido menos de quererla y fundarla con autoridad suficiente, con su misma autoridad y potestad, como lo prueban sus divinas palabras; puesto que sólo con esta condición, puede ella desempeñar su cometido de fiel intérprete de la Sagrada Escritura, de maestra de la verdad y de conductora de los pueblos.

De aquí se infiere, legítimamente, que si la autoridad de la Iglesia no es infalible, no es tal autoridad. Más: esa autoridad si estuviese sujeta a error en *materia de fé y moral*, no solo sería ilusoria y vana, sino también funesta.

D. TITO —*(afirmando con la cabeza) ¡Ya!...*

D. ESTEBAN—*Sí, señor: sin esa autoridad infalible de la Iglesia, que tiene por objeto comunicar la verdad revelada a todo hombre, por el camino más corto, más sencillo y más seguro, que es el camino de la fé, vendría a ser la humanidad, sin distinción de tiempo, de edad y de civilización, tan miserable, tan desprovista de verdad, tan expuesta a la duda y tan entregada a todo viento de doctrina, después de la venida de Cristo, como lo había sido antes: ¡éso es!*

* * *

D. TITO —*Sí, sí, comprendo. Pero dígame, don Esteban: ¿el Papa no ha podido, ni puede engañarse nunca, ni obrar mal?.*

D. ESTEBAN—(*sonriendo*) ¡Hombre!... esa es una pregunta de niños. Claro que como Doctor particular ha podido y puede engañarse el Papa, como puede engañarse todo hijo de vecino. Cuanto a las miserias, inherentes a la pobre condición humana,... echemos un velo sobre el pecador, que como usted, y como yo, y como todos puede serlo el Papa; mas, engañarse y obrar mal en *materia de fé y costumbres*, nunca: engañarse y obrar mal, como Doctor universal de la Iglesia, éso... ¡jamás!...

D. TITO —¡Vamos!...

* * *

D. ESTEBAN—Ahora, don Tito, hechas estas consideraciones, y bien meditadas las palabras de Cristo a sus Apóstoles, desearía yo que me dijese usted el juicio que debe uno formarse de ciertas personas, que miran con mofa y sardónica risa las declaraciones dogmáticas de la Iglesia, las decisiones pontificias, que tienen por objeto *la moral y buenas costumbres* de los fieles y las gracias, (que podemos llamar pequeños medios de santificación) concedidas a los objetos piadosos, etc, etc....

D. TITO —(*sonriendo*) Pues.... después de lo dicho, francamente, el concepto que me merecen a mí tales personas es el de herejes de muy mala ley, si son enemigos abiertos de la Iglesia, y si son, o se llaman católicos, el de tontos o imprudentes.

D. ESTEBAN—Bien: tal vez no hubiera dicho yo tanto.

D. ESTEBAN—Otra pregunta. ¿Y podrá el Papa, entregando un documento que se llama *bula*, enriquecida con multitud de gracias, exigir legítimamente una limosna para invertirla en los gastos de beneficencia y culto, en cambio del cumplimiento de un precepto, impuesto por él mismo, como supremo Jerarca de la Iglesia?..

D. TITO —¿Quién lo duda?.

D. ESTEBAN —¿Y entonces qué dice usted de los católicos residentes en España, que, no sólo no la toman (pudiendo hacerlo, o dar la limosna, se entiende) sino que la convierten en motivo de injustas prevenciones contra la Iglesia, y en vez de mirarla como objeto, al ménos, de grande estima y de profundo agradecimiento, la hacen el blanco de sus groseras irrisiones?...

- D. TITO - Pues ingenuamente digo que mal empleado nombre de *católicos* que llevan.
- D. ESTEBAN—Usted lo ha dicho y me basta. Sí: llevan puesto muy mal el nombre de católicos. Llámense católicos; pero tratándose de ciertos mandatos eclesiásticos y aún divinos, ¡canario! decláranse libres, autónomos e independientes; encendiendo una luz a Cristo, y otra a Satanás; practicando una religión, una moral y una creencia, acomodadas a su gusto, inclinaciones y caprichos. ¡Y todo para vivir sin ley y sin freno, o con el freno y la ley que ménos repriman sus concupiscencias! *¡Cosi, cosi va il mondo!!...*
- D. TITO — *E chi non sa nature, va .. al fondo.*

III

D. ESTEBAN --Vengamos por fin, a los grandes medios, instituidos por Cristo, y presentados por la Iglesia a los hombres para su justificación y progreso espiritual. De ellos tomaremos solo tres: Bautismo, Penitencia y Comunión: tres grados ascendentes para llegar a la íntima y maravillosa unión con Cristo.

Hagamos sobre cada uno una sencilla reflexión, la cual, por otra parte, a no ser que usted la estire con algunas dificultades, deberá ser corta; porque está ya cerca la luz de la mañana.

(Efectivamente, el canto de los gallos empezaba a mundeear en aquellos momentos, señal segura de que los pies del nuevo día venían ya pisando las faldas a la aurora. El viejo llenó por tercera vez las copas, cuyas cavidades parecían, por cierto, más grandes que lo que eran, en realidad, y apurando la suya de un sorbo, prosiguió)

¿Qué es el Bautismo?... El Bautismo es el baño celestial de regeneración, el principio de una nueva vida, que se desarrolla cada vez más por el concurso de la libre voluntad, para llegar a la consecución de la gloria. Es la divina loción que limpia y borra toda culpa, y la pena del pecado, y deposita en el alma el principio de la gracia y santidad, germen de vida y de luz. Es, en una palabra, la condición, el origen y el principio del reinado de Cristo en el hombre.

¿Es necesario el Bautismo?... Lo es y tanto, que sin él, nadie, absolutamente nadie puede entrar en

el Reino de los Cielos. Las palabras de Cristo son claras y terminantes: *El que creyere y fuere bautizado será salvo, el que no, se condenará* (1)

D. TITO —Me aturde y me llena de indecible confusión esa última palabra, don Esteban.

D. ESTEBAN—A mí también me espanta la pérdida de una sola alma, don Tito; pero ¿qué vamos a hacer?

D. TITO —Sí; pero aquí hay más.

D. ESTEBAN—Diga usted...

D. TITO —¿Quién puede calcular el número de almas que en este caso se condenan?... (con marcada intención) dado, se entiende, que exista para ellas el castigo que se dice?

D. ESTEBAN—Guardo esa última frase suya, para hablar de ella más adelante. Me admira el retintín con que usted la pronuncia.

Cuanto a la condenación de tantas almas ¿por qué ha de ser el número de ellas incalculable, hijo?

D. TITO —¡Claro! ¿cuántas salen de este mundo sin que sean bautizadas?

D. ESTEBAN —¡Ave María Purísima! ¡que dócil de oscuridad revela usted en esta materia y disimule la franqueza!

D. TITO —Venga la luz.

D. ESTEBAN—Va, y no andemos con rodeos, que llegaremos más tarde. Ha deducido usted que sólo el alma que ha sido reengendrada a la vida de la gracia por el bautismo de agua es la que puede salvarse.

D. TITO —Natural.

D. ESTEBAN—Pues... está usted muy equivocado. Si así fuese, yo convendría con usted en que un número inculculable de almas se condenaría; y esta idea también a mí llenaríame de una inefable confusión. Pero no es así, hijo, no es así.

D. TITO —Explíquese usted, pues; porque no entiendo.

D. ESTEBAN—Fácil es la explicación, y le satisfará a usted, sí, señor. Escúcheme.

Cierto, que es muy grande el número de gentiles que mueren sin el bautismo de agua; que es el instituido por Cristo. Pero supongamos que muchos de ellos, teniendo noticia de ese bautismo, (y aun sin tenerla) y no pudiendo recibirlo, mueren, o hayan

(1) San Marcos-XVI=

muerto, deseándolo, y *habiendo cumplido los preceptos de la ley natural, y obrado según los fueros de su propia conciencia invenciblemente errónea. ¿Se salvarán?* Indudablemente; porque recibirán entonces otra especie de bautismo que se llama *de fuego*, y que consiste en la perfecta caridad, acompañada del deseo de recibir el Sacramento.

D. TITO — ¡Vamos!; pero ha dicho usted: *y aun sin tenerla, mueran deseándolo. ¿Cómo pueden desear el Bautismo sin tener noticia de él?*

D. ESTEBAN — Pero hemos de suponer que tendrán deseos de un *medio legítimo* para salvarse. ¿No le parece a usted?..

D. TITO — Eso sí.

D. ESTEBAN — Pues bien: ese *legítimo medio* viene a suplir el Sacramento del bautismo, instituido por Cristo, por más que en concreto no lo conozcan.

D. TITO — ¡Vamos!..

D. ESTEBAN — ¡Ah, don Tito!, qué idea tan baja nos formamos a veces de los atributos soberanos de Dios! El es tan justo y misericordioso que promete y da la salvación a todo el que ponga de algún modo, legitimamente, los medios para alcanzarla.

* * *

D. TITO — Comprendo: *Dios no come sino corazones.*

D. ESTEBAN — ¡Cuidado! Dios no come sino corazones; pero corazones ingenuos, sinceros, legítimos, bien compuestos y sazoados. ¡*Cuidadito* con esa frase que muchos forjan en la fragua de su adúladora voluntad, para practicar una religión formada a su capricho!

D. TITO — Bueno: sí!

* * *

D. ESTEBAN — Otra clase de bautismo es *el bautismo de sangre*, que es el martirio, o la muerte sufrida para defender la fé de Cristo. Ni éste, ni el *de fuego* son sacramentos; pero se llaman bautismos porque purifican el alma y suplen el sacramento, cuando éste, por algún impedimento, no puede recibirse. ¿Está usted?.

D. TITO — Conforme.

IV

D. ESTEBAN —A la manera que el árbol, caídas sus hojas secas, se viste de nuevas hojas, cuando principia una nueva primavera, así también por el Bautismo cae el hombre viejo, y empieza y crece el hombre nuevo, hombre espiritual y celeste, al influjo de la gracia regenerativa, que perdona la culpa y toda la pena debida por la culpa.

D. TITO —Bueno.

D. ESTEBAN —Pero esta gracia del Bautismo puede perderse por la infracción de la ley, por el pecado grave, cometido después de su recepción. Esto es natural.

D. TITO —Convenido.

D. ESTEBAN —¿Cómo puede, pues, recuperarse esta gracia?... Aquí, don Tito, asoma el *coco* para tantos y tantos hombres: la Confesión sacramental, real, o en deseo, (en voto), parte y condición necesaria del sacramento de la Penitencia, para que el pecado se perdona, y cuya naturaleza y necesidad vamos a ver, a no ser que usted mande otra cosa; y de cuya importancia le hablaré a usted largo y tendido, si el sol no viniese caminando tan a prisa, o la tierra volteando sobre su eje tan corriendo.

D. TITO —Vamos a ver que me dice usted de la Confesión...

D. ESTEBAN —Si yo no temiese que nos va a faltar el tiempo, empezaría por buscar el origen de la Confesión, como institución divina, parte de la Penitencia, elevada por Cristo a la dignidad de sacramento, e iría haciendo notar a usted el sentir de la humanidad acerca de ella, manifestado por aquellos hombres que han sido en el mundo la expresión más eminente de su época.

* * *

D. TITO —Se dice que la Confesión ha sido inventada por los papas ó por los curas...

D. ESTEBAN —(con *sorna*) Sí, señor, sí: la han inventado los curas o los papas. No obstante, vayamos atando cabos, y buscando al cura, o al papa que la inventó.

Pecó Adán, y Dios exige de Adán la confesión de

su culpa, que es la mejor prueba de arrepentimiento, la condición de la reconciliación y la paz.

Partiendo del Génesis, y recorriendo el Levítico los Números, Esdras, Jeremías, Proverbios, etc., encontramos algunas máximas como ésta: *No te avergüences de confesar tus pecados; y el que oculta sus faltas no tendrá buen fin.* Lo cual supone que estaba generalmente admitida la necesidad de la confesión entre los Israelitas.

¡Y fué inventada la Confesión por los curas, o por los papas, si, señor!...

Hasta en los pueblos que estuvieron y están fuera de la revelación, encontramos la confesión de los pecados, como medio para borrar el crimen. Escuche usted, que voy a referirle las palabras de un legislador, el primero, según cuentan buenas lenguas, que dió a la India leyes político-religiosas, y cuyo código es uno de los libros más originales y antiguos del mundo.

Manú

—El hombre que habiendo cometido un pecado se confiesa verdadera y voluntariamente, se limpia de su culpa, como la serpiente de la vieja piel. Oiga usted ahora el testimonio de otro que existió mucho tiempo antes que vinieran al mundo los papas y los curas.

Platón

—El que haya cometido una injusticia, dice Sócrates, debe correr prontamente a la presencia del juez, a la presencia del médico... Que se examine a sí mismo; que revele todo su crimen, sin ocultar nada; que se constituya el acusador de sí mismo, a fin de que sea castigado y curado, no sea que esta enfermedad del alma se haga incurable.

Oiga usted, en fin, a otro hombre cuyas palabras encierran una hermosa exhortación.

Séneca

—El confesar sus vicios es señal de un juicio recto y sano. Despertemos, pues, para que podamos reprendernos de nuestros errores.

¡Y después de todo, ha sido por los curas o por los papas inventada la Confesión!. (*sonriendo*) Ése tonto aserto me recuerda el famosísimo del origen de la religión por la invención de los sacerdotes ¿Lo recuerda también usted?...

D. TITO

—(*sonriendo*) Muy bien.

D. ESTEBAN

— Mas, dejemos a un lado todos esos testimonios en favor de la Confesión, y oigamos lo que Cristo, que

es la verdad eterna dice a sus discípulos, y en ellos a todos los sacerdotes: *Así como mi Padre me envió, así también os envío yo a vosotros. Recibid al Espíritu Santo. A los que perdonareis los pecados, les serán perdonados; y a los que se los retuviéreis, les serán retenidos.*

Aquí, como usted ve, don Tito, no hay salida. Ante esas claras y terminantes palabras, no tenemos más remedio que inclinar humildemente la cabeza.

* * *

D. TITO —Está bien; pero no veo yo que se infiera legítimamente de esas palabras la confesión sacramental detallada.

D. ESTEBAN—Detallada, ¿de qué?

D. TITO —De los pecados cometidos.

D. ESTEBAN—¿Pues de qué, entonces?

D. TITO —¡Bah!... de nada. Creo yo que bastan, de parte del pecador, el arrepentimiento y la simple declaración de haber pecado, para recibir la absolución. De las palabras de Cristo no se deduce otra cosa.

D. ESTEBAN—¡Canario! con qué aplomo lo dice usted!

D. TITO —Lo profiero así porque así lo *estimo*.

D. ESTEBAN—Pues yo *estimo* que una confesión sumaria no es tal confesión; y sostengo que, en virtud de esas divinas palabras, el pecador debe manifestar detalladamente sus culpas al confesor en el tribunal de la penitencia, en cuanto a su número, y especies, y graves circunstancias, etc., sin que deba, por supuesto, entrar en minuciosidades innecesarias, por las que se pierde el tiempo y la paciencia.

D. TITO —Prueba.

D. ESTEBAN—Allá va. Dígame usted: ¿el sacerdote ha recibido de Cristo la potestad de perdonar los pecados, o retenerlos?..

D. TITO —Bueno: concedido, sí, señor.

D. ESTEBAN—Luego, debe desempeñar el oficio de Juez.

D. TITO —Pase.

D. ESTEBAN—Luego, no sólo es necesario que le esté sometido todo, absolutamente todo el objeto, sobre el que debe ejercer su función, y toda la extensión del mismo, sino que debe también conocerlo bien. ¿No es eso?..

D. TITO —Cierto... sí.

D. ESTEBAN—Sí, sí; ésto es más claro que la luz del sol. Luego, no basta que el penitente diga: *He pecado, o he pecado poco o mucho*; porque así, como usted comprende, no apreciaría el confesor toda la extensión del objeto, ni podría imponer una prudente y justa satisfacción, parte también de la Penitencia. De aquí que el Apóstol, que sabía ésto mejor que usted y que yo, exija a cada pecador el exámen propio: (1) jéso es!

D. TITO —¡Vamos!....

D. ESTEBAN—La Confesión, don Tito, es un juicio del alma pecadora: juicio en que deben figurar un código de leyes, que es el Evangelio, con arreglo al cual debe dictarse la sentencia; un acusador y un acusado, que es el mismo pecador arrepentido; un juez que ha de fallar, *con conocimiento de causa*. ¿Cómo, pués, no ha de exigirse en ese juicio, si bien bajo el sello del secreto *más absoluto*, la relación detallada de los crímenes cometidos por el reo?...

* * *

D. TITO —Bueno: convenido; pero ésto de confesarse con un hombre, don Esteban...

D. ESTEBAN - ¡Eeh!... ¿pues con quien quiere usted que se haga la confesión? ¿Con un angelito del Cielo?... Sólo la idea de la majestad, de la santidad y de la pureza de tal confesor, estoy cierto que había de confundir al penitente y retraerle de la confesión. De modo que usted hace motivo de disculpa, a lo menos, lo que debe ser motivo de agradecimiento. Porque de agradecerse es que Cristo mande que un hombre confiese sus pecados a otro hombre, y derrame su corazón en otro corazón, que, a su vez, tiene que derramar en otro sus propias iniquidades y miserias.

* * *

D. TITO —Pero podría el hombre confesarse con Dios.

D. ESTEBAN—(*volviendo la cabeza a un lado*) Es decir: ¿confesarse consigo mismo?

D. TITO —Eso.

D. ESTEBAN—Mire, don Tito: no perdamos tiempo con tales ni-

(1) ad Cor-II=

ñerías. A éso respondo yo con la amarga ironía, con que para el protestantismo actual respondió una vez Claus Harms: *En otro tiempo se solicitaba la remisión de los pecados; hoy las damas y los señores se los perdonan ellos mismos. ¡Fecundísima absolución!*

(Don Tío baja la cabeza y *souric*)

Aquí, don Tito, se lo repito a usted, aquí no hay salida. Ante la verdad eterna hemos de arrodillarnos y adorarla profundamente. Ella nos manda la Confesión sacramental, y nos manda hacerla de ese modo, de ese modo también hemos de creerla y practicarla: practicarla como lo manda la Iglesia Católica, y a lo menos cuando la Iglesia Católica lo manda. Ella, sabia en todo, preceptúa, porque tiene autoridad para ello, (y ésto ya está demás decírselo a usted) que todos los años se renueve y remoce el corazón cristiano, a la manera que todos los años se renueva la naturaleza; y así como por el tiempo de la primavera la tierra se viste de nuevas flores, y los árboles de nuevas hojas, y lozanean las plantas con nueva savia, y hierve nueva sangre en los animales, y en nuestros propios cuerpos, así también el alma cristiana se renueva y renazca, en ese mismo tiempo, por medio de la nueva infusión del espíritu de Dios, por la nueva creación de rectitud, de fuerza y de santidad, que regenere la voluntad, el entendimiento y hasta los sentidos; haciendo que quede más hermosa con los atavíos de la gracia, que la tierra con los adornos y encantos de la naturaleza.

D. TITO

—Comprendo; muchos enemigos, no obstante, tiene la Confesión, don Esteban.

* * *

D. ESTEBAN—(*colocándose bien en el sillón*) Conforme. Yo convengo con usted que muchos, no obstante la necesidad, la utilidad e importancia de la Confesión, se levantan contra ella. A pesar de que no hay palabras para ensalzar dignamente la Confesión; a pesar de que ella es un segundo baño espiritual, que lava, purifica y blanquea el alma, para hacerla digno tálamo del Divino Esposo, para que, transformada, y renovada por Cristo, no busque, ni sepa, ni quiera, ni ame más que las cosas de arriba; es decir: las cosas del

Cielo, y no las de la tierra; a pesar de que la Confesión es un sacramento inestimable, el más útil, el más necesario para la salvación, después del Bautismo, yo se muy bien, don Tito, que él es el abismo de la mas negra ingratitud, y convengo con usted en que es el más odiado, el más aborrecido, el más despreciado, el que más enemigos cuenta entre todos los sacramentos. Pero, ¿sabe usted por qué? ¿Sabe usted por qué tiene la Confesión tantos adversarios, no diré entre los impíos y los herejes, sino aún entre los que profesan teóricamente la Religión Católica? Pues sencillamente porque tiene en contra las dos fuerzas más poderosas que hay debajo del Cielo.

D. TITO —A ver...

D. ESTEBAN—El Infierno de una parte, y de otra, las malas pasiones de la corrompida naturaleza humana.

D. TITO —Explíquese usted.

D. ESTEBAN—El Demonio, *amiguito*, el Demonio que, como león rugiente, ronda de continuo el alcázar del alma, ve con profunda envidia y rabia maldita que la Confesión no cesa de poblar el Cielo; que por ella se merman diariamente las huestes que creía suyas; que las desercciones aumentan en proporción que aumentan los hombres que se confiesan, y que cada confesión bien hecha acaba con su dominio en el alma del pecador, y le arroja vergonzosamente de ella.

¿Ha pensado usted alguna vez cuan grande es la victoria de la Confesión sobre el Demonio?. ¿Quién puede calcular siquiera el número de almas que arranca la Confesión de las garras de Satanás?... ¿Cuántas desesperaciones, cuántos suicidios evita?... ¿Cuántos homicidos, cuántas rapiñas, cuántas blasfemias, cuántos delitos de todo género impide?... Cuántas reconciliaciones, cuántas restituciones de la hacienda agena, y sobre todo de la agena fama lleva consigo?... ¿Cuántas lágrimas de arrepentimiento y gratitud hace derramar?... ¿Cuántos dolores no arranca del alma atribulada?. ¿Cuántas llagas del corazón no cicatriza?. ¿Cuántas asperezas no suaviza? ¿Cuántas virtudes no hace germinar?... ¿Cuántas malas inclinaciones no cambia?. ¿Cuántas perversas afecciones no desarraiga?. ¿A cuántos cristianos, en fin, no

conduce al Cielo, retrayéndolos casi de las mismas puertas del Infierno?...

(Don Tito calla con el codo apoyado sobre el sillón, y la cabeza inclinada sobre la mano; y el anciano prosigue.)

Por otra parte, las pasiones de la naturaleza humana flaca y corrompida aborrecen también la Confesión, don Tito; porque en ella encuentran su freno y su muerte. A los pies del confesor se aplasta la cabeza de esa furia infernal, desgredada y sangrienta, que se llama ira, con su séquito de atropellos y venganzas. Allí muere la ambición que todo lo exige y todo lo escala; la triste envidia que sabe perdonar los defectos antes que las virtudes, y para quien un gran mérito es un gran crimen; la cobarde perfidia que cubre con flores el veneno de sus dardos. Allí, en fin, mueren, o a lo ménos se quebrantaa esos monstruos que se llaman pasiones humanas, y que son, por lo mismo, los mayores enemigos que tiene la Confesión.

Pero después de todo, y a pesar de todo ¿qué? ¿Hacen, por ventura, innecesaria la Confesión sacramental los rudos ataques que contra ella se dirigen? ¡No! Siempre será cierto que, tal como ella se practica en la Iglesia Católica, es, en virtud de las soberanas palabras de Cristo, tan necesaria para la remisión de los pecados, que... pese a quien pese, en definitiva: *O confesión, o condenación.*

¿A ver por dónde se atreve usted a abrirse brecha ahora, y a zafarse?..

D. TITO — *(sonriendo)* Únicamente por esa última palabra suya la abriré, y me escaparé, si puedo.

D. ESTEBAN — ¡Ah sí! ha llegado la ocasión de hablar de ella y dejar sentado otro dogma de la Iglesia: el dogma de las penas eternas, que es a lo que usted aludía antes con pícaro intención.

V

(Variando de tono) Pero dígame con franqueza, don Tito: ¿es que niega usted el dogma del Infierno?..

D. TITO — Sinceramente le confieso a usted, don Esteban, que tengo contra él mis dificultades, y graves y muy serias. La idea siquiera de un Infierno eterno me ha

causado siempre una repugnancia y una aversión horribilísimas, y me ha trastornado la cabeza, y me ha llenado *el corazón, extraordinariamente, de preocupaciones* contra la Religión.

D. ESTEBAN—¡Yal yal: No es extraño que haya participado usted de lo que, hace mucho tiempo, ha venido siendo el gran principio de innumerables errores filosóficos, y erpecialmente del odio que los impíos han jurado a la Iglesia de Cristo. Sacudido el yugo del Evangelio y perdida la brújula de la fé, sólo queda, ¡canario! el norte de la razón que, preocupada por las malas pasiones, pide desde las altas cumbres de su soberbia auxilio a los sofismas; y ¡claro! de aquí naturalmente, el desorden de las ideas y de los sentimientos. Es preciso impugnar el Infierno; luego es menester hacerlo imposible. ¿Cómo?. El Infierno supone la existencia del alma humana y su supervivencia después de la muerte; ¡ataquemos la existencia del alma y su inmortalidad! Podrá acaso la muerte, que destruye la materia, no destruir el espíritu; ¡trabajamos, pues, por establecer el materialismo!. Sin una substancia espiritnal es difícil formarse una idea de la libertad humana; ¡dirijamos, por consiguiente, nuestros tiros contra la espiritualidad del alma!. La idea de Dios, formada por las voces de todas las criaturas, se nos mete por los ojos, y se entra y llega al fondo de nuestra alma; ¡trabajemos, no obstante, por trastornar la idea misma de Dios!. Cristo, su Iglesia, sus santos, sus Apóstoles, sus sucesores ¡fuera todo! ¡Guerra a Cristo!; ¡guerra a la Iglesia! ¡guerra a todo lo sagrado!. Son los malos apetitos ¡canario! los que hablan contra la terrible idea del Infierno; y ese es el lenguaje de los incrédulos y de los pecadores endurecidos. Yo pierdo la cabeza si sus pasiones y la imposibilidad de conciliar el imperio de ellas con la existencia de las penas eternas, no son el origen de todos esos horrores. Mas, ¿qué prueban los impíos con todos sus fútiles argumentos? Apagarán, por ventura, con ellos el fuego eterno, añadiendo la rebelión y la incredulidad del espíritu a los desórdenes del corazón?.. ¡No!; y vamos a verlo. Por lo pronto usted tiene la palabra, don Tito, para exponer las tan serias dificultades contra ese dogma, cuya sola idea tanta repugnancia le ha causado.

D. TITO —Vamos allá, pues. Dícese (por más que yo, don Esteban, hablándole a usted con la sinceridad que me distingue, he tenido y tengo en poco esta objeción) dícese que el interés de los sacerdotes es el que ha inventado el Infierno.

D. ESTEBAN —Con razón tiene usted en poco, don Tito, *eso* a que se da el nombre de dificultad;

1.º porque es ya para empalagar a cualquiera esa tan cacareada *invención*. Los sacerdotes han inventado la Religión, la Confesión y el Infierno. ¡Cuántas cositas más habrán inventado los sacerdotes! ¡Da hastío el oirlo siquiera!

2.º porque a usted le parece que la calumnia es demasiado osada y grosera, y que jamás hará impresión sino en hombres que a la ignorancia añaden una injusta preocupación.

Harto conocidos son los Profetas que mucho tiempo antes que existieran los Sacerdotes, a que se alude, hablaron del Infierno con estas terribles palabras: «¿Quién de vosotros podrá habitar en el fuego devorador? ¿quién morar en los ardores sempiternos?».. (I)

Cuanto al *interés* ¡valgan verdades! lo han tenido y lo tienen grande los sacerdotes, si señor: hay que confesarlo.

D. TITO —Ya usted ve, pues.

D. ESTEBAN —¡Aaah! ¿pero eso es prepararse, al menos, para cantar victoria?

D. TITO —Pues...

D. ESTEBAN —No, hijo, no: no se anime usted a cantar en ese tono, que lo hará malditamente.

El *interés* a que me refiero no es el relativo a la *invención* del Infierno: es el *interés* que tienen los sacerdotes en predicar el Infierno, para preservar de él a sus hermanos, a quienes quieren legítimamente atemorizar con verdades, terribles sí, pero saludables; y no engañarlos y seducirlos ¡canario! como los impíos, incrédulos y sofistas, con el consuelo de mentidas esperanzas: ¡ése es!

* * *

(1) Isafas XXIII=

- D. TITO —Bueno; pero no me parece tan grosera y osada esta otra dificultad.
- D. ESTEBAN A ver. .
- D. TITO —¿Cómo, digo yo, cómo puede ser castigado eternamente un hijo por un padre infinitamente bueno? ..
- D. ESTEBAN—(*con amarga sonrisa*) ¡Siempre me ha hecho mucha gracia el que la bondad de alguien sirva a otros como título de rebelión, de infidelidad y de ingratitud para con él. Pero vamos despacio, guiados por la razón. Dígame usted: ¿puede y merece un hijo, si falta, ser castigado justamente por su padre?...
- D. TITO —Temporalmente, con una pena proporcionada al delito, ¡ya lo creo que puede y lo merece!
- D. ESTEBAN —Luego, un hijo infinitamente malo merece ser castigado por su padre con una pena infinita: es el castigo proporcionado a la culpa.
- D. TITO —Pero ¿qué hijo puede haber infinitamente malo, don Estéban?
- D. ESTEBAN—Pues, hombre, es hijo infinitamente malo el que niega su amor a Dios, y con avilantez le ultraja gravemente.
- D. TITO —No alcanzo...
- D. ESTEBAN Lo que usted no *alcanza*, don Tito, es el infinito peso y la medida infinita de la imponderable Ley de Dios; y por consiguiente, no ve tampoco la infinita gravedad de la infracción de esa Ley sacrosanta. Aquí está el todo.
- D. TITO —Pues no, no veo.
- D. ESTEBAN—Pues no cierre los ojos, ¡canario!... Dígame usted: si el pecado es un infinito mal, ¿no puede con verdad decirse que quien lo comete es infinitamente malo?..
- D. TITO —Pues....
- D. ESTEBAN—Responda, responda.
- D. TITO —Pero, ¿cómo puede ser el pecado del hombre un mal infinito, cuando es obra de un instante no más?
- D. ESTEBAN— ¡Hola!... ¿y usted juzga y mide la gravedad del crimen por el tiempo que se emplea en consumarlo? Pues lo juzga y mide usted pésimamente. El crimen, don Tito, debe ser examinado y juzgado y medido en sí mismo: en su malicia, en su fealdad, en su perversidad y en todos los demás respectos que constituyen la maldad, la ofensa, el ultraje. Juzgarlo y medirlo por el tiempo que se emplea en cometerlo, es un absurdo. Somos unos locos de atar, cuando

por aminorar la pena, alegamos esa excusa del tiempo; y más locos somos, cuando prescribimos, o intentamos siquiera prescribir esa inconsecuente regla. ¿Pues qué? ¡Vasto es mi triunfo! ¿Qué justicia examina y mide jamás la pena, únicamente, con proporción al tiempo que se gasta en ejecutar el crimen? . Si así fuese, al malvado que en un momento lanza la bomba, o dispara el revólver, o propina el veneno, o mete el puñal, serviríale de excusa el no haber empleado más que un solo instante en quitar la vida a un ciudadano; y en tal caso, la ley humana no tendría derecho a castigarle, no digo con la muerte, pero ni siquiera con la cadena perpetua, o con el cautiverio por toda la vida. Y ésto no lo admite usted ni nadie, a no ser que estén locos, o aboguen en favor del desorden y la anarquía completa.

(Don Tito masculla unas palabras que no se le entienden, y el anciano prosigue:)

Otras proporciones hay, más justas, tratándose de Dios, entre la pena y el pecado voluntario, deliberado, cometido con reflexión, con conocimiento de la ley que decreta su castigo y con libertad de observarla. Mas, ¿para qué entretenernos en referirlas?.. Póngase la culpa en un lado con toda su malicia y horror, y la eternidad del castigo en otro, y hallaremos en una y otra parte lo infinito, por razón de la persona ofendida: hallaremos el crimen sin término en su malicia, y por consiguiente, la pena sin fin en su duración: ¡éso es!...

* * *

- D. TITO — ¡Pero el hombre es tan pequeño y tan vil, don Estéban!...
- D. ESTEBAN—(con brío) Por eso mismo debe respetar al más perfecto de todos los seres.
- D. TITO — ¡El hombre es tan débil!...
- D. ESTEBAN—(con más brío) Luego, debe estar siempre sujeto y sumiso a Dios. Sus pecados, a pesar de su vileza y debilidad, no dejarán de ser siempre pecados de elección y preferencia; y, por consiguiente, no habrá fealdad, y perversidad, y rebelión, e ingratitud que no se encierren en ellos.

¿Qué Dios es infinitamente bueno? Conforme: no hay inteligencia que pueda comprender, ni lengua que pueda ensalzar dignamente la infinita bondad y misericordia de Dios ¿Pero no es Dios, como dice el Profeta Rey, también infinitamente justo en todas sus acciones? (1) Sí; y llegará un día en que su justicia tendrá cuidado de los intereses de su honor, y su veracidad, según dice el Apóstol, *se justificará en todas sus palabras, y saldrá victoriosa de los juicios inicuos y temerarios de los hombres* (2)

La justicia de Dios, pues, es tan infinita como su misericordia, don Tito; y Dios no sería infinitamente bueno, si no odiase infinitamente la maldad, y no la castigase eternamente, o no fuese de ella un eterno vengador, como dice otro Profeta con estas terribles palabras: *Y no perdonará mi ojo sobre tí, ni tendré piedad; mas, pondré tus caminos sobre tí, y tus abominaciones estarán en medio de tí, y sabrás que yo soy el Señor* (3)

* * *

D. TITO — A pesar de todo, entiendo yo, por otra parte, que el Infierno eterno es mayor mal que todos, absolutamente todos los bienes temporales que puede gozar una criatura.

D. ESTEBAN — También yo lo entiendo así. ¿Y qué?..

D. TITO — ¿Cómo va, pues, Dios a condenarla a una eternidad desventurada, cuando no hay comparación entre los bienes temporales y los males eternos?..

D. ESTEBAN — (*aparte*) ¡Sopla!..

D. TITO — Y si así y todo la condena, ¿quién no ve que el Ser Supremo creó un número de almas con el designio de perderlas eternamente? Y esto es injustísimo.

D. ESTEBAN — ¡Cuidado, señor mío, cuidado con las blasfemias! Piense usted bien y mida bien sus palabras antes de objetar.

D. TITO — (*sonriendo*) Disimule usted y tenga la bondad de responder a mi reparo.

D. ESTEBAN — Allá voy. Cuanto a lo primero respondo: propia-

(1) Salmo CXLIV.=(2) A los Romanos III==

(3) Ezequiel VII==

mente ¿quién es el que condena a un suplicio eterno? ¿Es Dios quien condena al hombre, o es el hombre quien se condena a sí mismo?.. Dios no; porque todo lo que hace Dios se encamina a preservar al hombre del Infierno. Es el hombre ¡canario! es el hombre quien, por su libre voluntad se sumerge en una eternidad de males; ofendiendo a Dios y ultrajándole. Luego, es un absurdo comparar los males eternos con los bienes temporales que Dios nos dispensa: todo bien es obra de Dios, y el mal, el verdadero mal, nos viene de nosotros mismos.

¡Qué Dios creó un número de almas para condenarlas eternamente! ¡Horrible, y execrable blasfemia! ¡Nol: Dios, como dice la frase santa, *no formó cosa alguna por odio que la tuviese.* (1) *Dios quiere que todos los hombres se salven, y vengan al conocimiento de la verdad.* (2) Que por eso el 2.º Concilio de Orange y el de Trento fulminan terrible anatema contra todo el que llegue a decir que Dios ha predestinado a alguien para el mal, o para hacerle daño.

D. TITO —No obstante, Dios, en tal caso, da el ser a algunas almas, previendo que se condenarán.

D. ESTEBAN—(aparte) ¡Sopla! (a don Tito) Conforme. ¿Y de ahí que se deduce?...

D. TITO —Pues en tal caso....

D. ESTEBAN—Legítimamente se infiere (atienda bien y refresque la memoria) se infiere lógicamente que se condenarán por culpa suya, por su formal resistencia a la Ley santa de Dios y a los medios de salud que Dios les ha proporcionado; porque, como le indiqué a usted en otra ocasión esta noche, *preveer y querer* no es lo mismo.

Además: ¿dónde está la injusticia de Dios, cuando El no dá lo que de justicia no debe? ¿No ve usted que si saca a las almas del abismo en que ellas se arrojaron, es por un acto de su infinita misericordia?

* * *

D. TITO —Está bien. Vamos a ver ahora como me resuelve usted esta otra dificultad, que, a mi entender, encierra

(1) Sap.-XI=(2) I A Timot-II==

una verdad tan evidente cual un axioma de matemáticas.

D. ESTEBAN — ¿Contra la existencia del Infierno?...

D. TITO — ¡Claro!

D. ESTEBAN — (*sonriendo*) Pues desde luego le digo a usted que ha de ser una máxima evidentemente falsa: ¡tan cierto estoy!...

D. TITO — (*con arrogancia*) Vamos a verlo. Si el poder, la bondad y la justicia supremas se juntan con el infinito *saber* en un ser mismo, éste ya no castiga, sino que o perfecciona, o destruye.

D. ESTEBAN — ¡Canario! ¿quien puede con ese peso?...

(*Aparte*) ¡Bien lo decía yo que había de ser uno de esos relumbrones de ingenio con qué hace ya tanto tiempo vienen dejándose seducir y alucinar muchos miserables! (*al joven*) Pero ¿que cosas tiene usted, don Tito!. ¿Usted no ve, criatura, que esa máxima supone todo lo contrario de lo que usted cree, o finje creer? ¿Usted no ve que, sentada esa falsa máxima, Dios no puede castigar, ni aún temporalmente; puesto que una bondad, una justicia y un poder infinitos, unidos a una infinita sabiduría pueden perfeccionar a las criaturas por otros medios que no sean castigos?...

¡Y me saca usted a relucir ahora con una jerigonza de respetabilísimas palabras la sabiduría infinita, para objetarme contra el dogma del Infierno! No me importa. Yo le sostengo a usted que la sabiduría infinita pide también una pena eterna: y me valgo de sus mismas armas, para combatirle. Prepárese usted.

D. TITO — Prevenido estoy.

D. ESTEBAN — Dios, por su infinita sabiduría, es Supremo Legislador

D. TITO — Conforme.

D. ESTEBAN — Luego, debe unir a sus leyes una sanción que garantice su observancia; porque ya sabe usted que la sanción guarda la ley y la defiende, y que, gracias a la sanción, la ley observada contiene una medida de recompensa muy superior a la privación que impone, y la ley violada encierra una medida de dolor, que excede, en mucho, al placer que proporciona.

D. TITO — Es razonable.

D. ESTEBAN — (*con brío*) Luego, se necesita para ello una eterna recompensa y un castigo eterno; o, lo que es igual, un Cielo y un Infierno sin término en su duración.

D. TITO —(con fuerza) ¡Ah! no, señor!: hay el medio de un castigo temporal en vez de una pena eterna.

D. ESTEBAN—¡Hola! ¡con qué brío lo dice usted! No se exalte, hijo, no se exalte: vamos a aclarar los conceptos, poniéndolos en su verdadero lugar. Allá va una distinción, y ¡fuera sofismas! *Hay el medio de un castigo temporal* para la ley quebrantada levemente, o para pagar el resto de la pena eterna, perdonada la culpa mortal, se lo concedo a usted de buen grado; para ello tenemos la cárcel del Purgatorio, y el Valle de lágrimas de la vida; mas, *hay el medio de un castigo temporal* para la ley gravemente violada y para la impenitencia final, se lo niego a usted rotundamente. ¿Pues qué? Para el pecador impenitente; para el que muere en desgracia de Dios ¿qué viene a ser el castigo temporal en comparación de la eternidad, sino un punto imperceptible: ménos que un átomo en el aire, ménos que un grano de arena en el desierto, ménos que una chispa de fuego en el incendio, ménos que una gota de agua en el mar?. Si en este caso la pena fuese temporal, yo me atrevería a sostener ¡canario! que los legisladores humanos (y el Señor me lo perdone si falto en la comparación) obrarían más cuerdamente que Dios; porque con una sentencia deciden de la vida del tiempo.

Por otra parte: ¿qué sería el Infierno si no fuese más que un castigo temporal? Cuando la pasión domina al hombre; cuando el mundo del placer pecaminoso extiende sus miles de brazos para asirle, el hombre necesita entonces un medio indiscutible, soberano, demasiado fuerte, para no caer bajo su imperio, para no quebrantar la Ley divina, o para arrepentirse de su inobservancia. Es decir, que el hombre necesita entonces de un socorro más fuerte que el mundo, a fin de que pueda vencerle; o lo que es lo mismo, frente a un Legislador Eterno, frente al cumplimiento y a la infracción de la Ley de Dios, necesita de una eternidad de recompensa y de una eternidad de castigo: ¡valgan verdades!. Ciertamente que el incentivo del temor no es el más elevado, ni el más noble; pero es, sin disputa, el más general y el más poderoso para la mayor parte de los hombres; y hasta Cristo lo indica muchas veces á los modelos de perfección: a sus Discipulos.

Además, y dispéñseme usted, don Tito, dispéñseme usted que lo diga, porque la razón debe imponerse al sentimiento; además, ¿qué Dios sería éste que por su sentencia no fijase irrevocablemente un castigo eterno para ciertas almas?... Dígame usted: ¿no hay pecadores que, si por un imposible viviesen eternamente en este mundo, vivirían ofendiendo a Dios eternamente. ¿No?... Pues entonces no escrudniémos el misterio. ¿Sí?... Pues sostengo que vivirían dirigiendo siempre a Dios esta palabra horrible: No queremos obedecerte; pero tú tienes la obligación de admitirnos algún día en tu Paraíso ¿Qué es ésto, don Tito?... ¿No es ésto burlarse eternamente de Dios?. Y Dios tiene que esperar. ¿Hasta cuando?... Yo aseguro que en este caso no podrá usted, ni nadie fijar tiempo. Dios está llamando muy suavemente, siempre, durante la vida, a las puertas del corazón del culpable. ¿Esperará hasta el momento de la muerte, para salvarle?... No hay dificultad de parte de Dios; si hay algún obstáculo, ésta es la impenitencia, o la forzosa y no libre penitencia de parte del pecador. ¿Deberá esperar Dios todavía después de la muerte? Tenga usted la amabilidad, don Tito, de responderme a esa pregunta.

D. TITO Francamente, parece muy duro el que Dios espere, dadas todas esas circunstancias.

D. ESTEBAN — ¡No, no! Dios no esperará: el alma impenitente, de grado, o por fuerza, ya que no le ha movido un Dios infinitamente bueno, tendrá que rendir tributo a un Dios infinitamente *sabio, poderoso y justo*. Ella, eterna y destinada a una eternidad será por una eternidad asida y agitada en las profundidades de su ser, y vivirá en el Infierno, para beber eternamente el vino de fuego de la justicia, de la sabiduría y hasta de la bondad de Dios, en la copa de su cólera; a fin de dar a Dios en sus dolores, sin término, este eterno testimonio.

(Aquí se le escapó al jóven un hondo suspiro, a mi parecer sin darse cuenta: suspiro que se confundió con las primeras siguientes palabras del anciano).

Vea usted, pues, don Tito, como no sólo la bondad y la justicia de Dios, sino también su eterna sabiduría reclaman absolutamente la eternidad del Infierno. Dios sigue, amigo mío, Dios sigue, sin desviar-

se los caminos de su sabiduría, de su justicia y de su amor infinitos: ¡ése es!.

(Aquí don Esteban apoyó el codo sobre la mesa y la frente sobre la mano, y don Tito inclinó profundamente la cabeza sobre el pecho. Permanecieron los dos así unos instantes en silencio, hasta que el joven lo interrumpió a media voz).

* * *

D. TITO —¡Ah!... pero no tiene límites la misericordia de Dios!..

D. ESTEBAN—Sí, don Tito, sí: no tiene límites la misericordia divina. No me canso en repetirlo Y ¡ay! de nosotros, si Dios no tuviese compasión de nuestras miserias! Y ¡ay! de aquel que desconfíe de la bondad y misericordia de Dios!.. Pero dígame: ¿es que usted busca todavía punto de apoyo en la infinita misericordia para negar el Infierno, o dudar de él?.

D. TITO —*(volviendo la cabeza a un lado)* No sé, no sé, don Esteban.

D. ESTEBAN—¡Vasto es mi triunfo! Vamos a ver si acaba usted de convencerse; por más que sospecho que esa actitud suya es debida a una espina que se le ha clavado en el corazón. ¿Como conocemos la infinita misericordia de Dios?. Tenga usted la bondad de responder...

(Don Tito cubizbajo, y triste, al parecer, no responde; y sigue el viejo)

¡Bah!... Únicamente podemos conocerla por Cristo; porque El solo, El, Dios como su Padre, la ha revelado.

D. TITO —¡Sí! sí! .

D. ESTEBAN—Pues bien: después de lo que llevamos dicho; después de haber visto que lo que la inteligencia humana divide no se halla dividido en Dios; es decir: que su justicia y su odio al pecado son tan infinitos como su misericordia, y que El, infinitamente bueno, debe tener un Infierno eterno por amor a su eterna justicia; después de estas poderosas razones; y pasando por alto toda otra de peso extraordinario; dejando a un lado las tradiciones de todos los pueblos de la tierra, en las que ha sido tenida la eternidad de las penas, no como una cosa dudosa, sino como una cosa cierta e indudable; omitiendo los testimonios de los filósofos y de los poetas gentiles que maldita falta nos hacen, oiga usted la primera y última razón, y .. ¡boca abajo!

D. TITO —A ver....

D. ESTEBAN Es la palabra infalible que nos habla del estado de los condenados con estos horribles términos: *tinieblas exteriores; lugar cerrado para siempre al perdón; segunda muerte; lago de fuego en donde el humo de las torturas de los réprobos sube día y noche, por los siglos de los siglos; porque sufren suplicios eternos delante de la faz de Dios.*

Oiga usted, en fir, esta otra terminante palabra de Cristo, que si no le hace temblar creo que no haya palabra en la Sagrada Escritura ni fuera de ella, capaz de moverle a usted el corazón. *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que ha sido preparado para el Diablo y para sus Angeles.... Estos irán al suplicio eterno, y los justos a la eterna vida (1) Más vale entrar en el Reino de los Cielos con una sola mano que ir con las dos al Infierno, en donde el gusano devorador no muere nunca; en donde el fuego que abrasa no se apaga jamás.*

Así habla, don Tito, así habla quien, como usted ya sabe, no puede engañarse ni engañarnos. A ver por donde encuentra usted ahora salida...

D. TITO — *(con la mano puesta en la frente, inclinada la cabeza con abatimiento)* ¡Terrible verdad! ¿Quién podrá morar en esos ardores sempiternos?..

D. ESTEBAN—Esa es, precisamente, la palabra que dirigió Isaías a los pecadores endurecidos. *(Pausa)*.

* * *

D. TITO —Pero dígame, don Esteban: ¿qué clase de fuego es ese? Porque si es un fuego material como el nuestro, no veo yo como pueda ejercer su acción sobre el espíritu, separado del cuerpo.

D. ESTEBAN—¡Valgan verdades! sobre si ese fuego es material, o real, o metafórico, nada ha decidido la Iglesia. La Sagrada Escritura se explica vagamente sobre esta cuestión, como sobre la naturaleza de los goces y alegrías de los bienaventurados Pero así como estamos autorizados para decir con el Apóstol que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en el corazón humano pudo

(1) S. Mat. XXV—

caber jamás lo que Dios tiene preparado en el Cielo para sus escogidos, así también podemos decir que es inconcebible lo que el Señor tiene preparado a los que caigan en las manos de su justicia.

Cuanto a la materialidad del fuego, ¿quién le ha dicho a usted que pueden ponerse límites al infinito poder de Dios?...

Dado que el fuego del Infierno fuese material, Dios no puede haberle dado una virtud especial para atormentar el espíritu? ..

D. TITO —¡Sí! sí! ..

D. ESTEBAN—¡Ya lo creo que sí!

* * *

D. TITO —Ante la idea del Infierno, o más bien, ante esa espantosa realidad, mejor sería que Dios aniquilase al pecador obstinado, o impenitente, don Esteban.

D. ESTEBAN—¿Mejor?... No, señor. Cierto que el condenado, si pudiese, se suicidaría para escapar de la vengadora justicia; mas, Dios no se lo permitirá, ni Dios aniquilará al alma.

D. TITO —(*abatido*) ¿Con que Dios no aniquilará al alma?

D. ESTEBAN—No señor: Dios se contradiría a sí mismo, si aniquilase al alma del condenado, después de haberla dado el presentimiento de su inmortalidad, y haberla señalado destinos inmortales. Digo más: ese aniquilamiento no sería una expiación del orden moral perturbado, ni sería tampoco digno de Dios; porque El es el asilo de las almas y la misma santidad: jeso esl..

* * *

D. TITO —¿Y no podría el alma arrepentirse verdaderamente, de modo que, una vez purificada en el Infierno por la expiación, fuese, al fin, admitida por Dios en el Cielo?..

D. ESTEBAN—Tampoco. *El árbol permanecerá echado del lado que cayó (1) Pasada la hora suprema, cerrarse la puerta para siempre (2) (variando de tono) Y le ad-*

(1) Eclesiastés-XI=(2) S. Mat.XXV=

vierto a usted que, una vez oída la palabra de Cristo, está demás esa objeción.

D. TITO —¿Por qué?

D. ESTEBAN— Pero ¡criatura! admitido el arrepentimiento, tendríamos que admitir la reintegración final, y verificada ésta, el Infierno no sería eterno; lo que es contra la palabra de Cristo.

D. TITO —(*animándose*) Bien, ¿pero puede, o no puede el alma arrepentirse en el Infierno?

D. ESTEBAN— Bien; ¿pero usted quiere empatar el tiempo, después de lo dicho, con fútiles preguntas? O quiere usted pincharme todavía más?

D. TITO —¿Pero puede o no puede?

D. ESTEBAN— (*con brío*) Pues no, señor, no puede. ¡Vasto es mi triunfo! El arrepentimiento verdadero en el Infierno es imposible.

D. TITO —Razón.

D. ESTEBAN— En primer lugar, porque el arrepentimiento, a más de una condición: la gracia, supone la libertad, que no está al alcance de los réprobos. El arrepentimiento no es, no puede ser libre en aquella mansión desventurada; puesto que para ello se necesita que el mal sea posible, y haya que hacer elección; y nada, absolutamente nada hay que escoger allí, don Tito, nada hay que escoger allí, donde ni aun el tiempo se conoce.

* * *

D. TITO —¿Pero no siente allí el alma el deseo del Bien Sobrano.

D. ESTEBAN— ¿Y qué importa? Ese deseo conviértese para el condenado en un fuego interior que le devora, en furiosa rabia, en desesperación. Cierto que el réprobo tiene con todas sus fuerzas hacia el Bien Sumo, hacia la suprema dicha: quiere ir a Dios, pero no libremente, sino por pura necesidad. Y este arrepentimiento no puede reintegrar, no puede purificar, don Tito. El alma lo conocerá y vivirá, eternamente exclamando, a semejanza de la pobre joven de quien antes le hablaba a usted, la cual en un momento de desesperación, si bien preparándose para un acto de arrepentimiento eficaz, en el momento de su dolor, decía, refiriéndose al Ser Supremo:

*El penetra en esta fosa
Con sus clarísimos ojos,
Y ve los tristes despojos
De mi vida licenciosa...
Ve el jardín de mis amores
Perdido todo su encanto,
Y a mí derramando llanto
Sobre sus marchitas flores...
Ve que, si al placer mundano
Soy tan insensible y fría,
Es porque tengo en la mano
La dulce copa vacía...
Ve que quiero alzar el vuelo;
Pero bien sabe que es,
Porque me retiembla el suelo
Ya, debajo de los pies.
De modo que tiendo a Dios
Por pura necesidad...
Si así tiendo ¿que amistad
Puede haber entre los dos?
La libertad fementida
Con qué gocé el deshonroso
Placer, me tiene hoy uncida
A su carro victorioso.
Y esa misma libertad
Hace esclava mi conciencia,
Esclava mi voluntad
Y esclava mi penitencia.*

.....

(Desesperada)—¡Ay! no sé en este infierno quien me dará la mano;
Donde está la esperanza ni aun siquiera sé;
Buscar en esta cárcel la dicha será en vano,
Y elevar la mirada al Cielo, ¿para qué?..
¡Qué situación! La vista.. alzo, y se me resiste,
¿Qué amistad, ni que gracia puedo buscar en Dios?
¿Cómo puedo pedirías, ni alcanzarlas, si existe
Un piélago infinito de fuego entre los dos?
Tenderé eternamente hacia su excelso trono,
Y eternamente hundida bajo de su poder,
Viviré en este abismo, formado por su encono,
Hasta el fin provocado por mi vil proceder...

.....

Esos serán, don Tito, los acentos del alma condenada en el Infierno; manifestando con ellos que allí no se santifica la penitencia necesaria.

D. TITO — ¡Comprendo, sí!

D. ESTEBAN — En segundo lugar, el arrepentimiento es imposible en el Infierno, porque el cambio no tiene lugar para el alma sino en tanto que ella está unida al cuerpo, con el cual debe marchar a su último fin.

¡Y cosa admirable, don Tito! No hay cambio allí, y, sin embargo, allí hay progreso: un progreso inefable: progreso que no es como el de este mundo, del mal al bien, de la desdicha a la felicidad, de las tinieblas a la luz; sino un progreso misterioso, contrario en todo al de los bienaventurados en el Cielo; porque a la manera que éstos van de vida en vida, de amor en amor, de goce en goce, de claridad en claridad, de luz en luz, de Cielo en Cielo, y el Cielo, océano eternamente inconmensurable de vida, de luz, de amor, de alegría y de felicidad es su recompensa eterna, del mismo modo los réprobos van de muerte en muerte, de dolor en dolor, de desdicha en desdicha, de tinieblas en tinieblas, de desesperación en desesperación, de Infierno en Infierno: ¡el Infierno, conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno, será su eterno castigo!

(Don Tito ha oído con la cabeza inclinada profundamente sobre el pecho).

Esta es ¡oh joven! ésta es la verdad eterna revelada. Ahora no le sorprenderá a usted que la Iglesia nos la proponga en forma de dogma, diciendo: *A cuya venida (de Cristo, Juez) todos los hombres han de resucitar en sus cuerpos, y darán cuenta de sus acciones.—Los que obraron el bien irán a la vida eterna, y los que obraron el mal al fuego eterno.*

D. TITO — *(alzando la cabeza y con abatimiento)* ¡Dogma terrible!

D. ESTEBAN — Sí; pero no le causará a usted ya repugnancia, a lo ménos, mirada la verdad que encierra.

D. TITO — *(con resolución)* No, señor: la verdad no me causa nunca desagrado... Por ende... Y más, cuando, después de haberlo venido pensando, tengo para mí que, habido el pleno conocimiento de la alteza de la Ley, y de la gravedad de su infracción, es muy difícil que el alma humana parta de este mundo, impenitente; es decir: que es muy difícil condenarse. ¿No lo cree usted así, don Esteban?...

D. ESTEBAN — Esa es otra faz del asunto, muy digna de ser exa-

minada, don Tito; pero esta noche no podemos darnos en ello. Lo que yo sé repetir es que el que se condena es porque le da su real gana. Lo que yo proclamo altamente es que, aunque nuestras culpas graves sean más que las arenas del mar, y que las estrellas del cielo, podemos, ya con una confesión sacramental bien hecha, ya con un pesar sobre todos los pesares de haber ofendido a Dios, por ser Dios quien es, con propósito de confesión, y enmienda de nuestra mala vida, hallar en Dios el perdón, y evitar así las penas eternas del Infierno. Y aquí sí, que, como usted ve, puede y debe exclamarse con toda la efusión del alma: ¡Cuán grande es la misericordia de Dios para con el hombre!

D. TITO

—¡Sí! sí! ..

D. ESTEBAN —¿Qué más le ocurre a usted?

D. TITO

—(*después de una pequeña pausa, y achicado*). Ya que usted ha recordado de nuevo la resurrección de los muertos, quisiera yo que me explicase también este dogma, que dejamos pendiente en otra ocasión. Tengo sobre él, como le he indicado, algunas dificultades.

D. ESTEBAN —Está bien: proponga usted con franqueza: no se amilane usted.

IV

Vamos a ver si los muertos resucitan, o no.

D. TITO

—Yo tengo entendido que los mismos elementos sólidos, líquidos o gaseosos intervienen sucesivamente en la formación de los cuerpos de un gran número de hombres.

D. ESTEBAN

—También yo lo tengo entendido así.

D. TITO

—Es un hecho probado que hay hombres antropófagos; es decir: hombres que se comen a otros hombres.

D. ESTEBAN

—Y sin miramientos divinos, ni humanos, sí, señor. (*aparte*) ¡Vaya un descubrimientol. (*al joven*) ¿Y qué?...

D. TITO

—¿Cómo, digo yo, cómo pueden reclamar las devoradas víctimas para sí mismas el día del Juicio final, unos elementos, poseídos ya por las fieras devoradoras?. Este es el *quid*.

D. ESTEBAN—Y no es flojo.

D. TITO —(*animado*) Y yo digo que una de dos: o habrá en ese día último una batalla campal entre esos hombres, al exigir cada uno, como suyo y de nadie más, lo que realmente es común, lo cual pensado siquiera sería una ridiculez, o es un mito la resurrección de la carne. Esto me parece que no tiene vuelta de hoja.

D. ESTEBAN—¡Sí! sí! ya ve!... Pero vamos a ver si tiene vuelta. Vayan antes dos preguntitas; y las voy a hacer, confiado en que usted no se molestará conmigo.

1.^a ¿Sabe usted bien, comprende bien lo que hace que el cuerpo de un hombre sea su verdadero cuerpo?...

D. TITO — ¡Hombre!!...

D. ESTEBAN 2.^a ¿Alcanza usted bien en que consiste la verdadera resurrección de la carne?...

D. TITO —Me parece que ni lo uno ni lo otro se ocultan a mi entendimiento y comprensión.

D. ESTEBAN—Pues, ¡hijo! dispéñeme que le diga, en nombre de la fisiología y de la razón, que lo disimula usted.

D. TITO —(*bajando la cabeza*) ¡Acaso en ello esté engañado también!

D. ESTEBAN — ¡Ya lo creo que lo está! Dígame: ¿lo que hace que el cuerpo de un hombre sea su verdadero cuerpo, es, por ventura, la identidad numérica de las moléculas, o átomos, o partecitas imperceptibles que lo componen? ..

D. TITO — Pues... le diré a usted.

D. ESTEBAN - (*con brio*) ¡No, don Tito, no! diga usted que no rotundamente, con la ciencia en la mano. ¿Qué otra cosa va a decir usted?... (*con más brio*) ¡Vasto es mi triunfo! lo que hace que el cuerpo humano sea verdadero cuerpo es solamente su manera de organización, y su unión con el alma. ¿Quiere usted recordar de ello una irrefragable prueba?.. Pues ahí está el fenómeno misterioso, pero incontestable de los incessantes cambios, de las transformaciones perpetuas que tienen lugar en los cuerpos vivientes.

Dígame usted: ¿no está demostrado por la ciencia que el cuerpo humano, de quince en quince años, se renueva, y no es rigurosamente el mismo?...

D. TITO —Bien: algunos fisiólogos echan más, y otros menos.

D. ESTEBAN—Importa poco. ¿Y no es cierto también que, a pesar de su renovación absoluta, el cuerpo de otros tiem-

pos es el propio cuerpo de hoy? Refresque usted la memoria. ¿El *usted* niño no es el mismo *usted* joven? no es el *mismísimo usted* de siempre?..

D. TITO — ¡Sí, sí!.. conforme!

D. ESTEBAN — ¿Y por qué?

D. TITO — Pues....

D. ESTEBAN — Pues... es porque él no ha cesado de estar unido al alma de *usted*, y ser vivificado y gobernado por élla; jeso es!..

D. TITO — ¡Yal yal!..

D. ESTEBAN — De modo, que en el cuerpo humano hay algo de esencial, y algo de accidental o advenedizo. Lo que existía de él en el momento en que fué animado y vivificado por el alma, es lo esencial, y lo que posee y poseerá para siempre. Siempre serán suyos sus elementos esenciales. Lo demás, lo que es formado, u originado por la *nutrición* (fíjese usted bien en estas palabras) por la *nutrición*, y por la *digestión*, y por la *circulación*, y por la *asimilación*, no es él de ningún modo: él puede perderlo, y de hecho lo pierde, sin dejar de ser él. ¿Estamos, eh?

D. TITO — Comprendo: sí, señor.

D. ESTEBAN — Luego, ¿qué batalla campal de mis culpas puede tener lugar el día del Juicio entre los hombres?... ¡Vasto es mi triunfo! Con los elementos esenciales, o personales, es como vendrá a ser reconstituido el cuerpo del hombre en ese día terrible. El alma será la misma; el gérmen propio permanecerá el mismo. ¿Qué importa lo demás?... Su identidad subsistirá eternamente.

D. TITO — Convenido.

D. ESTEBAN — Ahora no le llamará a usted la atención de que yo le preguntara, si entendía bien lo que significa la resurrección de la carne. (*sonriendo*) Y añadido que, a mi ver, lo que es una ridícula payasada es el primer cuerno del dilema de la semi-ciencia, propuesto por usted.

Por último, allá va la palabra terminante de Cris-
ta, que, según San Marcos, presupone siempre en sus discursos la resurrección de la carne, (1) y, en sentir del Apóstol, la defiende y confirma, de nuevo,

(1) S Mar. XXII=

contra los Saduceos que la niegan (1) El, para confundir a los judíos, sus eternos calumniadores, y para hacerles ver que es Juez de vivos y muertos les dice: *No os maravilléis; porque vendrá la hora, cuando, todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios. Y los que hicieron bien irán a la resurrección de la vida, y los que hicieron mal, a la resurrección del juicio.* (2) ¿Para que cansarle a usted, don Tito? Muchas más razones tengo aquí (*tocándose la frente*) para probar esta dogmática verdad; pero me parece que con las aducidas queda usted servido por ahora.

D. TITO —Y satisfecho.

* * *

D. ESTEBAN—Sí, amigo mío, sí: los muertos resucitarán. Mientras dure el silencio del lúgubre, sereno y admirable clarín que espera el soplo del Arcángel, durará la quietud de todos los cementerios, el sueño de todos los sepulcros, la paz de todos los muertos, encerrados en la fosa: los cadáveres pasarán á esqueletos y los esqueletos a polvo y ceniza, y continuará la podredumbre, la orgía y el festín de los gusanos. Pero desde el momento en que suene por los espacios la terrible y enorme y monstruosa trompeta, se verá como todas las almas, surgiendo temblorosas de sus tumbas, irán precipitadamente a tomar sus despojos y sus huesos. A su soberano tañido vibrará el polvillo de la humilde huesa, lo mismo que los mármoles y bronces de los ricos mausoleos, y se estremecerán las conciencias, y la oirán todas las almas, aun las más sordas y más muertas. El cuerpo del réprobo se transformará en una tenebrosa representación del alma condenada, el socio de su eterna desdicha, una tienda, formada por su impenitencia final. El cuerpo del justo se convertirá en una brillante manifestación del alma glorificada, el compañero de su felicidad y de su gloria, un templo, reconstruido y adornado por la mano de Dios, y preparado para ser la morada del

(1) 1 Cor. XV=

(2) S. Juan VI=

Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a fin de que Dios sea todo en todos: jeso es!

A ver que más le ocurre a usted...

D. TITO —Nada, sino que me tiene usted medio loco.

D. ESTEBAN —¡Santa locura!...

Punto y aparte, y prosigo.

VII

Hemos llegado, por último, al Sacramento de la Comunión, tercer foco de luz, resumen y compendio de todos los misterios, corona de todos los demás Sacramentos, centro donde se reúnen todos los tesoros de la naturaleza y de la creación, todas las maravillas de la Redención y de la gracia, todos los esplendores del Cielo. Es decir: que nos encontramos de nuevo con Cristo en el Santísimo Sacramento del altar.

D. TITO —Océano también insondable, don Esteban.

D. ESTEBAN—Justo. Un abismo sin fondo se abre ante nosotros, y el vértigo se apodera de nuestro espíritu, cuando fijamos en este misterio nuestra mirada; pero a pesar de ello, siempre será cierto que Cristo está real, verdadera y substancialmente presente en el Sacramento del altar, bajo las especies, o apariencias de pan y vino, con su cuerpo, y su sangre, su alma y su divinidad (1)

Este, don Tito, es el dogma de la Iglesia Católica, que hemos de creer firmemente, por más que no le podamos comprender.

D. TITO --Es decir: que aquí no hay más que inclinar la cabeza, porque lo dice la fé, y porque...

D. ESTEBAN—(interrumpiendo) ¡Alto! alto!.. Basta, sí, señor, que lo diga la fé, o que lo revele Cristo y la Iglesia lo proponga. Mas, aunque aquí hay algo que usted cree muy hondo, tenga usted por cierto que yo, recogiendo su alusión, no temo meterme en esas honduras. Sin que pretenda abarcar el misterio, que por ser infinitamente grande, rebosa del vaso minúsculo de la inteligencia humana, le aseguro a usted que puedo justificarlo también ante la razón.

* * *

(1) Concil Trident. Sess. XIII==

D. TITO —Trabajo le mando yo a usted, don Esteban, si piensa realizar tal empresa.

D. ESTEBAN —¿Con que sí, eh?

D. TITO —Sí.

D. ESTEBAN —Vamos a verlo. Pero antes debo dejar bien sentadas estas advertencias:

1.^a Que al decir que puedo justificar ante la razón la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento, quiero significar que ésta no es contraria a los principios racionales;

2.^a Que no puedo, ni debo tomar el misterio más que, según las formas del entendimiento humano; y

3.^a Que no pretendo exagerar el valor de mis razonamientos; y que mi deber, por consiguiente, para con usted es sólo explicarlo de algún modo, y definirlo tan estrictamente, que pueda con ello ser rechazado el error.

D. TITO —Está bien.

D. ESTEBAN —No puedo hacer otra cosa. Para ello juzgo necesario explicar bien antes el sentido de algunas palabras que, preparadas por la Escuela, han sido adoptadas por la Iglesia misma: tales como *transustanciación*, *substancia* y *accidente*, por medio de las cuales ha establecido ella para siempre el sentido propio de este adorable misterio.

D. TITO —Vamos a ver...

D. ESTEBAN —Escúcheme usted atentamente. *Transustanciación* es lo mismo que conversión de una substancia en otra: cambio de substancia, que aplicado al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, quiere decir que en ella se verifica un cambio de la substancia del pan en la substancia del cuerpo de Cristo.

D. TITO —Es lo que vulgarmente se dice; pero está oscurillo para mí.

D. ESTEBAN —Déjese ir despacio, hijo; no se bote. Atienda usted ahora a la explicación de la palabra.

D. TITO —Disimule usted.

D. ESTEBAN —En la idea de todo cambio hay que considerar tres cosas.

1.^a el momento de la cesación de un término positivo.

2.^a el momento de la creación de otro término; de uno a otro de los cuales momentos hay una liga-

zón, una transición; aunque entre los dos haya continuidad, y

3.^a un momento común en el que se verifica el cambio. ¿Está usted?

D. TITO —Comprendo.

D. ESTEBAN —Por eso en las transformaciones naturales la materia es la que toma una nueva forma, una substancia común y única, que sufre una multitud de mutaciones accidentales.

D. TITO —Me hago cargo.

D. ESTEBAN —Téngalo usted presente, y entremos en la explicación de los términos, *substancia* y *accidente*.

Substancia es aquello de que decimos *que existe* lo que existe en sí, y lo que como tal distinguimos de toda otra manera de ser. Accidente, por el contrario, es aquello que es inherente a la substancia, y no existe en sí; por ejemplo: la figura, la dimensión, el olor, el color, el sabor, etc., etc.

La substancia, por consiguiente, comprende en sí misma la esencia de la cosa; ella no necesita de un sujeto a que adherirse, sino que ella misma es el sujeto de los accidentes, y el sostenimiento de sus manifestaciones.

Ahora bien: como el punto de partida de nuestro conocimiento es siempre la percepción sensible, y la posible perfección, conocemos por medio de los accidentes la substancia, a que ellos están inherentes. De donde se infiere que no podemos conocer la substancia, que es el fondo único y permanente, que sostiene la variedad y multiplicidad de los accidentes, sino con motivo de ellos y no por medio de los sentidos.

¿Va usted haciéndose cargo, don Tito, de estos conceptos filosóficos?...

D. TITO —Así... así .. lo necesario.

D. ESTEBAN —Toda otra doctrina, acerca de la idea de substancia, contraria a esta doctrina que acabo de exponer, destruye toda sana filosofía, y quita todos los grandes principios de las cosas, para no dejar subsistente más que un simple mecanismo.

D. TITO —Conforme.

D. ESTEBAN —Téngalo usted muy en cuenta: lo que hace que una cosa sea una sola y única cosa, bajo las vicisitudes y transformaciones más diversas, es la substancia; es

decir: una cierta fuerza permanente, una cierta facultad original, que exige ciertas facultades secundarias, de que puede privarle la naturaleza, para sustituirlas con otras, y todas las que Dios puede suprimir. De todo lo cual se deduce que los accidentes y la substancia son diferentes en realidad. ¿No es éso?:..

D. TITO — Convenido.

D. ESTEBAN — Está bien.

Hechas estas explicaciones, y viniendo ahora al punto principal, me hago yo la siguiente pregunta, para responder a ella.

¿Es contrario a la razón que la substancia del cuerpo de Cristo ocupe el lugar de la substancia del pan, sin que cambien las apariencias de éste?.

Yo sostengo que no hay contradicción alguna entre esa misteriosa verdad y los eternos principios de la razón. Y vamos a verlo. Escuche usted sin pestañear, y vaya oponiendo todas las objeciones que le ocurran.

(Don Tito afirma con la cabeza)

Los tres momentos, de que antes le he hablado a usted, aparecen en el cambio del pan en el cuerpo de Cristo. (Está demás advertirle que lo mismo sucede en el vino y la sangre del Señor.)

D. TITO Entiendo.

D. ESTEBAN — Por la consagración la Omnipotencia de Dios pone la substancia del cuerpo de Cristo bajo las especies del pan; de modo que la substancia del pan *deja de existir* necesariamente. ¿Hay aquí contradicción alguna con los principios de la razón?..

D. TITO — Pero, ¿qué deja de existir, dice usted?

D. ESTEBAN — Sí, señor; sobre cuyo modo de desaparecer le hablaría a usted largo y tendido, si así me lo exigiese, y hubiese tiempo para ello. Deja de existir, porque toda esencia debe ser una; no pudiendo al mismo tiempo ser otra: la cosa común, por medio de la cual se verifica el cambio, son los accidentes.

* * *

D. TITO — Siendo así, don Esteban, se me figura que la materia del pan constituye entonces el cuerpo de Cristo.

D. ESTEBAN — *(con fuerza)* ¡No, canario, no!: no hay que andar con figuraciones aquí; no hay que figurarse que este

cambio se verifica, como si la materia del pan constituyese el cuerpo de Cristo, a la manera que sucede, por ejemplo, en el desarrollo de la vegetación, en que sólo cambian las formas esenciales, mientras que la materia sigue siendo común a las dos formas sucesivas; sino que, por el contrario, tratase de un cambio de toda la substancia en una substancia nueva, con su *forma y su materia*.

D. TITO — ¡Vamos!...

* * *

D. ESTEBAN— Y sigo. Todo lo que en realidad es diferente puede ser separado por la Omnipotencia de Dios; de manera que lo uno subsista mientras que lo otro ha desaparecido; o que lo uno y lo otro existan separadamente. Esto es más claro que la luz del sol.

D. TITO — Sí; parece.

D. ESTEBAN — ¡Cál no solo parece, sino que es así. ¿No separa la naturaleza misma las dimensiones y las cualidades, dejando sólo subsistir la substancia, si bien reemplazando lo que ella ha quitado?..

D. TITO — No entiendo bien eso.

D. ESTEBAN— ¡Oooh! ¿dónde estamos?...

D. TITO — ¡Qué quiere usted!...

D. ESTEBAN — Allá va, pues, un ejemplo. Imagínese usted la dimensión más grande de una cosa.. (*sonriendo*) ¿Está?..

D. TITO — (*sonriendo también*) Está.

D. ESTEBAN— Imagínese ahora la dimensión más pequeña de la misma cosa ..

D. TITO — Está.

D. ESTEBAN— ¿Puede en la dimensión más pequeña permanecer la misma figura, y el mismo color, v. g., que en la dimensión más grande?...

D. TITO — ¡Yal yal yal!...

D. ESTEBAN— (*con brío*) Luego, ¿qué puede oponerse, ¡canario! a que Dios, con su infinito poder quite la substancia del pan, y conserve sus dimensiones y sus cualidades: su olor, su color y su sabor?... ¿Qué contradicción puede haber en ello, una vez admitida la Omnipotencia divina, y la diferencia real entre los accidentes y la substancia?...

* * *

- D. TITO —Entonces, por medio de la *transubstanciación*, o el cambio de substancia, el cuerpo de Cristo viene a ser el sujeto de los accidentes del pan...
- D. ESTEBAN —(con fuerza) ¡No, señor, no! eso es un disparate, don Tito. Por el poder de Dios que ha creado la substancia y el accidente, la substancia del cuerpo de Cristo está presente en la hostia consagrada, *de una manera milagrosa*, bajo las apariencias de pan.
- D. TITO —Luego, los accidentes del pan, careciendo de substancia propia, carecen de sujeto propio?...
- D. ESTEBAN —Justo. «Los accidentes, no solo están allí sin sujeto propio, sino sin ningún sujeto; porque los accidentes no pasan, no pueden pasar de un sujeto a otro...» (1)
- D. TITO —¡Vamos!...
- D. ESTEBAN —De modo que Cristo está real, verdadera y *substancialmente* en la sagrada hostia, porque la substancia del pan ha sido cambiada en la substancia del cuerpo de Cristo.

* * *

- D. TITO —Comprendo: lo que hay aquí entonces es una ilusión de los sentidos, y nada más.
- D. ESTEBAN (con fuerza) ¡No, canario, no! Agradezco su buena fé, don Tito; pero éso no es exacto tampoco. ¡Vasto es mi triunfo! Aquí no hay ilusión de los sentidos; porque los sentidos no perciben, ni pueden percibir nunca sino las manifestaciones y apariencias, y de ningún modo la esencia misma. Los accidentes de pan permanecen siempre como símbolos del verdadero Pan de vida, invisiblemente presente: símbolos echados por el Creador, como un velo, sobre el más alto misterio de la Religión, en consideración a nuestra debilidad y al orden de esta vida sensible, y para fortificar y ayudar nuestra fé. ¿Se hace usted cargo de todo?..
- D. TITO —Sí, señor, sí.
- D. ESTEBAN —Por consiguiente, no repugna a la razón que la substancia del cuerpo de Cristo ocupe el lugar de la

(1) S TOM =

substancia del pan, sin que cambien las apariencias de éste, que es lo que había de probarse.

* * *

D. TITO —Está bien; pero hay más en este misterio, don Esteban.

D. ESTEBAN—Usted dirá

D. TITO —La Iglesia manda creer más aquí.

D. ESTEBAN Vamos: proponga usted pronto, que es ya muy tarde... y disimule.

D. TITO —La Iglesia manda creer además que el cuerpo de Cristo está en la hostia consagrada, y en la partícula más pequeña de la misma.

D. ESTEBAN—Muy cierto.

D. TITO —¿Cómo es posible ésto, digo yo? ¿No repugna ésto a los principios de la razón.

D. ESTEBAN—No, señor: tampoco repugna, como lo va usted a ver también.

D. TITO —Vamos a verlo....

D. ESTEBAN—Sin meternos en más consideraciones sobre la esencia de los cuerpos y sus manifestaciones, sus efectos y sus propiedades, ni, por consiguiente, sobre la diferencia real, que entre la substancia material y sus accidentes existe, diferencia establecida, no sólo por la filosofía peripatética y escolástica, sino también por los resultados de la ciencia moderna, que tanto le encanta a usted, allá van dos preguntitas, para ahorrar tiempo, y dilucidar este punto lo más pronto posible.

Dígame: ¿usted se ha imaginado que el cuerpo de Cristo está presente en la sagrada hostia como grande, o pequeño, con respecto a la cantidad?... Hábleme con franqueza.

D. TITO —Francamente, es lo primero que uno se imagina.

D. ESTEBAN Pues ahí tiene usted un motivo de error; y por eso está usted equivocado de medio a medio.

D. TITO —¿Por qué?...

D. ESTEBAN—Porque Cristo está presente en el Sacramento como substancia, ¿oye? como substancia: guárdelo bien en la memoria.

Otra pregunta: ¿cree usted que la substancia del pan se ha cambiado en la cantidad, o magnitud del cuerpo de Cristo?..

D. TITO — Así me parece también.

D. ESTEBAN ¿Ve usted?..

D. TITO — ¿Qué?..

D. ESTEBAN — ¡Que no, señor!: la substancia del pan se ha cambiado, no en la magnitud y cantidad del cuerpo de Cristo, sino en su sacratísima substancia.

Ahora bien: si la substancia del cuerpo del Señor sucede a la substancia del pan ¿quién no ve que debe estar en la sagrada hostia absolutamente, del mismo modo que estaba la substancia del pan antes de la consagración? Y si la naturaleza de la substancia está toda en cualquiera de las partes en las que está contenida, ¿qué imposibilidad hay en que la substancia del cuerpo de Cristo esté en la partícula más pequeña de la hostia consagrada?..

* * *

D. TITO — ¡Sí, sí!. Pero dicen, don Esteban, que se ve, se toca, se divide el cuerpo de Jesucristo: ésto lo he oído yo tantas veces.

D. ESTEBAN — Sí, señor. ¿Y se escandaliza usted? Yo también lo he oído, y no me he escandalizado; porque entiendo que solamente se dice en un sentido lato e impropio; porque sé que ésto de verse, tocarse y dividirse tiene por objeto propio los accidentes, e impropriamente se dice de la substancia del cuerpo de Cristo, oculto bajo los accidentes.

D. TITO — ¡Yal!..

D. ESTEBAN — Es que no se habla, don Tito, con bastante propiedad, a veces, en asunto tan delicado, porque ya no se estima necesario; y muchos acaso por su ignorancia supina, o por su mala fé, se alarman contra esa figura; y en cambio, usan ellos mismos, en otro orden de cosas, algunos tropos en todos sentidos disparatados. ¡Qué les vamos a hacer!..

* * *

D. TITO — Lo que yo veo, después de todo, don Esteban, es que un cuerpo organizado, como es el cuerpo de Cristo, exige la separación proporcional de sus miembros, y por consiguiente, cierta mensura.

D. ESTEBAN — Pero ¡canario! ¿volvemos a lo mismo? ¿Quién le ha

dicho a usted que el cuerpo de Jesucristo está en la sagrada hostia en el estado natural, y bajo la relación de cantidad? ¿Se lo ha dicho a usted la Iglesia?

D. TITO —Pues ..

D. ESTEBAN — ¡No! no!: la Iglesia nos enseña que el cuerpo del Señor está aquí sacramental y substancialmente; y nada más.

D. TITO — ¡Vamos!...

D. ESTEBAN — Conste, pues, que, así como en cualquiera parte del pan, antes de la consagración, está toda la naturaleza del pan, así también en cualquiera parte de la hostia consagrada, por pequeña que sea, está la substancia del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo: está la substancia del cuerpo glorioso y espiritual del Hombre-Dios, que se elevó un día al Cielo, y está para siempre sentado a la derecha de su Eterno Padre. ¿Repugna ésto a los eternos principios racionales, don Tito?..

* * *

D. TITO — Bueno; pero de aquí, precisamente, emerge otra dificultad, don Esteban.

D. ESTEBAN — A ver....

D. TITO — ¿Cómo es posible que el cuerpo de Cristo, que está sentado a la derecha del Padre, esté presente en tantos y tantos lugares diferentes?.. ¿No pugna ésto con la razón?

D. ESTEBAN — Tampoco pugna, no señor. ¿Pues qué? Una vez admitido que el cuerpo de Cristo está en el Santísimo Sacramento según su substancia, y no según sus dimensiones, ¿qué aplicación pueden encontrar en El las relaciones y determinaciones del espacio?... «El cuerpo de Cristo está en el Sacramento a modo de substancia; ésto es: como la substancia está bajo las dimensiones, y no como están las dimensiones, o como está la cantidad *dimensiva* de un cuerpo bajo la cantidad *dimensiva* de un lugar» (1)

D. TITO — Bueno; pero diga usted: ¿Jesucristo no está en el Sacramento del mismo modo que está en el Cielo?

D. ESTEBAN — No, señor. «En el Cielo tiene el cuerpo de Cristo

(1) Sto. Tom.==

sus condiciones de existencias naturales, aunque esté en la Gloria»; y ya le he dicho a usted que en el Sacramento su existencia es sacramental». Y la existencia sacramental, que es una existencia real y verdadera, no puede estar mejor caracterizada que por la palabra substancial» (1) ¿Qué quiere decir ésto? Lo que le he indicado a usted antes: que Cristo está todo entero en la sagrada hostia a manera de substancia, pero no de cantidad; puesto que la substancia del pan ha sido cambiada en la substancia del cuerpo de Cristo.

D. TITO — ¡Sí, sí!...

D. ESTEBAN — Ahora, hechas estas breves consideraciones, pregunto yo: ¿tiene la substancia, como tal substancia, relación alguna con el lugar, ni con los cuerpos que están a su alrededor?..

D. TITO — Cierto que no.

D. ESTEBAN — Luego, ¿qué imposibilidad hay en que el cuerpo del Señor esté presente bajo los accidentes de pan en muchos lugares a la vez?. ¿Repugna ésto, acaso, a los principios de la razón?..

* * *

D. TITO — *(como hablando para sí)* No acabo yo de comprender que clase de cuerpo es éste?

D. ESTEBAN — ¡Ah!... ¿no lo comprende usted?... Esto es otra cosa, don Tito.

D. TITO — Un cuerpo sin extensión, don Esteban...

D. ESTEBAN — ¿Qué?..

D. TITO — Que ni el Creador mismo podría formar un cuerpo sin extensión; porque un cuerpo tal sería imposible.

D. ESTEBAN — ¡No, canario, no! no sería imposible. Imposible es concebir y comprender un cuerpo tal; pero por irreductibles que parezcan nuestras asociaciones de ideas, no son ellas, por ésto, la medida de las cosas. ¡No! por más que no pueda concebirse un cuerpo sin extensión, de aquí no se deduce que él sea necesariamente imposible; como no es imposible, aunque no pueda comprenderse, un cuerpo dotado de imposibilidad, claridad, agilidad y sutileza: ¡vaya, vaya!

(1) Belarmino=

D. TITO — ¡Siempre el enigma!...

D. ESTEBAN — ¡Sí! siempre el enigma! pero enigma digno de Dios, y de nuestra creencia. Y le advierto que usted se ha escapado ya del círculo que íbamos recorriendo. Vuelva usted acá, y que queden bien sentadas en su cabeza estas dogmáticas verdades que estábamos tratando:

1.^a que no es contrario a la razón que la substancia del cuerpo de Cristo ocupe el lugar de la substancia del pan, sin que cambien las especies, o apariencias de éste;

2.^a que no repugna a la razón que el cuerpo de Cristo esté en la hostia consagrada y en la partícula más pequeña de la misma; y

3.^a que no pugna con los principios de la razón que el cuerpo *glorioso y espiritual* (entiéndalo bien) *glorioso y espiritual* de Cristo, que está sentado a la derecha del Eterno Padre, esté presente en muchos lugares distintos. ¿Quedan estas verdades probadas, o no?

D. TITO — Sí: ciertamente .. francamente, no he encontrado yo escapatoria.

D. ESTEBAN — Qué iba usted a hallar escapatoria, criatura?...

Bueno: grabe usted bien en su memoria el dogma de la Iglesia, punto principal de nuestra partida. No es contrario a la razón que Cristo esté real, verdadera y substancialmente presente en el Santísimo Sacramento del altar bajo las especies, o accidentes, o apariencias de pan y vino, con su cuerpo y su sangre, su alma y su divinidad: ¡éso es!

D. TITO — ¡Vamos!

D. ESTEBAN — Ahora, amiguito, saliendo de esas honduras, a que aludía usted, allá va, para remachar el clavo, la verdad, salida de los purísimos labios del que no puede engañarnos, ni engañarse: allá va la palabra terminante de Cristo, y... ¡boca abajo!... El anuncia y promete el Sacramento de su cuerpo, con motivo del milagro de la multiplicación de los panes, y lo instituye en la última cena.

D. TITO — A ver...

D. ESTEBAN — Promesa — *El pan que yo os daré, dice a sus discípulos, es mi carne, para la vida del mundo* (1)

(1) San Juan-VI==

- ¿Qué le parece a usted, don Tito?..
- D. TITO —Pues me parece que no fué chico el escándalo que esas palabras de Cristo produjeron en el ánimo de los oyentes.
- D. ESTEBAN—¡Bah! bah!
- D. TITO —(con brío) Eso es exacto, don Esteban.
- D. ESTEBAN—Si, hombre, sí ¡Vasto es mi triunfo! Cierto que los judíos se escandalizaron, al oír esas palabras, y dijeron entre sí: *¿Como nos dará éste a comer su carne?* Pero ¿por qué se escandalizaron? Porque creían, los tontos, *que era un cuerpo material y puramente sensible y no el cuerpo glorificado y espiritual, vivo y vivificado del Señor.* Pero de ahí ¿qué?. ¿Qué hace, o dice entonces Cristo que había penetrado el fondo de aquellas almas? A ver...
- D. TITO —Pues...
- D. ESTEBAN—Pues, ¡nada! Lejos de corregirse y retractarse de lo que acababa de decir, lo confirma negativa y positivamente. Oiga usted estas otras palabras que les echa al rostro, encarándose con ellos. *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último día; porque mi carne es verdadero alimento y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.*
- D. TITO —Bien; pero los discípulos también se escandalizaron, don Esteban.
- D. ESTEBAN—Cierto también que, retirado el pueblo, encontró Cristo a sus discípulos hablando de lo que acababan de oír, y que lo encontraban duro, difícil de creer y escandaloso. Pero ¿que sucede?... ¿Cristo, que ve el escándalo de sus discípulos, atenúa, acaso, la fuerza de sus expresiones? ¿Corrigese, por ventura, diciendo que había hablado en sentido figurado? ¡No!. Al contrario, dirige su pensamiento a otro prodigio; al prodigio de la visible glorificación de su cuerpo en su triunfante Ascensión a los Cielos y les disuade de todo concepto groseramente material, diciéndoles: *La carne, esto es: el cuerpo visible, el cuerpo sometido al pecado, el cuerpo mortal no es bueno para nada: lo que es bueno para algo es la carne vivificada, penetrada de la virtud del espíritu.* MIS PALABRAS SON ESPÍRITU Y VIDA. Es decir: lo que debe constituir el

principio de una vida nueva e inmortal es la CORPOREIDAD viva, gloriosa y espiritualizada.

D. TITO —¡Corporeidad espiritualizada!..

D. ESTEBAN (*sin hacer caso*) Así habla Cristo. ¿Que tiene usted que oponer a su divina palabra?..

(*Don Tito baja la cabeza y calla*).

Por otra parte, ¿qué reflexión aclaratoria añade el Evangelista, como no hubiera podido ménos de hacerla, en el caso de una mala inteligencia, o de que se hubiese tratado de una figura un poco atrevida? Ninguna. Al contrario, recurre a la fórmula de afirmación familiar del Señor, para insistir en lo que acababa de decir y para confirmarlo.

D. TITO —(*levantando la cabeza*) Lo que yo sé, don Estéban, es que algunos han interpretado ese pasaje en sentido metafórico.

D. ESTEBAN — Sí, señor sí: yo también lo sé; pero también sé que esos algunos son todos enemigos encarnizados de la Religión de Cristo: una partida de... zarandajas; y dispénseme su ausencia.

Yo sé que Zuinglio y todos los racionalistas modernos así lo han interpretado; mas, esa interpretación es un disparate, don Tito: esa interpretación en nada se funda: ni en las palabras de la Sagrada Escritura, ni en el contexto del discurso, ni en el uso del lenguaje. ¿Sabe usted la significación que, en la lengua hebrea, y hasta en la caldea y en la siríaca, tiene la frase *comer la carne*, tomada en sentido figurado?

D. TITO —(*por no decir que no sabe, y decir algo*) Pues...

D. ESTEBAN Pues... ¡pásmese usted! tiene la significación de *perseguir con encarnecimiento, de calumniar*. Baste, como ejemplo, referirle a usted aquello del Salmo 26, vers. 2.º que dice: *Acércanse a mí mis perseguidores para comer mis carnes*.

D. TITO —¡Yal ya!..

D. ESTEBAN —Ahora mida usted y pese la consecuencia de la interpretación que *algunos* han dado a esas palabras de Cristo. El dice: El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él, etc. Interpretación figurada: El que me persigue y me calumnia es mi amigo íntimo, y yo le daré la vida eterna. ¡Son el mismo Barrabás estos improvisados intérpretes!

(*Don Tito vuelve a un lado la cabeza y sonríe*).

INSTITUCIÓN.—En la última cena Cristo tomó en sus divinas manos el pan, lo bendijo, lo partió y lo dió a sus discípulos, diciendo: *Tomad y comed; este es mi cuerpo. Y habiendo tomado el caliz y dado gracias, se lo dió también, diciendo: Bebed todos, porque esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos, para la remisión de los pecados.* (1)

El momento, como usted ve, don Tito, es decisivo. Es el instante en que Cristo se muestra como fundador de la nueva alianza.

D. TITO — ¡Sí! sí!...

D. ESTEBAN — Luego, está, con doble motivo, obligado a dar a sus palabras toda la claridad y toda la precisión posible.

El énfasis que esas divinas frases contienen sería inexplicable, ¡canario! si no tuviera por objeto inclinar el espíritu a la interpretación literal: ¡eso es!

D. TITO — Está bien.

D. ESTEBAN — No quiero molestarle a usted más.

Conste, pues, que Cristo está real y verdaderamente en el Sacramento del altar. Este es el dogma de la Iglesia Católica, dilucidado por la razón, a lo ménos, en cuanto no es contrario a los eternos principios de ella, y probado por la terminante palabra del Señor.

D. TITO — ¡Espesísimas tinieblas, no obstante, don Esteban!

D. ESTEBAN — Pero ¡clarísima luz, sin embargo, don Tito!

D. TITO — ¡Luz y tinieblas!... sí!...

D. ESTEBAN — ¡Eso es! Luz y tinieblas, dignas de Dios, y de nuestra fé.

¡Luz y tinieblas!... No pudo habersele escapado a usted, o haber usado una metáfora más exacta. Esa es la verdadera figura. (*apagando la luz del velón y señalando a la ventana*) observe usted: las tinieblas mezcladas con la luz (*en aquellos momentos empezaba a amanecer*).

(*Con énfasis*) He ahí, don Tito, he ahí la Religión: he ahí la Iglesia Católica con todos sus profundos misterios. He ahí la figura de todas las sublimes altí-

(1) S. Mat.-XXVI—S. Marc.-XIV—S. Luc. XXII.—

simas verdades que hemos tratado esta noche, levantando un poquito con nuestra razón el velo que las oculta, e iluminándolas con la fulgurante antorcha de la palabra de Cristo. He ahí el milagro del Santísimo Sacramento, cumbre de todos los secretos del Señor, misterio de fé y de amor, tercero en la terna de los misterios fundamentales del Catolicismo, en cuyo rededor agrúpanse todos los demás, al que vienen a desembocar todos los caminos de Dios.

¡Luz y tinieblas en la perdurable alborada de la vida espiritual!; pero llegará un instante en que no habrá más que luz, purísima luz; vendrá un momento en que se correrá el velo, se disiparán las nieblas, y, al fulgor del Sol Eterno, veránse claros todos los misterios de la fé, y todas las maravillas de la creación, y todos los caminos de la Redención, y toda la historia del universo y la de cada individuo en particular.

¡Luz y tinieblas en el tiempo!; pero ¿qué importa?.. ¿Empecen ellas creer?. Serémos tan tontos que nos atreverémos a asegurarlo?

¡Luz y tinieblas respecto de los misterios del orden sobrenatural!; pero ¿no observamos lo mismo en todos los seres del orden puramente natural, y, no obstante, creemos en su recóndita naturaleza?...

(*Con brío*) ¡Vasto es mi triunfo! ¿Qué vemos en todo sino la luz y las tinieblas en un misterioso amanecer? Arriba, abajo, a derecha, a izquierda, en el fondo mismo del espíritu, ¿qué observamos sino el despuntar del alba? qué percibimos sino el cantar de las alondras? qué advertimos sino el desperezo de la naturaleza? qué miramos sino las tinieblas mezcladas con la luz?... Palpamos y vemos con claridad los accidentes, y la corteza, y la túnica exterior de las cosas; pero ¡ah! la substancia, la hipóstasis, la subsistencia, la secreta esencia de las mismas, permanece y permanecerá siempre para todo entendimiento humano, velada, arcana, oscura, como enigma indescifrable, como esfinge rígida y silenciosa, que nunca responde, cuando se le pregunta el por qué; y si alguna vez contesta es por medio de logogrifos equívocos, interpetables al gusto del interpelante. ¡Y, sin embargo, creemos en la naturaleza íntima de los seres!...

¡Valgan verdades, don Tito, valgan verdades!

¿Qué son todas las cosas sino tinieblas y luz?... Por eso los hombres de más ciencia, desesperados, al ver que pierden el pié y se sumergen en la obscuridad, desde el momento en que quieren penetrar en la esencia de ellas, han acabado por afirmar que nada saben, o que han trabajado en vano, o que han sido presa de la locura. «Yo he entendido, dice el sabio Salomón, que no puede el hombre hallar razón completa de todas las obras de Dios que se hacen en este mundo, y que cuanto más trabajáre ménos la hallará» (1) «Grandes misterios, dice otro hombre, que no puede inspirarle a usted la menor sospecha, grandes misterios nos rodean por todas partes... Nosotros nos ignoramos a nosotros mismos; ni conocemos nuestra naturaleza, ni nuestro principio activo; y sin embargo, nuestra insania insiste en querer penetrarlo todo» (2) *State contenti, umana gente, al quia*, dice el Dante Sábetete contener, ¡oh raza humana!, cuando se trata del *porque* (3)

(Don Tito hace signos afirmativos con la cabeza y la inclina sobre el pecho).

¡Sí, don Tito, sí! no ceso de repetírselo a usted. La superficie de todos los seres es clara y luminosa, pero el fondo es oscuro, y tenebroso. Son todos como la luna, de la que me decía usted esta noche, y es verdad, que en sus crecientes y menguantes nos presenta siempre una sola cara, un solo hemisferio, y nos oculta constantemente el otro. Así como en cada gota de agua hay un océano, y en cada átomo del primer día de la creación; porque en cada uno se nota el caos y la luz, las tinieblas y la claridad. Y no obstante, ¿qué dificultad razonable puede oponerse contra misterios naturales tan profundos? .

¿Quiere usted más todavía? La luz, la misma luz, que es la más clara de todas las cosas, es al mismo tiempo la más obscura de todas, lo mismo en su naturaleza, según opinión del mismo Tyndall, que para la ciencia que la estudia. Porque ¿qué nos ha enseñado la ciencia de la luz? Todavía no ha podido de-

(1) Eclesiastes III=

(2) Rousseau, en el Emilio—(3) Purg.-III-37=

finirla satisfactoriamente; porque lo más que nos ha dicho es que la luz consiste en vibraciones del éter; y ésto no pasa de ser una hipótesis, ¡canario!...

D. TITO

—(a media voz y con la cabeza baja) ¡Sí!...

D. ESTEBAN

—(con brío) ¡Sí, sí! la hoguera colosal y luminosa del sol; los claros resplandores de las estrellas en noche de límpida y transparente atmósfera; las luces de San Telmo que coronan los mástiles de las naves en medio de la tempestad; los fuegos fatuos de los cementerios, llamas fatidicas que se ciernen sobre los sepulcros; la fosforecencia de las aguas marinas, agitadas por el remo, o cortadas por la quilla de los buques; los fulgores eléctricos que convierten la noche en claro día; la lumbré portentosa, recientemente descubierta, que penetra los cuerpos opacos, haciéndolos transparentes; en una palabra: todas estas y otras manifestaciones de la luz, que constituyen la claridad, y extienden la claridad por el mundo, nos presentan al mismo tiempo, don Tito, la mayor de las obscuridades. ¡Y a pesar de ello, creemos en la luz y en sus múltiples manifestaciones!

D. TITO

—(con voz casi imperceptible) ¡Sí sí!.. es verdad!..

D. ESTEBAN

—Entonces, ¿qué extrañeza puede causarnos de que ésto mismo se verifique, o con mejor razón se afirme de la Fuente de la luz, de la Luz indeficiente y eterna, de la Claridad de las claridades, que todo lo alumbró y esclarece, del Padre de las lumbres, del Foco infinito de todo fulgor y de toda llama, de Aquel que es la luz misma y habita en región de luz inaccesible?...

¿Qué extrañeza puede causarnos de que ésto mismo se proclame de Dios, que irradiando y derramando luz a torrentes, porque la luz es su vestido, es, al mismo tiempo, el Dios oculto e inescrutable?..

¿Qué extrañeza puede causarnos de que ésto mismo se diga del Sacramento del amor que acabamos de explicar, y de que lo creamos sin escudriñarlo, como creemos las cosas del orden natural, cuya esencia es también incomprendible?..

D. TITO

—(sin levantar la cabeza y en el mismo tono) ¡Sí, sí tiene usted razón!

D. ESTEBAN

—(levantándose del asiento y con mucho brío) ¡Sí! yo tengo razón! yo tengo toda la razón! (Pausa)

¿Qué nos resta pues?... De mi parte, don Tito, hacerle a usted una honrosísima invitación.

Vaya usted a Cristo, ¡oh joven! vaya usted a Cristo, con todo el bagaje de su maleada ciencia, y cristianicela en la escuela del Divino Maestro.

Vaya usted a Cristo; que si desea verdad, bondad, belleza, nobleza, magnificencia y todo lo que sea digno de usted, en Cristo lo encontrará.

(Exaltándose) Vaya usted a Cristo, huyendo en adelante del carnaval de la vida; cerrando en su marcha los oídos a la voz de la sirena de la falsa ciencia, que no ha cesado de cantarle a usted, encomiándole una naturaleza, una filosofía, una literatura, un arte, un gobierno, una moral independientes de Cristo: de Cristo que es la fuente irrestañable de la verdad, del bien y de la belleza. El, su Iglesia, sus arcanas verdades, sus divinos preceptos y consejos: he ahí lo grande y lo serio y digno de usted: todo lo demás a ello opuesto, y de ello independiente, que le ha arrastrado a usted por tortuosos senderos, no ha sido más que una pesadísima e inaguantable broma que le ha dado a usted un mundo carnavalesco.

Vaya usted a Cristo, adórele y únase a El en el Sacramento de su amor, y allí verá usted, ávido de lo sublime, cosas con las cuales no ha soñado jamás; allí verá usted bajar el Cielo a la tierra, y formarse el nudo que une el tiempo con la eternidad; allí verá usted descender del Cordero la gracia para todas las criaturas, e inundando con sus olas de luz y de justicia al universo, bañarlo todo con una claridad sobrenatural, con una belleza divina y con la santidad y amor de Dios. *(exaltándose más)* Allí verá usted la tierra, y el mar, y las estrellas y todos los mundos bautizados, purificados, exaltados y divinizados con el baño misterioso, que mana del costado de Aquél que es el principio sobrenatural para todos los seres, el sol del mundo espiritual, el rey universal de los corazones, la fuente de la vida natural, en quien respira y alienta la vida sobrehumana. De allí verá usted nacer el poder que rige y sostiene al mundo, y extenderse la mano para bendecirle: la mano que desde el principio gobierna los destinos de las naciones. De allí verá usted brotar el gérmen, el crecimiento, la flor, el fruto y la madurez de todos los buenos pen-

samientos y resoluciones generosas, que surgen en los espíritus creados; porque El, según su eterna palabra, se complace, sobre toda ponderación, en regalar sus dones a la humanidad; porque *sus delicias son unirse y permanecer con los hijos de los hombres.*

(*Con ternura*) Vaya usted a Cristo, hijo mío, vaya usted a Cristo, con arrepentimiento eficaz, contrito y humillado, que El lo recibirá con los brazos abiertos, y le concederá el perdón de sus miserias. Proster-nándose en su presencia divina, abismándose en la contemplación de su grandeza y bondad infinitas y presentándole la oblación de todas sus facultades, de todos sus dones y de todo su ser, podrá usted hablarle cara a cara y con esperanza sin límites. Acérquese a El, no con el temor que infundía el aparato terrible con que apareció a Moises sobre la Montaña, sino con la confianza con que se presenta el hijo al padre, la oveja al partor, el amigo al amigo; porque El es el que ha dicho también: *Venid a mí todos los que estais fatigados y doblegados bajo vuestro peso, que yo os aliviare: ¡palabras sublimes que parecen haberse pronunciado para usted, especialmente, don Tito! Que se realice en su corazón, la idea que ellas encierran. Yo confío en ello ilimitadamente ¡Sí!... desde que oí de sus propios labios la ingé-nua confesión, que usted me hizo esta noche, yo penetré en el fondo de su alma, demasiado grande para ser esclava de su cuerpo.....*

¡Ah!... el prestigio de las mil formas que ha revestido su vida de engaño, de ajetreo y de disipación; su entusiasmo por la semiciencia y por la naturaleza, divinizada a su antojo, dijeron mucho a mi espíritu. Desde entonces conocí que usted ha vivido siempre, adorando, extendiendo, sin darse cuenta, sus brazos hacia Dios, en actitud suplicante; que siempre ha hecho usted supremos esfuerzos para volver al amante principio de donde salió; que usted ha querido beber la vida en su propio manantial; pero que, en su locura, ha abrazado un fantasma, y se ha asido de la muerte y de la nada, creyendo unirse a la vida y a la inmortalidad.

(*Imponente*) Solo Cristo vive por sí mismo la vida de la gracia; porque El posee esa vida; porque El es

esa vida misma, el principio y origen de esa vida innarrable.

No ha sucedido así en usted, don Tito. Como ha recibido de Cristo la verdadera vida, y la ha perdido por su culpa, usted tiene sed, mucha sed de vida; y no podrá recuperar esa vida ni conservarla, sino uniéndose y estando en continua comunión con El. Cristo bebe eternamente esa vida en sí mismo: usted debe beber esa misma vida en Cristo.

(*A media voz y con mucha ternura*). Vaya usted a El, hijo mío, vaya usted a El con confianza: no tema. Unido a Cristo intimamente, no le importe que la tempestad ruja en torno suyo: ella no podrá penetrar en su interior. Sumergido en Cristo, como en un océano de gracia, de fuerza y de santificación, no le importe que la angustia, y la necesidad, y el dolor, y el peso de la vida, y las tentaciones, y los combates bramen a su alrededor: en su interior reinará la calma.

Viva, viva usted con Cristo, y nada le importe cuanto puede hacerle guerra en su corta o larga peregrinación por el mundo; porque en Cristo encontrará usted su refugio, como encuentra su morada el gorrión y la tórtola su nido.

D. Tito

—(*levantando la cabeza y muy enternecido*) ¡Dios mío! estaba dormido y he despertado.. (*con fuerza*) Y usted, don Esteban, ha sido mi despertador.

(En aquel momento un rayo del nuevo sol, que entraba por la ventana, cayó sobre la frente del joven: un rayo de la fe divina había caído en el fondo de su alma).

A. M. D. G.

INDICE

	<u>Página</u>
Censura.—Aprobación.—Advertencia	VII
PARTE PRIMERA	
Introducción	15
I	
Exordiar <i>ab ovo gemino</i>	15
Invocación y ofrecimiento	16
Testimonio que dá la humanidad de la existencia de la Primera Causa	17
Dificultades y soluciones	
—Ustedes los deistas...—Es que yo no admito que todos los pueblos hayan creído en la existencia de Dios—¿No pudie- ra haberse inventado la idea de Dios por algún legislador, o por algún sacerdote?—¿No pudo haber sido el temor de los hombres ante los fenómenos naturales <i>la razón prima</i> de la idea de Dios?—¿Cómo se explica el culto de adoración que se tributa hasta a los animales?—¿No puede ser la idea de Dios pura ilusión de la humanidad?	17.
II	
Dos cosas al mismo tiempo	27
Dificultad y solución	
Círculo encadenado de seres, o serie infinita de cosas	29
* * *	
Dios, primera causa del movimiento que se nota en el mundo visible	30
Dificultades y soluciones	
No hay fuerza sin materia; luego...—Error de Demócrito y Epícuro.—Átomos eternos.	32
III	
Dios, causa primera del orden. armonía e intención que se observan en el mundo visible.	34

Dificultades y soluciones

Si los hay, se entiende—Grandes irregularidades y desproporciones que se advierten entre los planetas 34

* * *

Dios, creador—Forma intencional de las cosas—*Forma substancial y materia prima* 38

Dificultades y soluciones

De la nada nada se hace—El mundo, añadiéndose a la substancia divina agranda la suma del Ser Supremo—El principio de causalidad es pura ilusión—Forma *a priori* y abstracta de la cual no puede salir el ser físico y real—El *Acaso* como causa del orden, armonía y coordinación que la naturaleza despliega 41

IV

Dios, causa primera de la vida—¿Qué es la vida?—Principio de la vida en la planta, en el animal y en el hombre 47

Dificultades y soluciones

Lo que se llama alma es un complejo de propiedades y de fuerzas—El caballo de batalla—¿Como es posible que el alma agrupe los elementos materiales?—La acción del alma humana, su pensamiento, se origina del cerebro 50

* * *

Doctrina de Santo Tomás y del Dr. Surbled sobre las relaciones entre el cerebro y el alma 56

* * *

Misterioso fenómeno del idiotismo, de la alucinación y de la locura, 60

Dificultades y soluciones

Combinaciones químicas, como origen del alma 60

* * *

Poder de albedrío y determinación 62

V

Diferencia esencial entre el alma vegetativa, sensitiva y racional—¿Qué es el hombre? ¿qué es el bruto animal?—Diferencias que existen en la estructura del cuerpo humano y del bruto, mirados sólo desde el punto de vista de la anatomía y de la fisiología—Facultad de pensar y obrar libremente: privilegios esenciales del hombre, los cuales esencialmente le distinguen del animal 64

Dificultades y soluciones

¿El bruto animal no posee esas prodigiosas potencias, si bien en grado inferior al hombre?—Sentidos, afectos, sentimientos, recuerdos, movimientos voluntarios, percepción, juicio, hábito, lenguaje, industria y progreso de los animales—Progreso, arte e industria de los castores de las orillas del Ródano—Progreso de las golondrinas—¿Por qué algunos animales obran tan admirablemente?—El perro de <i>Trapison-da</i> , y la yegua de las <i>Batuecas</i> —Sistema de Darwin. . . .	71
--	----

VI

Inmortalidad del alma humana—Confesión ingénu—El alma humana es inmortal, porque su vivir propio es espiritual, y lleva en sí misma la idea de su inmortalidad	81
--	----

Dificultades y soluciones

Si el organismo es un intermedio de la acción del alma, ella debe <i>necesariamente</i> quedar privada de su mejor vida después de la muerte—Todo lo que tiene un principio <i>debe de tener</i> un fin.	85
--	----

Instinto del escarabajo	88
-----------------------------------	----

El alma humana es inmortal porque tiene constante deseo de felicidad	89
--	----

El alma humana es un ser subsistente y simple—Identidad y subsistencia del <i>Yo</i> a pesar del cambio del cuerpo	90
--	----

Dificultades y soluciones

¿Y si los actos del entendimiento y de la voluntad fuesen funciones materiales misteriosas?—¿Y si esas funciones estuviesen en una sola molécula? ¿Cómo se explica el cambio de la memoria intelectual, y el cambio de la conciencia, de la personalidad y del <i>Yo</i>	93
--	----

Doctrina de Platón acerca de la inmortalidad del alma—¿Cuál es la primera causa de la vida?	99
---	----

VII

Dios, fuente primera de la verdad.	101
--	-----

Dificultades y soluciones

¿No es la verdad obra del entendimiento humano?—¿No es la verdad la que responde a la razón?—La verdad no podría residir en las cosas que llamamos verdaderas?—La verdad puede existir como un ser aparte—Parece pura ilusión 101

* * *

¿Quién es Dios? 104
Inscripción del dragón 106

PARTE SEGUNDA

I

¿Quién es Cristo?—¿Dónde está Dios?—El libro «Después de la muerte» de Figuer—¿Cuál es la vida íntima de Dios?—Misterio de la Santísima Trinidad: primer foco de luz y de vida 111

Dificultades y soluciones

¿De modo que toda la Religión Cristiana se basa en un misterio incomprensible?—¿Pero el pensamiento de Dios no puede ser múltiple? 113

• II

Segundo foco de luz y de vida: el misterio augusto de la Encarnación 117

Dificultades y soluciones

¡Unión incomprensible—¡Imposible!—Naturaleza y persona—Yo concibo la humanidad de Cristo en el estado real y concreto, y por consiguiente...—La humanidad de Cristo, privada de personalidad, no tiene su perfección subjetiva; y por consiguiente es una humanidad incompleta—En Dios esencia y persona son una misma cosa; luego...—O un error, o hay en Cristo dos personas, humana y divina. 121

* * *

Semejanzas con el misterio de la Encarnación 123

III

Hechos—Sagrados oráculos 125

Dificultades y soluciones

La Biblia para mí ha sido una *colección informe de historias apócrifas y de fábulas*—Hay entre ellos grandes sa-

bios, geólogos, y naturalistas.—¿Qué documento ha tenido Moisés a la vista para narrar la creación de las cosas, antes de haber sido creado el hombre? 126

* * *

Inspiración divina, propiamente dicha—Diferencia entre inspiración e infalibilidad—¿Puede un escritor ser influido de una manera positiva por el Espíritu Santo en la redacción de una obra? 130

IV

¿Qué es el profeta?—El Pueblo de Israel 132

Dificultades y soluciones

Luego un pueblecito...—El libro «Ruinas de Palmira» de Volney, libro formado al revés 133

* * *

El drama del Paraiso Terrenal, fuente histórica común de ciertas leyendas—Christentum und sozialismus de Bebel. . . 136

* * *

Idea que daban de Cristo las palabras del Señor en el Paraiso—Napoleón, héroe legendario 139

Dificultades y soluciones

Todo eso supone una ley—¿Por qué privó Dios al hombre en el Paraiso de un goce inocente?—Pero ¿Adán y Eva no conocían el bien y el mal?—Después de todo ¿qué culpa tenemos nosotros de la desobediencia de Adán y Eva?—¿No podía Dios salvar al hombre con un acto de su soberana voluntad? 140

V

Existieron verdaderos profetas 144

Dificultades y soluciones

Y no es chica la contradicción—Si Cristo vino a salvar a Israel, ¿por qué no fueron elevados a la fé todos los Israelitas?—¿Cómo puede un hombre prever y anunciar la determinación de una causa libre que no existe?—Usted no podrá menos de convenir conmigo en que ha habido profetas falsos—Los arúspices, agoreros y adivinos, y los profetas de Israel y sus respectivos oráculos se parecen mucho.—Nudo de la dificultad contra el cumplimiento, en Cristo, de las profecías . . . 144

VI

También los milagros de Cristo prueban su divinidad. Definición del milagro 154

Dificultades y soluciones

No conocemos las leyes de la naturaleza: ¿como sabremos si un hecho las deroga?—El milagro no atenta nada contra la mecánica celeste, ni se ejercita sobre el curso de los astros—La sabiduría griega no soportaba la idea del milagro.—Los sabios no pueden afirmar que un hecho está en contradicción con el orden universal: Dios mismo no podría hacerlo—Las sepulturas, las grutas y las fuentes sagradas no han obrado sino sobre enfermos susceptibles de curación—No sabemos lo que es la vida y la muerte; por consiguiente, si se viera resucitar a un muerto, no estaría probado el milagro—¿Cómo el sol que no anda suspende su carrera?—Si la palabra de Josué se dirigió al globo terráqueo la dificultad se agranda, duplicándose—Josué nada podía saber de los movimientos de la tierra—¿Por qué entonces la Inquisición condenó, persiguió y torturó a Galileo?—La Iglesia enemiga, por lo ménos, de la Ciencia—4.º, 5.º y 6.º extremo del autor del Jardín de Epicuro—De esa doctrina se deduce una rígida fatalidad 155

VII

Punto principal—Cristo Profeta—Milagros obrados por Cristo—Escenas de algunos milagros 174

Dificultades y soluciones

Cristo favoreció la destemplaza, hizo una mezcla para dar al agua el color de vino, etc.—Siempre me ha irritado el milagro de la higuera, maldita y seca por Cristo, porque no tenía fruto—Digo yo que en la resurrección de Lázaro todo parece haber sido natural—Lázaro no aparece más en la escena, y esta circunstancia...—¿Por qué Lázaro resucitado no dijo nada del otro mundo?—Esa narración del Evangelio es una fábula—Aumento de resurrecciones 177

* * *

Resurrección de Cristo 188

Dificultades y soluciones

—Cristo pudo no morir en la cruz.—La lanzada pudo muy bien aliviarse el corazón.—Respecto de la resurrección, ella no puede tenerse por indudable.—Robo del cuerpo de Cristo mientras dormían los guardias.—¿No pudo suceder que la excitación nerviosa engendrara la ilusión de que El había resucitado?—¿Y no podrían los sentidos haber engañado a los discípulos de Cristo?—A pesar de todo los Apóstoles eran muy sencillos e ignorantes y crédulos en extremo.—El hecho mismo de la resurrección de Cristo está cargado de contradicciones respecto del embalsamamiento etc.—Consta que Cristo

prometió resucitar después de tres días y tres noches, y cons-
te también que resultó al tercero día.—El sabio de Nazaret,
el Poeta Galileo,—¿No puede Cristo compararse con los
grandes sabios y fundadores de religiones? 189

PARTE TERCERA

I

La Iglesia 211

Dificultades y soluciones

Quiénes corrieron entonces en pos de la Iglesia?—Las
gentes pobres e incultas, y los esclavos y las mugeres—Es
maravillosísima también la progagación de las religiones y
sectas.—¿Pero las circunstancias especiales de la época ¿no
pudieron ser causa de la acelerada progagación de la fé?—
Pero eso de mártires ¿dónde no los hay?—¿A qué viene el
culto externo y público en la Iglesia?—Magnificencia en las
cosas del culto y gasmoñería en las personas—Magna remu-
neración al clero.—El culto de las imágenes pugna con la Bi-
blia, o al ménos es peligroso para el pueblo inculto—En el
cumplimiento de preceptos, como el amor a los enemigos no
queda bien para la libertad humana. 212

* * *

Y ahora que estamos en el burro, ¡arre un poco más!—Li-
bertad de pensar, hablar, escribir, de conciencia, de cultos o
religiosa 239

Dificultades y soluciones

Y cuando el Estado es católico ¿no pueden darse ciertas
circunstancias en que le sea imposible al Estado prohibir la
libertad de cultos.—La norma de un Gobierno, aunque sea
católico, debe ser el derecho, o ley natural.—Es muy duro cas-
tigar a individuos inocentes que cultivan una religión, cre-
yéndola buena y verdadera 241

II

Medios de satisfacción.—Diálogos de consecuencias
eternas 246

Dificultades y soluciones

Siempre me ha molestado eso de la infabilidad de la
Iglesia o del Papa,—¿De modo que la Biblia pretestante no
puede ser el camino que conduce a las sanas creencias?—No
estoy conforme con algunas interpretaciones de la Iglesia
Preadamitas. ¿El Papa no ha podido, ni puede engañarse nun-
ca, ni obrar mal? 248

* * *

Juicio que debe formarse sobre ciertas personas que miran con mofa las decisiones de la Iglesia, y las gracias concedidas á los objetos piadosos, etc 261

III

Bautismo 262

Dificultades y soluciones

Me aturde esa última palabra.—¿Cómo pueden desear el bautismo, sin tener noticia de él?—Dios no conoce sino razones 263

IV

El *Coco* para tantos hombres 265

Dificultades y soluciones

Se dice que la Confesión ha sido inventada por los papas, o por los curas.—No veo yo que se infiera legítimamente de esas palabras la confesión sacramental detallada.—Bueno; pero esto de confesarse con un hombre.—Pero podría el hombre confesarse con Dios.—Muchos enemigos, no obstante, tiene la Confesión. 265

V

El Infierno 271

Dificultades y soluciones

Dícese que el interés de los sacerdotes han inventado el Infierno.—¿Como puede ser castigado eternamente un hijo por un padre infinitamente bueno?—¿Cómo puede ser el pecado un mal infinito cuando es obra de un instante, no más?—Pero el hombre es tan pequeño y tan débil... Es tan vil...—¿Cómo va Dios á condenar á una criatura, cuando no hay comparación entre los bienes temporales y los males eternos?—Si el poder, la bondad y la justicia suprema se juntan con el infinito saber en un ser mismo, éste ya no castiga, sino que o perfecciona o destruye.—Pero no tiene límites la misericordia de Dios.—¿Qué clase de fuego es ese?—Y no podrá el alma arrepentirse en el Infierno, de modo que, una vez purificada, sea, al fin, admitida en el Cielo?—¿Pero no siente allí el alma el deseo del Bien Soberano? 273

VI

Vamos a ver si los muertos resucitan o no. 287

Dificultades y soluciones

Yo tengo entendido que los mismos elementos intervie-

	Página
nen en la formación de los cuerpos de un gran número de hombres, etc.	287

VII

El Sacramento de la Comunión, tercer foco de luz. . .	291
---	-----

Difficultades y soluciones

Trabajillo le mando yo a usted si piensa realizar la em- presa de justificarlo ante la razón.—Se me figura que la ma- teria del pan constituye entonces el cuerpo de Cristo.—En- tonces el cuerpo de Cristo, por medio de la <i>transustacia- ción</i> , viene a ser el sujeto de los accidentes del pan.—Lo que hay aquí, entonces, es una ilusión de los sentidos, y nada más.—¿Cómo es posible que el cuerpo de Cristo esté en la hostia consagrada y en la partícula más pequeña de la mis- ma?—Pero dicen que se ve, se toca, se divide el cuerpo de Jesucristo.—Lo que yo veo, después de todo, es que un cuer- po organizado, como el de Cristo, exige la separacion pro- porcional de sus miembros; y por consiguiente.—¿Cómo es posible que el cuerpo de Cristo que está sentado a la derecha del Padre esté presente en tantos lugares diferentes?—Pero Jesucristo no está en el Sacramento del mismo modo que es- tá en el Cielo?—No acabo de comprender que clase de cuer- po es éste?—No fué chico el escándolo que las palabras de Cristo produjeron en el alma de los oyentes.—Los discípulos también se escandalizaron.—Lo que yo sé es que algunos han interpretado ese pasaje en sentido metafórico	292
---	-----

¡Luz y tinieblas!	304
-----------------------------	-----

* * *

Invitación	308
----------------------	-----

FE DE ERRATAS MAS NOTABLES

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
15	31	estará	estaría
16	34	fija	fije
32	33	de Epicuro	de Demócrito y Epicuro
44	31	la noción	de la noción
68	15	transmintándola	transmutándola
112	15	matempsícosis	metempsícosis
119	39	2. ^a q-y 2. ^a	3. ^a p q 2. ^a
123	3	o los hombres	a los hombres
127	30	ensobercidos	ensoberbecidos
144	21	a Israel	a Isaac
164	39	Jénes	Genes
178	28	no es Dios	no es de Dios
182	26	quitáis	quitásteis
195	39	5. ^a ad Cor.	1. ^a ad Cor.
196	3	Emmús	Emmaús
197	31	renunciaban	anunciaban
227	9	hombres	hombros
263	21	dócil	dosís
277	31	<i>prever</i>	<i>prever</i>
285	43	no se santifica	no santifica

